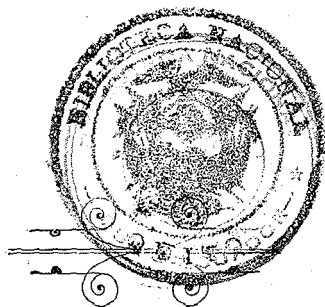


LECTURAS DE MONTALVO

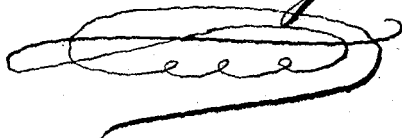
LECTURAS
DE
JUAN MONTALVO,

ARREGLADAS POR

JUAN DE D. URIBE



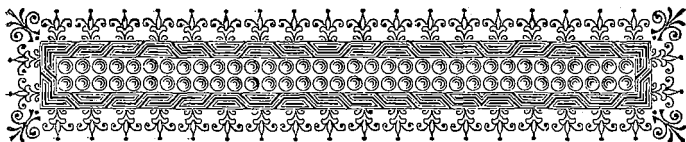
Pedro Pablo Tijón.



QUITO.

Tip. de la Escuela de Artes y Oficios.

1898.



ADVERTENCIA



USCAMOS con el presente volumen la manera de iniciar á los jóvenes latino-americanos en la lectura de un escritor que auna á su constante afán por el bien de los hombres, el modo más alto de corresponderse con ellos en la lengua castellana; y que posee la inapreciable ventaja de preocuparse en los asuntos de América con el cariño y el interés propios de quien defiende la casa paterna. Por lo que hace á las nuevas gene-

raciones que se levantan en el Ecuador, en las páginas de este libro encontrarán mucho que recomendar á la memoria, para emprender más tarde el estudio de la Historia Patria contemporánea, á sabiendas de lo que han costado aquí las luchas por la Libertad y la República. Obedientes á un plan escrupuloso, no omitimos los capítulos acerbos de Montalvo, por más que se resientan de ello sus enemigos, por que sería despojar al escritor de la parte más bella y noble de su talento, y al hombre público de la porción más recomendable de sus méritos; y se verá tambien que conservamos aquello que menos se acomoda á nuestro criterio personal, pues no somos nosotros los que nos presentamos al público, sino un literato ya célebre con todos los productos múltiples de su inteligencia.

Explicaremos más esto.

De lo escrito por Juan Montalvo cuesta mucho trabajo apartar lo mejor, cuando se trata de formar un libro de lectura que pudiera servir para las escuelas. La dificultad principal consiste en que casi todo es bueno en materia de forma literaria; más acontece, que por entusiasta que sea el que explora el gran campo del autor, no queda del todo satisfecho al considerar el desarrollo de sus ideas

matrices de cierto orden. No es el vaso, es el contenido, lo que se pide á los escritores; y en el caso presente, nuestro homenaje al grande hombre está sujeto á rectificaciones de doctrina, que estriban, para abreviar, en adaptarse él, en ocasiones, á lo maravilloso, y nosotros, siempre, á causas y efectos comprobados en la naturaleza.

Lo que lo caracteriza es su actitud varonil delante de los usurpadores del derecho humano, y lo que en la literatura universal le dará un puesto privilegiado es su gran conocimiento del idioma en que escribe y la nobleza de sus asuntos.

Nació en la ciudad de Ambato en 1833⁹ y murió en París en 1887. Sus escritos son numerosos. Entre ellos se cuentan como principales EL REGENERADOR, EL COSMOPOLITA, LAS CATILINARIAS, EL EXPECTADOR, LA MERCURIAL ECLESIASTICA, CAPÍTULOS QUE SE LE OLVIDARON À CERVANTES, &., &. Obras todas ellas de muy buena doctrina y de asombrosa pulcritud de lenguaje.

Como ciudadano desapareció de la escena demasiado pronto, muy antes de que sus ideas se realizaran, por lo que se nota la falta de este adalid en el curso de la vida política del Ecuador, y quizá en la suerte de las repúbli-

cas vecinas, que tanto podían esperar de su ardiente propaganda.

Nuestro objeto no ha sido historiar á Montalvo; mas, creyendo necesarios algunos por menores, los tomamos de plumas autorizadas, como son las de Roberto Andrade y Vargas Vila, sin que suscribamos algunos de sus conceptos.

Pase este ensayo nada más que como una muestra de lo mucho que valía Juan Montalvo como escritor, como pensador y hombre político.

Ni otra cosa hemos querido nosotros.

J. de D. U.

Quito, 1.º de Enero de 1898.



MEDALLON

(DEL LIBRO "MONTALVO Y GARCÍA MORENO"
DE ROBERTO ANDRADE.)

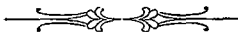
Conocí á Montalvo en Quito á fines de 1868, cuando el Ecuador se hallaba estremecido de asombro debajo de aquella erupción salvadora que Don Juan había bautizado de «El Cosmopolita.» Iba él por la acera de una calle central, yo por el frente. El Cosmopolita! oí decir á varios transeuntes que se detuvieron á mirarlo. Crucé la calle y me coloqué cerca de él, en el momento en que García Moreno aparecía á cincuenta pasos de distancia. Iban á encontrarse aquellos dos adversarios temibles, pero la pantera evitó al domador, entrándose por el zaguán de una casa. Montalvo siguió adelante, erguido, cogitabundo, imponente. Hallábase al ras de los treinta y cinco años, y toda su majestuosa persona exalaba ese como fluído que cantivaba ó repelía, según el temperamento de los que se amontonaban á su paso, atraídos, cuándo por la admiración y el cariño, cuándo por el rencor y el miedo á su palabra. Su estatura era realmente exçelsa y descollante, recta, cenceña, bien proporcionada: jamás he visto cabeza de varón mejor colocada sobre los hombros que la del noble Don Juan. Y su rostro era moreno y enjuto; pero de facciones muy regulares: la viruela empreteció su semblante, como él mismo lo confiesa en uno de sus

rasgos admirables de egotismo. Cuello nervudo y flexible, barba redonda y saliente, labios en cuyas delineaciones estaba escrita la costumbre de pensar, así como la incorrupción de su existencia, y ligeramente cubiertos por un bigotillo largo, pero ralo. Destierros, privaciones, calumnias, contratiempos, empleo cotidiano de la fuerza interior denominada energía, meditación, estudio, soledad, desengaños, muchos y muy crueles, melancolía profunda especialmente; todo esto había plegado la piel, corridos los años, en la comisura derecha, como lo observa el señor García Ramón, y marcado en la fisonomía un dejo de «reconcentrada amargura.» Esta observación me la hizo por primera vez Abelardo Moncayo en 1874, «delante del retrato de Don Juan: «es esto desdén ó tristeza?»—«Uno y otra», contestéle. Mucho después oí el timbre de su voz, la cual no era para resonar en la tribuna: ahogábala la pasión al salir, salía en modulaciones entrecortadas por involutarias reticencias, viva, aguda, insonora; pero jamás revelaba tanto el temperamento encendido de Don Juan, como cuando recitaba composiciones en verso, ó discurría acerca de algo tierno ó lacrimoso: entonces manaban de su garganta, inflada como la de la paloma al arrullar, sonidos «empapados en lágrimas», según la expresión del enamorado *Tomanvol*. (1) La nariz era «valiente» y recta, amplia la frente, «explosión de enormes anillos de azabache»; cuya abundancia era de sorprender en una cabeza tan pensadora. «La forma de los labios, añade el escritor europeo, quien lo conoció poco antes de morir, acentúa la expresión de

(1) Anagrama de *Montalvo*.—«Carta de un padre joven.»

cansancio y languidez que adopta la cabeza cuando se inclina en actitud de escuchar, doblándose un poco sobre el pecho al peso de hondas desdichas y altas ideas. Esta actitud era en él más característica que el arrogante porte con que se levantaba cuando sentía los ojos del observador fijos en los suyos. Brillaban éstos entonces bajo la arqueada ceja, negros, profundos por lo reducido de la córnea; afables y cariñosos, cruzábanlos fugitivas llamaradas de la fogsidad interior de aquel espíritu que con tan completa sinceridad dijo de sí: «Humilde con el Señor, alto con los altos, me hago pequeño, como Filotas, cuando las hé con gente bondadosa y modesta. Para los viles, desprecio; para los malvados, odio; para los criminales espanto.» «Los hombres extraordinarios en los ojos tienen rayos con que alumbran y animan, aterran y pulverizan», dice Montalvo hablando de Bolívar. El héroe de Chacabuco y Maipú fué célebre por el modo de mirar, como lo fué el de Junín y Boyacá: los ojos de Montalvo eran extraordinarios realmente por la exactitud de las revelaciones de todas las tempestades del alma. Casi nunca tuve ocasión de mirarlos relanpagueantes ó indignados; mas aun meditabundos ó festivos, pesarosos ó entusiastas. No miraba á nadie en la calle, y caminaba con paso regio, claudicando levemente á causa de una enfermedad de la pierna, que en su juventud le tuvo en cama siete meses, época de la cual se sirvió para admirar con su instrucción; caminaba despacio, con gravedad, como quien está seguro de vencer en caso de alguna embestida repentina. Vestía el día en que le conocí un sobretodo negro y muy largo, puños y cuello muy blancos, corbata y pantalón también negros.

y sombrero de copa alta. Jamás se me ha separado de la imaginación la idea de que influyó mucho en las minuciosidades exteriores de su vida la lectura de aquel Byron, cuyo nombre le causaba estremecimientos con frecuencia. Uno y otro admiraron á la naturaleza y pregonaron esta admiración en páginas que son eflorescencias melodiosas: lloraron, se rieron, se echaron de hinojos, inquirieron al otro lado de las nubes la carilla de un serafín juguetón, en los lagos la de alguna nereida embelesante, en el cáliz de la flor un beso, en el océano y el firmamento al Todopoderoso. «En mi juventud compuse versos, nos decía á Moncayo y á mí en 1878, compuse un poema de viajes por el estilo del *Childe Harold*: después he salido bien en la prosa, y el poemita ha quedado relegado para pasto de ratones: lo publicaré algún día, pero anónimo.» No lo publicó, y murió: cómo si las mejores de sus obras duermen todavía en el sumidero de un implacable silencio? Oh infortunio! Oh Ecuador! Cuánta es la diferencia, con todo eso, en lo concerniente á la incorrupción y rectitud, entre el poeta de «alma de Apolo y sangre de Vénus», y el incomparable discípulo de Zenón de Elea y el Predicador de la Montaña!



JUAN MONTALVO.

(DE J. M. VARGAS VILA.)

.....

.....

Era excelso entre los excelsos.

Ocupaba la cima de los grandes espíritus. Confinaba por un lado con los genios y por el otro con las multitudes. Era clásico como Desmoulins, y rudo como Marat. Era austero y tumultuoso; predecía é insultaba; todo en él era olímpico: el dieterio y el canto.

Nadie ha escrito mejor que él la lengua española en la América latina.

Era puro y fuerte, sin mancha y sin desmayos. Su anatema mataba.

No escribía sino esculpía. Los tiranos inmortalizados por su pluma son bajos-relieves grotescos y sombríos, allí en el frontis de la Historia. No viven por ellos sino por él. Así levantan las águilas á las serpientes en el pico y en las garras.

García Moreno, Urbina, Veintemilla, allí están escupidos, y escupidos por él. Su saliva inmortaliza.

Esa es la gloria de ellos, haber sido tocados por el extremo de aquella pluma de fuego, que como el hierro rojo quema y alumbra.

Proscripto, perseguido, asechado; escapando aquí del patíbulo, allí del puñal, más allá del veneno, fué este insurrecto sublime de playa en playa y de pueblo en pueblo, bajo el fardo de sus tristezas, con la corona de sus dolores, estremeciendo el horizonte con sus gritos de Titán.

Para Montalvo no hubo calma.

Eterno mar siempre en cólera, arrojando su espuma contra el escollo y lanzando sus olas tumultuosas y soberbias á la playa: La tempestad era el rumor de su genio.

No se calmó sino con la muerte.



Solo, pobre, triste, pero soberbio siempre, como una águila viuda, se refugió en su aislamiento, plegó las alas de su espíritu y su cabeza poderosa se dobló . . . No la inclinó sino ante la muerte!

Allá en París, entre los ruidos de la civilización y del placer, murió el sabio austero, consumido por el fuego del amor á la Libertad y á la Justicia.

Insultado, perseguido, calumniado, cayó el apóstol.



Prometeo rompió la cadena . . . El buitre hoseo tendió las negras alas, harto de picotear al Titán, atravesó el Atlántico y plegó el vuelo en las espesas selvas americanas.

Allí esperó la vuelta del proscripto muerto.

Ya no podía picotearle el vientre, pero anhelaba picotear sus huesos.



Un día se vió un buque aparecer en el horizonte.

Oscura nube de buitres tendió el vuelo, y graznaban y se cernían sobre el navío y aleteaban furiosos. Eran los sacerdotes del Ecuador que salían á cerrar la entrada á la gloria del Ecuador.

Era que volvían á la patria los huesos de Montalvo, y los buitres del catolicismo salieron á su encuentro.

Los apóstoles de la mentira no han perdonado al apóstol de la verdad.

Allá en Guayaquil, en tumba humilde, reposan los restos del ecuatoriano más grande y del escritor más ilustre de la América latina. . . .

Murió él, y murió la protesta.

La América latina languidece con plétora de poetas, cortesanos y aduladores.

¿ En dónde están los herederos de Montalvo?

¿ En dónde están las almas combatientes?

La libertad perseguida, buscando héroes y mártires, puede ser descrita como la Roma decadente del poeta:

Corrió al foro llamando á sus legiones
dispersas y distantes,
y sólo respondieron los histriones
mezclados al tropel de las bacantes.

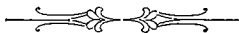
.....

¡ Oh época menguada y triste, tú pasarás !

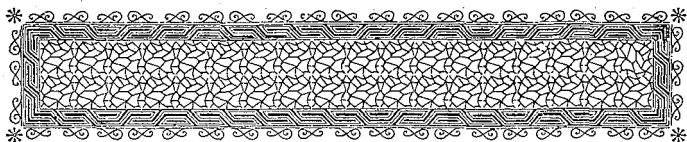
No es eterna la noche en el horizonte, ni en los pueblos.

Un día, manos poderosas alzarán el escudo de Montalvo, caído sobre su tumba.

La estatua del apóstol levantada allá en Quito, cerca á las nieves perpetuas, iluminada por las llamas del Pichincha, anunciará al mundo que la Libertad ha escalado los Andes, y que la sombra cariñosa y austera de Montalvo, vela por ella en su supremo aislamiento y en la olímpica serenidad de su grandeza. . . .



NOTA INDISPENSABLE.—Se echará de ver que la mayor parte de los notes que llevan los capítulos de este libro, no son de Montalvo; el compilador los puso por su cuenta, para acomodarlos á los asuntos elegidos. que rara vez tienen la extensión con que se encuentran en las obras del Autor.



LECTURAS DE MONTALVO

RETRATO DE DON JUAN

Puesto que nunca me han de ver la mayor parte de los que lean este libro, yo debía estar-me calladito en orden á mis deméritos corporales; pero esta comezón del egotismo que ha vuelto célebre á ese viejo gascón llamado Montaigne, y la conveniencia de ofrecer algunos toques de mi fisonomía, por si acaso quiera hacer mi copia algún artista de mal gusto, me pone en el artículo de decir francamente que mi cara

no es para ir á mostrarla en Nueva York, aunque, en mi concepto, no soy zambo ni mulato. Fué mi padre inglés por la blancura, español por la gallardía de su persona física y moral. Mi madre, de buena raza, señora de altas prendas. Pero, quien hadas malas tiene en cuna, ó las pierde tarde ó nunca. Yo venero á Eduardo Jenner, y no puedo quejarme de que hubiese venido tarde al mundo ese benefactor del género humano: no es á culpa suya si la vacuna, por pasada, ó por que el virus infernal hubiese hecho ya acto posesivo de mis venas, no produjo efecto chico ni grande. Esas brujas invisibles, Circes asquerosas que convierten á los hombres en monstruos, me echaron á devorar á sus canes; y dando gracias á Dios salí con vista é inteligencia de esa negra batalla: lo demás, todo se fué anticipadamente, para advertirme quizá que no olvidase mis despojos y fuese luego á buscarlos en la deliciosa posesión que llamamos sepultura. Deteneos! oh nó, no vayáis á discurrir que puedo entrar en docena con Scarron y Mirabeau: gracias al cielo y á mi madre, no quedé ni ciego, ni tuerto, ni remellado, ni picoso hasta no más, y quizá por esto he perdido el ser un Milton, ó un Camoens, ó *la mayor cabeza de Francia*; pero el adorado blancor de la niñez, la disolución de rosas que corría debajo de la epidermis aterciopelada, se fueron, ay! se fueron, y harta falta me han hecho en mil trances de la vida. Desollado como un San Bartolomé, con esa piel ternísima, en la cual pudiera haberse imprimido la sombra de una ave que

pasara sobre mí, salga U. á devorar el sol en los arenales abrasados de esa como Libia que está ardiendo debajo de la línea equinoccial. No sería tarde para ser bello; mas esas virtudes del cuerpo ¿en dónde? prescritas son, y yo no sé como suplirlas. Consolémonos, oh hermanos en Eso-po, con que no somos fruta de la horca, y con que á despecho de nuestra anti-gentileza no hemos sido tan cortos de ventura que no hayamos hecho verter lágrimas y perder juicios en este mundo loco, donde los bonitos se suelen quedar con un palmo de narices, mientras los pícaros feos no acaban de hartarse de felicidad. Esopo he dicho: tuvo él acaso la estatura excelsa, con la cual ando yo prevaleciendo? esta cabeza que es una continua explosión de enormes anillos de azabache? estos ojos que se van como balas negras al corazón de mis enemigos, y como globos de fuego celeste al de las mujeres amadas? Esta barba. . . . Aquí te quiero ver, escopeta: Dios en sus inescrutables designios dijo: A éste nada le gusta más que la barba; pues ha de vivir y morir sin ella: conténtese con lo que le he dado, y no se ahorre las gracias debidas á tan espontáneos favores. Gracias, eternamente os sean dadas, Señor: si para vivir y morir hombre de bien; si para ayudar á mis semejantes con mis escasas luces fuera necesario perder la cabellera, aquí la tendríais, aquí; y mirad que no es la de Absalón, el hermoso traidor.



ECUATORIAL

Qué pasos lentos van retumbando por allá? Es el elefante que rompe la selva con su movimiento de rey majestuoso, y se dirige á beber á orillas del Lualaba. Ruge el león y comparece infundiendo terror á todo sér viviente con esos ojos encendidos: el tigre, agazapado al pié de un tronco, está acechando al boa que se viene con su meneo formidable: manadas sin cuento de monos llenan de ruido los vetustos robles: un orangután gigantesco, recto como persona, camina paso á paso con semblante meditabundo; bandadas de loras y guacamayos atraviesan la atmósfera con grito colectivo que asorda todo un continente: culebras de mil colores van haciendo eses por el suelo, ó prendidas de las ramas por el extremo de la cola se están columpiando por el aire. El sol resplandece y abrasa; el cielo se halla limpio, su azul purísimo se derrama desde el zenit, y desaloja las nubes hasta más abajo del horizonte. Esta es el África, cuna del fuego, asiento preeminente de la zona tórrida. No es así la Siberia septentrional: despoblación, tristeza, silencio vasto y profundo son caracteres de esa tierra desventurada. Allí no hay sol sino cuatro meses al año: la noche es de dos mil quinientas horas; noche larga, horrible, durante la cual la muerte anda devorándolo todo, invisible en medio de la palidez oscura que

envuelve ese hemisferio. La rosa no se abre ni sonríe á la luz que comparece alegre por atrás de la montaña; la azucena no tiene sol á quién provocar con su voluptuosa elegancia; el clavel no arde en su pura rubicundez, porque no hay fuego que lo encienda. La sangre de la tierra, cuajada en esas partes, las priva del movimiento; el alma del mundo, retirada de éllas, las dejó cadáveres. Fuego, santo fuego, símbolo de la vida, tú eres principio y sostén del universo: sin tí no hubiera luz, sin tí Dios mismo no ardería en su inmortalidad eternamente.



BOREAL

En el año de 1863, un naturalista ruso llamado Anthoskoff se encontraba en la Siberia septentrional, después de haber recorrido el Cáucaso, siguiendo el hilo de ciertos secretos de la ciencia, que él tenía en el ánimo sacar á la luz del mundo. Esas comarcas desdichadas no conocen la vegetación, ni los ojos del viajero hallan nunca sombra de árbol donde se pongan en cobro del resplandor hostil que los persigue. El haya, hija de fierro de la roca fría, se detiene en las pendientes de los Montes Urales, sin atreverse á dar un paso hácia las planicies áridas donde reina el hielo describiendo con su centro un círculo aterrante al rededor del polo. La yerba es desconocida para esa tierra: ni el ver-

dor de las plantas gramíneas, ni la amarillez de las flores silvestres comunican á el alma esa como alegría ó esperanza que áun los desgraciados suelen concebir misteriosamente en el regazo de una bella, amable naturaleza. La paja silbadora, el frailejón solitario y triste de los altos páramos sirven de placer y consuelo, si contemplamos en la aridez mortal de esas regiones. El sol las mira desde lejos, y se vuelve desconfiando de ellas; el calórico, sangre invisible de la naturaleza, no tiene cabida en ese limbo descubierto, donde impera el frío, dios enemigo de la vida. Ni plantas ni animales: alguna vez una sombra rápida cruza á lo lejos ese mar empedernido, y se desvanece á mayor distancia: es el renjífero que pasa de un abismo á otro en busca de un amor imaginario, ó el alce que va huyendo de un fantástico cazador que le persigue en sueños. El hombre mismo, animal de todos los climas, no habita la Siberia septentrional. El groenlandés salvaje, el kampchadal helado, el lapón cubierto de pieles se agencian sus moradas debajo de la nieve; en sus oscuras yurtas viven y se juzgan felices: la Siberia septentrional es todavía más ingratable que la Groenlandia, Kampchaka y la Laponia. Allí no hay bosques en cuyas profundidades faunos y silvanos persiguen á las ninfas; ríos que humedecen la tierra y la excitan á dar fruto: fieras que dan testimonio de la vida, bramando de cólera, ó mugiendo suavemente de placer; aves que llenan de música los árboles y vuelven nuestro planeta un globo de armonía.

LA PLUMA

En los que pervierten, corrompen, niegan la verdad y propagan á sabiendas el error, es vicio nefando el de la pluma. En los que forjan mentiras y las difunden, ordenan calumnias y las echan por los cuatro vientos; en los que hacen por apagar la luz de la razón y enturbiar la fuente de la moral; en los que escriben por envidia, rencor ó interés; en *los que publican libelos infamatorios por dinero*, es vicio nefando el de la pluma. La pluma no vendida ni muerta de hambre; la pluma soberbia que se levanta, vuela como el águila y se enciende en el disco del sol; la pluma prepotente que ruge como león y asorda un gran espacio; la pluma que se oscurece, truena y echa rayos; la pluma que se apacigua, se aclara y brilla en el cielo en forma de arco iris; la pluma que predica á lo San Juan Crisóstomo y hace temblar emperadores; que se convierte en culebra bienhechora, y muerde á la iniquidad y la injusticia; la pluma que golpea como catapulta las paredes de la Bastilla y la echa por el suelo; la pluma que se mete entre las carnes de los malvados y les hace dar aullidos; la pluma de Pascal, de La Bruyère, de Molière, es santa pluma, y el vicio de estos enviados de la Providencia, santo vicio.



DE LA MUJER

El respeto á la mujer no consiste en un ciego avasallamiento á sus caprichos y á su voluntad absoluta, que no siempre suele ser acertada: la educación es la primera grada de su trono: dejarla gozar de sus derechos, obligarla blandamente á cumplir sus deberes, he aquí la educación de la mujer. En llegando á su perfección moral, ya puede tenerse por árbitro de las costumbres y de las acciones de los hombres. Su imperio es blando y grato, porque su imperio es el del amor: ella no manda, obliga con tiernas insinuaciones; no reprende, hace ver las faltas, y nos castiga con benignas sonrisas; no sirve de tirano, sino de freno moderador de nuestros disparatados impulsos. Si nos dejásemos llevar por ella, seríamos menos desgraciados: las mujeres no juegan, no beben, no riñen: el tahir no oye jamás á su esposa; ruega, llora ésta, le habla de sus hijos, le pone de manifiesto la miseria que va llegando, la deshonor que ya pesa sobre él; nada, sigue jugando, desprecia los consejos y los ayes de su mujer, y consume su ruina. El bebedor es áspero y terrible con su esposa; ésta, tierna, suave, suplicante con él: inundada en lágrimas le ruega que acabe ese camino de perdición, que vuelva á la hombría de bien y la dignidad antes profesadas; se le cuelga al cuello, redobla sus súplicas, y por ver

si vence, aplica ruborosa sus labios á los de su indigno marido; nada: recházale éste con rudeza, ó la engaña con fingidas promesas, y sigue bebiendo y consume su ruina. La mujer media en las riñas; amiga de la paz, por ahí se anda derramando lágrimas, procurando acomodar á los contendientes, borrar las disidencias, volver á la perdida concordia. Con que si el tatur oyese á su mujer, dejaría de jugar; si el bebedor oyese á su mujer, dejaría de beber; si el camorrista oyese á su mujer, huiría las ocasiones, sería buen padre, pacífico ciudadano, y como tal, querido de sus deudos y amigos, respetado de la asociación en general. El llanto de la mujer tiene generalmente un santo motivo y se encamina á un noble fin: llora por enmendar á su marido descarriado, llora por echar por buen camino al hijo: el padre le hace llorar con las dolencias y miserias de la senectud; el hermano le hace llorar con sus vicios, ó con sus peligros. Si alguna vez derrama lágrimas de soberbia, conviene disimular y contenerla con blandura: la paloma también se enfurece alguna vez y da picotazos á la mano que se le acerca: ¿acaso se la corrige ni se la doma con rigor? nó, su índole es rendirse á la dulzura; y cuando se le pone por delante la razón en buenos términos, es cierto que se triunfa de su orgullo y su capricho.



CLEMENCIA DE BOLIVAR

Un sargento ha sido condenado á muerte en Consejo de guerra por una grave infracción. En capilla está: contrito, con santa pesadumbre, le pide á Dios misericordia. Una joven hermosa fuerza la guardia del dictador: desesperada, loca, penetra en sus habitaciones, cae á sus plantas, hiere los cielos con ayes de dolor amorosísimo. El General permanece inexorable: la sentencia será cumplida. La pobre muchacha, medio muerta, es arrastrada afuera. Su prometido va á morir: los santos esponsales van á ser rotos en las puertas del Himeneo.

Esa misma noche, á las dos de la mañana, cuando todos estaban durmiendo, una sombra comparecía misteriosamente en la sala del dictador: era una mujer vestida de negro, á quien seguía un oficial. El dictador tuvo con ella una corta plática, y la despidió. A la oración del día que estaba llegando, entre oscuro y claro, un piquete de soldados, con la caja fúnebre, salía por las murallas de Puertocabello: el sargento, pálido, pero firme se hincó al borde de la sepultura cabada para él en ese mismo sitio, al pié del fuerte. «Pelotón, fuégo!» El sentenciado cae, cuan largo es, dentro del agujero. Al otro día, sus camaradas fueron á ver la tierra fresca que cubría el cadáver de su amigo, y lloraron, sin maldecir á su General.

Muchos años después, cuando se supo en Venezuela el fallecimiento de Bolívar, un viejo se dirigía una mañana á la iglesia de una aldea de los Llanos, seguido de su mujer y sus hijos, todos de luto. Oyeron con profunda devoción la misa que él mismo había mandado decir por el alma del Libertador, y se volvieron á su casa, cuyas ventanas y puertas fueron cerradas. No comió ese día la familia, y la gente de la calle oyó adentro un lastimero llanto hasta la media noche. Era ese viejo el sargento fusilado al pié del fuerte. Así es como los grandes capitanes combinan las duras prescripciones de la política, con las suaves exigencias de la humanidad. El culpado pasó por muerto para todos, y vivió feliz con otro nombre en un rincón oscuro, bendiciendo, junto con su esposa, la memoria de su General y salvador. Cuando éste hubo fallecido, le lloró como á padre idolatrado.

SIN NADITA QUE COMER

Mía fe, hermano canónigo, vosotros soís todos semejantes al ilustrísimo Ardouin de Perefixe, que no se desayunaba sino cinco veces al día, así por falta de lo necesario, como por amor á la abstinencia.

Conque el señor de Perefíxe, dijo el rey, era tan corto de medios y tan sóbrio como lo que acaba de decir?

No toma por la mañana, respondió un cortesano, sino una tacita de chocolate de Soconusco; tacita que, en caso de necesidad, pudiera servirle de yelmo de Mambrino á don Quijote. Y no tan á las líquidas, como ya está imaginando vuestra majestad, sino con dos libras de pan candeal y una porcioncita de manteca de vaca, así como para cuatro.

Pobre hombre! exclamó el rey.

A las nueve, siguió diciendo el cortesano, se desayuna con dos perdices trufadas, una tortilla de huevos en oposición, tres cuartas escasas de longaniza, una docena de ostras de Ostende, y un poquito de salchichón de Génova, de alzar con la mano.

Pobre hombre!

Por mesa de once le sirven algunas frutas: albérchigos, melones, bergamotas, después de tal cual ensalada y carne fría, que su ilustrísima cuida de calentar con un frasco de valdeiglesias, como uno que prefiere los vinos de España.

Pobre hombre!

La comida no pasa de doce ó quince platos: costilla de carnero, lomo relleno, lengua: caza mayor y menor, cuadrúpedos y volatería: jabalí, gazapo, liebre. ¡Y mire vuestra majestad cómo se bizarrea ese galli-pavo, sin que se le dé una chita de haber perdido la cabeza! Granos, pocos; legumbres, no muchas: maris-

cos sí, y pescados de todo linaje. Vuestra majestad contemple aquel salmón, y vea si tiene buena cara el matachín. Pues la anguila? Hasta la baba provoca en ese monstruodelicioso.

Pobre hombre!

Por los postres no se muere: prueba á lo sumo tres vasos de sorbete con sus respectivos adminículos: suplicaciones, bizcochuelos, coronitas de almendra, pastitas de cualquier cosa y otras porquerías, separadas por un vaso de vino generoso: madera, jerez, champagne: eso le dá que sea albillo ó moscatel.

Pobre hombre!

Por la noche. . . .

Pobre hombre! No prosigáis, conde, dijo el rey; ni tengo entrañas para ver morir de necesidad al mejor de mis prelados.

Mamaba y gruñía su ilustrísima. Pero don Luis, que era uno de esos á quienes no se les llueve la casa, así le creció en emolumentos como sufrir se mentase á Scarron en su presencia.

Con que están para comerse las manos nuestros curas, canónigos y obispos, y todavía queremos Convención, puesta la mira en cerceñarles sus rentezuelas, harto mezquinas ya? Padres reverendos, confirmad el ánimo, y buen provecho os hagan vuestras temporalidades.



TIRANIA

El abuso triunfante, soberbio, inquebrantable, es tiranía: en las entrañas de esta Euménides se dan batalla las pasiones locas, los apetitos desordenados, los propósitos inícuos, y tomando cuerpo en forma de verdugo, comparece á un mismo tiempo en todas las ciudades de la república, condecorado con el hacha, la cuerda ó el fusil pervertido, á llevar adelante sus obras de condenación. Tiranía no es tan sólo derramamiento de sangre humana; tiranía es flujo por las acciones ilícitas de toda clase; tiranía es robo á diestro y siniestro; tiranía son impuestos recargados é innecesarios; tiranía son atropellos, insultos, allanamientos; tiranía son bayonetas caladas de día y de noche contra los ciudadanos; tiranía son calabozos, grillos, selvas inhabitadas; tiranía es impudicia acometedora, codicia infatigable, soberbia gorda al pasto de las humillaciones de los oprimidos. La tiranía es fiera de cien ojos: ve á un lado y á otro, arriba y abajo, al frente y atrás: zahorí prodigioso, en el centro de la tierra descubre si una virtud prófuga está allí metida en su propio rubor; si una inteligencia, procurando apagarse ella misma para no morir, se ha escondido en las sombras que ilumina á pesar suyo; si un corazón grande y puro se ha puesto tras el olvido para no ser tomado por los sicarios que ciernen

el mundo en busca de lo justo, lo grande y lo bueno. Patriotismo, amor á la libertad, deseo de ilustración pública, son enemigos de esa hija del demonio, á quien ofenden é irritan luces y virtudes.

Tiranía es monstruo de cien brazos: alárgalos en todas direcciones y toma lo que quiere: hombres, ideas, cosas, todo lo devora. Devora ideas ese monstruo: se comé la imprenta, degüella ó destierra filósofos, publicistas, filántropos; esto es comerse ideas y destruirlas. El tesoro nacional, suyo es; la hacienda de las personas particulares, suya es: suyo lo supérfluo del rico, suyo lo necesario del pobre. Si algo le gusta al tirano, es la oveja de Natán. Entre los antiguos mejicanos el tercio de los haberes de los súbditos pertenecía al emperador: pueblos hay en estos tiempos de progreso y estos países de libertad inrestricta que habitamos, donde los ciudadanos libres y felices han llegado á pagar el quinto: á un paso están de los vasallos de Motezuma. Pagar, á quién, ¿al gobierno? al fisco? Nó; al presidente, ese magistrado republicano que se está allí resplandeciendo en la luz de las leyes, fijo el oído en los consejos de Minerva.



LA QUITENA

La suavidad del clima, la transparencia de la atmósfera, la esplendidez del firmamento, la pureza del agua son, sin duda, partes para que la quiteña conserve, muchas veces hasta los cuarenta años, el verdor y la frescura marzal de las colinas y los prados que circundan su población elevadísima. Para donosa y elegante la quiteña: con la mirada se insinúa, con la sonrisa conquista, con el porte general de su persona pone el yugo debajo del cual pesadumbres son delicias, desdenes insentivos, rigores esperanzas. La ojinegra del Pichincha es el demonio vuelto á la gracia de Dios con sus rezagos de malicia. Cariredonda por la mayor parte, sus mejillas son bóvedas de rosa dentro de las cuales los Génios del Amor, reducidos á mínima estatura, están soplando la fragua del placer. Su pecho es comba sublime: su brazo está desafiando al filósofo y al santo, si por lo blanco, si por lo gordo. La manecita es joya preciosa: los dedos suavísimos: la uña, espejo de las Gracias y las Musas. En cuanto á pasiones, estas estrellas de la Cinosura suelen morir de amor, y quitar la vida muchas veces. El Gran Mariscal de Ayacucho, que había estado en casi todas las capitales de Sud-América, sólo en Quito halló mujer digna de su corazón y su

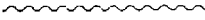
mano; y es sabido que Bolívar á Quito vino á buscar la amazona que le salvó la vida cubriéndole con el escudo de Palas, esa mujer tan fiera como hermosa á quien el Génio del Nuevo Mundo amó como Aquiles á la belleza de Scíros.



LA GUAYAQUILEÑA



Los climas ardientes imprimen caracteres excepcionales en el sexo femenino: la luz encendida que devora la tierra, afina el espíritu y le da los mayores quilates que él puede alcanzar: una guayaquileña de pelo suelto, cuyos hombros están forzando la chaqueta; vestida de holandas y sinabafas delgadísimas, que van y vienen cual ondas de blanca espuma, primero que mujer parece nereida que dejando sus grutas del Pacífico, ha subido al redropelo el Guayas, y se ha instalado en uno de esos palacios de fragantes maderas que producen sus bosques. Viva, picotera, esta ninfa del grande río es propensa á las pasiones más nobles y elevadas, las cuales cuando están en su punto suelen convertir en poética melancolía la electricidad de su alma que brota afuera y chisporrotea en los ojos y los labios.



EL BANQUETE DE MIGUEL ESCOTO

Miguel Escoto, ó Escotillo, era un brujo que daba festínes donde se comía y bebía sin limitación: cuando salían los convidados, no se iban á sus casas en volandas sino para darse hartazgos que eran asombro de sus mujeres. Y con todo, Escotillo no los había llamado para darles matraca, ni para hacerles dormir sueño de Simón Pedro, mas aún para comer real y verdaderamente de lo mejor que en España por ese tiempo había. La mesa cubierta con precioso alemanisco de enredados fluecos, está fulgurando con la plata labrada: ved allí esos principios dignos de real festejo: peras de Ronda, las más jugosas, harinosas, suaves y dulces, de los huertos cultivados por los moros, y conquistados por la espada de Gonzalo Fernández: bellotas de Plasencia, asadas á fuego lento, para que cobren ese color de oro oscuro, delirio de los ojos y el paladar. Aceitunas de Sevilla, gordas, frescas, de acidez tan agradable, que para con ella és nada la fruta de pura dulcedumbre. Melocotones, priscos de cuesco rojo cincelado por la naturaleza en rayas curvas, que quedan limpias cuando habeis arrancado la sabrosa carne. Tasajos enormes de melón encendido, que no oponen la menor resistencia á la hoja de plata que los divide en trozos proporcionados á la boca: mirad si os deleita esa acuosidad suavísi-

ma, dulcísima que os inunda los órganos del gusto. Escotillo está sonriendo de satisfacción; sus huéspedes manifiestan no menos apetito que buen humor, expresándolo en cortés algazara.

Allí vienen las entradas: sopas de tortuga, regalo de epicúreos: perdices de Monserrate; costillas de carnero dispuestas con excitadores adminículos: lomos de ternera medio hundidos en una fortaleza de guisantes ahogados en salpimentada manteca de vacas. Ahora llegan las ostras de Noya, las anguilas de Ponferrada, los besugos de Laredo. Qué pieza admirable es esa que está tendida sobre larga fuente? Es el jamón de Trevelez, famoso en los reinos de Aragón y de Castilla: este manjar deja en la lengua voluptuoso escozor, que requiere una copa de alaejos: ofrécela Escotillo, y el mundo entero echa un hurra de placer. El cerdo de Talavera será extraño á las suntuosidades del goloso mágico? Miradle allí, en forma de pernil beneficiado largo tiempo, no menos que el chorizo de Garrovillas: entre las cosas que piden vino, suya es la palma: el que quiere beber, con indecible gusto, eche mano por esa delicada bajeza, y brinde á la salud del puerco.

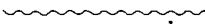
Sin legumbres no hay mesa cumplida: para que los espárragos sean los más dulces y jugosos, ved como sean de Aranjuez, esos cuyo tallo comestible tiene cuatro dedos, el cual, embarrado en la blanca masamorra con que anda de continuo, es delicia del más esquilimoso comedor. Le llega su vez al queso; he allí el de Burgos, célebre en las cuatro partes del mundo,

por la untuosidad con que se derrite cuando la lengua le da vueltas. Los de Cáseres y Villalón no se quedan atrás, ni por la sal, ni por el dulce: las vacas que dan esa leche se mantienen en dehesas ricas de herbajes azucarinos. Bien así como las abejas arrancan de las flores las sustancias que tornan miel en el laboratorio de su seno, así las vacas de Villalón rebuscan en los prados las matas floridas que apetezcan las abejas. Requesones de Zaragoza, no de los que le reblandecieron los sesos al caballero de la Triste figura, sino de ganar medalla de oro en una exposición universal. Las natas de Salamanca, fueran golosina de las Musas, si estas invisibles deidades hubieran menester para la vida cosas de forma y peso: éllas se mantienen del zéfiro que llega á la cumbre del Parnaso, habiendo pasado por el valle de Tempe, y del rocío que amanece brillando en las hojas de las gramíneas. Quanto á la mantequilla, Miguel Escoto sirve siempre la de Soria: en rodellitas labradas por el molde, circuidas de agua límpida, su amarillez y frescura despiertan al más soñolento apetito: embarrada profusamente en la plancha de pan candeal, ay, si no es cosa de comerse uno con mano y todo!

Pues los dulces? Escotillo pone todo su anhelo en el último mantel, que es el verdaderamente apetecido. Cosa rara, un brujo queda bien por obra de manos santas: las monjas de Oviedo le proveen de frutas heladas, esas piñas enormes que se están gallardeando en vasijas de cristal dorado: esos duraznos rubicundos de he-

misferios que semejan las mejillas de una virgen ruborosa: esas bergamotas de jugosidad y sabor imponderable. Las de Villagarcía le preparan masapanes y turrone; las de Guardia, esos confites aéreos que se llaman suspiros: suspiros, si de amor, si de dolor, éllas se lo saben: pero es dulce el bocadillo, leve como una pompita de agua, fragante como un jazmín. Los *suspiros* de esas monjas son ayes de prisioneras envueltos en pura alcorza: deseos mundanos, inocentes quizá, encarnados en la flor del azúcar y la harina. Las de San Pelayo, son para leches compuestas, batidas con yemas de huevo, espesadas y amarilladas á fuego lento. Hacen también espumillas, blancas unas, de color de rosa otras; todas tan leves y de tal delicadeza, que las comieran los ángeles, si estos séres divinos bajaran á entre nosotros. El bollo maimón de Zamora, hace persona de infante real en la mesa de Escotillo; y la torta de Motril, que no es para menos ni por la alcurnia, ni por el sabor, se halla á su derecha, bien como novia que acaba de darle la mano. El alfajor morisco de Medina Sidonia, el masapán de Toledo, el chocolate de Astorga en formas varias y provocativas, están allí para la gula disculpable de los convidados. No salen éstos sin haber bebido repetidas ocasiones, ora valdeiglesias, ora casalla, vinos que les echan el pié adelante á los del día, si por el espíritu, si por el aroma. Y el célebre alaejos ¿con cuál lo han sustituido? Gran cosa es el jerez, ese líquido rubicundo por cuya transparencia podemos ver

á las tres Gracias que juguetean en los jardines de Adonis resucitado; pero el alaejos, dicen, era toma de reyes, poetas y princesas que estaban adoleciendo de mal de amor. Sea como se fuese, Escotillo daba de comer y beber con largueza imperial; y sus huéspedes, al salir de su casa, sentían hambre: habían comido sombras y bebido aire vano en figura de manjares y licores. Irían á cenar en sus casas los clérigos de mi banquete?



LOS ANCIANOS

Los ancianos son respetables, no por el número de sus años, dice la Escritura, sino por la prudencia, que es la vejez del hombre. Vida sin mancilla es larga vida. No me he estrellado contra la prudencia, que es la vejez del hombre, mas aún contra la intemperancia del corazón y la palabra. Viejos incantos, viejos malévolos, viejos agresivos son mozos desvergonzados á quienes conviene reprimamos en favor de las buenas costumbres. Los que en medio de los vicios y las malas obras alegan sus años como carta de inmunidad, no tienen en la memoria las leyes divinas, ni juzgan que las humanas les imponen obligaciones. Así como los ministros del culto, los sacerdotes de Dios, á

causa de su investidura están más obligados á la continencia y la abstinencia que el globo de los hombres, así mismo á los viejos, en cuanto seres añosos, les obligan más fuertemente la cordura y la medida. Viejo que se pierde el respeto á sí propio, no es acreedor al de sus semejantes. ¡Oh ancianos! sed dioses en la tierra, sedlo por el ejemplo del bien y la práctica de las virtudes, y no pasaremos por vuestro lado sin descubrirnos, como ante la sabiduría encarnada en cuerpo venerable.



EN ELOGIO DE LA PAPA



Hoy es la carne de los pobres en Francia, Alemania, Irlanda; es pan, donde falta trigo; dulce, donde no se digna concurrir el azúcar aristócrata; y, siendo como es auxilio del pueblo necesitado, es al propio tiempo regalo del gran señor. Ese globo cresco, blanco, que está erguido sobre provocativa salsa en fuente de porcelana, es la papa entera, cocida sin condimento ni artificio: su harina está brotando en flósculos y reventazones que prometen exquisito sabor al paladar, al estómago sustancia delicada: heridla con el tenedor de plata, ahogadla en el jugo que la rodea, y ved si los dioses gustaron manjar más delicioso en los mejores tiempos del

Olimpo. Qué onzas de oro son ésas que están poniendo sitio al pedazo de lomo que se yergue en medio de ellas orgullosamente? Depuesta su crudez en la parrilla, ahora es comestible que ofrece sangre y vida; esponjado, tierno, succulento: mas ¿qué sería él sin los adminículos que le rodean en forma de monedas resonantes? La papa, cortada en tenues rodela, frita en mantequilla, ha tomado ese color de águilas americanas, levantada su epidérmis en convexidad enchida de goloso viento. Tomad una de esas ostias profanas, apretadla entre las mandíbulas, y ved si es música el ruido con que se quebranta y desmenuza, quejándose amorosamente de vuestro legítimo apetito. Si sois viejos, allí la teneis en masa blanca y pura, ó ya embermejeada con *ají* punzador, ó con azafrán oloroso. Si cholos, comprad en la esquina de la calle, en la ciudad de Quito, ese emplasto ruidoso que está echando chispas en el tiesto, derramadas las entrañas al rededor en feroces hebras de queso derretido. De qué otro modo os presentaré la papa, amigos míos? Parmentier la ofrecía al rey y su augusta esposa en diez y seis maneras diferentes: seguro está que ese habil cocinero haya descubierto manjares tan variados y tantos como de ella hacemos y comemos los hijos del Nuevo Mundo. Para un banquete de Pitágoras, sobran los que hemos puesto al antojo de los lectores: si sobrios y morigerados, pasemos á la lechuga.



PERFIL DE BOLIVAR

Bolívar no era blanco, mas aún de tez curtida al sol del ecuador, moreno aristocrático, algo como la resultante del mármol y el bronce que figuran los bustos de los emperadores romanos; rostro, bajo cuya epidermis corría ardiente el caudal de su noble sangre. Tampoco era rubio como Escipión, sino de pelo negro y ensortijado, semejante al de lord Byron, pelo rico y floreciente, que en graciosos anillos de ébano se cuelga hacía las sienes del poeta, mas que el guerrero tiene cuidado de atuzar, como quien sabe que nada de femenino conviene al heroísmo. Los poetas pudieran llevar hasta airon en la cabeza y ajorcas al tobillo, sin que estos preciosos arrequives desdijeran de sus ocupaciones: las Musas traen corona de rosas, y Apolo, si bien flechero, no desdeña los adornos de la hermosura. Al hijo de la guerra le conviene rígido continente, varonil, temible, con cierta insolencia elevada, que de ninguna manera pase á brutalidad, pues el crudo afán de las armas es muy avenidero con los primores de la cultura. Pallas no es cerril, es austera: su belleza marcial impone respeto, y no excluye el amor. Quisiera yo saber cómo se hubiera presentado Bolívar á Napoleón: estas dos águilas se habrían arrancado mutuamente el alma de una mirada, como el héroe del poema que con los ojos escudriña el

centro de la naturaleza. Desdeñaría Napoleón á Bolívar, si viviesen aún? No lo creo. Se inclinaría Bolívar hasta el suelo, puesta la mano en el pecho? Imposible. Si estos hombres se echan los brazos al cuello, esas dos almas refundidas en una, hacen rebosar el universo.

~~~~~

## EL CHAGRA

---

Chagra es lo que el *guajiro* en Cuba, lo que el *sabanero* en Bogotá. Hombre de zamarra, si á caballo; de pantalón, si á pié. Chagra sin poncho, no lo hay: la funda de sombrero, cosa suya. El chagra es mayordomo rural de nacimiento: tiene mula, yegua; caballo rara vez. El chagra dice *piti* en vez de poco, responde *jau!* cuando le llaman, y siendo *jefe*, manda: «Juego mochachos!» Si le obligan á sentarse á la mesa, pues hay chagras calzados y tocados, no sabe el infeliz qué hacer de la cara y las manos: come con el cuchillo, hiere el pan con la cuchara, se limpia los labios con el poncho. Cuando este humilde personaje deja la *chagra*, no su fémina sino su mansión rústica, y empieza á sacar los piés de las alforjas, es personaje terrible: chagra con botas, presillas, cachucha y galones, *abrenuncio*. El chagra-soldado,

chagra-Jefe combina mal las piezas de su vestido: pantalón blanco, chaleco de grana, levita verde, sombrero de copa alta ó chistera, y hasta guantes de hilo se pone el macabeo. Verle á caballo, un rey de Prusia, sino que pide un *piti* de aguardiente, cuando se le aridece la canal maestra, y dice que *güelta* ha de venir á tomar trago. *Güelta*, en lengua viva de chagra, es otra vez; á donde viene á dar por *vuelta*; esto es que ha de volver á ocurrir tal cosa. *Trago* es simple figura de retórica, ó la parte por el todo. El chagra habla también figuradamente, y sin saberlo, como Monsieur Jourdain, comete hipérbatons, sinédoques, onomatopeyas de las buenas. Si el *sabanero* de Bogotá y el *guajiro* de Cuba son como éste, hermanos son, y deben convocarse á un congreso continental en Atenas, para darles términos fijos al *piti*, el *jau* y otras alimañas *ejusdem furfuris*, que hoy andan perdidas en comunidades de gente de capa par-da.

El chagra llega á ser coronel. Dios misericordioso. Al que le dice «Mi coronel», es capaz de darle un ojo de la cara, aún cuando sea tuerto. El *guajiro* será hombre de este fuste? habrá guajiros coroneles? Un gran señor libertino es terrible cosa, dice un moralista; un chagra gran señor, con cacofonía y todo, es la cosa mas graciosa que puede nadie imaginarse. Da convites, y en vez de jamón pone *cúy*, animalito doméstico de América, de que los indios gustan por extremo. Humboldt, que habla con tanto encomio de la *oca* y el *mellico*, no tiene



por ahí un capítulo del *cúy*? Si Humboldt no se desdena de hacer mención, y aún tratar de propósito estas quisicosas peculiares del Nuevo Mundo, habremos, nosotros, pobrecitos medias cucharas, de rehuir su contacto, picando en cultos y grandilocuentes? Compra vino el chagra; mas la chicha no falta de su mesa; y el café que él llama *cuafecito*, no es bueno sino lo hierva con una punta de agua de Colonia. La loza blanca no ha penetrado aún en el palacio del chagra: allí se ven platos de mariposas azules, y escudillas moradas como para frailes. Si el chagra baila, ríen los prados; eso es salir el sol á media noche, espectáculo brillante. ¡Y miren si son pocas las pernadas que da á modo de danza sutil! En resumidas cuentas, venga el chagra-galán, el chagra-diplomático, antes que el chagra-militar, porque éste, aún cuando se halle él mismo en amena conversación con amigos y señoritas, de repente se acuerda de que es soldado, y «Juego mochachos!»

*Chagra* no es barbarismo, como ya lo están presumiendo ciertos lingüistas rigurosos; tiene su raíz, es señor de etimología y de devengar quinientos maravedises de lengua castellana, sin más que poner de las orejas en la calle á esa intrusa y salteadora, *g* y reivindicar para la digna *e* el puesto del cual ha sido arrojada fraudulentamente. La *chacra* del diccionario es todo un solar para el *chagra* americano. Ahora que ciertos académicos de la Península, y nombradamente nuestro buen don Eugenio Hartzembusch, están mirando con tanto favor la parte

razonable de nuestro lenguaje indio español, allá va el *chagra*, por si acaso tienen á bien darle carta de naturaleza. Quitádle el *chagra* al Ecuador, y le habréis quitado la flor de su idioma, sin el nombre el sujeto vendría á quedar en contingencia; y una vez desaparecido tan curioso personaje, la nata de la población del Nuevo Mundo se ha perdido.



## EL JUGADOR.

Cada vicio es una caída del hombre: el juego, la pasión por el juego, le envilece, le expone al robo, le deshereda: el jugador no tiene palabra, no reconoce obligaciones, no cumple con sus deberes de hijo, esposo ni padre. Su universo es el garito, su género humano los tahures. Juega lo propio y lo ageno, se empeña, pierde el alma haciendo pacto con el diablo. Caballo, reloj, ya no son suyos: su mujer conserva unos zarcillitos de oro con gotas de perlas como avellanas, los guarda con cuidado y amor, como prenda de su difunta madre: va el domingo por ellos para adornar á su hijita junto con la cruz de diamantes con que la pone como una infanta real: el cofre falseado, el estuche vacío: lágrimas y más lágrimas: el pobre hombre se

los ha llevado, los ha perdido. Veinticuatro eran las cucharas de plata: tres están; vendidas ó empeñadas las demás: el pobre hombre no tiene miedo ni vergüenza. Qué jugará? Qué perderá? Las tierras, la hacienda, tiempo ha que dió por la mitad de su justo valor; la casa es herencia de su esposa, no la puede vender; y sobre que ésta se rehusa á facultarle para la enagenación, menudito con ella; insultos y mogicones, el pan de cada día. Mal traído, mal mirado, el infeliz no se atreve á mostrar sus harapos, huye de parientes y amigos; y como ya no puede ser jugador activo, se ha vuelto jugador pasivo, es mirón perpétuo: cuando hay quien se la dé, pide la barata. El garito es la quiebra de la honra y la felicidad: caer en él es hundirse é ir á salir al otro lado, donde infamia y desdicha le reciben á uno con los brazos abiertos. Judas vendió á su maestro para jugar; Judas fué jugador: el jugador está siempre en potencia propinqua de vender á maestros y condiscípulos: ora provenga de la humillación, ora del delito, el tahur quiere dinero: pide; sino le dan, roba: hombre desventurado!



## LOS COMETAS

---

Los cometas salen de lo infinito y se van á lo infinito: ¿quién concibe esto? Hay ideas que podemos emitir de cierto modo, aun cuando no hallan cabida en el cerebro. Ya sabemos, pues, que los cometas salen de lo infinito y se van á lo infinito. Los cometas están fuera de todos los sistemas planetarios, del nuestro y de los que no conocemos. Cada estrella de esas casi invisibles para nosotros, esos puntos de diamante que están pestañando en la bóveda celeste, son astros mil veces mayores que el sol, y sirven de centro á sus respectivos sistemas planetarios. Los cometas son salvajes enemigos de toda compañía, que gustan de errar por los espacios sin rumbo, en melancólica vagancia. En su estado de independencia, no tienen órbita como los astros; y así no está fuera de la naturaleza el que se encuentren unos con otros, ó el que rocen con la cola uno de los planetas de movimientos inmutables. Habrá quizá sucedido esto en los secretos del espacio y la noche de los tiempos; lo que sabemos á punto fijo es que, cuando su mala estrella quiere que pasen á cierta distancia de un astro, caen prisioneros y vienen á ser esclavos que girarán perpetuamente al rededor del que los ha hecho cautivos. Júpiter es el terror de los cometas: desgraciado del que

venga á pasar por el límite hasta donde se dilata su poder! Los refrena con su aliento, los atrae irresistiblemente, les señala rumbo y les obliga á girar en torno suyo, en un período de tiempo que no ha de sufrir alteración

~~~~~

LA MUJER DE FULVIO

———

Cuánta delicadeza en la muerte de la mujer de Fulvio! Era éste un privado de Augusto que poseía sus secretos, y á su vez se los recomendaba á su consorte. Mujer, no los podía callar, y descubrió uno de no poco momento. Fulvio experimenta en breve el ceño reprochador de su amo: desesperado, corre á su mujer, y le cuenta lo que pasa. Con razón, y muy bien merecido, responde ésta: bien sabes que no tengo ningún poder sobre mi lengua, y con todo no dejas de recargarme de secretos. Mas á todo se puede dar un corte: y pues yo he sido la causa de tu desgracia, yo quiero darte el modo de remediarla: muere, amigo querido: sigue á tu esposa, la cual, sino ha alcanzado á preservarte de los peligros con el silencio, no se verá falta de ánimo para salvarte con el ejemplo. Y diciendo y haciendo se mata á ojos vistas de su marido, no tanto asombrado, cuanto pronto á imitar el heroísmo de su mujer sublime.

~~~~~

## LA BELLEZA ARTIFICIAL

---

Como si fueran más hábiles que la naturaleza, las mujeres han adolecido en todo tiempo del prurito de la hermosura facticia, con la cual tratan de oscurecer los primores inherentes á la familia humana, ó se proponen engatuzar á los hombres vendiendo una cosa por otra. Si tienen creído que el resplandor ominoso con que salen brillando por las calles puede algo en nuestro ánimo, sepan, al contrario, que ese efecto es mortal para ellas. Si se dan á entender que tragamos gato por liebre, se engañan por la mitad de la barba, y salen mal libradas en nuestros juicios y opiniones. Seguro está que la inventora de las blandurillas y las mudas, lo que en general se llama afeite de las mujeres, haya sido una niña de quince, ni veinte años, á cuyas mejillas la rosa pide favor, á cuyos labios el clavel se rinde confesándose vencido. La inventora de esas brillantes porquerías fué una vieja presumida que vió apagados sus colores, idas para nunca más volver sus gracias y frescura. Que estas vejancas desdichadas se encomienden á la ciencia de las brujas para mostrar lo que no son, aún no tan malo; pero que una muchacha que está reventando y abriéndose como una flor del paraíso, acuda para embellecerse á esos matadores de la belleza, esto es lo que no nos cabe en la imaginación. La una,

sobra de sí misma, escoria del oro que ha derrochado en treinta años, tiene necesidad de cubrirse el rostro, si es ocultadora de la verdad, y se anda á caza de admiraciones y amoríos; la otra, joven, fresca, blanca, ¿qué tiene en su persona que fingir ni ocultar á nuestros ojos? Entre las flores de mi jardín, orillas del cual escribo, descuella la azucena, como la infanta heredera de la real familia. Habiendo llovido anoche, la madre tierra ha cobrado pujanza y brío: el sol comparece sobre un mundo espeso de nubes purpúreas, amarillas, violadas y de cien otros matices y combinaciones: un diluvio de luz llena luego los huertos bajando de los montes, y las flores la reciben y aspiran como sedientas de los secretos divinos que esa mensajera del cielo acarrea en sus entrañas. La azucena, digo, en su oriente está nadando en hermosura propia, tan lozana, tan suave, tan seductora con sus naturales atavíos, que si esta deidad insensible puede infundir pasiones, los espíritus incorpóreos de la atmósfera, los ángeles incompletos que pueblan el aire, se mueren de amor por ella, ó á sus plantas yacen desmayados implorando compasión de esa divina ingrata. Qué diríais, oh vosotras, niñas y señoritas de veinte años, si la princesa del jardín se diese sus trazas para mejorar su color y su frescura, mediante los secretos de una fada maligna cuyo ministerio fuera la persecución y ruina de las obras más cumplidas de la naturaleza? Bien así como esa flor, si blanquease su blancura os parecería loca de atar, así vosotras, jóvenes, cuando blan-

queáis lo blanco, sois para nosotros pobrecitas, á quienes de buena gana encerráramos en un hospicio, si hospicio hubiera donde os sirviesen reyes á la mesa y reinas os quitasen los chapines. El blanco anexo á la mujer es como el blanco natural en la leche: si lo cubrís por mejorarlo, echáis á perder el acierto de la naturaleza. Las obras maestras de escultura, las grandes fábricas de Atenas, el templo de Júpiter, el Parthenón ponían la fachada al mundo, limpia de ingredientes superficiales que ocultaran la sublime belleza que los ha vuelto célebres: ni cal, ni estuco, ni yeso. Así el rostro de Minerva, el de la Venus púdica no admiten las ridículas embarraduras con que las mujeres, más bellas que esas divinidades sin alma, viven empeñadas en afearse y envejecerse antes de tiempo. Qué delirio es ese, niña? La azucena se contenta con sus gracias propias, y no pasa por la vergüenza de pedirle á la tiza una misericordia de blancura: el armiño no se queja del Hacedor, ni va á hurtar lo que le falta: la paloma, con lo que es suyo la ayude Dios, satisfecha se halla, y no procura volverse blanca la azul, ni azul la blanca. Dice por ventura una de estas avechitas: A mí no me ha puesto collar la naturaleza; yo me he de envolver un arco iris en el cuello? Dice otra: á mí no me gusta este importuno tornasol, yo quiero pecho y cuello como la nieve? Todos los seres vivientes se hallan conformes con lo que han sacado del vientre de sus madres; la mujer, la mujer tan sólo, el mas bello y seductor, no está contenta con sus incentivos, y va á postrarse



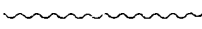
ante las más ruines sustancias, para labrar una belleza despreciable con la cual mata la que ambicionan los angeles del cielo.

Entre los entes alados que sobrevuelan en mi dicho jardín hay uno que semeja á un pequeño globo de oro con paramentos de fuego: graciosos puntos negros taracean su coraza, al paso que en la cabeza le resplandecen unos como rubíes encendidos. Digo yo, si á este peregrino amante de las verbenitas y las clavellinas le cogiésemos y le dorásemos la resplandeciente pechuga? si al verde con luz, verde con vista que le adorna las alas le diésemos algunos hábiles brochazos? si esos rubíes de la cabeza admitiesen un toque de vermellón? Impíos! eso viene así de manos del Todopoderoso: ni más sabios, ni más artistas, ni más pulidos que él. Si el albayalde hubiera sido mejor para el rostro femenino, albayalde le hubiera puesto la naturaleza. Pero en dónde, en dónde material más suave, delicado, puro que ese con que fulgura la virgen inocente en su dichosa ignorancia del arte y las mañas de las viejas? Dicen de los elefanciacos que tienen pasión profunda por transmitir su enfermedad á sus semejantes: sus semejantes huyen de ellos con horror; y las niñas, las niñas hermosas se entregan de buen grado al contagio de esotra elefancia de la cara con que ponen en fuga al pobrecito amor, y espanto en los que íbamos á adorarlas de rodillas. Demos de barato que el artificio fuese capaz de producir obras perfectas: para que el arte fuese cabal, sería menester que junto con la hermo-

sura efímera alcanzasen las mujeres el triunfo de hacernos creer en ella: si por hermosa que parezca una, estamos viendo y sabemos que ese es puro antifaz ¿qué poder han de tener sobre nosotros? Tanto valdría acudiésemos al Corso de Roma los tres días de carnestolendas, ó á la Grande Ópera de París una noche de baile de máscaras á escojer allí nuestras queridas ó nuestras novias: sabe Dios qué dragones, qué arañas, qué lagartijas, qué murciélagos no estarán tras esas caras de ángeles y serafines? Pues todo se sale allá: si por mal de vuestros pecados viniéredes á caer en el buitrón de una de esas carantoñas, llamaos á engaño, como que la novia ha sido supuesta. Ni lo blanco de la frente, ni lo purpurino de las mejillas, ni lo rojo de los labios fueron suyos: luego fuisteis embaucados con esos elementos de otra cara: soltero nacisteis, soltero sois: id, hermano, en haz y paz de nuestra santa madre Iglesia, y el cielo os depare mejor suerte. Qué dirían las mujeres si nosotros diésemos de repente en la flor de salir chorreando engrudo el rostro, y sobre él media libra de polvo de arroz ó de maíz echado ahí como cosa del diablo? Pues digamos que un galán de estos había de andar boyante en hecho de amores y casorios! Lo mismo da que sea hombre ó mujer el Judas que se embarra la cara con ajonje y sale á caza de pájaros pegadizos. Bonito soy yo para morirme por una maestra de obras de albañilería, que toma á dos manos su lodo blanco, se embadurna con ojos y todo, haciendo hocico la boca, y se afina y pulimenta

con palustre los carrillos! El amor infundido por un basilisco de esos no es amor, es encantamento y superchería: ¿acaso nos agradamos del adorno, y menos del artificio? Ya sentamos en otro lugar de este libro, que la belleza era desnuda; desnuda de vestido, no tanto; desnuda de adherentes indiscretos, pegotes repulsivos que revuelven el corazón y le dan convulsiones al alma: desnuda de bismuto, albayalde, agua virginal y otros potingues, que tras ser enojosos á la vista, perturban la corriente de la vida, socaban la salud y dan al traste con la hermosura. Ni el arte refinado de las francesas, esa maña diabólica con que se proporcionan una belleza ingénita, puede pasar á los ojos de los varones, aun sin que piquen en filósofos: respecto de esta tramoya de las mujeres, todos estamos en un corazón: el vulgo la reprueba al igual del sabio: el necio es discreto en yendo de galanuras fingidas que carecen del poder de los primores naturales. Dudo yo, y nadie me sacará de ello, que una hermosa de embelesos apurados en el colorín alcance jamás el verdadero y profundo amor de un hombre sensato. Bien así como el valiente, el héroe, suelen mostrar llaneza y moderación en todas las ocurrencias de la vida, así la bella, la honesta, han de resplandecer por la verdad y la ingenuidad. Al cobarde que truena y relampaguea en ocasiones de paz, que se bebe los vientos y se come á sus enemigos ausentes, le llamamos fanfarrón, baladrón, matasiete: ese no es lo que ansía parecer. A la hembra que se calafatea el rostro, y le compra

al sinabrio la rubicundez de sus mejillas, la llamamos carantoña, esto es mujer vieja ó fea que á falta de lustre y donaire propios, se disfraza y sale erguida merced á ese innoble adobo con el cual nos mata el corazón y nos hiela los sentidos. Mujer enlucida que se oye recuestrar por un hombre, atribuya su buena fortuna á la cortesía, y sepa que allá en el santuario del pecho de ese hombre hay una persona invisible que está protestando con fuerza contra las mentiras de sus labios. En dónde ese fuego vívido que hace hervir la sangre al lado de una mujer de suyo hermosa, que no toma nada del arte de hacer viejas? El albayalde es sustancia helada; el fuego del vermellón es frío: estos nefandos mata-dores del amor han asesinado en el seno de la nada muchos grandes hombres y muchas mujeres hermosas. Cómo, con qué aliento insinuarse uno blanda, pero fuertemente con un mascarón de esos que ahogan en la boca la sonrisa, por no abrir con ella una grieta en la mejilla! Esa movilidad celestial de las facciones humanas que son el mudo poema de los afectos, se ha vuelto quietismo abrutado en la mártir del afeitte: cara dada de barníz, cara de palo; los santos de la iglesia no son más formales, frios é insensibles: qué amor, qué placer con monstruo semejante?



## PRECEPTOS DE NOBLEZA

---

La nobleza se pierde moral y positivamente: así como los soberanos conceden títulos nobiliarios, y envisten de calidad señorial á una persona, así mismo dan carta desaforada. Una vez anulados los honores y prerogativas, el noble queda plebeyo. Todo el que incurre en caso de menos valer aplebeya su sangre: el infame no puede ser noble; hay también incompatibilidad entre el señorío y la indignidad. Los que dan principio á su enriquecimiento con lucros despreciables, grangerías ruines, no son, no pueden ser nobles: *el agio*, verbigracia, es una de las formas del robo; el ladrón no es noble. Los que tiran á la ruina de sus semejantes por medio de la murmuración, la difamación, la calumnia, no son, no pueden ser nobles: la nobleza se contonea en el orgullo de buena casta, y este es gran señor que mira para abajo á las pasiones viles. Los que se venden á la avaricia, y por satisfacerla vuelven la espalda á la moral, no son, no pueden ser nobles: la nobleza anda con gran prosopopeya por el ancho campo, de la liberalidad; el desprendimiento es su corona. Los que juran falso, profesan la mala fe, practican el dolo malo, no son, no pueden ser nobles: la nobleza jura por Dios y la honra, y no engaña á uno ni á otro; habla siempre la verdad, *ca ninguna cosa es más del caballero*

que el ponerla por delante en las palabras y los hechos, y mira con horror toda superchería. Los que se arrastran á los pies de un tirano y le rompen á besos la mano podrida en sangre, no son, no pueden ser nobles: la verdadera nobleza es austera, no contemporiza con los crímenes y la corrupción; no sufre mordaza en la boca ni cadena en el tobillo. Tan gran cosa es una ilustre sangre, que no apreciarla, es negadez; enturbiarla con una acción ignominiosa, irreparable desgracia. En estas consideraciones se fundó, sin duda, la más sabia de las sectas de filosofía, cual era la de los estoicos, para sentar este principio: No hay más nobleza que la de las virtudes.



## LA PRENSA Y EL TIRANO



Sabe por otra parte el mundo entero, que reinando Don Gabriel García, la prensa ha estado con bozal, enmudecida, bien como el ladrón de casa suele hacer con el fiel perro, para que de noche no haga ruido. Los propietarios de imprenta perseguidos unos, corrompidos otros; los oficiales y cajistas fugitivos unos, en los cuarteles otros; gran dificultad, en fin, de publicar

ningún escrito. Y si á pesar de todo se publicaba alguno, ir en derechura á un calabozo, al suplicio de la *barra*, ó á los confines del mundo pasando por el Napo. Sería éste el valor?

---

## RAMILLETE

---

### CASIMIRA CÓRDOBA

Las señoritas y los caballeros que habían sido nombrados para hacer los honores recibieron á éstos primervenidos; y acto continuo el heraldo gritó: «El señor general Florencio Córdoba!» Entró éste dando el brazo á su esposa doña Josefa Mariño, precediéndoles tres señoritas como las tres Gracias. Casimira, la mayor, tendrá hasta diez y ocho años. Sus dos hermanas son gemelas, y tan parecidas entre sí, que á no tener cada una su nombre, cosa difícil fuera distinguirlas. Todas tres están vestidas de blanco: sobre la saya de linón de Chartres una hopalanda de raso de la China, abierta por delante, baja hasta los talones y va arrastrando una vara por el suelo. Las orillas de esta rica pieza del vestido, en el pórtico que forman en la delantera, son ribeteadas con un grueso torzal de oro. El zapatito, blanco de seda, tiene

sobre la capellada una hebilla de diamantes, donde el iris repartido en mil culebras infantiles se lleva la vista en su travieso vaivén. Casimira con sus grandes ojos azules, su cabellera rubia amontonada primorosamente sobre la coronilla, tiene aspecto de princesa, por que es alta y majestuosa.

---

### RUDECINDA BELGRANO

Rudecinda, mujer de los poemas de Ossian, flota como una nube en medio de la sala, balanceándose al brazo de su padre. Sus rubicundos labios resaltan en ese rostro pálido; pálido con la palidez de las deidades del Olimpo: nadie se figura sonrosada á Vesta, ni la amable Psiquis prevalece por la sangre de las mejillas: palidez de buena salud, de ésa que buscan los poetas enamorados de sombras divinas; palidez iluminada por los ojos, los cuales en esta niña son negros, rasgados, y de una languidez engañosa, debajo de la cual está chispeando el amor escondido todavía. Tiene al cuello esta ninfa del Plata un collar de enormes perlas, y en el moño un grupo de piedras preciosas en forma de triángulo. Los hombros, gordos, blancos han sacudido por ahora el yugo de la chaqueta: el pecho es prominente, y dos alas de raso encarnado, siguiendo la forma del corsé, le suje-



tan los senos y descienden hasta más abajo de la cintura haciendo puntas. Sin la rival que allí entró luego, Rudecinda Belgrano hubiera sido la reina de esos juegos floreales.

---

### TERESA CALDERÓN

Mas quien podía serlo donde estaba Teresa Calderón, guayaquileña que pone la pica en Flandes en esto de compostura y garbo natural? Teresa Calderón es señorita de veinte años: su negro pelo recogido en la cabeza según que lo requiere el baile, forma un rico volumen, sin pedir favor al almacén de trenzas postizas. Esta hija del Guayas no es tampoco sonrosada; la ardiente atmósfera que envuelve su cuna no sufre colores fuertes; pero ese blanco puro, ese blanco de náyade que se oculta del sol furioso de medio día, y sale á beberse la brisa del crepúsculo por las orillas de su río encantado, vale más que los colores con que resplandece la hija de la sierra, acariciada de continuo por los vientos de los montes.

---

### FRESCURA

Ved en seguida esa quiteña que llega derramando salud y fuerza, con sus mejillas debajo de cuyas bóvedas los Amores y las Gracias

están fabricando los matices de la aurora. El gordo brazo al aire; el ademán arrogante, pasa rindiendo corazones con la mirada y la sonrisa; sonrisa que tiene tratado secreto con los dientes, pues ha de ser tal que ellos se muestren cuan blancos son, y nos permitan admirar el orden con que están plantados sobre la pura ensía.

---

### ABIGAÍL FERNÁNDEZ

Nunca produjo Lima pedacito de gente como Abigaíl: de baja estatura, ¡pero qué cuerpo el suyo! Gorda, sin perjuicio de la elegancia, son de ver esas manos y comérselas uno vivas, porque son sorbetes de almendra en forma de ese miembro, el más bello de todos, cuando es bello. La yema de los dedos está reventando sangre; la uña, limpia, se levanta sobre ella en gracioso recorte; la muñeca está presa en un bracelete de diamantes que despidе chispas de mil colores. Ojos como los de esta Fernandita no se han visto; sino que fingen no ver cuando están viendo, y no miran fijamente sino cuando no son vistos. Hay bellacas así, que reconociéndose dueñas del mundo, hacen sus intentonas de desdeñar y matar á los que las quieren bien. Que triunfen, que triunfen, para eso son hijas de Eva.

## ESTELA POMBO

Estela Pombo sabe donde le aprieta el zapato: su airoso talle, en garbo natural, desdén las sutilezas del arte y tiene horror á las patrañas del artificio. Esa vasta cabellera, esa tez blanca, esos ojos negros, inmensos, medio agobiados debajo de sus largas pestañas; esos labios que arden como la granada en flor; esas mejillas de comba sublime, por sobre las cuales pasa una tenue llama del fuego de Vesta; esa garganta desnuda hasta los hombros, cilindro de leche consolidada por medio de una operación misteriosa de la mágica Almandroga; ese pecho repujado, dividido en dos panecillos de caliente mármol; todo, todo compone en élla el conjunto primoroso donde se clavan los ojos y se estrellan los corazones de los que la están mirando en silencio y haciendo penitencia interior para ser dignos de esa gloria.



## MILAGROS

---

Lo primero que se ofreció á los ojos, fueron unos grandes cuadros que contenían los milagros principales del patrono del pueblo. Esto sucedió en el golfo de Vizcaya, dijo el cura, señalando un naufragio. Todos los pasajeros se salvaron fuera de los que se ahogaron. ¿Luego no se salvaron todos? preguntó Don Quijote. Ni la tercera parte, señor. ¿Y los que perecieron, dónde están? volvió á preguntar Don Quijote. Donde Dios los ha puesto, señor; en el lienzo no están sino los del milagro. Holgárame, repuso el caballero, de que el milagro hubiese obrado en todos, y de que todos se hubiesen salvado en vez de unos pocos. Explíqueme vuesa merced, si es servido, la materia de estotro lienzo: si no me engaño, esa figura descarnada, ¿trae en las manos sus intestinos palpitantes? Eso es dar en la cabeza del clavo, respondió el cura: el hombre á quien vuesa merced está contemplando, recibió una cuchillada desmedida, por la cual se le iba la asadura; mas tuvo tiempo de llegar á su casa, donde expiró como buen cristiano. Este pasaje me reduce á la memoria, volvió á decir Don Quijote, á aquel venerable judío llamado Razías, que iba corriendo delante de sus perseguidores, y de cuando en cuando se volteaba hacia ellos para aventarles al rostro sus entrañas vivas. El milagro en qué

consiste, señor cura? En que no murió de redondo, señor caballero. Ahora eche vuesa merced los ojos á esta parte. Y abriendo una caja de fierro, mil figurillas de oro y de plata resplandecieron á la vista. ¡Vive el Señor! exclamó Sancho: gran cateador fué el santo, y dió con buena pinta. ¿El oro es amonedado ó en bruto, señor cura? Ni uno ni otro, amigo Sancho; son figurillas y símbolos que representan milagros diferentes: pues habéis de saber que el ministerio principal del patrono de este pueblo, es curar toda clase de enfermedades, mediante una prenda de oro ó de plata que figure el miembro enfermo. Veis aquí, añadió, tomando del arca uno de esos fragmentos preciosos, esta pierna consagrada por un hombre á quien se le rompió la suya en cuatro partes: desafiadle ahora á la carrera, y veremos si no os deja una legua atrás. Aquí tenéis un brazo de plata mandado hacer por un paralítico: él sabe si lo hubiera movido, y aún jugado pelota, á no haberse muerto en muy mala sazón. Esta es una garganta cuyo torneo es de lo más perfecto: pues sepan cuantos son nacidos, que la señora que hizo este presente al santo, adolecía de esa enfermedad que afea y embrutece á un mismo tiempo, porque del cuello pasa á desvirtuar los órganos de la inteligencia. ¿Qué mal es ese, señor cura? preguntó Sancho. Si entendéis de ciencias, amigo Panza, los médicos le llaman broncocele. En lenguaje menos científico, son lamparones; y en el familiar se suele decir papera. Ya caigo, dijo Sancho, esto es lo que en confianza se lla-

ma coto. Así es, respondió el cura; y la señora, cuando el milagro empezaba á dar indicios de verificarse, salió también muriéndose. Ahora véase este corazón macizo; no pesa menos de diez onzas: es ofrenda de un hidalgo que padecía de hipertrofia, y ya no la padece: Dios le tenga entre sus santos. Estotra alhaja la ofreció á la iglesia una buena matrona, que murió de tisis: tosía la desdichada de manera de no ser cumplidero con ella ningún caso extraordinario, y se fué dejando dos huérfanos y un parvulito de año y medio. Mirad aquí esta cabeza de plata, redonda y nervuda como la de un emperador romano: el que la regaló al santuario, padecía de por vida de un insupportable dolor á las sienes, que acabó por volverle el juicio, sin el cual vive todavía en un hospicio de Barcelona. Este es un hígado de oro de un hacendado á quien come la tierra tres años há; pues cuando acudió al santo, ya lo tenía en plena supuración. Dígame vuesa merced, preguntó Don Quijote, interrumpiéndole, una vez que los ofrendistas de estas preseas han muerto de sus enfermedades, cuál es la parte del santo? ¿Dónde están los milagros que representan estos miembros diminutos? Vuesa merced no es incrédulo, sin duda, respondió el cura, y sabe que los milagros son visibles é invisibles. Los primeros los tocamos con la mano; los segundos se ocultan á nuestro frágil entendimiento. ¿Quién sabe la virtud secreta de las cosas divinas, ni la manera de obrar de los bienaventurados? Mortales endebles, se nos pasan por alto

las mayores cosas: la inteligencia humana tiene sus estrechuras en donde no caben, ni de lado, los grandes misterios de nuestra religión. Si el milagro se verificó, poco hace al caso que sea ó no palpable. Aquí tiene vuesa merced un ojo de plata, ofrenda de uno que los tenía torcidos. ¿Supone el señor don Quijote que así pagó el tributo al santo ese quidam, como se puso á mirar derechamente? Nada de eso. Pero el dueño de este ojo sabe que si en este mundo ve un tanto al sesgo, en la eternidad ha de ver en línea recta. ¿Si ese tuerto se condena, de qué le sirve un ojo de plata? preguntó Sancho. El que algo da á la Iglesia, se condena poco, amigo Pauza, respondió el cura; y mientras más da un buen cristiano, se condena menos. El que da en abundancia no se condena sino escasamente; y el que da cuanto posee, nada se condena. ¿Si yo prometiera y diera mi rucio con enjalma y todo á este santo milagroso, qué pudiera sucederme de bueno? Sucedería que anduviescis á pié; con lo que haríais penitencia, y si á piés descalzos, mejor. Pero mi santo no ha menester vuestro rucio, porque él anda á caballo; ni yo supiera que hacer de semejante alimaña, la cual, según he visto, ni con azogue en los oídos se menca.



## AMÉRICA Y ESPAÑA

Pero ese alimento impío causa males horribles; la naturaleza refunfuña, grita, se arma y reprende rigurosamente á los que obran contra élla. Nosotros á abolir todo género de esclavitud, España á buscar, á formar esclavos; nosotros á trabajar, á comerciar, á perfeccionar las relaciones sociales con todas las naciones del mundo, España á vivir de indemnizaciones, á mercadear por los cañones, á romper la amistad política y de concordies hacer *beligerantes*. Nosotros á estudiar, á propender al adelanto, á buscar la luz y ser dignos del aprecio de los que valen más; España á retroceder, á tender un manto negro en todas partes, á apagar el sol para poner bien puestas sus celadas. Pues de esta abominable conducta nacerá, sino su desgracia, á lo menos su desengaño. América no puede volver á su dependencia; el noble título de Mundo libre, no puede convertirse en el mísero y despreciable de *colonia*, los *ciudadanos republicanos* no están para colonos, para siervos: esto sería echarnos del cielo á la tierra, en cuya degradación no consentiríamos jamás, sino que rugiríamos, nos rebelaríamos, pusiéramos el Pelión sobre el Olimpo, aunque fuera para ir precipitados al abismo. Si los españoles fueran ahora tan poderosos que nos tuviesen indefensos, podían hacer víctimas; prisioneros, vendi-



dos á su avaricia, criados suyos, nunca! Bien quisieran tratarnos como ya lo hicieron con los indios. Pero ni ellos son Hernán Corteses ni Valdivias, ni nosotros Motezumas ni Guatimozines: ya pueden venir con sus fragatas á estar desde lejos hostilizando las ciudades marítimas, interrumpiendo el comercio, apoderándose de islas desiertas; pero que tomen tierra, y allí la irán sembrando de sus cadáveres. ¿Qué les ha pasado en Santo Domingo? Con ser como es esa una nacioncilla pequeña y sin abastos de guerra, se ha rebelado cien veces, se ha alzado en armas, ha luchado, ha porfiado, ha vencido y echado fuera á sus tiranos.



## LA YEGUA DE DON ANTONIO

---

Entrando un día á mi casa en el pueblo de Colombia donde estaba refugiado, encontré en el patio una yegua, cuyo jinete acababa de salir á la calle, según me dijo mi sirviente. Si hubiera sido caballo ese huésped irracional, no hubiera yo hecho quizá pregunta de ninguna clase; el ver una yegua allí no pudo menos que despertar en mi ánimo una combinación de curiosidad y disgusto. Algo hay de extraordinario en el que monta en yegua; si no es un

mezquino hermafrodita, no se escapa de ser un Mari-Cruz, á quien se puedo zurrar, sin más efecto que sus lágrimas. Si la yegua es con cría, tened por bien averiguado que ese miserable nació para sacristán, ó que su arte y oficio son pedir para las ánimas en la puerta de la iglesia. *Elcemosynarum collector ad suffragia defunctorum*. Don Antonio Borrero, antes de que hubiese conquistado por la fuerza de su invencible brazo el solio presidencial de la República del Ecuador, montaba en yegua, no larga y desvencijada, sino corta de cuerpo, gruesa de barriga, las ancas exiguas y flacas, el pescuezo de *lánguida azucena*, bien como el del hipócrita de Gracián; bajita y pasicorta. El mismo refiere en sus Memorias que un día que salió por aldeas y campos á pedir su acostumbra limosna *ad suffragia defunctorum*, volviendo la cabeza después de larga meditación filosófica respecto del infierno, vió que la cría se le había desmanado, sin que él supiese en donde. Echó al rededor una mirada investigadora, y descubrió allá en una loma el descarriado potro, hijo de su corazón. Don Antonio debe de ser perito en esto de silbar y llamar animales tiernos; esta ocasión nada prestó su ciencia silbatoria, pues cuanto más silbaba, tanto más se internaba la bestezuela por un rastrojo en junta de otros muchos irracionales. El futuro presidente constitucional de la República se hallaba en calzas prietas: tocó á somatén, y habiendo acudido sus carcaños, empezó á taloncar, puesta la proa á su buena cría; pero la pazpuerca de la

madre que no sentía en los ijares rodaja mocha ni buida, lo echó al trezado, y mátenla primero que salir de su habitual menudeo. El presidente se moría. En los grandes conflictos, dice un filósofo, las grandes resoluciones son las que pueden salvarnos: don Antonio Borrero tomó la de hacer relinchar á su yegua; mas ésta, que no era el caballo de Darío, no quiso hacerle rey, si bien no falta en él el requisito de ser mago; y primero muerta que decir oste ni moste.



## LIBERALES Y CONSERVADORES

---

Parece invención moderna esto de llamar liberales á los que impulsan al género humano hácia el progreso representado por el adelanto físico y moral, y conservadores á los que se oponen á él, creídos de que cumplen con lo que manda Dios, ó cometiendo por malicia el grave error con el cual tanto perjudican á sus semejantes. Empero si los vocablos son modernos, la esencia de la cosa es antigua, y muy antigua. Los sacerdotes de Osiris que en los subterráneos de sus templos estampan el escarabajo sagrado en la lengua del bucy Apis, son conservadores. Les importa que el pueblo tenga

fé ciega en sus imposturas, y le mantienen religiosamente en el engaño y la ignorancia. Oh vosotros, conservadores de nuestros tiempos, creis de buena fé en la divinidad del buey Apis? El Dios del Nilo no es el de Abraham, el de Jacob; no es el de Juan Bautista, el de Jesús; y con todo, los conservadores creen en el dios del Nilo, porque no abrigan duda acerca de lo que les conviene: hay quien dude de lo que necesita, lo que le gusta? Fuerza, poderío, tesoros, triunfos de todo linaje; buena mesa, buena cama; respeto de los humildes, miedo de los ignorantes, amor de las hermosas ¿á qué ambicioso no le convendría? El dios del Nilo proporciona todo esto, y es preciso que el pueblo vea en su lengua el sello de la divinidad. En vano piensan algunos que los conservadores no han inventado la pólvora: bobos son, pero no para su negocio.

Tales. Pitágoras y más filósofos viajeros, conversando con los sabios del Egipto y aventando á dos manos al mundo las verdades aprendidas de esos ancianos misteriosos, son liberales. Liberal es Sócrates, cuando enseña el progreso y la virtud á sus discípulos: los treinta tiranos que le condenan á muerte, porque corrompe, según ellos, á los jóvenes, son conservadores. Están bien hallados con Venus y Mercurio, y castigan rigurosamente al que pone en duda la pluralidad de dioses. Liberal es Platón cuando rompe por la muchedumbre del Olimpo, y á paso largo va y se postra ante el Criador de cielos y tierra, en presencia de Júpiter que le mira asom-

brado con el rayo muerto en la mano. Los que llaman loco á este filósofo, y le venden como á esclavo, son conservadores.

Tiberio Graco, ofreciendo en lo alto del Capitolio la libertad al pueblo, es liberal: los decenviros, repartiéndose entre ellos los depojos de Roma, teniendo asida la cadena con que le arrastran por las oscuras regiones de la servidumbre, son conservadores. Estos necesitan un horrible crimen, crimen sublime, crimen santo de un viejo tribuno, para aflojar esos eslabones. Virginia muere á manos de su padre por la honra y la virtud; y el puñal que abre esas entrañas vírgenes restituye la libertad á su patria. La muchacha Virginia y su santo matador son liberales. Liberal es Lucrecia, liberal Junio Bruto: los Tarquinos son conservadores.

---

## RICAURTE EN SAN MATEO

---

Qué palidez mortal invade el rostro de Bolívar? En mudo asombro echa la vista á la colina del frente, su alma se muestra en sus ojos con angustia inmensa. El perder la vida nada es; mas con su muerte los españoles remacharán la esclavitud de América. Una columna enemiga halló el modo de trepar la floresta en cuya

cima están depositados los elementos de guerra, las santas municiones, prendas de la libertad de un mundo: ellas perdidas, ya no habrá resistir; le envolverá el enemigo, y él morirá con el último soldado. Qué sinfín de horrorosos pensamientos en ese instante atroz! qué dolor en el pecho del hombre á quien estaban confiadas esas cosas! Allí fué el ver morir á la naciente patria, allí el contemplar la propia ruina inevitable. La escasa guarnición abandona el depósito sacrosanto, desciende la colina á paso de fuga; todo está perdido. Perdido? Nada está perdido donde la Providencia pone un mártir. El mártir es más que el héroe; por cuanto el sacrificio consumado por las ideas sublimes, por las causas grandes, no es sino el heroísmo que se extrema hasta el punto de cosa celestial. Mucio cuando mira fijamente al invasor de Roma en tanto que su mano está ardiendo en el brasero; Horacio Cocles cuando manda cortar tras sí el puente del Tíber, para salvar la ciudad hundiéndose él, son los santos del heroismo, víctimas sagradas del amor á la patria, pasión que arraiga en los más nobles pechos y de tal suerte que no se la arranca sino con el alma. Horacio Cocles tuvo á lo menos esperanza de salvar la vida, y se salvó en efecto nadando hácia tierra todo armado. En tanto que sus camaradas se afanan por cortar el puente, arrostra él solo con el ejército enemigo, le contiene, le diezma, le abisma: cruje el maderamen, se hunde todo, y el héroe cae al fondo del río en el instante en que partía la cabeza al más audaz contrario.

Las armas no le abruman, ninguna ha perdido, y en esguazo heroico sale al lado de los suyos. Qué grande y respetable continente! Ricaurte despidiendo imperioso á sus soldados y quedándose solo en el edificio que va á volar, no tiene ni sombra de esperanza, y no vacila. El peligro de la gran causa por la cual combate le prende una luz angélica en el seno: va á perecer Bolívar, con él la independendia; y la elevación de su alma, que sin duda la tuvo elevada, puesto que fué capaz de resolución semejante, le impele al sacrificio. Llega el enemigo dando voces de triunfo: el parque es suyo, suya la victoria: la guerra está concluida, pues que Bolívar, si no muere peleando, morirá prisionero. Pero allí estaba el ángel de la guarda de cien pueblos revestido de las formas de un joven: el ángel de la guarda armado con la espada de América y una mecha prendida con el fuego del Empíreo. Una detonación inmensa, un mar de negro humo que se dilata por el espacio, en seguida silencio pavoroso: la patria está salvada!

Adónde volaron tus miembros, mancebo generoso? Si fuera dable suponer que los que desaparecen del mundo sin dejar rastro de su cuerpo son llevados al cielo en figura de hombre, yo pensaría que tus huesos no yacen en la tierra, ni las cenizas de tus carnes se han mezclado con el polvo profano. Quemado, ennegrecido, sin ojos en el rostro, sin cabello en la cabeza; todavía me hubieras parecido hermoso, y al contemplar ese tizón sagrado, mis lágrimas hubieran corrido de admiración y gratitud an-

tes que de dolor: los grandes hechos, las obras donde la valentía y la nobleza concurren desmedidamente, no causan pesadumbre, aun cuando traigan consigo una gran desgracia; conmueven, exaltan el espíritu, maravillan. y al paso que sentimos la pérdida de un hombre extraordinario, experimentamos satisfacción misteriosa de que la especie humana le hubiese contenido, y de que se hubiese dado á conocer con muerte sublime. Ricaurte, hombre grande en tu pequeñez, ilustre en tu oscuridad, no eres pequeño ni oscuro desde que te sacrificaste por la libertad de la raza que tiene á gloria el haber producido hijo como tú. Por qué Escévola sería más admirable? por qué su fama revierte en el mundo, y tu nombre no lo sabemos sino los que te amamos? La grandeza de Escévola está en la grandeza de Roma: no es mucho que el renombre de sus héroes, creciendo al influjo de los tiempos, sea mayor que los de un pueblo salido apenas de la cuna. La esencia de las cosas es que el antiguo puso la mano en el fuego, por aterrar al enemigo con la firmeza del alma romana; el de nuestra edad se entregó á las llamas todo entero por salvar la patria. Quedan en favor de Escévola los más de veinte siglos que acrisolan su fama y refinan su gloria; y en el de Ricaurte la trompa del porvenir, que sonará estupenda, si el Nuevo Mundo da algún día un Tito Livio.

Sorprendido, asombrado, aterrado, manda Boves tocar á retirada, y el campo queda por los libres. Qué acciones! qué guerra!



## HISTORIA DE UN TURCO

---

Navegando yo hacía el sur del Pacífico, eché de ver un turco á bordo, que iba cargado de insignias y reliquias de Mahoma. A la altura de la isla Gorgona, cayó con fiebre amarilla: ¡Alá! estaba exclamando, y pidiendo una copa de brandy. Un zambo perverso de los sirvientes, llena un vaso de ese veneno, y vuela escalera abajo. Qué haces, muchacho! grito, precipitándome tras él: vas á asesinar á ese hombre? Si es el tercero que se bebe y allá se lo lleve la trampa: no ve usted que es moro? Tomé tierra en Tumaco, lleno el corazón de lástima por ese desventurado que se iba á morir en el buque, sin llegar al Perú á donde se dirigía. Dios y el capitán dispusieron otra cosa: ved como se presenta en la Aduana el turco, apoyado en dos marineros ingleses: echáronlo por ahí en cualquier parte, y yo á mi alojamiento, casa de un europeo amigo mío. El cura del pueblo era huésped de esa misma casa: á las doce de la noche, golpes á la puerta:

«Señor cura, el turco se muere! levántese.»

«Qué tengo yo que ver en eso!» gritó el fraile, catalán furibundo que por arte de birlibirloque se hallaba de cura en esas tierras.

«Señor cura, señor cura, el turco se muere!»

«Busquen ustedes un dervís ó un santón,

y se los lleve el diablo á todos! Un sacerdote católico nada tiene que hacer con un mahometano.»

«Señor cura, señor cura, el turco se muere!»

«Hombre, dijo el capuchino, ahora se me ocurre que puede ser que yo le convierta *in articulo mortis*.» Y diciendo y haciendo, llevado de su buena intención, se levantó y se fué. Dos horas después volvió cariacontecido el fraile: Qué demonio, dijo; el turco ha sido católico. Y por qué andaba de islamita? pregunté. Sus razones tendría el muy bellaco; ó pura gana de andar con bragas y turbante. Era católico de Siria. Se llamaba Miguel Angel: ha tenido entre sus papeles recomendaciones de obispos de la cristiandad. Mas fué tarde para confesarlo: le absolví en cuerpo muerto.



## CLASES SOCIALES



En las naciones europeas la sociedad humana está dividida en tres clases, la principal ó noble, el estado llano y la plebe. El cruzamiento de las razas en la América del Sur ha dado origen á una intermedia entre el estado llano y la hez del pueblo; ésta es la mestiza,

proveniente de enlaces de españoles con indias al principio, á la cual debemos adscribir también la que tiene su cuna en los amores de los castellanos con las negras transportadas de África. La hez del pueblo la componen los negros y los indios: éstos son, en realidad, la gente del gordillo: los mestizos por nada consentirían en pertenecer á esa clase: antes propenden á elevarse, eslabonándose con familias que pican en aristócratas sin más que los bienes de fortuna, los cuales difícilmente acertarían á componerles un árbol genealógico. Los mestizos provenientes de la hibridación entre españoles y aborígenes se llaman *cholos* en unas repúblicas, *huaches* en otras, *rotos* en éstas, *léperos* en ésas. El hecho es que esta casta cruzada ha beneficiado hábilmente el seno de la madre naturaleza, y provista de buen entendimiento, valor y audacia, se levanta á los primeros peldaños de la gradería social, sopalancando en la estolidez de los sedicentes nobles, escasos de fuerza moral é intelectual por falta de cruzamiento y de entronques mejoradores. Pero sucede que los mestizos, así como llegan á ser generales, obispos ó presidentes, ya no quieren ser *cholos* ni mulatos, y se dan maña en urdir genealogías de Béjar ó de Men Rodríguez de Sanabria. Las cholas que á fuerza de oro han dejado la bayeta, vienen á ser condesas; y nadie mira más para abajo á las de su clase que estas señoras de á cinco en pua, sucediendo lo mismo con los mulatos y las mulatas, los zambos y las zambas, y toda esa caterva de

mestizos que componen la mayoría de las Repúblicas hispano-americanas. Sea de esto lo que fuere, de esta clase suelen salir beldades de carácter tan raro, que llaman por extremo la atención de los viajeros curiosos y averiguadores. Una *bolsicona* de Quito, verbigracia, con su follado de bayetilla ó de paño de primera, ancho el ruedo, exigua la cintura; follado que no se atreve á cubrirle el piececito primorosamente calzado con zapato de raso en chancleta, imagen es que Teniers hubiera tomado por modelo de sus mejores cuadros, donde belleza y voluptuosidad se dan la mano y andan amenazando con poner fuego al mundo.



## LA ROPA DE LOS ANIMALES



Verdad es que la naturaleza, si nos pone desnudos en la tierra, parece estar prescribiéndonos el vestido con esta afección indefectible que llamamos pudor, ó ahinco de ocultar lo que no quisiéramos fuese visto ni en pensamiento por nuestros semejantes. Razones positivas y materiales militan además por la ropa que nos cubre, y son la falta de toda defensa natural, la delicadeza de la piel, la nimia sensibilidad que nos hace encogernos como la mimosa al menor

ruído de la atmósfera, digamos así, poseídos de una afección que tanto tiene de física cuanto de moral, siendo como somos heridos en la carne y el espíritu. Desde el pontífice de los animales, ese personaje grave y majestuoso que se va paso entre paso rompiendo con la trompa las breñas de las selvas africanas, hasta el perro, el más humilde y sufridor de los seres vivientes, no hay uno que no tenga en sí mismo el resguardo necesario contra las intercadencias del aire y los rigores de las estaciones. El cuero espeso y bronco del elefante es caparazón impenetrable, que así resiste los ardores de la zona tórrida como los hielos del norte. El león viste su greña, que cual muceta grandiosa le comunica seguridad y arrogancia en torno al cuello y la cabeza, mientras el tupido pelo le cubre los miembros prepotentes. El jabalí está vestido de cerda inquebrantable, á modo de loriga donde se amocha la sacta. El caballo no teme el frío ni el calor. La oveja carga consigo blanca estufa que calienta sin fuego, y se opone á los rayos encendidos del sol. Pues las aves? Mirad esa pluma con que el águila se levanta y posa en la cima de los Alpes, sin advertencia á la nieve ni al cierzo helador que no sufre vegetación en sus dominios: manto impermeable, debajo de sí mantiene la temperatura que ha menester ese forajido de los montes; y cuando abiertas las alas se tiende de barriga en medio de su balanza propia, y rompe vientos y se bebe mundos, ellas mismas van fraguando el cófiro que le sirve de contraresto á la candencia del as-

tro hacia el cual va remontada. Ni el miserable habitante de las cavernas, el húmedo murciélago, adolece de falta de ropa natural: esa lana sutil, odiosa á nuestra vista, es suave flanela para el hijo de la oscuridad y el frío. Todos, todos los seres vivientes reciben de la madre naturaleza lo que han menester para el abrigo, no que para la vergüenza: el hombre, el hombre sólo viene al mundo con ese cutis fino y terso donde el hielo hace estragos y el calor produce incendios que le afean y descomponen.



## EL VIEJO HOMERO



Un anciano está bajando á tientas por un cerro del Atica apoyado en un bordón: paso entre paso, en una hora no ha descendido diez toesas. Cada guijo un tropezón, cada hoyo una caída. Ni un perro le guía al infelice, porque es ciego tan desgraciado que el lazarillo fuera en él boato reprensible. Por dicha le importa poco que el sol se ponga: oriente y occidente, mañana y tarde, día y noche, todo es lo mismo para él; sus ojos duermen á la luz, y él anda por

el mundo á tienta paredes, hijo de las sombras, cuyo seno conmueve con dolorosos suspiros. Llegó por fin á la ciudad: palpando las murallas, cerca de una tienda, supo que estaba donde oídos humanos pudieran reconocer la presencia de un hambriento, sediento y desnudo, y levantó la voz y cantó un fragmento de poema. El ciego! exclaman adentro, el ciego de la montaña ha venido! Pide pan en nombre de sus héroes; démoselo en nombre de los dioses: Homero es una bendición en todas partes. Y una mujer caritativa sale, toma al viejo, le entra en su tienda, le da de comer y le abriga con sus propias mantas. Al otro día el ciego besó la mano á su bienhechora, se despidió y se fué á cantar á otra puerta y pedir caridad en otra parte. Había trabajado cuando mozo: fué mercader, corrió mares, visitó puertas: el ciego había sudado la santa gota de la actividad humana, buscando la vida, combatiendo á la muerte, ganando terreno sobre la miseria: fuerza intelectual, fuerza moral, fuerza física estuvieron en continuo movimiento en esa persona dotada de todas las fuerzas; y sin embargo la desgracia, andando sobre él, bien como tigre que se aferra sobre el elefante, le siguió y le devoró sin consumirlo muchos años. Ese antiguo estaba en la última vida como Job: por la inteligencia, la sensibilidad, la virtud y las desgracias, iba á entrar en la categoría de los entes superiores, después de haber vivido siglos en mil formas. Quién negará el influjo de una divinidad recóndita sobre ciertos individuos providenciales? Ni

el talento, ni la habilidad, ni el trabajo pueden nada contra su suerte; suerte negra, en cuyos laboratorios no se destilan sino lágrimas para los predilectos de la naturaleza, y vino de Chi-pre y ambrosía para los hijos de la fortuna.

---

## INDUMENTARIA

---

Conocí un gran Señor que había echado por la ventana enormes riquezas heredadas, y habiendo caído en pobreza, solía decir que andaría roto, descosido y remendado: descalzo, desnudo y desmantelado, pero que sombrero viejo no se había de poner ni en artículo de muerte. Don Francisco de la Flor estaba en lo justo: el recinto de la inteligencia, la cabeza, este miembro elevado cuya redondez sublime representa la esfera del universo, si no va al aire dejándose herir y fecundar por los rayos del sol, debe estar cubierto con la más rica y delicada materia. El tocado, en todos los pueblos del mundo, es punto principal de la elegancia: los persas usan un turbante de forma prolongada, donde los ricos ostentan lo alto de su posición y de su cuna.

Nasir Edin Ran, Embajador de Persia en tiempo del segundo imperio, estaba un día sen-



tado sobre el césped contemplando los juegos de aguas de Saint Cloud, en medio de su comitiva y descollaba sobre todos por su grandioso turbante. El pueblo haciendo círculo no se cansa de mirarle como si de París hubiera venido para eso únicamente. Trigueño, barbinegro, de ojos relampagueantes, la facha del asiático es buena sin duda, pero lo que se lleva los ojos de los espectadores, son los enormes rubís que están brillando al rededor de su tocado.

Los turcos ponen la monta en el nido sublime con que coronan el barbado rostro. Pueden estos orgullosos mahometanos adoptar el vestido europeo cuando vienen á Londres ó á París; mas nadie dirá que aceptan el sombrero negro ni por un instante. Pantalón largo, chaleco, levita, por todo entran, menos por el sombrero, pues respetan la sagrada tradición del turbante, y tienen horror por esta torre de Eiffel con que nosotros andamos creciendo en estatura é importancia. El sultán mismo, en ciertas ceremonias, donde la cortesía requiere que defiera á los usos de las cortes amigas, se pone casaca francesa bordada de oro, sobre pantalón de paño azul; pero nunca se le ocurre echarse encima la especie de ataúd que nosotros nos plantamos de punta en la cabeza. *Chistera* se llama familiarmente en Madrid; el *tarro* dicen en Lima: ¡vayan ustedes á ponerle chistera ó tarro al Gran Señor de la Puerta Otomana.

Si algo hay que me guste en el vestido de los hombres, son dos cosas: la capa larga española y el sombrero de pelo de seda, digan lo que quie-

ran los asiáticos. El sombrero de copa, alto, de ala arriscada, comunica singular donaire á los que saben ponérselo. Con sombrero alto bien puesto, cualquiera está á un paso de ser elegante, y hasta caballero. León y Dellión son dos benefactores de la especie masculina: los hombres altos, son majestuosos; los chiquitos crecen y van por las calles dando gracias á Dios de este descubrimiento del siglo décimonono. Un chiquito con sombrero aplastado en la cabeza, es la cosa mas mezquina y ridícula del mundo. Los chiquitos váyanse del pueblo donde no se usa sombrero de copa; emigren, huyan y no vuelvan jamás, ó hagan revolución, y en el acta de pronunciamiento, pidan sombrero negro, sombrero alto y muy alto. Pobrecitos! Conque ya la naturaleza, en un instante de perversidad, les negó la estatura, y nosotros hemos de ir á robarles el único arbitrio que les queda para parecer hombres! Monsieur Thiers, sin el sombrero de copa nunca hubiera llegado á ser Presidente de la República, porque siempre hubiera andado perdido en un mar de franceses pequeñuelos. Con la chistera más alta que él, vino el reyezuelo á ser más grande que sus compatriotas. Víctor Hugo andaba en la imperial de los ómnibus de París con sombrero de fieltro, sombrero bajo como un simple fabricante de botones, ó de peines: dudo que este personaje valga tanto como el autor de la *Legenda de los siglos*. El sombrero es cosa de tal trascendencia, que el sombrero de Napoleón es más célebre que Napoleón mismo.

## EL SOMBRERO DE CASTELAR

---

Hacen dos ó tres años, Emilio Castelar andaba en las vacaciones de verano por las ciudades de San Sebastián y Beatriz, con un sombrero de paja alto, levantado, primoroso: no le faltaba á esa prenda de vestir sino el ser negro para ser el sombrero de Mister Gladstone. Tanto llamaba la atención el personaje con su nombre y su fama, como el sombrero. El amigo que me lo envió de mi país me dijo en su carta, que se le había costado cien pesos en Jipijapa: nadie sabía que Emilio Castelar llevaba, como el Embajador de Persia, más de cien duros en la cabeza. Un tesoro en la cabeza, hubiera yo dicho en otro tiempo . . . . Ahora no puedo decir sino cien duros. Ay! mi sombrero, mi pobre sombrero! Ay! mis cien pesos, mis pobres cien pesos! ¿cuándo hubiera yo pensado que un ayunador, un devoto, un misacantano, se hubiera aprovechado de ellos? Desde el día que Castelar ha pronunciado su apostasía en las Cortes, mi sombrero no es regalado de buena voluntad, sino robado. Mi sombrero! Vuélvame mi sombrero! ¿He de ir yo á dar una prueba de estimación á uno que después de haber labrado su celebridad á costa de los principios liberales, sube á la tribuna el día menos

pensado y dice que, como la República es imposible en España, ni por el sufragio popular, ni por la revolución, él se somete al Gobierno y deja de combatir por la República? ¿Pero no acababa de decir todo lo contrario en París? ¿No ha estado sosteniendo de día y de noche que si él no trabaja por la revolución, no dejará nunca de trabajar por el advenimiento de la democracia y el triunfo de la forma republicana, mediante el sufragio popular? ¿Qué republicano, que no lo es sino mientras piensa que la República puede triunfar y se vuelve monárquico, cuando ve que la monarquía no puede caer! Mi sombrero! mi sombrero!

Cuando Julio Simón era Republicano fogoso, los estudiantes de la Sorbona, con ocasión de un discurso admirable, hicieron una derrama y le regalaron un tintero de plata cincelada, verdadera y preciosa obra de arte. Cuando Julio Simón renegó de la República y se pasó por envidia y odio de Gambetta, los estudiantes reclamaron el tintero y atormentaron al pobre hombre infatigablemente, con el grito de: "¡El tintero! devuelva Ud. el tintero"! Por donde iba el nuevo orleanista: "El tintero! devuélva Ud. el tintero!" En donde se hallaba, «El tintero!» Dicen que Julio Simón cobró tal miedo al tintero, que á las dos de la mañana, en sueños, saltaba y corría por su casa huyendo de estos fatídicos vocablos: "¡El tintero! devuélva Ud. el tintero!" Quieran los cielos donde más altos están, que mi sombrero sea el fantasma que vuelva loco á Castelar, y que es-

te Julio Simón español huya por las calles de Madrid á media noche, perseguido por la justicia que le sigue gritando: El sombrero! devuelva Ud. el sombrero!

Dicen que aún de la hormiga podemos aprender algo ¿y de los niños? Los niños enseñan mucho. Un día una muchachita de tres años que había visto desde su ventana cómo un toro levantaba por los aires á un hombre y le estrellaba en el suelo, daba á entender su fracaso con las manecitas y decía: *chitum!* Este advervio de invención infantil, me pareció tan enérgico, que cada vez que veo una horrible caída, digo entre mí: *chitum!* pobre Castelar, pobre Emilio Castelar! *chitum!* como político; *chitum!* como ambicioso; *chitum!* como orador. Qué decir, españoles, qué decir hispano-americanos, del Mirabeau, el Gladstone, el Berryer que sube á la tribuna y declara con ademanes teatrales que *él nunca come carne el viernes?* La inmensa carcajada con que monárquicos y republicanos, liberales y conservadores han contestado á esta excusada, ridícula y pueril declaración, es el castigo que ya estaba mereciendo este devoto á última hora, este orador de queso y pescado. Con no comer carne el viernes, es como él ha de contribuir á la felicidad y gloria de su patria? Qué le importa á la nación española que un hombre llamado Emilio Castelar, coma ó no coma carne el viernes? El italiano Merlati no ha comido carne durante cincuenta días, no ha comido pan, no ha comido chorizo, manteca, nada; Merlati vale más que

Castelar. Conque no come carne el viernes este Padre de la Iglesia . . . . y cuando era liberal, comía? ya lo creo; pero ya no comerá carne, nó!

Un día en una comida, en Madrid, dando fuertes golpes en la mesa, con su voz atiplada y alta, dijo, tuvo la pechuga de decir: «Digan lo que quieran los enemigos de Emilio Castelar, si algún día hay República en España, no habrá más Presidente que Emilio Castelar.»

Yo me quedé asombrado de ese desparpajo, aunque no muy convencido de la aseveración, porque había echado de ver que en ninguna parte tenía Castelar menos admiradores y amigos apasionados que en Madrid. Conque, amigo Castelar, si algún día hay República en España, no será Ud. Presidente, porque para serlo, se necesita comer carne.

Conozco en París una Señora que, desde luego por curarse de cierta agitación del corazón, después por gusto ó por capricho, no ha comido carne mucho tiempo y ha vivido de leche. La sangre se le ha liquidado, el tuétano de los huesos se ha disminuído, el cerebro ha perdido su energía: impotencia física, impotencia moral, éste es el efecto de los que no comen carne; y los pueblos no van á buscar los hombres pusilánimes, flojos y desvanecidos para proclamarlos Presidentes. Bien se conoce que Castelar no ha comido carne algunos años, cuando tomando en las manos *la cuestión social*, la gran cuestión de nuestros días, la cuestión de vida ó muerte, no ha hallado en su cabeza otra cosa

que proponer, sino decir que debemos *pagar puntualmente la pensión conductiva*, y que *es preciso* que como buenos cristianos, perdonemos á la *portera de casa* y aun le *tengamos cariño*. Demóstenes en Atenas, Cicerón en Roma comieron carne: Lord Chatham, Burke, Fox en Inglaterra, comieron carne; O' Connell en Irlanda comió carne; Gambetta en Francia comió carne; Sagasta en España come carne; y hasta Canovas del Castillo come carne! Comer carne es tener sangre en las venas, fuerza en el corazón, luz en la cabeza é irse juiciosa é impetuosamente tras el ideal que cada hombre distinguido se forma en su manera de trabajar por el engrandecimiento de su patria y la gloria del género humano. Españoles, buenos españoles, hombres convencidos, sinceros, generosos, comed carne á cualquier partido que pertenezcáis, combadíos como buenos, disputaos la palma de la victoria, y si dáis un escándalo, alguna vez, procurad que sea escándalo terrible, pero no ridículo. En la tragedia, los grandes personajes mueren de muerte grande, la muerte de comedia no corresponde á los grandes hombres.



## CONTRA LOS TIRANOS

---

La vida de un tiranuelo ruin, sin antecedentes ni virtudes; la vida de uno que engulle carne humana por instinto, sin razón, y quizá sin conocimiento; la vida de uno de esos seres maléficos que toman á pechos el destruir la parte moral de un pueblo, matándole el alma con la ponzoña del fanatismo, sustancia extraída por putrefacción del árbol de las tinieblas; la vida de uno de esos monstruos tan aborrecibles como despreciables, no vale nada: azote de los buenos, terror de los pusilánimes, ruina de los dignos y animosos, enemigos de Dios y de los hombres, se les puede matar, como se mata un tigre, una culebra. No he sabido que hasta ahora hubiesen caído sino las bendiciones del mundo sobre los matadores de Calígula, Caracalla, Eliogábalo, y serían malditos quienes los maldijesen. Conque es tan digna de respeto la existencia de los que viven privando de ella á los que la gozan otorgada por el Creador, y la llevan adelante girando honestamente en la órbita de sus leyes y de las humanas? No se le debe matar porque es hombre, y su vida la tiene del Altísimo: son otra cosa los que él mata, y viven por obra de un sér diferente? El verse revestido de un poder humano y usurpado trastrueca el orden de las cosas naturales y modifica en favor de los perversos las leyes eternas que



obran sobre todos! El que hace degollar por mano de verdugo, ó manda á un grupo de soldados fusilar uno ó muchos inocentes, sin procedimiento bueno ó malo, porque esto conviene á su ambición ó su venganza, ¿será menos asesino que el que mata de persona á persona? Solamente la cuchilla de la ley en mano de la justicia puede quitar la vida sin cometer crimen. La tiranía es un hecho, hecho horrible que no confiere derechos de ninguna clase al que la ejerce, porque en el abuso no hay cosa legítima. Los tiranos, los verdaderos tiranos, se ponen fuera de la ley, dejan de ser hombres, puesto que renuncian los fueros de la humanidad, y convertidos en bestias bravas, pueden ser presa de cualquier bienhechor denodado. Quién sería harto impío que tuviese por delincuente al matador de Nerón, si éste hubiera muerto á manos de algún hombre dichoso? Senadores sabios, ciudadanos ilustres, matronas venerandas, niños inocentes, cuántas vidas preservadas con la muerte de uno solo, de un demonio revestido de las formas mortales! Tracea, «varón clarísimo, digno de progenitura celestial», ha llegado al lugar del suplicio: la hoguera que ha de consumir sus miembros va á ser prendida bajo un árbol fresco, verde, lozano, que prodiga su sombra á la tierra y desaloja una vasta porción de aire en poética ufanía. El reo, reo de virtudes de todo linaje, echa de ver el peligro de ese egregio fantasma, y suplica á los esbirros separar de su tronco la pira que á sus carnes se destina. Extraño á su conflicto, repara en el de

un árbol el rato de la muerte. A éstos quitaba Nerón la vida. Británico, pobre muchacho! Agripina, poco importa; Locusta, me alegro mucho: pero el filósofo! pero Séneca! Y cuál es el perverso, el insensato que venga á llamar delincuente, y condene á patíbulo al santo matador de Caracalla? Lejos estoy, gracias á Dios, de conceptuar un monstruo al que despoja de la vida á un malvado consumado, un asesino de profesión; y en siendo mío el juzgar á ciertos grandes hombres, grandes en crímenes y vicios, ninguno se me escapara de la horca. ¡Qué castillo ese tan airoso, tan cargado de la fruta que deleita á Lucifer!



## EN LA PIARA



*Memento Sardanapali*, acuérdate de Sardanapalo: sí, no le olvidemos. A la una de la tarde aun no se ha levantado Ignacio de Veintemilla; levántase á las dos, con lo cual da á conocer que ha pulido su educación. En París se levantaba á las tres, ni un minuto antes; salía á las cuatro, y que le busquen en Ginebra. Volvía á las cuatro de la mañana, se echaba, y que se hunda el globo terrestre. A las doce del día saca la cabeza por entre las cortinas: mal

despierto aún, los ojos están envueltos en una capa de pereza: el pelo caído hacia la frente; la nariz arremangada; el pescuezo al aire, semeja el de un bucy desollado. Abre la boca; de ella sale una como voz humana: pide su pienso, come: pan sobre pan; manteca, mantequilla con los dedos por las esquinas. El agua no es suya, ni para beber, ni para lavarse. Hé allí que cae sobre la almohada nuevamente: labios, dientes, sucios: ya está roncando, abiertas las mandíbulas, que son la ratonera de la casa. Así el caimán se huelga orillas del Orinoco en los bancos de tierra; así acuden ciertos pájaros amigos suyos á arrancar las tiras de carne que se le han quedado en la dentadura.

En Quito duerme como Presidente, nada tiene que hacer: levántase á las dos, almuerza, no ya café, sino carne en veinte formas, vino de diez clases. “Ni cuando era pobre me faltaba el vino, dijo una ocasión que la imprenta le afeó su intemperancia; menos ahora que Dios me da más de lo necesario”. Ya almorzó: sigue la cerveza, ahora reina la cerveza: coñac, mallorca, diáconos que ayudan á esa sacerdotisa de la embriaguez. Son las siete de la noche: el nuevo Tito no ha perdido el día: dos cajas de licores vaciadas; dos ciudadanos desterrados; un clérigo al calabozo; un hombre del pueblo metido en el hospicio de orates por ciertos palos excelentísimos; quinientos pesos perdidos al juego la noche anterior, hoy se han repuesto con mil; allí á la mano está el Tesoro. Son las siete; á comer: los grandes comen de noche: carne y recarne, vino

y revino. Oh sublime devorador, bendito seas! A qué hora, de qué modo digieres ese montón de animales muertos? Para cada comida ordinaria de Antonio se derribaban doce jabalíes; pero él no se los comía íntegros. Café, *plus* café ó sobre café; qué más? Ya comió, ya comieron los grandes: las mesas de juego están allí, repartidas por la sala: hanme dicho que son siete ú ocho: su sala es un resumen de garitos. La mesa principal desde luego, donde juega el rey con los altos dignatarios de la corona: mesa para sus jefes; mesa para sus edecanes; mesa para sus deudos; mesa para sus amigos: todos juegan: el rey preside el juego general, con esa cara, ese aspecto de padre de casa de mancebía. Sólo el número 5 le falta en la puerta de calle á ese plantel de prostitución. Nunca y nadie ha jugado á secas; preciso es humedecer las trampas con el brandy animador. A media noche, borracho él, borracha su gente, cien ojos están relampagueando como piedras preciosas de la infamia; y siguen bebiendo, y de este modo va adelante la prosperidad de la República. Desgraciado del hombre de bien que le incite la memoria á cualquier hora del día: le come el corazón con sus dientes, le empaña el alma con su aliento: mentiras, calumnias é improperios, en ciego tropel, se amontonan en sus labios: es tonto? es loco? más que todo, es perverso. Si el talento y la virtud cayeran en sus manos, rugiera de placer como tigre dichoso.



## JIRARDOT EN BARBULA

---

Quién es el caballero que alarga el brazo y enseña las alturas del ríscoso Bárbula? El General dió la órden de victoria, vuelan los soldados rompiendo por los enemigos batallones. El combate está empeñado, las balas caen como granizo, los valientes se extienden por el suelo heridos en el pecho. El General abraza con la vista el campo de batalla, y se dispara adonde la pelea anda más furiosa: suena su voz en donde quiera: su espada, como la del ángel exterminador, despide centellas que ciegan á los enemigos. Bolívar aquí, Bolívar allí: es el Genio de la guerra que persigue á la victoria. Flaquea un ala, él la sostiene: otra es rompida, él la vuelve su entereza: anima, enciende los espíritus, y no hay salvarse el enemigo, sino agacha las armas y se pone á merced del vencedor. Los que resisten son pasados á cuchillo; los que huyen no volverán al combate: la imagen de Bolívar los aterra, ven su sombra, y tiemblan y trasudan, semejantes á Casandra en presencia de la estatua del macedón invicto.

Triunfo caro, triunfo horrible: las lágrimas de los jefes, los ayes de los soldados manifiestan cuánto fué triste esa jornada. Joven hermoso, qué haces ahí tirado sobre el polvo? contemplas

la bóveda celeste, tu alma se ha enredado en los rayos del sol y no puedes libertarla de esa prisión divina? Alzate, mira: tus armas han vencido, más sin tu brazo, la victoria era dudosa. Toma tu parte en la alegría del ejército, vé hacia tu general y recibe la corona que han merecido tus proezas. Quién eres? Te conozco: la frescura de los años, la energía del corazón, la nobleza del alma, todo está pintado en tu rostro bello y juvenil como el de Ascanio. Atanasio, no respondes? Este cuerpo frío, esta belleza pálida, esta inmovilidad siniestra me dicen que no exits y que tu espíritu voló á incorporarse en el eterno. Muerto estás: la frente perforada, los sesos escuriendo lentos hacia las mejillas, la sangre cuajada en los rizos de tus sienes dan harto en que se aflija el corazón y por qué lloren los ojos. Morir tan joven no es lo que te duele, si en la eternidad se experimenta alguna pesadumbre; morir tan al principio de la guerra, cuando la suerte de tu patria está indecisa; morir sin verla libre y dichosa, esto es lo que te angustia allá donde miras nuestra cuita. Lejos de tu sepultura, tu madre no podrá regarla con su llanto; tus hermanas, ¿las tuviste? recibirán la nueva de tu fin y se desesperarán en su terneza; tu amada, tu prometida (preciso era la tuvieras, pues mocedad sin amor es senectud); tu amada, tu prometida perderá el color y andará silenciosa por lugares solitarios. Qué mucho? Te lloran los soldados, te lloran tus amigos, te llora el general: Urdaneta, D' Eluyar empapan la victoria

con lágrimas de sus ojos. Bolívar, Bolívar mismo, mírale, parece el capitán de los cruzados que llorase sobre Reinaldo. Flor del ejército, esperanza de la patria, bendícela desde las alturas, envíanos tu fuerza que nos ayude en las batallas.



## LOS JARDINES DE ACADEMO

---

Dije mal cuando dije que esos seis convidados se hallaban presentes en casa de Platón; no fué en su casa; en los jardines de Academo fué, por cuanto ocurría que fuera el mes de Junio, donde el calor de la atmósfera y la frondosidad de los árboles estaban convidando con el aire libre. Dicen que el maestro daba sus lecciones yendo y viniendo por entre calles de plátanos, á cuya sombra los discípulos, sentados en sillas á la rústica, tenían puesto el oído á los celestiales conceptos del filósofo en materias tan grandes como el universo y sus arcanos. Esos jardines no habrán sido como los de Semíramis, en los cuales no había cosa que no diese realce á la voluptuosidad: virtud presidía á las acciones de esos hombres tan superiores á nosotros

por los sentimientos del ánimo y los vuelos de la inteligencia. Bello era todo, sin salir un punto de los términos de la filosofía, si filosofía puede echarse de ver en la disposición de un huerto acomodado á los placeres de la vista y el olfato. Mirad si es densa la sombra de esos viejos sicomoros agrupados en la esquina del sotto! En el Egipto es natural este árbol; pero no muere de dolor cuando le trasplantan á la Grecia. El naranjo, verde, redondo, está llovido de infinito número de azahares, cual pequeña bóveda tachonada de fragantes estrellas. El granado ostenta su flor roja, insignia de la legión de honor del reino vegetal: ese cáliz de fuego tiene dientes al rededor: carece de exhalaciones olorosas, pero embelesa á la vista, y en su hondo seno se está desarrollando el fruto compuesto de granos de coral, gustoso y poético, á pesar de su aristocrática insipidez. El aroma, arbusto amable, que da flores sin dar fruto, convida á los silfos invisibles á jugar con sus borlitas de oro. Después de estas plantas femeniles, que serían las Heloísas, las Elviras, si hubiésemos de buscar novias y queridas para los árboles grandes, se presentan el ciclamor cargado de sus flores carmesíes, en cuyas profundidades se oye la chacota musical de los gilgeros: el cinamomo de racimos opulentos, donde buscan las abejas los principios de su dulce composición. Este árbol es un príncipe: hasta el tronco en él produce olor gratísimo, y sus flores pudieran dar con que se elaborasen elíxires y aguas para pañuelos de Ofelias y Desdémonas. El mirto no



podía andar ausente del lugar donde se recreaba el filósofo á quien Timón, en son de injuria, había llamado poeta: de ese mirto cogió las ramas, sin duda, con que él mismo coronó á los poetas, sus colegas, para ponerlos respetuosamente en la frontera. Arbol estéril, pues no da ni flor visible ni fruto comestible, y con todo, el más bello y precioso: en él las hojas, frescas y brillantes, se apiñan cual si trataran de formar una esfera de esmeralda. El zéfiro tiene sus secretos en sus honestas entrañas, de donde sale armonía tan sumisa, que bien piensa uno que seres impalpables están gimiendo amorosamente en el regazo de la discreta naturaleza.

Pues las flores? los rosales están cargados de esas vedijas de púrpura compuestas de hojas encimadas unas en otras; corimbos de botones tiernos, encerrados en cuatro verdes pétalos que les sirven de envoltorio mientras dura la infancia, se yerguen al lado de las rosas jóvenes, esas muchachas pomposas que se han abierto por la noche. La azucena les disputa la palma: su cáliz es vaso de plata suavizado por el rocío, en cuyo seno la corola está temblando, aderezada la cabeza con el polvo amarillo que posee los secretos de la generación. Trinitarias de mil clases adornan el suelo, proclamando por donde quiera la unión de los corazones en sus dos simbólicos matices. Albahacas, violetas, plantas pequeñuelas muchas y distintas sobrellevan el gravamen de las mariposas que les chupan la dulce sangre, hiriéndolas sin causar dolor, en cuanto agitan las alas en el aire, por no ser de

insoportable pesadumbre. El tomillo, el serpolio sazonan la atmósfera y engolosinan el olfato sin que les vaya en zaga el medicinal poleo, mirmidón insolente que no arria bandera sino ante el jazmín, quien puede embalsamar él solo el palacio de las Musas.



## ECONOMIA DOMESTICA

---

Si el santo hombre de vicario se daba la mano con Harpagón, mucho que lo afirman las historias; pero lo cierto es que ese día todos nadaban en la abundancia; pues á fuero de ingenioso, el cura había imaginado el modo de servirse un banquete á ninguna costa; y era imponer sobre sus feligreses una contribución de platos de todo linage, con decir que era cosa de la Iglesia, y que yendo la Virgen en persona por la madera, sería poco cristiano no festejarla con alguna piadosa demostración á su regreso. Gravó, pues, con un manjar á cada familia de viso, de suerte que sus manteles se cubriesen tres ó cuatro vueltas, y los postres fuesen acomodados á ofrecerlos á Su Santidad en persona. A una impuso las sopas, á otra los asados; á ésta los rellenos, á ésa las ensaladas; las tortas á cuál, los dulces á tál;

á la de acá el pan, á la de allá el vino; y así fué la vehemencia de su palabra, que consiguió de sus oyentes hasta mistelas finas y toda clase de sainetes y bocadillos de reina, ofreciendo sacar del purgatorio el número de almas que fuere menester.



## IGNACIO DE LA CUCHILLA

---

Leyes . . . . para qué las quiere Ignacio de la Cuchilla? Con qué derecho habéis descendido armados á estas tierras que no son nuestras? le dijo un romano á Brenno que se presentaba en Italia blandiendo la pica de los galos. Nuestro derecho lo traemos en la punta de nuestra espada, contestó el bárbaro. No le preguntemos á Ignacio de la Cuchilla con qué derecho está imponiendo contribuciones exorbitantes á los pueblos; con qué derecho proscribe á los patriotas, los escritores, los varones eminentes; con qué derecho manda á media noche á asesinar á los mejores; con qué derecho suprime escuelas, quita rentas á los colegios, amenaza á las Universidades; con qué derecho pone las aduanas y las administraciones en manos de hombres sin fe ni probidad; con qué derecho asigna rentas fabulosas á insignes pícaros, y capa ó qui-

ta del todo las de útiles oficiales; con qué derecho se tira de rodillas y llama extranjeros en su auxilio cuando las há con enemigos interiores; con qué derecho cubre de infamia á la Nación y de ridiculez al Gobierno; con qué derecho embriaga al Cuerpo Legislativo por costumbre, y convierte en lupanar la casa presidencial; con qué derecho impone multa y castigo denigrante á la Corte Suprema de Justicia por un fallo de este Poder independiente; con qué derecho envilece y arruina al clero, obligando á sacerdotes encadenados á firmar documentos mentirosos de prostitución y esclavitud; con qué derecho acusa á los inocentes con cartas fingidas, fabricadas en su oficina de imposturas; con qué derecho busca los más invisibles de los hombres, como sean los más corrompidos y perversos, para darles mando y dictadura en las provincias; con qué derecho retiene esas nefandas facultades extraordinarias sin término ni motivo; con qué derecho se anda por las calles seguido de una manga de sicarios, echando á tierra con el bastón el sombrero del que no le rinde vasallaje, y punzándole la barriga, al tiempo que le harta de improperios: no le preguntemos nada de esto, porque él ha de responder: Mi derecho está en la punta de mi puñal; mi derecho está en las puntas de mis uñas, largas como veis, sucias y retorcidas; mi derecho está en la punta de mi nariz con la cual husmeo y descubro lo que cuadra con mi apetito; mi derecho está en mi negadez; mi derecho está en mi ignorancia; mi derecho está en mi proclividad; mi derecho está

en mi impudicia; mi derecho en este zurrón de vicios y perversidades que escondo en mi negro pecho. Este bárbaro ha descendido á la República con su cola de trogloditas, y en nombre del pecado y por autoridad del crimen ha plantado en ella las instituciones y costumbres de Sodoma.

~~~~~

LOS TROGLODITAS

Los trogloditas eran un pueblo sobre el cual la lluvia de fuego estaba en el disparador; hombres y mujeres todos hundidos en un pozo de iniquidades y torpezas. Entre ellos la importancia personal de un individuo se graduaba por el número de acciones atroces, ó por los actos que hacen temblar á la naturaleza. Pundonor en los unos, pudor en los otros, borrados de sus costumbres: sangre, rapiña, blasfemia, gula, incesto, pan de cada día para esos miserables. Viven sin gobierno; la anarquía envolviéndose sobre ella misma y soltándose luego cuan largas, va serpenteando por la tierra, ó se dispara veloz de un punto á otro: incendios, bacanales furiosas, adulterios, parricidios, ésta la vida de los trogloditas. Tan veleidosos como soberbios, un día les pasó por la cabeza ganar en consi-

deración volviendo su estado monarquía; quisieron monarca, títulos y condecoraciones. con lo cual prevalecieron por la vanidad los principales, llamándose condes, duques y hasta príncipes los más atrevidos y ambiciosos.

Había entre ellos uno que se dejaba estar en austero silencio, sin tomar parte ninguna en ese empeño general de crímenes y placeres indebidos: ora por corromperle, ora por ponerle al toque de las virtudes, proclámanle su rey: al trono! al trono! El rey electo se yergue, encapota la frente más y más, y en voz terrible dice: Yo vuestro rey, pueblo infame? Los dioses castigarían en mí semejante condescendencia: vosotros los crímenes, yo las virtudes dentro de mi corazón: adoro al padre de los mundos, tiemblo de su justicia, y procuro no parecerme en nada á monstruos como vosotros. El más ladrón, el más torpe, el más lujurioso, el más borracho, el más inicuo de los trogloditas, ese es vuestro rey. Les vuelve la espalda y se va fuera de la ciudad á una cueva donde vive con una mujer casta y temerosa de Dios, cultivando la conciencia en comercio con la Divinidad por medio de los buenos pensamientos.

Los troglodistas no lo matan; sorprendidos quedan, aturridos. En tumulto inmenso van hácia el hombre justo, le toman en hombros y le traen á la ciudad por la razón ó la fuerza. Sed nuestro rey, exclaman; guiádnos, corregidnos esta lepra que nos devora el alma: os obedeceremos, os veneraremos. El hombre justo se pone á verter lágrimas: "¡Trogloditas! dice, del

pueblo más perverso y corrompido de la tierra, seréis el más bueno y morigerado: el dedo de Dios está oprimiendo vuestros corazones, bien lo veo: llorad conmigo vuestras culpas, y seguidme por la carrera de las leyes: el cumplimiento de las divinas y las humanas será vuestra salvación." Siguiéronle por allí al hombre justo los trogloditas, y vinieron á ser ejemplo de pueblos sabios y virtuosos.

~~~~~

## EL INTERVIEWER

---

Dios de bondad, ya me figuro el modo como nosotros recibiríamos al interviewer en Quito, Bogotá ú otra ciudad andina adonde no llegan aún los inventos de los yankees; y más si somos de esos buenos señores antiguos, de pasta española y cáscara amarga.

—Quién es Usted?

—Soy el repórter de «La Democracia.» Vengo á saber la opinión de usted tocante á la quiebra del «Banco de la probidad.»

—Y á usted qué le importa mi opinión?

—Es de buena fe? es de mala fe?

—No me da la gana de decírselo.

—Y por qué, señor don Pedro?

—Porque no!

—No insistiré en esta materia; pero sí me hará usted el favor de decirme lo que piensa del señor obispo, de las monjas visitandinas.

—Del señor obispo no pienso nada; de las monjas tampoco; y si algo pensara, no se lo dijera á usted.

—Señor don Pedro, el voto de los buenos ciudadanos influye sobre la mayoría. La prensa, por otra parte, tiene sus privilegios.

—Me río de la prensa, de sus privilegios y de los periodistas.

—Pero no se reirá usted de la felicidad doméstica, de los fueros de la familia. Es verdad que casa usted á su hija, la joven Rosa? Cómo la casa? Cuánto le da usted de dote? Tiene la señorita mucha gana de casarse?

—Qué desvergüenza! Conque viene usted á que yo le diga todo eso?

Como don Pedro se hacía á un lado para coger un palo, el interviewer ganó la puerta, y no se le ha vuelto á ver en casa del interviewed. Yo habría querido que don Pedro hubiese tenido tiempo de ajustarle la cuenta, y le hubiese mandado con la cabeza rota en cuatro partes, á fin de que el interviewer nunca más hubiera pensado en interviewar á nadie, y este monstruo no viniese jamás á ser parte de nuestras costumbres.





## EL DE

---

La nobleza se ha ennoblecido últimamente: los sabios, los inventores de las cosas, los escritores, los filósofos, los artistas, los mártires de las ideas obtienen los mayores títulos, las condecoraciones más brillantes. Virtud, valor, inteligencia son hoy fuentes de la sangre; y sino, preguntádselo al astrónomo Herschell, al músico Liszt; al carbonero, al sastre que han dado hijos para la cámara de los lores, y han fundado orgullosas baronías. Roberto Stephenson, par de Inglaterra, fue hijo de Jorge Stephenson, porquerizo desde luego, y después zapatero de viejo. El zapatero *era millonario sin saberlo*; tenía la locomotora en la cabeza; su hijo fué lord, gracias á su padre y á sus propios méritos. Habéis visto que la cuna de este grande de la Gran Bretaña rodó en las oscuridades hambrientas de la plebe. Disraeli, judío de humilde origen, es también lord, y conde, y ha sido primer ministro, si gustáis, por obra de su saber y su talento. Alfonso duodécimo acaba de dar una prueba de respeto á la democracia, confiriendo el título de marqués á un escritor: don Ignacio José Escobar, decano de los periodistas de Madrid, es hoy marqués de Valdeiglesias. Este siglo-rey, siglo luminoso, aclara hasta el pecho de los reyes: ahora las hazañas de los escritores no son menos que

las de los militares: si el general Martínez Campos ha sido elevado á la aristocracia á causa de su espada, el periodista Escobar lo ha sido á causa de su pluma. La sangre de la inteligencia vale tanto como la del heroísmo. Y echad de ver una cosa, es á saber, que ninguno de esos nobles se ha puesto el *de* francés antes de su apelativo: ni el marqués de Cartagena es *de* Martínez, ni el de Valdeiglesias es *de* Escobar: Martínez y Escobar se han quedado, á guisa de Juan Prim, Pedro Girón y otros miembros de la nobleza de España: el conde de Reus y el duque de Osuna no han menester ese pegote con que se hacen ridículos en el día los que á falta de ejecutorias, se van de noche furtivamente tras el *de*, y lo sacan de debajo de una piedra.

---

## LOS MARTIRES

---

Mártires son los hombres privilegiados cuyo convencimiento se convierte en santidad, cuya pasión en heroísmo, y se sacrifican por sus ideas, teniendo en nada los intereses mundanos y los dolores del cuerpo. Naturalezas robustas en las cuales el valor es ingénito, el martirio un placer, firmes y constantes, á pesar de las diligencias con que los perversos tratan de co-

romperlas con halagos engañosos, ó aterrarlas con amenazas inauditas. Mártires son esos hombres altamente convencidos, profundamente apasionados, que asombran á los tiranos con su fortaleza, hacen temblar al verdugo con su serenidad, y se levantan de la tierra dejando ejemplos que enfurecen á los malvados y santifican á los buenos. Anaxarco, metido en un pilón de piedra, va á ser molido como cebada, por orden de Nicocren, tirano de Chipre: "Golpead, romped, dice á los esbirros: no es Anaxarco este á quien vais á convertir en polvo; no es más que su estuche". Anaxarco era esa persona invisible, llama sutil y viva que estaba resplandeciendo en el centro de su pecho, en la cual no era posible dar golpes, ni había nada que romper. La carne está sujeta á la omnipotencia del fuego; los huesos pueden ser rompidos y molidos: el espíritu se halla libre del furor de los tiranos, de la frialdad del verdugo, y no deja de arder, por más que éstos hagan fuerza soplando sobre él desesperados.



## EJEMPLAR

---

Josefo habla de un niño condenado al martirio por Antíoco. La muerte debía ser á fuego lento: mientras llamitas indecisas, amainadas con artificio, le lamen cariñosamente las piernas desnudas, el verdugo le está arrancando pedazos de carne con unas tenazas candentes. El niño arde en amor y felicidad eternas: Tirano! exclama, pierdes tiempo: mira cuán á mi gusto estoy. Estos eran los martirios? Estos los dolores con que me amenazabas? Pues sabe que para mí son nada. Mi constancia te atormenta más, que á mí tu crueldad. Te rindes, y yo no hago sino cobrar fuerzas. Arráncame una queja, desanímame, obligame á pedir misericordia. Comunica valor á tus satélites y verdugos; no ves cómo desfallecen? cómo no aciertan á maltratarme? Ármalos de nuevo, encarnízales! Qué! tú mismo ya no hallas en tu inventiva suplicios más eficaces, follón cobarde, inepto?

Antíoco estaba allí temblando de ira.



## EL AGUILA

---

Este forajido del nuevo mundo es más estratégico que Aníbal: el uno se remonta á los Alpes, extiende su mirada conquistadora por la extensión de Italia, desciende y estalla como trueno; el otro está inmóvil sobre un cedro de las orillas del Metchacebé, observa, espía, atiende, y cuando ha llegado el instante, rompe las hostilidades, poniendo en ejecución el plan más ingenioso y eficaz. Si el águila usara solamente de la fuerza, su presa escapara de la muerte, y el hermoso cisne con su cuello estirado y con sus alas de ángel siguiera llenando de sus trinos los senos aromáticos de las montuosas riberas de ese río. Pero el águila entiende que no bastan las fuerzas, y acude á la astucia intelectual: no os intimida esa *cabeza calva* medio escondida entre la frondosidad de un árbol? Sus ojos brillan como carbunclos, se picotea las alas para arreglar la pluma, se inclina, arroja un grito y se echa veloz sobre el cisne que por ahí viene cantando. Le ha derribado, le ha abierto la pechuga, le ha bebido la sangre, baila de gusto y da aullidos placenteros que espantan á las otras aves. Este gran bandido tiene talento, hace la guerra según reglas de estrategia, vence con ardidés bélicos y con valor á toda prueba. Es Napoleón dando picotazos á un lado y otro en Europa, clavando las garras en la pechuga de todas las naciones, bebiéndoles la sangre, y alzando su calva cabeza al cielo, mientras su mirada resplandece como cometa infausto.

## EL CONDE DE CHURINBURGO

---

No ha mucho llegó á Quito un primo hermano del emperador Francisco José con el título de *conde de Churinburgo*. (Les perdono la vida á los lectores suprimiendo las diez ó doce consonantes que traía el nombre verdadero del príncipe alemán.) No gozaba de renta sino la bicoca de mil pesos diarios el pobrecito; más, traía carta blanca de Su Majestad imperial sobre todos los banqueros del nuevo mundo. Unos á ofrecerle sus casas, otros á ponerle á su disposición sumas competentes de dinero; éstos á sacarle en coche, ésos á lustrarle las botas; tales á darle mesas de once, cuáles á pedirle su retrato: se afanaron de suerte esos buenos dervises y santones de la bienaventurada Quito, que si el conde se les muestra más propicio, se lleva diez vestales por lo menos, siquiera para azafatas y meuninas de la emperatriz su cuñada, ó para damas de honor de su augusta esposa, si él viniera en tomar estado por su parte. Y son pocos los pisaverdes y pisanegros que querían irse de guardamanjieres y maestresalas de Su Alteza! Tal se enmadriga el pueblo en la plaza de San Pedro cuando Su Santidad le echa la bendición desde una ventana del Vaticano, tal se arremolinaban nobles y plebeyos en la casa *del conde* por sí éste quisiera enseñarles el hocico entreabriendo la puerta de su sala. El conde por

aquí, el conde por allí: primero que ir á misa, las viejas habían de pasar por la calle del conde, y las muchachas se vestían de mendigos para ir á verle, aun cuando no fuera á la luz del sol. Sabían éstas, sin duda, el refran que dice, á la mujer y á la tela no las cates á la vela; pero como el conde parecía no ser hembra, bien se le podía ver de noche. El shah de Persia no llamó la atención por tal extremo en París la curiosa y novelera. Para desesperación de la aristocracia, se fué el príncipe: no haber podido conseguir un mechón de pelo del conde! Con un tris de uña se hubieran contentado para ponerlo en relicario. A la vuelta de seis meses, el primo hermano del emperador de Austria estaba en el presidio en la Habana. Era un famoso caballero del milagro, lo que se llama un refinado pícaro. Esperen los aristócratas príncipes y condes para casar á sus hijas. Si por bárbaros nos tienen esos pillos de franceses razón les sobra: de un infeliz procurador judicial que pasa al nuevo mundo, y se corona rey de Araucania, á un jornalero de Estrasburgo que viene y funda casa de nobleza en una de las capitales de la América civilizada, no va mucho. Su Majestad Aurelio 1º. sabe cuántos azotacalles de Lión, cuántos metemuertos de Marsella, cuántos destripaterrones de Ruan, cuantos echa-cuervos de París, casándose por las nubes vienen á ser de la aristocracia de Quito, Caracas, Bogotá y otras partes? Aun muy dichosa la princesa si su novio no es siete veces casado, de esos que se casan cada vez que pueden, y se ha-

cen bautizar por especulación, como ya hizo en todas las ciudades del Ecuador cierto alemán de no rancia memoria. Y esos pecadores de obispos abriéndose la boca un palmo en los *Te Deum* que se cantaban á cada bautizada de aquel honrado tudesco! No iban á dejar dentro de poco un protestante en Alemania, teníanlo creído: Augusto Nicolás y Donoso Cortés se llevaban de calles á Lutero. Usted no se bautizó en Quito? le preguntaron en Guayaquil á aquel maduro neófito, como se acercaba á la pila bautismal' "Yu mi bauteze dunde llega", respondió con loable franqueza el teuton en buen castellano cimblico. García Moreno le trajo al banco del imperio, y mandó levantarle auto cabeza de proceso por hereje. Mas sucedió que á la sazón desembocase en el Pacífico un acorazado prusiano de los de á doce por banda, y el siete veces católico se fué sano y salvo y muy fresco á continuar su bautismerio en el Perú, acreditando así los progresos del catolicismo. García Moreno aun no deja de hacerse cruces *præpostera*: el diablo se santigua por atrás.





## LA HEREDAD

---

Entrad conmigo en esta heredad embolesante: sus jardines encierran la familia de las flores, desde la rosa abierta en insolente desparpajo, hasta la humilde violeta que se está calladita á la sombra de sus hermanas mayores. Descuellan la azucena á modo de infanta real: la margarita esparce por los contornos su oloroso aliento, y el jazmín la corresponde echando á su vez raudales que acarician el olfato y pasan á embriagar el alma. El lirio, el lirio azul que se gallardea como un embajador del paraíso, hace figura de poeta en medio de todas esas ninfas de Flora: cantando está, pero de suerte que sus entonaciones no las oyen sino los silfos y las mariposas á las cuales ha pasado el alma de la aurora, muerta de amor por el arco iris. Galán es el clavel, que no puede faltar de esos saraos resplandecientes donde rosas, azucenas y margaritas danzan como frenéticas, suspirando apasionadas en los mil brazos de favonio. Al pié de ellas aprenden á bailar y susurrar esas pequeñas, soberbias ya con su hermosura, que se prometen triunfos del alocado céfiro: gramonilla y coronilla se llaman estas princesas de menor cuantía, las cuales suelen tener sus desvíos y aventuras con el ambiguo *pensamiento* que les echa sus besos aromáticos. Un ciclamar

pomposo, de piés en un recodo del jardín, espone su mundo de flores carmesíes en esa exhibición de maravillas con las cuales naturaleza acredita su poder: y al otro lado se apiñan más y más un colegio de mirtos en cuyas profundidades rompe con la aurora la música de mil jilgueros. Paredes de color de tierra serían términos desapacibles de tan poéticos dominios: la yedra, extendida sobre ellas, las cubre con sus pámpanos, mientras los arbustos corimbulosos están ofreciendo á la redonda sus racimos de mil formas y matices.

---

## EL LIBELISTA

---

Habiendo oído el parecer de los sabios del banquete respecto del libelo, ya podemos echar nuestro cuarto á espadas, y dar fuerza á la expresión con el apoyo de los antiguos. En la Edad Media, al que dentro de tercero día no presentaba las pruebas de los cargos que había hecho á una persona, el verdugo le cortaba la lengua en presencia del rey y su corte y la tiraba á los perros; después se le subía á la horca. Por esta razón los libelistas democráticos de nuesro siglo tienen por costumbre ocultar profundamente, no tan sólo sus nombres, pero también el lugar de donde hacen *sus remitidos*. Sin esta providencia, el eunuco Cástrotes, que

pasando por sobre Roma y la Edad Media vive todavía, no ha regalado aún á los perros con su lengua. Estoy por valerme de la estratagema de Sixto Quinto, á efecto de no errar el golpe, y castigar en justicia á los delincuentes. Un día amaneció la estatua de Pasquino con camisa arambelosa, puerca, manchada de sangre, y al pié de ella este comentario: "El pobre Pasquín no ha podido mudarse, por que su lavandera está de princesa". Sabido es que la hermana de ese Pontífice había sido lavandera de profesión. Don Sixto era el Bismarck de esos tiempos: qué discurrió el camastrón? mandó publicar con sus heraldos que el que denunciase al autor del libelo tendría dos mil escudos romanos de premio. El libelista, el genuino libelista, confiado en la clemencia de su Santidad, se presentó y dijo: Padre santísimo, yo escribí la quisicosa; vengo por mis dos mil escudos. Hola, respondió el papa, tú escribiste la quisicosa: aquí están tus dos mil escudos, y zahumados. Tomólos el escritor nocturno, y se estaba yendo muy alegre, con ánimo de darle un desportillón á la suma esa misma noche con las perendecas de su barrio; mas un personaje de sombrero de tres picos que estaba por ahí, se le fué encima, le cogió, le amarró y le cortó manos y lengua. Era el verdugo. Su Santidad castigó á su detractor sin perjuicio de su palabra; pues la talega de escudos se la fueron á dejar en su casa religiosamente; pero ya no tenía el triste ni lengua para comerlos, ni manos para jugarlos.

## EL QUINTO GULA

---

El quinto gula. Los atletas ó gladiadores comían cada uno como diez personas de las comunes: la carne mataba en ellos el espíritu, y así eran unos como irracionales que tenían adentro muerta el alma. La materia no medra sino á costa de la parte invisible del hombre, esa chispa celestial que ilumina el cuerpo humano, cuando éste sabe respetar sus propios fueros. Sabiduría, virtud son abstinentes: los gimnosofistas, esos filósofos indios cuya vida en el mundo partía términos con la inmortalidad, se mantenían de puros vegetales, y algunas gotas de miel, tenue como el rocío. La inteligencia come poco; la virtud menos: los solitarios de la Tebaida estaban esperanzados en los socorros de los espíritus celestiales. Epicuro fué el corruptor de la antigüedad, y Sardanapalo está allí como el patrón eterno de los infames para quienes no hay sino comer, beber y estar-se hasta el cuello en la concupiscencia. Yo conozco á Sardanapalo: su pescuezo es cerviguillo de toro padre: sus ojos sanguíneos miran como los del verraco: su vientre enorme está acreditando allí un remolino perpetuo de viandas y licores incendiarios. Su comida dura cuatro horas: aborrece lo blando, lo suave: carne y mucha; carne de buey, carne de borrego, carne de puerco. Mezclad prudentemente, dice un

autor, las viandas con los vegetales. Sardanapalo detesta los vegetales: si supiera qué y quién es Pitágoras, mandara darle garrote en efígie. Las sopas son de cobardes, las frutas de poetas, los dulces de mujeres: hombres comen carne; carne valientes, carne varones de pro y fama. Es perro, es tigre? Oh Dios, y cómo engulle, y cómo devora piezas grandes el gladiador! Ignacio Veintemilla da sogas al que paladea un bocadito delicado; tiene por flojos á los que gustan de la leche, se ríe su risa de caballo cuando ve á uno saborear un albérbigo de entrañas encendidas: carne el primer plato, carne el segundo, carne el tercero; diez, veinte, treinta carnes. Se llenó? se hartó? Vomita en el puesto, desocupa la andarga, y sigue comiendo para beber, y sigue bebiendo para comer. Morgante Maggiore se comía de una sentada un elefante, sin sobrar sino las patas; Ignacio Veintemilla se lo come con patas y todo. “Vamos á la *muquición*,” dice; y verle *muquir*, es admirarle sin envidia, es perder el apetito. (\*)

---

(\*) *Muquición*, *muquir*, germanía: comida, comer. Términos de la cofradía de Monipodio.



## LO QUE ES LA VIDA, SEGUN SENECA

Vivir, Lucilio mío, es combatir, ha dicho este filósofo. La vida es la guerra: cada día una batalla, cada acción ordinaria una acometida. Los hombres no somos hermanos, somos enemigos; y si somos hermanos, lo somos á lo Caín y Abel. Hermanos, para quitarle su vaca al pobre, y envenenarle el perro al vecino. Hermanos, para seducirnos mutuamente las mujeres y engañarnos las hijas. Hermanos, para hacer alarde de las desgracias ajenas, y fisga de las necesidades. Hermanos, para confiarlos secretos con más holgura, y echarlos en la calle á la primera oportunidad. Hermanos, para levantarnos quimeras y darnos de torniscones. Hermanos, para morirnos de ira, envidia, venganza, y andarnos bebiendo la sangre, cuándo á gritos escandalosos, cuándo en silencio y á la sorda. El que no es víctima es verdugo, ya lo dijo un gran poeta. La quijada del asno es nuestro tirso, nuestro caduceo: somos emisarios de paz, y sembramos la discordia; hablamos de fraternidad, amor, y nos echamos las manos á las barbas, y nos agarramos con los dientes. A cuál de nosotros no podría preguntarnos el Señor: Caín, qué has hecho de tu hermano? Señor, respondería uno, le maté con haberle quitado su esposa. Señor, diría otro, le maté con haberle vendido un secreto. Se-

ñor, diría éste, le maté robándole un caballito con que ganaba la vida. Señor, diría ése, le maté imputándole una acción que no había efectuado, un propósito que no había tenido. Andad, malditos, respondería entonces el Señor, yo os puse en el mundo para vuestra dicha, y vivís empeñados en cultivar y extender vuestra infelicidad.

No tan insigne guerrero como los grandes capitanes que ganan batallas, pero yo también peleo y he peleado. He peleado por la santa causa de los pueblos, como el soldado de Lamennais; he peleado por la libertad y la civilización; he peleado por los varones ilustres; he peleado por los difuntos indefensos; he peleado por las virtudes; he peleado por los inermes, las mujeres, los amigos; he peleado por todos y por todo. El que no tiene algo de don Quijote, lo vuelvo á decir, no merece el aprecio ni el cariño de sus semejantes.

He desollado verdugos, he desollado pícaros, he desollado ladrones, he desollado traidores, he desollado agiotistas, he desollado indignos, he desollado viles, he desollado tontos mal intencionados, he desollado ingratos, y, gracias á Dios, á justo título soy *un monstruo*. A mí también me han desollado, con mano torpe, inhábil: pero yo no dejo mi piel; me la echo al hombro, y, como San Bartolomé, salgo muy fresco, porque un rocío celestial me baña en lo vivo, y destruye los ardores de esa inmensa llaga.

## EL PROSCRITO

---

Á las penas que el destierro trae consigo añade la indignación que causa la injusticia, la acerbitud del corazón al contemplar el triunfo de la tiranía, y ve cómo es terrible la situación de los proscritos. Cuando te retraes y meditas; cuando tu alma rompe las cadenas que la estrechan con la sociedad humana, y vuela y se encumbra á otras regiones; cuando tu corazón oprimido se te quiere salir por la garganta, no dices para tí: Por qué estoy desterrado? por qué se me priva del trato de mi familia y mis amigos? por qué no vuelvo á ver los lugares queridos donde nací, crecí y me volví hombre? Tus prendas te granjearán blandas afecciones donde te halles; pero es otro el modo de querer de los que nos han querido siempre, y no te es dado decir que puedes de un día á otro cambiar los objetos de tu cariño. El amor tiene medida, no lo dudas; no es infinito, no es un caudal inmenso que alcance para todos, que se lo pueda repartir entre muchos dejando contento á cada cual: si amas aquí, no puedes amar allá; si quieres aquí mucho, poco has de querer allá; si los amigos de la juventud, los inseparables compañeros pueden algo en tu memoria, no es posible que los nuevos llenen del todo tu corazón: algo habrá vacío en él: suspiras, sí, suspiras, te oigo: Ay! dices, cuándo volveré? he



de morir en el destierro? una sepultura prestada ha de recibir mis huesos? Y qué suerte fué la mía para verme ausente, lejos de todo lo que hacía para mí grata la vida? Un hombre, un solo hombre me causa tantos males sin justicia ni razón. Tirano! valiera más haberme muerto, porque en la tumba se duerme tranquila y suavemente, no es uno víctima de las horribles pesadillas del extranjero que no puede volver á su querida patria.

~~~~~

LA MUJER HACENDOSA

El Consejo de Instrucción Pública de la Gran Bretaña ha declarado el arte de la cocina indispensable para la educación de la mujer: para que se vea si el modo de pensar de los antiguos, en ciertas materias, puede nunca llegar á ser absoluto ni anticuado. En cuanto á los franceses hasta los hombres son cocineros: testigo Dumas el viejo, que pudiera entrar en campo con Heraclides y Mythico en Siracusa, con Biffi y Brillat-Savarin en París. Que diría una presumidilla de las nuestras, si viese á la mariscala de Mac-Mahon, su delantal á la cintura, avienta y más avienta el brasero donde se está cociendo la primera refección del presidente de

la República francesa! Instrumentos músicos, canto, baile, en buenhora, niña hermosa: joven sois y afecta á frivolidades inocentes; mas ved que el ser bonita no excluye el que seáis buena, ni el poseer muchas artes se viene de vuelta encontrada con el conocimiento y la práctica de los deberes femeninos. Esta es la belleza del alma, y nuestro asunto era la del cuerpo; mas ideas tan conjuntas, como veis, con mi intención, imposible hubiera sido que dejaran de darse la mano; ni prestaría gran cosa una disquisición interminable sin fundamentos de moral: donde la imaginación viniera triunfando, el corazón por fuerza se estuviera mano sobre mano dentro del pecho, haciendo el triste papel del gurrumino que se allana á obedecer en todo las voluntades abusivas de su tiránica esposa, en detrimento de los fueros que componen la autoridad varonil y labran la prepotencia del marido. El corazón, y con él los afectos y sentimientos del ánimo, se han de asomar afuera por el menor resquicio, y la imaginación ha de ser domada y postergada muchas veces.



NERON

Los poetas orientales dicen no haber sensación más deliciosa en la tierra que el tacto de un niño; y es así: un mamoncito de buena salud, vivo, gordo, blanco, sin mas que su camisa de cendal hasta el ombligo, es un espíritu divino que ha tomado la encarnación más propia para el embeleso de los mortales. Lutero tenía conciencia de la belleza y cariño infantil cuando describía á su hijo diciendo: "Chupa alegremente el pecho de su madre y mira al rededor". Si ese atrevido sacerdote hubiera observado algo más los hechizos y las seducciones de la infancia, hubiera visto que mientras con la boca está colgado del rico pezón, y con los ojos indaga curioso lo que no sabe si existe, con la manecita está cogido del pié, formando un arco que, si no encerrara el circuito de la inocencia, sería realmente el arco de Cupido. Dicen de Nerón que cuando se llamaba Domicio era tan hermoso, tan sumamente hermoso, que su nodriza Ecloge nunca podía llegar á su casa, por cuanto las matronas romanas contenían sus literas en la calle para admirar y acariciar á ese hijo de las Gracias; de las Gracias, si éstas no fueran vírgenes, emblema de la castidad y el amor inocente. La cabellera ensortijada en anchos anillos de color de oro; los ojos brillantes como las dos estrellas más vívidas de la bóveda celes-

te; la nariz de lineamentos perfectos; la boca admirable, con dientes purísimos y labios sonrosados; conjunto verdaderamente seductor, que en ninguna manera prometía el animal bravío á quien no deja de abominar el género humano. Bien es que su padre Cénobarbo, cuando la nodriza Ecloge le contaba los milagros del niño en Roma, solía decir: De Agripina y de mí no puede haber nacido sino un monstruo.

TINIEBLA

Oscura está la tierra, oigo un tropel inmenso á la distancia; miro hacia abajo, y descubro un abismo imponderable. Qué es? quiénes se encaminan hácia él? Vendados los ojos, mal seguro el paso, una desatinada muchedumbre se adelanta. Tras ella viene á saltos un fantasma gigantesco, y la empuja, y le grita desahoradamente á los oídos. Son un pueblo esclavo y su tirano: pueblo sin luz que rueda entre sombras, pueblo sin voz que corre mudo, pueblo sin voluntad que obedece aun para su destrucción. Si ese pueblo hubiera visto, hubiera de la sima; si hubiera hablado, se entendería para su defensa; si hubiera querido, se salvara: ni vió, ni habló, ni quiso; se perdió.

Siendo entre muchos, fué como uno solo; y uno solo el tirano, fué como infinitos, y pudo á todos. Reunidos los hombres descubren estos misterios, averiguan estos enigmas, remedian estas desgracias. El que eche por la senda de la tiranía, impida las sociedades, conculque el derecho de reunión: los que se resignen á la esclavitud, dejen de reunirse, vivan aislados, ó reúnanse mezquinos para matar el alma y el tiempo en miserables distracciones. Si juegas mientras te remachan los grillos, ¿con qué derecho te llamas ciudadano? Los dignos de libertad bregan hasta el último instante por defenderla; y si á pesar de su ahinco la perdieron, viven para recobrarla algún día, viven pensativos y angustiados, y sólo les anima la esperanza; si la pierden también, su alma está triste hasta la muerte.



FRAILES

Cuáles de vuestras paternidades son de misa, cuáles de coro? De misa, señor, venimos hasta diez en este pelotón de la comunidad. Aquí tiene vuesa merced á fray Emerencio Caspicada, este religioso cuyos piés van á toca no toca, con ser su caballo tan grande como él

mismo. Puesto al lado de la Giralda, no se sabe cuál es la torre y cuál el padre. Para la misa de gallo, señor, es el sacerdote que se conoce: se lo embaúla con plumas y todo, y la cresta la ofrece por el bien de sus antepasados. Intentó fray Emerencio echar á malas el asunto; pero ni Don Quijote ni su interlocutor hicieron caso de él, y la información continuó de esta manera: éste que vuesa merced ve á la derecha es el padre Frollo: hace dos meses le tenemos diciendo misa en seco, y transcurrirán ocho sin que la diga en mojado. Cuando ha de trasegar el vino al cáliz, se lo bebe en las vinajeras á pico de jarro: tal es su habilidad para la clerecía. ¿Esas trocatintas las comete de ignorante ó de distraído? preguntó Don Quijote. ¿Ignorante, señor? Hombre es que con cuatro días de anticipación sabe cuando ha de caer domingo, y pocas veces yerra. Ahora conozca vuesa merced á fray Damián Arébalo, este frailecito de ojos tanto cuanto desviados: la lumbrera del convento. Filósofo, humanista, crítico sin par. Corrige las pes y las tes mal hechas, con erudición y desenfado. Envidia, envidia, señor, es la envidia que me tienen, dijo el padre Arébalo sacando la cabeza. No niego que haya censurado yo á cierto escritorzuelo, pero ha sido según todas las reglas del arte. Si viera vuesa merced las tildes que les pone á las eñes ese tonto, se *destornillara* de risa. ¿Y qué piensa vuesa merced que son esos cientopiés que ve allí estampados? Pues sepa que son las cines del famoso literato, cuyas efes así mismo

parecen bayonetas. Puedo yo *desternillarme* de risa á las extremadas sandeces de un majadero, respondió Don Quijote; pero no me *destornillo* en ningún caso, porque mis órganos vocales no se componen de *tornillos*. Cuando un necio se ríe con mucha fuerza parece que se le rompe la ternilla de la nariz, y por eso decimos figuradamente que se *desternilla* de risa. *Desternílese*, fray Damián, ó *destornílese* si le gusta; vuesa paternidad siga adelante en la relación que está haciendo de sus buenas cualidades. Poeta además, siguió diciendo el cicerone de Don Quijote, quien se llamaba padre Justo. ¿De los de á caballo ó los de á pié? preguntó Don Quijote. De los últimos, señor. Sube á pié al Parnaso: *musa pedestris*. Y no por ser poeta de infantería es de los malos; que muchas veces en sus alforjas lleva un mundo de pedestres. Vuesa merced sabe que Don Cleofás halló un gran demonio corchado en un frasquito. Una arruga de la frente puede contener una epopeya, respondió Don Quijote. Prosiga vuesa reverenda, y déme si es servido, una muestra de las poesías del hermano Damián. No hay cosa más fácil, señor caballero. Para encarecer la pesadumbre que le estaba aquejando una vez, dijo que era su pecho una

«Densa selva de cruel dolor»

por donde se paseaba él mismo

«Dando unas voces tristes y muy nocturnas.»

¿Y esas voces tan nocturnas, preguntó Don Quijote, las echaba de día el padre Arévalo? En-

tre obscuro y claro, señor, respondió el fraile, y siguió diciendo: Este que ve aquí vuesa merced con su cara de cordero pascual, es el padre Deidacio, llamado entre nosotros *el invisible* á causa de la maña y sutileza con que se cuela rendijas adentro, y escudriña los menores rincones de la celda abacial, y sale sin dejar ni clavo ni estaca en la pared, de cuantas golosinas envían al padre sus hijas de confesión y las monjas. No lo tome vuesa merced en mala parte, dijo el padre Deidacio; esas curiosidades y golosinas que vienen del monasterio, son tan bien condimentadas y llenas de guarniciones que, temiendo por la salud de mis superiores, les quito de los ojos la tentación, no sea que cuando menos acordemos les dé un patatús y quede la orden en acefalía. Pero yo no pruebo nada de eso; nuestro padre San Francisco sabe si estoy diciendo la verdad: satisfecho con preservar de un cólico miserere ó de otro accidente aun más ejecutivo al reverendo padre provincial, otro sí, al guardián, reservo para los sopistas las gollerías que dice el hermano Justo. Sopistas son, señor, si á dicha no lo sabe, los pobres que á horas de comer acuden á las puertas del convento. De esta manera, dijo Don Quijote, el padre Deidacio es el ángel de la guarda de sus superiores. Y aun de las alacenas, los cajones, armarios y escaparates, respondió el padre Justo. Y señalando con el dedo á un fraile de cara de ave marítima que estaba ahí riéndose á boca cerrada, prosiguió: Este no es otro que Pepe Castañas, conocido en el claustro y aun

fuera de él, con el dictado de *el argonauta*, porque se anda por los aires del convento á la calle y de la calle al convento, sin que haya pared que no salte, ni torre por donde no se descuelgue todas las noches de la semana. Ponderación viciosa, dijo el padre Castañas: no es sino jueves y domingo, y eso, por visitar á los enfermos. Ahora mire vuesa merced, siguió diciendo fray Justo, un religioso que tenemos en vía de canonización, á quien á buena cuenta llamamos desde ahora *el santo*. Hablo de éste que parece traer cilicios hasta en la horcajadura, según su dolorida y callada continencia. Es el hermano Valentín, señor. No hay tradición de que la ronda le hubiese hallado fuera de su cama, con ser que él no la ocupa sino cuando está indispuerto. Tiene un santo de su propiedad que le suple las faltas, y tan bien le sabe acomodar en su humilde lecho, que el celador sale diciendo: de Valentín no hay que temer. Al que no está en la esencia de las cosas, dijo á su vez el padre Valentín, esto le pudiera sonar mal, señor caballero. La verdad del caso es que, atendiendo á mi quebrantada salud, mis superiores me han prohibido bajo santa obediencia hacer oración á deshora en el frío de la iglesia, según ha sido mi costumbre desde chiquito. Me valgo pues, del inocente artificio de poner ese santo en mi triste lecho, como dice Justo, á fin de pasar yo la noche donde más conviene para la salvación de mi alma. Mía fe, hermano Valentín, respondió Don Quijete, de ese modo tiene vuesa reverencia ganado el reino de los

cielos: temo solamente que en esos mundos no le halle la ronda en la cama, porque no ha de haber santo que le haga tercería, y será menester vaya á buscarlo. . . . En los infiernos, dijo el padre Justo.



LA FORMA REPUBLICANA

La forma de gobierno que se llama republicana es el resultado de muchas pruebas anteriores; requiere, por tanto, mayor suma de conocimientos políticos y sociales, más caudal de sabiduría, y un aguante que resista á muchos golpes. Los pueblos que, saliendo de la barbarie primitiva se presentan al mundo como nación, se constituyen desde luego en despotismo, por falta de luces y voluntad para cosas mayores. Cuando los siglos los han desengrasado y pulido; cuando la experiencia les ha enseñado; cuando los males y las desgracias los han desengañado, pasan del despotismo á la monarquía templada. No contentos con la suma de bienes y libertades que ésta ofrece, ansiosos de triunfos intelectuales y morales, soñando quizá en la felicidad perfecta, se echan en brazos de la república, que es la forma de gobierno á la cual aspiran los pueblos más atormentados por los

tiempos y por el alma invisible del mundo que se anda por las naciones conmoviendo á los hombres y haciéndoles columbrar la perfección y la felicidad que no les serán dadas quizá. Los romanos, cuando de una gavilla de bandidos se irguieron como nación, se constituyeron en monarquía; cuando se civilizaron y pesaron su valor, pasaron á la república; cuando se corrompieron y decayeron, recayeron en la monarquía y se hundieron en el despotismo. Los pueblos bárbaros del Asia y de América todos han sido monárquicos: la libertad es prenda preciosa oculta en las entrañas sociales: trabajo, sudor, lágrimas y sangre requiere para salir á luz; y su vena es tan delicada que la menor cosa la quiebra. Hombres perfectos tendrán por ventura repúblicas perfectas á la vuelta de los siglos; aunque, por mucho que amemos á la república y profesemos sus nobles teorías, no nos inclinamos á pensar que las virtudes serán jamás una misma cosa con ella, hasta cuando Dios tenga por bien soplar sobre el género humano y limpiarle esta roña que le apesta con nombre de vicios y pasiones desviadas.



LA EMBRIAGUEZ

Pues la embriaguez? Vicio infamante, como todos, es el peor de todos, por cuanto perverte la razón y hurta á la locura sus más feos perfiles. Cólera, furor, inverecundia, de ella nacen; sin contar con los estragos que hace día por día en la organización física del mísero que la lleva adelante. Bien como el opio es el azote de ciertos asiáticos, así los licores fuertes son la caída de los pueblos del occidente. El cerebro, en erección preternatural y continua, está desviado de sus funciones: el estómago padece irritación crónica, y rechaza el sustento necesario de la vida: los nervios se aflojan, pierden su resistencia: el corazón minado de día y de noche, ya no goza, ni de la sensibilidad exquisita con que le dotó la madre naturaleza, ni del amor que era su dicha: los sentidos se entorpecen; el ebrio de costumbre ve dos donde no hay más que uno, oye lo que no suena, pisa en vacío, y da con el triste cuerpo en el suelo. Al borracho no lo incita la hermosura, los impulsos inapeables que nos arrojan violentamente á las heroicidades del cariño ciego, son brisa muerta en él: los licores espirituosos han metido fuego á sus pasiones y las han vuelto cenizas; el bebedor no tiene que hacer en Chipre ni en Citera. Hombres que con el uso cabal de su razón hubieran estado para una buena ó grande obra,

privados de ella, caen en mal caso. Borracho no es sino loco; y tanto más sin ventura, cuanto su demencia es voluntaria. Si el ebrio es tan inútil, ¡qué digo inútil! si el ebrio es tan perjudicial como persona particular, como individuo privado, ¿qué no será en cuanto ministro de justicia, en cuanto gobernador de un pueblo? emperador, rey borracho ¿qué será? ¿quién le sufrirá? Príncipe bebedor pierde sus fueros: embriaguez es renuncia voluntaria de la corona, porque embriaguez constante y locura son una misma cosa. Felipe II tuvo encerrado á su hijo hasta la muerte, por violento y malo: violento y malo es el borracho. El pretendiente al trono de Inglaterra, conde de Albany, fué excluído, y aun perdió su esposa, su adorada Aloysia, por borracho; el P'apa los separó. El antecesor del viejo Guillermo, emperador actual de Alemania, se vió obligado á abdicar, por enfermo de la cabeza; y sabido es que beber y perder la cabeza son una misma cosa. Sólo nosotros tenemos obligación de tolerar presidentes bebedores, ebrios consuetudinarios, que suplen con la embriaguez lo que les falta de inteligencia. Dicen que el hijo de Agripina traía de continuo á los ojos un enorme carbunclo, con lo cual todos los objetos se le presentaban como bañados en sangre: el coñac es el carbunclo de Nerón: el que lo usa por costumbre, trae á los ojos ese rubí fatídico que está condenando á muerte á las dos terceras partes del género humano. Furor es lo primero en el que bebe: razón, justicia, reportamiento, al vuelo han huído de ese

hombre viudo de su alma: el borracho no es sino cuerpo, cuerpo con vida magnética ingerida por el sabio de las sombras, ese que sugiere maldades y aconseja sacrilegios. Si la familia cuyo padre da en beber es perdida, ¿qué será de la Nación cuyo presidente, cuyo general en Jefe son ebrios consuetudinarios? Es también perdida, más que perdida, infame; pues debe poner término al predominio de esas bestias cuándo feroces, cuándo risibles, que no saben lo que hacen, ó adrede hacen lo peor.

UN CURA

Este cumplido sacerdote, este hombre de paz y caridad, como tiene el alma limpia, gusta del aseo del cuerpo y la atildadura de costumbres. Su mansión es una concha: el guarda-casa está en pié á las cuatro de la mañana, y la barre desde el zaguán hasta el corral: los corredores siempre nuevos, á fuerza de cuidado, los aposentos, sencillos, casi pobres, ofrecen el conforto del orden primoroso que reina en ellos. Las tapias del jardín, ocultas tras un espeso enramado de plantas trepadoras, tienen aspecto de murallas de esmeralda donde resplandecen estrellitas de diferentes colores, como son la azul pasionaria, el amarillo mastuerzo y el blanco jazmín que inunda el barrio con su fragancia saludable. Los gansos dan gritos prolon-

gados y tristes allá lejos en la huerta: las gallinas cacarean en el traspatio. Perro bravo, no hay; el tesoro del cura son las virtudes, y éstas no tientan á los malhechores; pero sí un viejo mastín, gordo y pacífico, que á fuerza de años y de lecciones ha perdido su fiereza, y no sirve sino para simbolizar la fidelidad, tendido en medio patio, ó bien sentado como león en el umbral de la puerta de calle. El cura está de piés á las cinco: se lava rostro, manos y brazos cada día infaliblemente, no le suceda lo que al dervis que salió una vez sin haber hecho las abluciones que tanto agradan á la Divinidad. Dice misa á las seis; se queda en el confesonario hasta las ocho; de allí para adelante visita á los enfermos; vuelve á su casa á las diez y hace su primera refección, la cual consiste en dos huevos tibios, un vaso de leche y un pan. Sabe que el chocolate es contra la castidad, y se abstiene de él, aunque le gusta. Imposible fuera notar una mancha en sus manteles: cada borrón es un pecado, cada arruga una vergüenza. Paños sucios, alma puerca. Los vasos son para verse el rostro en ellos: Horacio no tendría nada que decir. La leche de su mesa es de la vaca que ordeña allí mismo una indiecita de admirable pulcritud y frescura: la flor, la espuma, el primer jarro, no es para él, sino para la enferma vecina que se duele del pecho. Los vegetales de su huerto, las raíces de su arada componen su comida: papas gruesas, reventadas, derramando suave harina: coliflor pomposa, sembrada con sus manos: es una maceta de ofre-

cer al altar ese repollo lujuriente lleno de jugos nutritivos. Granos tiernos de sencillo condimento: dulce de frutas: agua pura del arroyo. Vino, jamás: licores fuertes, menos: éstos son fracasos de la templanza, buitrones de las virtudes. El tabaco . . . el tabaco . . . soporífero infame que entorpece el cerebro, ensucia boca y manos y aplebeya el espíritu, no halla cabida entre las buenas costumbres de los hombres limpios: ver un clérigo con el cigarro en los dientes, echando humo y saliva, es hasta irreligioso de su parte. Fume el soldado, fume el viejo, fume el que pasó la edad del amor: la mujer hermosa, el hombre pulcro, el enamorado, no fumen, ó desbaratan sus prendas y sus esperanzas. El cura de Santa Engracia no sabe fumar, no bebe humo ni echa inmundicias por los labios. Como es leído, sabe que los trabajos intelectuales no se compadecen con la salud, sin el modo y el pulso que en ellos gastan los prudentes: despues de comer, dos horas de paseo calmoso y grave: anda solo; la soledad es una musa: medita, al tiempo que va andando; recoge ideas; levanta el pensamiento al cielo; recibe en el alma los arreboles del occidente cuando el sol se ha puesto, y abrigada con esos colores que comunican uno como calor divino, vuelve al convento con santa melancolía. No lee sino dos horas por la noche: su sueño, como de varón justo, es el de un niño. Torna la auro-
ra, torna él á sus obligaciones y costumbres.

Este es el sacerdote evangélico, el cura perfecto.

EL ORO CORRUPTOR

Mirad allí ese rico que ve para abajo á los demás. Su casa es un palacio: el cedro oloroso, el ébano, labrados de mano maestra, componen su mobiliario. La seda anda rodando: alcatifas primorosas ofrecen bellos colores á los ojos, suavidad á las plantas de su dueño: dorados bronce, porcelanas de Sevres, elegantes candelabros son adornos de sus rinconeras; y una araña de cien luces suspendida en el zenit del grandioso aposento, está llamando los ojos á su cadena de oro y á la turbamulta de iris infantiles que van y vienen entre los prismas resonantes. Pues la mesa de este gran señor! Los dos reinos son sus tributarios; la perdiz provocativa, el pichón delicado, el capón suculento, allí están á su albedrío, haciendo requiebros á su paladar esquilimoso. Ni por lejano el mar deja de ofrecerle sus productos: el rico gusta de peces finos: el salmón, héle allí alto y esponjado insitando el apetito con sus gordos filamentos. La tortuga: presente; en sopa real, entrega al ansia del regalón acaudalado sus sabrosas entrañas. La anguila: no subsiste: ¿quién puede pasar sin ese artículo singular, esperanza del hambre rica, satisfacción de cultos comedores? Ahora tú, reino vegetal, ven y pon en el festín tus hongos, tus trufas, tus espárragos, tus coliflores, tus berzas diferentes, y no escatimes ni

la raíz profunda, ni el grano en leche de que tanto gustan príncipes y potentados.

Por los bosques de Fontainebleau anda saltando alegre de árbol en árbol el faisán, libre y feliz en sus amores. Su esposa, su amiga, en la frondosidad de una haya se está en el nido, y entre sus alas sus polluelos, bebiendo la vida en el corazón que les reparte calor á todos. El macho los contempla pensativo sobre una rama próxima, y vive en el amor de su hembra y el cariño de sus hijos. Un estallido se difunde por el bosque: derramado en todas direcciones, se va como un trueno derecho: el pájaro amante yace en tierra, las alas en cruz, el pescuezo torcido, la sangre chorreando por las fauces. Al otro día esta pieza será el plato principal de la comida del señor marqués ó el señor duque. Lástima que el águila real del Cáucaso no sea de comer! y dos veces desgraciado el rico en que naturaleza no haya destinado el león del Asia para sus antojos y sus gulas. Ahora pues, este gran señor labró su riqueza con el sudor de su frente? empuñó la esteva, borneó el hacha en el profundo monte? No; ni corrió los mares desafiando las tempestades, ni fué á la guerra y dió grandes hazañas por cuantiosos estipendios. La inteligencia, no la beneficia; el vigor natural, no lo ejercita: no compra ni vende para comer, no arrima el hombro al trabajo á ninguna hora: heredó el inepto, y en la herencia funda su orgullo; ó robó el miserable, y en el crimen finca su gloria.

COMIENZOS DE BOLIVAR

Llamábase Bolívar ese americano; el cual sabiendo al fin para lo que había nacido, sintió convertirse en vida inmensa y firme la desesperación que le mataba. La grande, muda, inerme presa que España había devorado trescientos largos años, echa al fin la primer queja y da una sacudida. Los patriotas sucumben, el verdugo se declara en ejercicio de su ministerio, y el Pichincha siente los piés bañados con la sangre de los hijos mayores de la patria. Bien sabían éstos que el fruto de su atrevimiento sería su muerte; no quisieron sino dar la señal, y dejar prendido el fuego que acabaría por destruir al poderoso, tan extremado en la opresión como dueño de llevarla adelante. Qué nombre tiene ese ofrecer la vida sin probabilidad ninguna de salir con el intento? Sacrificio; y los que se sacrifican son mártires; y los mártires se vuelven santos; y los santos gozan de la veneración del mundo. Nuestros santos, los santos de la libertad, santos de la patria, si no tienen altares en los templos, los tienen en nuestros corazones, sus nombres están grabados en la frente de nuestras montañas, nuestros ríos respetan la sangre corrida por sus márgenes y huyen de borrar esas manchas sagradas. Miranda, Madariaga, Roscio, á las cadenas; Tórres, Caldas, Pombo, al patíbulo. Pero los que cogieron la

flor de la tumba, los que desfilaron primero hacia la eternidad, coronados de espinas bendecidas en el templo de la patria, se llaman Ascásubi, Salinas, Morales, y otros hombres, grandes en su oscuridad misma, grandes por el fin con que se entregaron al cadalso, primogénitos escogidos para el misterio de la redención de Sud-América. La primera voz de independencia fué á extinguirse en el sepulcro: Quito, primera en intentarla, había de ser última en disfrutarla: así estaba de Dios, y doce años más de cautiverio se los había de resarcir en su montaña el mas virtuoso de los héroes. Ese ay! de tan ilustres víctimas; ese ay! que quería decir: Americanos, despertaos! americanos, á las armas!, llegó á Bolívar, y él se creyó citado para ante la posteridad por el Nuevo Mundo que ponía en sus manos sus destinos. Presta el oído, salta de alegría, se yergue y vuela hacia donde tiene un compromiso tácitamente contraído con las generaciones venideras. Vuela, mas no antes de vacar á una promesa que tenía hecha al monte Sacro, mausoleo de la Roma libre, porque el espíritu de Cincinato y de Furio Camilo le asistieran en la obra estupenda á la cual iba á poner los hombros. Medita, ora, se encomienda al Dios de los ejércitos, y en nao veloz cruza los mares á tomar lo que en su patria le corresponde de peligro y gloria.



IGNACIO PILLA-PILLA

Alojado estaba, pues, el señor de las hebillas en el Hotel de las Cuatro Naciones, comiendo tarde y mañana perdiz y lamprea, bebiendo á boca de jarro vinos de Francia, y contoneándose cual convenía á testa coronada como la suya. Cigarros? pregunta un día, llegándose al mostrador. Habanos, señor general, de los comunes. ¿Comunes, insolente? ¿comunes á mí? ¿á qué llamáis comunes, y qué es comunes en mi presencia? *Vuelta-Abajo.* ú os paso de parte á parte con esta lanza. *Vuelta-Abajo* todo el día, puros de los de á medio fuerte la pieza: coñac superior, Chateau-Laffite, Champagne de primera clase, todo para que se cargue á su cuenta. Hasta billetes para el circo de toros y entradas para el teatro mandaba á traer á la del dueño de casa. Coche con lacayo de librea, á la cuenta: viene el sastre; que se le pague en la secretaría: el zapatero; á la secretaría: relojero; el secretario. "Rothschild", estaba repitiendo á menudo; "letras para Londres". Este es un duque, decía el dueño de casa; un lord de Inglaterra, contestaban los criados. Es un príncipe ruso. Quién sabe si el heredero del trono de la Gran Bretaña, viajando de incógnito, se halla entre nosotros? Es el mariscal Saldhana de Portugal, afirma uno. De ninguna manera: Saldhana es anciano y este *joven* no deja sospechar más de cincuenta y seis años. De-

be de ser Kibrisly Mehemed Bajá, gran visir de Turquía. No, yo pienso que es el *czar*: anda, sin duda, estudiando instituciones y costumbres de los pueblos, como Pedro el Grande. Duerme demasiado para estudiar nada, respondió el mayordomo del hostal; y bebe mucho para hombre de buena razón. El mozo de cámara puso en duda toda la grandeza del desconocido, haciendo saber cómo roncaba, y cómo dormía en cueros, y cómo hacía aguas en presencia de gente. Yo, señores, dijo, nunca podré creer en la principalidad de uno que no tiene vergüenza de servirse de mano ajena para ajustarse el braguero. ¿Es quebrado? Quebrado, señor; quebrado. Hum . . . dijo el maestresala; el príncipe debe de ser un palanquín ó ganapán que ha hecho mucha fuerza antes de ser *general*. Ya lo veremos, respondió el amo: en el pagar y en el dar se conoce á la gente de modo.

Un día convocó el señor de las hebillas á su aposento á sus tres aláteres, ó compañeros de viaje: Tráigame cada uno de ustedes todo el oro que tenga, y póngamelo en esta mesa. No es sino para media hora, durante la cual pueden ustedes no perderlo de vista, pues no exijo que se vayan. Es para una prueba: como buenos paisanos y amigos, espero que no me dejen mal. Miráronse unos á otros los señores, se hicieron del ojo, y uno de ellos preguntó: ¿Y para qué, Ignacio? Yo sé para qué: si no me dan gusto, ténganme por muerto en adelante. Salieron los tres individuos, ó indiviudos, como dice Veintimilla, y cada cual volvió con una buena

porción de luises ó napoleones franceses, que fueron amontonados en la mesa. En esta sazón entra Juan Borella, hostelero, conversa un rato y se despide:—Amigo Borella, aquí tiene usted cuanto dinero necesite.—Gracias, General; no hay apuro.—Cuatro, cinco mil pesos en oro, tome usted.—Gracias, gracias, General: á su tiempo.—Y salió el italiano lleno de confianza. Ahora, dijo Ignacio Pilla-Pilla, recoja cada cual sus escudos, que no los necesito para nada, y lárguense. Valga la verdad; no se le pegó la cera ni en luis ni en napoleón, y devolvió el último cuadrante. Otro día se llega al secretario del establecimiento, y le pide doscientos duros. *Per Dio!* exclama el hostelero, allí presente; y esos montones de oro que vi ayer en su mesa, General? Esa bicoca? hombre, si me la ganaron anoche al rocambor en casa del duque del Infantado. Ya le pediremos al amigo Rothschild letra abierta, y veremos si el duquecito nos obliga á ir por el resto. Apaña los doscientos duros ese día, y al cabo de tres pide ciento cincuenta. Rothschild, dijo, me escribe que instament vendrá la letra que para Madrid le he pedido ¿Qué es *instament*? pregunta una dama *sotto voce* al secretario. *Instament* es dentro de poco, inmediatamente. Ah, repite la dama; éste es un francés de distinción; dice *instament*.

Cuatro días más tarde, se vuelve á llegar á la secretaría, y pide trescientos duros. El secretario, perplejo, interroga con la vista á su patrón, y cuenta la suma. “He recibido”, dice

Kibrisly Meñemed Bajá, “un otro despacho tegreláfico: la letrita es de cinco mil libras estilinas, y puede ser que llegue hasta dimanche”. Curiosa por demás debe de ser esa señora, pues no deja pasar ni el *un otro*, ni *el estilinas* ni *el dimanche*. *Un otro* responde el secretario, es otro; *libras estilinas* son libras esterlinas; y *dimanche* es domingo. Este extranjero sabe mucho, replica la señora. Y el despacho *tegreláfico* ¿qué será? Debe de ser despacho telegráfico, responde el secretario.

Volvió á pedir el príncipe ruso, y volvieron á darle; y pidió más, y todavía le dieron; ¡tan buena espalda tienen los pícaros! Buena espalda, si no lo sabéis, es buena suerte, buena estrella. Cogió buen dinero, y lo jugó; cogió buen dinero, y lo enterró en los lupanares: comió bien, durmió á pierna suelta, bebió como un ilota, y se dejó estar allí unos cuantos días nadando en su grandeza. Invitado por sus compatriotas para un viaje al Guadalquivir, á la risueña Andalucía, se negó. Fuéronse los señores. A la vuelta, mal pecado, Juan Borella, furioso, se les apecha: Ese era el General? ése era el gran señor? Valiente pícaro me trajeron ustedes aquí: ustedes pagarán, puesto que son sus sobrinos. Sobrinos? responden santiguándose los viajeros; por lo que tenemos de Adán; no hay más parentesco entre ese individuo y nosotros, amigo Borella. Pues él me dijo que ustedes eran sus sobrinos. Y le dijo también que debíamos pagar sus gastos? El, como tío nuestro, debió haber pagado por nosotros.

El caso fué que el príncipe ruso le hizo saber un día al hostelero que sus letras habían llegado, y pidió su cuenta. Trajéronsele con el recibo al pié, según que es de uso y costumbre. Pagarla? que vuelvan los tunantes. El acreedor seguro de esa cantidad, puesto que allí estaba el lord de Inglaterra, descuidó un tanto su negocio. Por dónde ni á qué hora se fué el señor de las hebillas, nadie lo sabe. *Capo di Dio!* gritaba el italiano Borella, arrancándose las barbas á dos manos: si le llevo á coger al caballero, en fuerte planeta fué nacido. Y tomó el tren de Bayona. Pero no antes que don Mariano Prado, marqués de Acapulco, hubiese comparecido en el hostel á preguntar por *el señor General Veintimilla*. El italiano, fuera de sí, vuela al aposento del huésped misterioso, toma los arrapiezos que éste había dejado, y sacudiendo una camisa arambelosa y un pantalón mugriento á la vista del marqués: Este es su General, señor marqués! aquí está su señor General, señor marqués! Sabedor de lo acontecido el grande de España, se fué lleno de rubor de haber hecho más de una visita á baladrón semejante. Y no se crea que por el nombre de Veintimilla, sino porque habiendo el joven Prado residido en Quito algunos años, como secretario de la legación española con el señor Bróguer de Paz, creyó de su deber dar una prueba de cortesía á esa gente ecuatoriana. Entre tanto, Kibrisly Mehemed Bajá, lejos de irse á París, como pensara el hostelero, se metió por ahí en una aldea de los Pirineos, llamada San Juan

de Luz, y se dejó estar calladito hasta cuando el chubasco amainase. Si me acusaran de haberme robado las torres de Nuestra Señora, decía un jurisconsulto parisiense, me escondería inmediatamente. El señor de las hebillas, ó Ignacio de Villadiego, no había robado torre chica ni grande, y no obstante juzgó de su deber meterse en un rincón, á modo de conejo. Quién le huele? quién le levanta? Sígale los pinchados, y ahí se las den todas. Querellóse Borella de estafa ante el juez de un circuito de París, el juez dictó auto de comparendo, el príncipe ruso no compareció, y se acabó el cuento.

FORAGIDOS

Esos son los cristianos que ayunan doscientos días al año; que se andan todo el día arándose el rostro con cruces y recruces; que se disciplinan las espaldas y las piernas; que cuando se les mete en la cabeza, forman un motín y se ponen á rezar el rosario á medio día en las esquinas; que quitan el habla al que come carne algún día de cuaresma; que le pasan una soga por el cuello al que por casualidad no oye misa un día, y le van tirando á los infiernos; que llevan en su cuerpo dos arrobas de escapularios y

rosarios; que no leen libros prohibidos, y que tienen por ignorantes y bárbaros á los que no hacen lo que ellos. Al tomar tierra en Santa Marta los españoles de la conquista, echaron de ver por la orilla unos canastillos de cangrejos y otros comestibles de los naturales: cuando éstos se les presentaron, vieron que no llevaban la barba á la española, y de estos motivos se colgaron para destruirlos, y en estas cosas fundaron su derecho á la conquista. Poco más ó menos, las causas de la guerra que ahora nos mueven nuestros ascendientes son de la misma naturaleza: no hacemos lo que ellos hacen, no pensamos como ellos piensan, y ante todo, ellos no tienen lo que nosotros tenemos; pues nos deben reconquistar, nos deben destruir: ¿es corto agravio este de no llevar la barba á la española? es insulto pasajero esto de trabajar, cultivar los campos, tener que comer de sobra? es vano motivo de guerra esto de beneficiar minas inexhaustas, poseer bosques inmensos de finas y valiosas maderas, artículos de necesidad, de comodidad y de lujo en abundancia, cuando ellos se comen las manos? Pero si ellos no tienen nada de esto, es porque no arriman el hombro al trabajo; agachen las espaldas, y desaparecerán por completo las causas de guerra contra la América latina. El guano del Perú son los cangrejos de Santa Marta; la plata de Copiapó es no llevar la barba á la española. Qué de buena gana conquistara yo á esa España. . . . Allí, allí es donde se comen cangrejos y no se lleva la barba á la española. . . .

LA REPOSTERÍA DEL CONVENTO

Costumbre es de nuestra raza endulzar la boca después de la comida con algún bocadillo suave y delicado que destruya lo fuerte y barra lo picante de ciertos alimentos. Miren ustedes que esto de divinizarse uno con una gelatina temblorosa, voluptuosa, como oro viviente, es gusto de los más saludables de la vida. Se entiende, cuando ella es obra de manecitas blancas, aterciopeladas, de una uña limpia, las yemas de cuyos dedos parezcan botones de rosa, y se muevan graciosas y livianas, cual si un ángel estuviera haciendo retórica por medio de ellas. Si la gelatina proviene de manos de negra, ya no me gusta: mis cocineras han de ser las heroínas de lord Byron, esas Aideas y Gulares, de las cuales mujeres á las queridas de Apolo no va diferencia ninguna. Por eso tengo un pique mortal con los clérigos que me han robado la buena voluntad de las monjas del Carmen Bajo, yéndoles á mentir que he pedido al viejo Urbina les aumente la contribución, siendo así que yo he pedido lo contrario á ese rancio galán: ¿no es verdad, amigos que me leéis? Pues van mis cleriguitos y les dicen que *el monstruo* pide diez mil pesos contra su monasterio; que habla de ellas como del convento de

la hermana Caracciolo; que á todas las llama viejas, y otros embustes y desvergüenzas de mayor cuantía. Yo era uno como Arcipreste de Hita, aunque no me llamo Juan Ruíz: pan redondo, abultado, de convexidad en cuyo seno se apiñan los geniecitos del hambre: pan gracioso, de linda forma, semejante á la mejilla de una muchacha de buena salud. Suspiros sin peso absolutamente, que no son sino palabras de cariño cuajadas en el aire; vientecillo que forma su cuerpo rozando con los jazmines y las azucenas. Delficas en las cuales el joven Narciso hubiera podido verse la cara. Grajeas de que se harta lleno de alegría ese muchachito que anda desnudo, regalando la vista con la gordura de sus miembros; que juega y amenaza con sus flechas; que dispara de súbito, acierta en el corazón y huye matándose de risa. Dulce de naranja de color celestial, cuyo amargor delicioso entona el paladar y el espíritu. Bizcochuelos como espuma concreta, espuma de oro endulzada con el almíbar que Hebe y Ganimedes extraen de las flores del cielo. Y unas fuentes, señores, unas fuentes del manjar cuyo nombre no me es dado poner por escrito, á causa que el vulgo le aprosa la poesía. Si dais con él por las señas, tanto mejor. Tiene encima asaz de tajadas verdes de la fruta americana: la yema del huevo, endurecida, le adorna al rededor: el ají, ardiendo y amenazando, está prendido de trecho en trecho en elegante postura: la cebolla, picada y abierta en forma de blanca rosa, tiene lugar en varios sitios; y la papa gruesa,

redonda, amarilla, como dueña de la fiesta, saca afuera el pecho y desafía que nadie le supere en gordura é incentivos. Si la he dado su nombre á esta hembra harinosa, no ha sido por escritor ordinario, oh vosotros los cultos humanistas que no alcanzáis el arte de volver sublimes los objetos comunes: he nombrado la papa, así como el rey de Francia Luis décimo sexto se adornaba prendiendo en el ojal de su levita una flor de nuestro humilde tubérculo. Digo pues que todas estas gangas me han quitado los clérigos con sus chismes, y que ahora así me regalan las monjas como entrar en la masonería.



LA GRUTA DEL GENIO

Si gustáis de los sitios agrestes, esos donde el agua está conversando con el silencio eternamente, y las plantas en apiñadas agrupaciones forman circuitos que son palacios de náyades y sílfides, mirad aquí esta gruta como esas donde Calipso prometía felicidad inmortal al viejo rey de Itaca. La peña, en socavón curioso, compone una bóveda adornada de estalactitas que son obra maestra de la naturaleza: al pié de ella está brotando á la continua un caudal de agua pu-

rísima, cuyo lecho taracean peladillas de colores varios: fino césped suaviza y enverdece el suelo, mientras las plantas trepadoras suben por las paredes y forman inextricables laberintos con los árboles que circunvalan la fuente. Un cáliz enorme de color de púrpura está colgado de una rama cabizbaja, y toca y no toca las ondas que en hinchada rebosadura se derraman por las orillas: las flores del campo, la bella unión silvestre, el pajarito azul de pico largo agracian los alrededores, sin género de ruido sino es el murmurio del agua y el zumbido de los insectos que debajo de la yerba llevan adelante la comedia de su vida. Un viejo venerable, despejada la frente, blanca la barba, se viene hacia la gruta á paso de profeta: entró. Con qué palabras de sentido profundo evocó su Genio, lo ignoramos; mas de las entrañas de la fuente, rompiéndola con el blanco pecho, ó fué de entre el tupido ramaje, salió una mujer joven como el alba, fresca como la humedad milagrosa de su gruta, y le echó los brazos al anciano. Hablaron los dos seis horas: en este espacio de tiempo el anciano aprendió más que había estudiado en los años de su vida, y cargado de ciencia súbita, se volvió á la ciudad, á sus alcázares. Era éste el rey de Roma, y la joven de la gruta un ente superior al género humano que por misericordia de los dioses se presentaba á un mortal y le comunicaba los secretos del destino. El Genio de Numa es la ninfa Egeria. Los que viajáis á Roma, id á beber por la mañana en la fuente de la ninfa Egeria. Numa pasó,

Roma se desvaneció: naturaleza con su agua saludable, sus árboles frondosos, su yerba verde, sus flores aromáticas, sus aves canoras, allí está. Nuestro siglo es incrédulo: burlas para él lo extraordinario; empero el amor de la naturaleza expresado en el agua corriente, la mu-llida grama, la flor voluptuosa, el silencio amigo, es Genio en el cual nunca dejaremos de creer los que tenemos en el alma un grano de poesía, y gustamos de leer en esos libros sibili-nos que están abiertos de noche en la bóveda ce-leste, y de día, en las soledades donde no ha-blan sino el viento sobre el árbol, el insecto de-bajo de la yerba, y por ventura un pájaro que vuela por encima, echando gritos lamentables.



EL ZAMBITO Y EL PICARO



Yo he llorado por un zambito criado mío lágrimas que hubieran sido envidia de un hijo: así él de manso, apacible, diligente y amoroso. Mis temporales eran trombas marinas que me las rompía y desbarataba, no á cañonazos, como hacen los navegantes, sino con una humildad, una resignación al castigo injusto de la cólera, unos ojos tan llenos de amor y lágrimas, que al punto era yo un san Francisco de Sáles por la

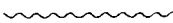
mansedumbre, un san Bruno de caridad, á quien los ángeles, sobre sus alas, hubieran arrebatado al cielo. Esta seráfica criatura, familia, amigos, todo en mi proscripción; mi factotum, ministro universal de mesa y cámara, confidente y maestresala, cayó con fiebre un día. Cuando su madre, una negra alta y seca, le echó al pobrecito á la espalda para llevarlo al cementerio, no la seguí por no ir gimiendo por la calle. *Un tigre* para los perversos; para los buenos siempre he abrigado corazón de madre: Jesús tenía también *corazón maternal*: Venid á mí los párvulos! y llora sobre Lázaro el hijo de Dios. Por la tarde, un llanto lastimero llenó de repente la casa donde yo vivía. Era la negra: Señor, me dijo, el señor cura no permite sepultarlo mientras no consignemos los derechos: dice que allí le comieran los perros. Cuando el clérigo vió ante él ese hombre de ojos encendidos, de aspecto feroz, que iba á consumirle, tembló: Señor don Juan, repórtese, por Dios! que hay? Usted no tiene derecho á los derechos, señor cura, de un desheredado para cuya mortaja y cuya misa fúnebre dejo de comer cuatro días el triste pan del destierro; pero si plata por obras pías, aquí la tiene usted! Y tiro con furia un puñado de dinero sobre la mesa. El clérigo negó todo; dijo que eran mentiras y picardías de la negra y que el cadáver y yo seríamos servidos como lo manda Dios. Luego recogió con modestia digna de alabanza el dinero que yo había echado por ahí, y me lo puso en el bolsillo. *El corazón de tigre* y el corazón de ma-

dre juntos en un mismo pecho suelen hacer las obras mejores de la vida. Otro muchacho tuve, el antípoda de este difunto: y tenía nombre de profeta, él que era el mismo diablo: bellaco más completo y más lleno de farándulas y embudos, no ha producido la Playa de Sanlúcar. Grandes las faltas y continuas; el castigo, de tarde en tarde y menor que ellas. Al más indeciso cachete, al más ligero pasagonzalo, caía muerto ese Guzmán de Alfarache pepueñuelo; y era de ver con la gracia que hacía el agonizante: ni la palidez, ni el sudor frío, ni las convulsiones le faltaban para que su traza fuera cumplida. Entonces era el echar yo mano por un látigo y sacarle vivo como un cohete por esas calles. Tan aviesa criatura me iba corrompiendo: no me gusta ser malo, no quería serlo: le eché de mí y quedé bueno y libre de esa alcabala nefanda de la cólera. Las personas de buen genio y corazón bien formado son los Genios propicios de la vida; las de mal corazón y mal genio son moradas de Satanás.

LAS ESCUELAS RELIGIOSAS

Los de las *escuelas religiosas* del Ecuador, y todo descendiente de español, son como los antiguos persas; no proceden á ninguno de los actos naturales, buenos ó malos, sin abrumarse con una lluvia de ceremonias. Pasan por una

capilla cerrada, y le hacen más mochas que un chino etiquetero á su emperador; la saludan con las manos, con el pecho, con los pies, y mientras pasan, le dejan media docena de *para servir á Ud.* Estornudan, y en seguida rezan el alabado; vuelven á estornudar, vuelve el alabado: bostezan, y se atrancan la boca con los dedos y hacen allí una barricada de cruces que no hay diablo que pase. Tosen, y ofrecen una vela á Santa Rita, porque tosieron; se tropiezan, y se acuerdan de las once mil vírgenes. Si les viene un zumbidillo á los oídos, esas son las almas que piden oraciones y responsos: si se les hiela la punta de la nariz, el difunto Don Mariano está penando. Mal año que ladre un perro á media noche, porque por ahí anda un muerto embozado en su mortaja, ó va á morir una persona de familia; y si no le ponen por lo menos una vela por semana, *su patrón* les da de palos. Estos son los que están divididos en *escuelas religiosas*: aquí hay arrianos, luteranos, calvinistas, protestantes, ateos, indiferentes, y sobre todo, hermanos moravos. Ah hermanos moravos, de buena gana hiciera yo una *rinconada* con ustedes. . . .



UN LIMITE

Si los emperadrecillos ruines de la América del sud fueran buenamente pagando sus crímenes en donde y como deben, no lloraríamos tantas calamidades y miserias: cada pueblo debe ser un tribunal, cada ciudadano un juez, y en la calle por donde acostumbre pasar el presidente, se debe pintar un cadalso negro que lo vea cada día. Así serían buenos talvez. Pero qué es esto de atropellar por todo, sin curar de vidas ni haciendas, empleando los códigos en estopas para fusilar á los que á ellos se les antoje, enviando á destierro á buenos ciudadanos, sin más que el mal corazón ó las erradas conveniencias de los que mandan? Y luego los oprimidos no pueden dar un paso ni decir una palabra: el presidente, lo es para su comodidad, para su orgullo y su riqueza, y para mal de todos los demás; con lo cual pervierten las máximas de la política y los fines de la asociación civil; pues la ley natural supone que el que manda hace un sacrificio, que se desentiende de su propia felicidad, y se consagra á la de los que están sujetos á su gobernación. "Toda autoridad se avienta, por decirlo así, afuera", dice un filósofo: no se da ella en bien de los que gobiernan, sino en el de los gobernados. Por aquí, la nación es una hacienda de los que mandan, los ciudadanos, esclavos ó peones, á quienes es pre-

ciso tratar según el sistema de la China: *palo y látigo*. ¡Ah repúblicas turcas! . . . bien quisiera yo una conflagración universal, un terremoto que nos destruya de cimientos, para que después de algunos siglos volvamos á venir al mundo dignos de la civilización y del Creador que nos hizo á su semejanza: á esa semejanza que la perdemos cada día por nuestras infamias y maldades. El cielo se contrista, el infierno se sonríe, cuando echan los ojos á esta desdichada parte del mundo.



EL PANTALON

DEL SEÑOR DE CHATEAUBRIAND

Monsieur Carlos Ledrú, anciano á quien conocí en mi primer viaje á Europa, me contó un día que pasando á Londres vió que los elegantes de esa ciudad estaban usando pantalón de un paño blanco aperlado hermosísimo. Compró tres cortes: uno para él, otro para Armando Carrel, de quien era amigo íntimo, y otro para el vizconde de Chateaubriand. El autor de *El genio del Cristianismo* recibió un alegrón desmedido con su corte de paño: una negra de Guinea no es más feliz cuando un explo-

rador le regala una gargantilla de corales. Dusotoy no era famoso todavía; pero no le faltó sastre á Chateaubriand para mandar hacer su pantalón, en el cual cifró inmediatamente su confianza de hacerse corresponder al fin por la hermosa y desdeñosa Recamier. Vino la buena pieza flamaute y elegante: Chateaubriand descubrió un defecto en la horcajadura. Ilevósela el sastre, y no volvió con ella ni después de tres semanas. El escritor se estaba dando á todos los judíos del infierno; ¡y miren qué de ocasiones no le había hecho perder el infame! Convites, bailes, paseos menudeaban en casa de aquella reina de la moda, esa ateniense del Directorio, y su enamorado no tenía su pantalón de paño blanco! Trajéronselo al fin; el pícaro del sastre lo había soltado por demás; todo el cuerpo se zangoloteaba en esa anchura del diablo. Venga otro sastre: éste lo estrechó de tal modo, que cuando el grande hombre se lo puso á viva fuerza, no se pudo mover ni para arriba ni para abajo. Venga otro: el otro le desigualó las piernas y le torció el pié. Chateaubriand le rompió la cabeza; estuvo en poco que no le metiese soldado. Sin esperanza de mejorar de suerte en París respecto del pantalón de paño blanco, emprendió un viaje, para distraerse y estudiar á un mismo tiempo las naciones. En Berlín lo primero que hizo fué mandar componer el pantalón. Renegó de los alemanes, los llamó bárbaros y brutos, y siguió su camino. En Viena, á componer el pantalón. En San Petersburgo, el pantalón. De regreso á Aus-

tria, pasó por Trieste á Venecia: el pantalón. Pero la reina del Adriático nunca se ha distinguido por esta prenda de vestir: ella usa manto real y se cubre el rostro con un velo de oro, cuando el sol se está poniendo tras los montes Icroseráuneos, y sus últimos resplandores van á dormir y apagarse en las aguas del Brenta. Pasó á Roma el viajero: el pantalón. La ciudad eterna, la Sede Pontificia ¿qué pantalón le había de componer? El sastre le dió más cólera que en ninguna otra capital, pero el Papa le alentó con hacerle sentar á su lado y hablar con él familiarmente. Salió del Vaticano enjugándose los ojos y diciendo: Es preciso convenir en que este hombre, no sólo es un santo, sino también un sabio. Cuando volvió á París, el sastre á quien llamó le dijo que de esa quisicosa pudiera tal vez sacarse un chaleco pero un pantalón, jamás. Tan desfigurado, tan echado á perder estaba como todo eso. El grande hombre murió sin haber alcanzado la correspondencia de la mujer de sus desvelos; el pantalón de paño blanco pasó en inventario al albacea del ministro de Louis XVIII.

Ahora pues, qué decís, qué decís del filósofo, poeta, estadista, escritor que rompe la cabeza al sastre que le ha echado á perder un pantalón? Yo digo que Chateaubriand hizo muy bien. Si yo fuera que él, le hubiera hecho ahorcar al pícaro. Pues no me trae un sastre una levita con una pieza en la solapa? En la solapa, han oído ustedes? Que un sastre de viejo se dé maña en remendarle á uno por atrás, por de-

bajo, pase; mas en el pecho, esta parte nobilísima del hombre, donde reciben las heridas los valientes; donde el corazón está anunciándose á la continua por medio de su golpe inmortal; donde se tira la hermosa que quiere desmayarse, es delito que en la horca no paga el atrevido zurcidor. Remendarle á uno la solapa, esa ala de buitre que doblada hacia afuera compone el altar donde nos adoramos á nosotros mismos! La solapa, que es lo primero que hiere la vista de los que vienen frente con frente de nosotros; la solapa donde nos prenden las insignias de la legión de amor unas blancas, adoradas manecitas; la solapa que sirve de medida del pecho varonil; la solapa, este *Dominus vobiscum* de la moda y la elegancia! Chateaubriand, oh Chateaubriand, ¿dónde está tu palo, palo justo, palo filosófico, palo vengador? Si Chateaubriand no descarga su santa ira en la cabeza del sastre, allí se muere de sofocación. Yo soy, sin duda, más sufrido que él, no embargante mi fama de antropófago: vive el sastre, vive! No le mataré; pero si algún día tengo por conveniente asistir al Senado en mi país, en donde, á despecho de la ausencia, me han nombrado Senador, propondré á los legisladores un proyecto de ley que declare gente de *colgación y colgamiento* á los sastres que le dañen el pantalón á Chateaubriand y le remienden á uno la levita nueva.

Y aquí es donde ustedes, ó digamos vosotros, ya que subimos el tono; y aquí es donde vosotros habéis de admirar la naturaleza humana,

este compuesto de luz y oscuridad, de sustancia divina y de tierra, en el cual los vuelos del espíritu se dan la mano con las bajezas de la materia. Chateaubriand perdió más de veinte capítulos de una de sus mejores obras, por estar pensando en su pantalón y echando maldiciones á los sastres. Cuando el hombre no es un dios, es un animal que da lástima: vive este ser interesante yendo y viniendo en un mar de pensamientos y pasiones que ora le elevan al empíreo, ora le estrellan contra el suelo. El "Genio del Cristianismo" y el pantalón de paño blanco, éste es el hombre.



EN EL PICHINCHA

Un día subió un niño á las alturas del Pichincha: niño es, y sabe ya en donde está, y tiene la cabeza y el pecho llenos de la batalla. El monte en las nubes, con su rebozo de nieblas hasta la cintura, gigante enmascarado, causa miedo. La ciudad de Quito, á sus piés, echa al cielo sus mil torres: las verdes colinas de esta linda ciudad, frescas y donosas, la circunvalan cual nudos gigantescos de esmeralda, puestas como al descuido en su ancho cinturón. Roma, la ciudad de las colinas, no las tiene ni más be-

llas, ni en más número. Un ruido llega apenas á la altura, confuso, vago, fantástico; ese ruido compuesto de mil ruidos, esa voz compuesta de mil voces que sale y se levanta de las grandes poblaciones. El retintín de la campana, el golpe del martillo, el relincho del caballo, el ladrido del perro, el chirrió de los carros, y mil ayes que no sabe uno de dónde proceden, suspiros de sombras, arrojados acaso por el hambre de un aposento sin hogar, y subidos á lo alto á mezclarse con las risas del placer y corromperlas con su melancolía. El niño oía, oía con los ojos, oía con el alma, oía el silencio, como está dicho en la Escritura: oía el pasado, oía la batalla. En dónde estaba Sucre? Tal vez aquí, en este sitio mismo, sobre este verde peldaño: pasó por allí, corrió por más allá, y al fin se disparó por ese lado tras los españoles fugitivos. Echó de ver un hueso blanco el niño, hueso medio oculto entre la grama y las florecillas silvestres: se fué para él y lo tomó: será de uno de los realistas? será de uno de los patriotas? es hueso santo, ó maldito? Niño! no digas eso: hombres malditos puede haber; huesos malditos no hay. Sabe que la muerte, con ser helada, es fuego que purifica el cuerpo: primero lo corrompe, lo descompone, lo disuelve; después le quita el mal olor, lo depura: los huesos de los muertos, desaguados por la lluvia, labrados por el aire, pulidos por la mano del tiempo, son despojos del género humano; de este ni de ese hombre, no: los de nuestros enemigos no son huesos enemigos; restos son de nuestros semejantes.

Niño, no lo arrojes con desdén. Pero se engañaba ese infantil averiguador de las cosas de la tumba: los huesos de nuestros padres muertos en Pichincha son ya gaje de la nada: el polvo mismo tomó una forma más sutil, se convirtió en espíritu, desapareció, y está depositado en la ánfora invisible en que la eternidad recoge los del género humano.

Hubiera convenido que ese niño, que no debió de ser como los ótros, hallase en el campo de batalla una columna en la cual pudiese leer las circunstancias principales de ese gran acontecimiento.



L' UNION FAIT LA FORCE

La falta de los pueblos de la América del sud, la gran falta que les ha ocasionado mil peligros, y que al fin los perdería si se obstinasen en cometerla, es el no haber querido practicar esa verdad, aun cuando palparan su eficacia. Ahora, ó el riesgo es inminente, ó más dóciles con la experiencia principian, cuerdas, á dar oídos á la voz de la razón. Por qué se han perdido tantas ciudades y naciones? Porque mientras urgía el enemigo común, ellas se defendían de por sí, y como eran inferiores en potencia, sucumbieron. Pues la razón no sufre que un

miembro de la familia sea acometido por un enemigo injusto y de pujanza superior, y los demás se dejen estar mano sobre mano, contemplando *neutrales* la ruina de su amigo, su deudo. Por todos respectos somos unos mismos los americanos: sangre, interés, historia, esperanzas forman de nosotros una sola nación. La América del sud es nuestra casa común; en ella vivimos y hemos de vivir; pues reparémosla, defendámosla. Si viene un incendiario y le pone fuego ¿habrá entre nosotros quienes dejen de acudir á salvarla? habrá quien diga: Yo nada tengo que ver en tal incendio? Esto sería responder como aquel filósofo que, avisado de que su casa ardía, dijo con mucha flema.—Advertidlo á mi mujer, que yo no me meto en cosas domésticas.

LA GUERRA Y SU POESIA

La guerra de las naciones, por grande y terrible, tiene un aspecto interesante: es un crimen que rebosa en poesía: poesía feroz, atroz: la poesía de Aquiles arrastrando el cadáver de Héctor al rededor de Troya; la poesía de Alejandro metiendo fuego á los palacios de Darío; la poesía de Mario pisoteando á los cimbríos con su loco caballo; la poesía de Napoleón tirándose

á la metralla en el puente de Arcola; la poesía de los prusianos disparando sobre la capital del mundo sus cañones monstruos.

Quién es el oficial hermoso que está tirado por ahí entre las ruinas del edificio que en pedazos vuela por todas partes? En la flor de la edad ha muerto: es casi niño, y su uniforme señala el General, sus insignias el cabeza del ejército. Tomada la plaza fuerte, los enemigos le rodean. No insultan el cadáver, no envilecen los restos mortales: los vencedores deponen el furor guerrero en presencia de ese cuerpo sin alma, y se dejan estar allí temblando en respetuosa pesadumbre. Por entre los vigotes erizados del Jefe rueda una gruesa perla. Callado permanece y cabizbajo: llorando está. El Jefe está llorando, lloran los soldados, puestas las armas á la funerala, y aun no cesan las baterías de los fuertes enemigos. El entierro fué pomposo: en suelo conquistado, el conquistador vencido tuvo un grandioso monumento. Esta es la virtud de la guerra. La poesía junto con la virtud de la guerra causan en nosotros esta admiración llena de amor que nos subyuga y pone en el caso de aceptar el mayor acto de barbarie de los hombres.

Cuando á orillas del Rhin contemplábamos en silencio la tumba del joven Marceau, rebosaba nuestro pecho en la poesía de la guerra.

Un conquistador sanguinario ha entrado á sangre y fuego la ciudad enemiga. Los hombres, sean ó no gente armada, van á pagar con la vida el delito de haber sostenido la honra de

su patria. Manda el conquistador comparecer en su presencia á las mujeres principales: Vosotras, les dice, dad gracias á Dios, porque estáis perdonadas: idos de esta ciudad, que ya no os pertenece; y os concedo que cada una lleve consigo los objetos que más aprecie, hasta donde alcance á cargar en su cuerpo.

Las señoras no responden, y vuelven á sus casas. A poco las ve el conquistador venir en larga fila, á cuestras cada cual con su marido. Fuéronsele las lágrimas al guerrero, y, lleno de admiración de esas mujeres generosas, perdonó á sus maridos, sus padres y sus hijos. Aquí están juntas la poesía y la virtud de la guerra. Amor, terneza, ingenio por una parte; elevación, magnanimidad, buena fé por otra. Si la guerra es ocasión de tan sublimes ejemplares, hagámosla.

Sucedió en otro tiempo que un enemigo formidable venido de otras tierras se presentase á las puertas de Roma. Vencedor en cien batallas, todo se lo lleva por delante cual huracán irresistible. La ciudad libre va á perder su libertad, la ciudad grande va á perder su grandeza. Un rey ambicioso ha salido de las montañas del Epiro, y se alza ya con la honra y la vida de los romanos. Los senadores, austeros, majestuosos con el cetro de marfil en la mano, arropados en sus mantones de púrpura, están deliberando. Las legiones han sido destruidas, los generales hechos prisioneros: la ciudad tiembla, los dioses no responden á las deprecaciones de los sacerdotes. En este conflicto, un griego

se presenta en el senado: Soy el médico de Pirro, dice: vengo á proponeros, padres conscriptos, quitar la vida al enemigo de Roma por medio de un veneno. La recompensa guardará proporción con el servicio y con la generosidad de este gran pueblo.

El senado manda cargar de cadenas al traidor, y que sea puesto en manos del enemigo de Roma con el aviso correspondiente. Pirro crucificó á su médico, he hizo proposiciones de paz á los romanos.

He aquí que la poesía de la guerra trae en su seno la sabiduría. Entre enemigos semejantes, la guerra es un curso de moral en forma de epopeya. Como estas lecciones le aprovechen al mundo, salgan aun cuando sea de la sangre.

Buena fé es salud del alma, orgullo de las virtudes: sin ella no hay grandeza, porque no puede haber ni verdad ni elevación. Por enemigos grandes y generosos, á honra tiene cualquiera ser vencido. Si en la guerra de los partidos, la guerra de las familias, la guerra de los individuos ocurriesen casos como aquellos, lejos de acarrearlos estos negros perjuicios que nos tienen verdosos y macilentos con el mal de la infamia, podríamos saborear los saludables frutos de la sabiduría, y gallardearnos como pueblo hermoso é imponente.



FLAMMARION

Hay nombres que traen consigo cierto misterio que despierta vivamente la curiosidad de los pueblos. Flammarión es uno de estos nombres, aun en las naciones apartadas donde se cultivan poco las ciencias de alto vuelo. Me alegro mucho de que en la América Española no sean oídos los de Flaubert, Daudet, Sardou, y otros de éstos que están llenando los ámbitos de. . . París; y no haya quien no pare la oreja cuando se nombra á Flammarión. Si allá mis lectores del nuevo mundo gustan de saber algo de este sabio, les diré que es un hombre, casi un hombrecito, que llama la atención á primera vista por esa su cabellera tan fuera del uso. El cortarse el pelo al recaso como indio barbero de Tierra Adentro, es moda mucho tiempo há. Con ella estarán contentos los calvos, los cerdosos y los bermejos; los á quienes Dios nos ha dado buen pelo, negro y crespo, nos estamos siempre dando al diablo con esta extravagancia de los franceses y los ingleses, y esta obra de satanás de los peluqueros. Ni músicos ni pintores entran en la moda; pero á la verdad, disuena el ver á estos intonsos artistas envueltos en esos bellones inextricables que deben de causarles singular molestia.

Flammarión, sin ser músico ni pintor, no se corta el pelo: esponjado, crespo, se le levanta.

á prodigiosa altura, y dilatándose por las sienes hace de la suya una cabeza de cometa, esos cuerpos celestes de los cuales habla con tanta pasión. Tiene la barba entera, no larga sino rebajada en forma de herradura, como la que el gobernador de Judea describía en Jesucristo, escribiendo al emperador de Roma. Su fisonomía es agradable en general; sus ojos, como habituados á requerir los mundos en el universo, tienen distancia, si puedo expresarme de este modo, y procuran manifestarse suaves y dulces cuando endereza la palabra á las mujeres. Como en su auditorio hay siempre muchas de éstas, menudea ciertas sonrisas que no son nada naturales. Pero cuando yergue la cabeza, estira el brazo y se va tras el cometa que está persiguiendo en lo infinito, es orador poético lleno de elocuencia.



SANGRE NUEVA

Tres barbiponientes hubo que me siguieron por mi carrera de hombre sin miedo. Cuando los vicios invaden el pecho de los jóvenes en edad temprana, todo está perdido para un pueblo; pero donde hay un muchacho que alza la cabeza y exclama: Tirano, yo no soy de los tuyos! la esperanza palpita en el seno de ese pueblo. Los

viejos vulgares no son para acciones eminentes; los hombres comunes pronto empiezan á volverse *sesudos* y no servir para maldita la cosa; los jóvenes son la fuerza, los niños el sueño feliz de la República. Conque no estuve solo en ese caos de servidumbre, bajezas é ineptitudes, efevos generosos? Seguid, no al maestro sino al amigo: rectitud, pundonor, audacia, santa audacia; patriotismo, amor apasionado á la libertad, éstas son mis lecciones. La prudencia de la cobardía es vicio que apoca y envilece: el egoísmo es callado; el alma ruin, cautelosa. ¿Cuando levanta la voz hombre vendido y comprado? ¿Cuándo alza los ojos en presencia de su dueño? Ese, ese hombre vendido y comprado, sabe, como los *sesudos*, lo que *no conviene*: sabe que no conviene hacer reparos; sabe que no conviene pedir derechos; sabe que no conviene resistir, porque el azote quebranta peñas. Mas entre hombres, amigos, oh amigos, entre hombres, conviene que á fuerza de vileza y apocamiento de todos no se vuelva soberbio el humilde, valiente el cobarde, audaz el tímido, grande el pequeño, dictador el carlancón.



BORRERO EN QUITO

Todas estas corporaciones y otras muchas salieron al encuentro de don Antonio, junto con mangas de gente popular amontonada en chirriones arrastrados por bueyes, y brujas en palos de escoba, y enanos en unicornios, y negras en chibos, y mágicas en lobos sin cabeza. La entrada de Voltaire á París, cuando volvió de Alemania, no fué más suntuosa y concurrida. Todo ese golpe de gente se iba por esos caminos, cuando hé ahí un hombre cubierto el rostro con papahigo verde, enjaezado el caballo con alforjas, sobre un matalón como no puede haber otro. Amigo, en dónde queda su excelencia el presidente de la República? Yo sooooy, responde el caminante en voz larga, apagada y cavernosa. Será cosa de ponerse á darnos brega á cuantos somos los que aquí venimos? le apostrofa airado el gobernador de la provincia de Pichincha: eh, buen hombre ó buen diablo, en donde queda el presidente de la República? Yo sooooy, vuelve á responder don Antonio en las profundidades de su papahigo. Su señoría el vicario capitular, hombre irascible y pronto de manos, se le va encima, altas las riendas, á castigarle su atrevimiento y superchería, cuando uno como

escudero que viene tras el máscara, pica su rucio, y con sinceras y fuertes razones hace ver que ése que parece diablo es realmente su excelencia el señor don Antonio Borrero y Cortázar, presidente constitucional de la República.

Reconocido este excelente magistrado por los grandes dignatarios de ella, el Ilustre Concejo Municipal, las órdenes religiosas, el Cabildo Eclesiástico y el pueblo que había salido á su encuentro, como el de Roma al de Cicerón, hiciéronle tomar descanso en una casa de recreo llamada "la Arcadia", dos leguas de Quito. Sería bien que vuecelencia se descubriese un tanto, ya para que le conociéramos los que aspiramos á esa dicha, ya para irse refrescando y poder entrar á la capital á cara descubierta. Padezco de corrimiento, señor gobernador, respondió el presidente, allá tras la barricada de su mascarilla: á lo menos el resfrío es un hecho. Hecho y derecho, dijo el vicario capitular: el hecho genuino es que vuecelencia no puede pasar por los arcos que le esperan en Quito así con estos aperos de viaje: no solamente la mascarilla, pero también los zamarros se ha de quitar vuestra excelencia. Y diciendo y haciendo, con el desenfado de uno que goza de fuero, le echó el clérigo mano á esa funda de cara que tan feo le ponía al ilustre caminante. Resistió éste desde luego, mas hubo de rendirse á las más de cuatro manos que arremetieron á su papahigo, y dejó ver el rostro más singular y curioso del mundo: trasquilado á cercén, el pelo corto formaba una media luna en la orilla de la

frente. A pesar de los anteojos de hojalata, el polvo había formado ojeras desmesuradas: secos los labios, parecían tierra abertal caída en menosprecio. La nariz en el buen señor no debe de ser ni grande ni pequeña, ni chata ni acame-llada, pues no hablan de ella las crónicas: por donde yo mismo vengo á verme á oscuras en tan grave materia, y con harta pesadumbre paso por alto las narices de don Antonio, por no ser de historiadores de conciencia esto de hablar de lo que no saben ni entienden. Pésame de vos, señor, que no hayan sido las vuestras unas como las de Tomé Cecial; mas ya que no le es dable á don Antonio prevalecer por las narices, vengamos á su zamarra, y veamos si nos otorga la gracia de quitársela. Era esta prenda de cuero de jaguar, adquirida á toda costa por el presidente electo, habiéndole parecido que entrar á la capital de la República sin pantalón de cuero de jaguar, no era decoroso ni posible. Mandó, pues, matar una bestia de ésas en los montes de Zamora, y que la curtan y tundan; la piel, se entiende. ¡Y miren si no le arma al presidente ese vestido de pelo con largas tiras negras en campo amarillo! Agora quién se lo quita? El vicario capitular y las comunidades religiosas hubieron de acudir á la religión para ver de obligarle á poner á un lado esos pingos ridículos: Cómo quiere vuexcelencia entrar con cuero de tigre á la casa de Dios, cuero de animal tan enemigo del catolicismo? No hubo más resistir: sacóse la zamarra en buenhora don Antonio; y hora menguada fué para él esa en

que se la sacara; pues compareció allí un gentil conjunto de miembros para dechado ó patrón de lechuguinos de París ó lindos don Diegos de Londres. El pantalón, de duradera azul, tan ajustado y adherido á las piernas, que bien se puede tomar esa estofa por segundo pellejo. Las choquezuelas ó rótulas, en forma de tapa de cajeta, prevalecen imprimidas á lo exterior. El dicho pantalón no es abierto según lo usamos en el día, sino de puerta de una hoja que se levanta y cae, como puente levadizo. Bien que por lo estrecho de él no ha menester agujetas ni tirantes, los trae el viajero; tirantes de grana, anchos como la mano, con flores de seda negra, que se le cruzan en la espalda. Dicho se está que el señor vicario y los provinciales de los conventos le habían ya despojado del chaquetón de pana, para echarle levita de paño; por donde la encrucijada de los tirantes vino á ser visible para los cronistas ó *reporters*, quienes me han confiado sus mamotretos y transmitido sus apuntes, á fin de que yo haga de ellos el uso que me convenga. Corbata no tiene el magistrado, sino gorguera ó collar de lienzo reducido á alforzas preñadas de aire, como lo habrán visto los curiosos de libros clásicos en los retratos de Cervantes y don Alonso de Ercilla.

Desvestido don Antonio, y nuevamente vestido, se puso á caballo; y el diablo, que en todo se mete, hizo que la duradera se fuese desde la horcajadura hasta la rodilla con ruido como de hojas secas, ó como raso que el mercader

rompe con todo ímpetu. No era cosa de tomo este suceso en ocasión tan solemne, y así no hubo quien mirase en él, sino en llevar adelante la gran batida político-religiosa. Estaba ya á caballo el presidente, y esto lo que importaba. Ahora el caballo, me dirán, ¿cómo era? En esto sí que no he de quitar ni poner: los buenos de los terroristas, que ya llevaban en su ánimo apoderarse del presidente de los liberales, le habían hecho platear los cascós al palafrén que le destinaban: largas cintas de colores varios, entreveradas con las cerdas de la cola, descenden hasta los corvejones: la crin, revuelta con espumilla de oro, es campo donde los Genios del Gobierno juegan, visibles para don Antonio solamente. Una gualdrapa negra paramentada con franjas blancas cubre los cuartos traseros del aristócrata animal, mientras las borlas columpian y se encuentran por debajo de los ijares. En la frente, plantado entre las orejas, lleva el Bucéfalo un penacho ó airón de plumas rojas y amarillas, las cuales hacen graciosa figura, levantadas sobre las hebillas y chapetas de plata que taracean el jaquimón. El señor presidente, sin miramiento ninguno por su regia alfana, ni por el pueblo que le circuía, bien asido al pico del galápago, iba diciendo: *Sanctus Deus! Sanctus Deus!* pálido como un difunto.



INDIOS

No escribiría yo en conciencia, si me pudiese á sincerar á los hispano-americanos del modo como todavía tratan á los indios. Los indios son libertos de la ley, pero, ¿cómo lo he de negar? son esclavos del abuso y la costumbre. El indio, como su burro, es cosa mostrenca, pertenece al primer ocupante. Me parece que lo he dicho otra vez. El soldado le coge, para hacerle barrer el cuartel y arrear las inmundicias: el alcalde le coge, para mandarle con carta á veinte leguas: el cura le coge, para que cargue las andas de los santos en las procesiones: la criada del cura le coge, para que vaya por agua al río; y todo de balde, sino es tal cual palo que le dan, para que se acuerde y vuelva por otra. Y el indio vuelve, porque esta es su condición, que cuando le dan látigo, templado en el suelo, se levanta agradeciendo á su verdugo: *Diu su lu pagui, amu*, dice: Dios se lo pague, amo, á tiempo que se está atacando el calzoncillo. Inocente, infeliz criatura! Si mi pluma tuviese don de lágrimas, yo escribiría un libro titulado «El Indio,» y haría llorar al mundo. No, nosotros no hemos hecho este ser humillado, estropeado moralmente, abandonado de Dios y la suerte; los españoles nos lo dejaron hecho y derecho, como es y como será por los siglos de los siglos. El zar de Rusia

ha abolido la servitud, *le servage*; pero, ¿cuándo saldrán de entre esos siervos libertados un Pouckine, un Gortschakoff, un Turgueneff, un Tolstoy? Las razas oprimidas y envilecidas durante trescientos años, necesitan ochocientos para volver en sí y reconocer su derecho de igualdad ante Dios y la justicia. La libertad moral es la verdadera, la fecunda. Decirle á un negro: «Eres libre,» y seguir vendiéndolo; decirle á un indio: «Eres libre,» y seguir oprimiéndolo, es burlarse del cielo y de la tierra. Para esta infame tiranía todos se unen; y los blancos no tienen vergüenza de colaborar con los mulatos y los cholos en una misma obra de perversidad y barbarie.

LOS AFEITES

El congreso dió en la mueca: ya no se afeitarán ni las jóvenes, menos las viejas, que son las que más gana tienen de casarse. Estemos á razón, y pongámonos de piés en la dificultad: yo modificaré esa ley en estos términos: La pícota cuyo rostro infeliz ha quedado como criba, tiene mucho que tapar en su gentil fachada: concedo que se afeite ó ciegue las sepulturas de su rostro con difuntitos de engrudo y lo embar-

nice con *cold-cream* inglés; siquier con enjundia de gallina.

La que adolece de costurones puestos ó nacidos en los labios, goza del derecho de echarles encima una capa de vermellón amasado con almidón muy espeso.

La que brilla por una constelación de lunares cerdosos, de esos que no son estrellas en el cielo, queda facultada para pasar la rastra por allí, igualar el terreno y sembrar amores y gracias.

Las solteronas á quienes el tiempo, viejo trabajador, hubiese invadido para ararles la cara y dar posesión de élla á la vejez, con esas tristes firmas que llamamos arrugas, pueden así mismo llenarlas de cerotes ó tiras de una pasta cualquiera, y correr por encima el palustre, á fin de que todo quede raso, igual y capaz de recibir un hermoso pulimento.

Todas estas carantoñas podrán casarse con el ojo de bitoque que eligieren, puesto que hallaren correspondencia; que si no fueren correspondidas, no se obligará ni á los presos de la cárcel á darles la mano.

Tuertos, cojos y pobres que cayeren en caso criminal, podrán solicitar del Poder Ejecutivo la conmutación de la pena, tomando por mujer, en lugar de la de muerte ó el destierro, una vieja con mudas, habladora además, y amiga de enredos y embolismos.

Pero tú, la niña de quince abrilés, qué impiedad cometes con blanquear tu blancura, suavizar tu suavidad y teñir la rubicundez divi-

na de tus labios? Blanquéame, pues, la leche, suavízame el terciopelo, da vermejor más fino y puro á la rosa que se abrió no ha mucho en esta aurora! Tú, muchacha de diez y nueve primaveras, ¿qué le tienes que pedir á Venus misma en hecho de hermosura é incentivos? Las capas de materias extrañas en las mejillas contienen y frustran esas vaporaciones invisibles que el corazón echa afuera por ellas, y van á inundar á los hombres en los amorosos olores con que éstos pierden el juicio en locura envidiable. Juventud, salud, amor están siempre echando por la cara los vapores encantados que producen esta embriaguez de la felicidad que nos inspira tan poéticas sandeces. La mujer hermosa tiene para el hombre joven la fuerza atractiva del polo: al lado de ella, todo es deseo de acercarse más y más: exhala un ambiente que aspiramos con ahinco: nuestra alma se va á la suya y, obrando el amor, juntas componen este universo de felicidad y placeres que sirve de contrario á las desdichas y pesadumbres que por otra parte son herencia nuestra. Embarnizarse la cara, es cerrar el paso á esas misteriosas exhalaciones. Llegaos, si podéis, á una boca neciamente afeitada: color, olor, sabor, todo os repele. El afeitado es su mortaja: un cadáver no nos inspira más horror. Y hay mujeres que se afeitan, y mujeres hermosas de suyo! Loco es el hombre, dice la filosofía. Loco es, no tanto con su locura propia, cuanto con sufrir la ajena. Si el marido pusiese á raya á su mujer, el padre á sus hijas en este abuso escandaloso de nuestra condescen-

dencia, ¿no veríamos luego desterrado éste, el más extravagante é insano de los vicios? Los judíos mataron á Dios; son deicidas: las mujeres matan la belleza; son suicidas.



COSAS DE LA SUERTE

Cuales son los méritos de tanto pícaro, tanto ruin, nacidos para el hurgón y la esportilla, que están ahí bajo el solio con nombre de presidentes, ministros y generales? Dónde los hechos estupendos, las proezas, las virtudes de esos bribones que en casi toda la tierra tienen monopolizados tesoros, placeres y alegrías, en tanto que los buenos, los inteligentes, los activos, los virtuosos, los amigos del género humano, trabajando sin cesar por el bien común, las luces y la libertad, se ven obligados á remojar sus propias manos con sus lágrimas, y comérselas á media noche? Veo allí un hombre sentado en lugar eminente, con cara de señor de un pueblo y dueño de una vasta porción de territorio: el cielo de terciopelo carmesí que le da sombra, los almohadones en que asienta sus pies rústicos, las lámparas que alumbran la sala indican que ese se halla bajo el solio: es presidente de una República, tiene facultades om-

nímodas, y puede hacer, en bien ó en mal, lo que se le antoje. Su cara es grosera: sus ojos bestiales se están ofreciendo para que leamos en ellos vicios é ignorancia: su cerviz formidable gravita sobre ese rostro de animal hecho magistrado. Este como hipopótamo de carne humana no sabe leer ni escribir, no tiene idea del mérito; el bien y el mal no son nada sino con relación á su propia conveniencia: Estado, Gobierno, leyes, cosas para él de significación ninguna: acciones, no sino malas en su vida: antecedentes, infames: esperanzas, para su patria, la ruina; para él, el cadalso. Subió de esbirro, de verdugo á otro tirano: vivió del tableje y la estafa: ni pundonor como soldado, ni hazañas de valiente: pereza y ociosidad, subiendo y bajando por ese cuerpo desmedido, le tienen á medio día en el lecho, dormida el alma á las sensaciones y los cuidados del sér inteligente. Jamás ha movido un dedo para agenciarse el pan como hombre de bien: pan y vino, sobre tarja, y que le busquen en Jinebra. Inútil para todos, sus ruines propensiones y sus malas obras le vuelven perjudicial para sus semejantes, tanto más cuanto que de continuo se halla fuera de sí con el recargo de licores incendiarios que le embrutecen y enfurecen más y más. Este perverso sin luces, este ignorante sin virtudes, que si algo merece es la escoba ó la horca, se está muy formal entre cortinas de damasco, llamándose dictador, y disponiendo de vidas y haciendas.

LA PEREZA

Pereza es negación de las facultades del hombre: el perezoso es nefando delincuente; mata en sí mismo las de su alma, y, deícida sin remordimientos, se deja estar dormido á las obras que nos recomiendan á nuestro Criador. No moverse, no trabajar, no cumplir con nuestros deberes ni con una santa ley de la naturaleza; comer, beber, dormir sin término, esto es ser perezoso: no despertar ni erguirse sino para el pecado, esto es ser perverso. Ignacio Veintemilla cultiva la pereza con actividad y sabiduría; es jardinero que cosecha las manzanas de ceniza de las riberas del Asfaltino. Ese hombre imperfecto, ese monte de carne echado en la cama, derramándosele el cogote á uno y otro lado por fuera del colchón, es el Mar Muerto que parece estar durmiendo eternamente, sin advertencia á la maldición del Señor que pesa sobre él. Su sangre medio cuajada, negrusca, lenta, es el betún cuyos vapores quitan la vida á las aves que pasan sobre el lago del Desierto. Los ojos chiquitos, los carrillos enormes, la boca siempre húmeda con esa baba que le está corriendo por las esquinas: respiración fortísima, anhélito que semeja el resuello de un animal montés; piernas gruesas, canillas lanudas, adornadas de trecho en trecho con lacras ó costurnes inmundos; barriga descomunal, que se le

vanta en curva delincuente, á modo de preñez adúltera; manazas de gañán, cerradas aún en sueños, como quienes estuvieran apretando el hurto consumado con amor y felicidad; la uña cuadrada en su base, ancha como la de Monipodio, pero crecida en punta simbólica, á modo de empresa sobre la cual pudiera campear este mote sublime: *Rompe y rasga, coge y guarda*. Este es Ignacio Veintemilla, padre é hijo de la pereza, por obra de un misterio cuyo esclarecimiento quedará hecho cuando la ecuación entre los siete pecados capitales y las siete virtudes que las contrarían quede resuelta.

Oh flaqueza del hombre! este mar muerto de estampa semi-humana presume de garzón florido, las da de majo, y se anda por ahí á conquista de corazones y caza de supremos placeres. Para hacer ver que *desprecia* cargos y donaires de la imprenta, hace leer las obras de esta sabia encantadora, rodeándole sus Entropios: callando estuvo una ocasión mientras oía una verrina de las mejores: cuando el lector hubo llegado á un pasaje donde se le llamaba «cara de caballo,» saltó y dijo: Eso no! seré ladrón, glotón, traidor, ignorante, asesino, todo; pero figura si tengo. Figura de caballo, dijo una dama, soltando la carcajada, cuando oyó referir esta graciosa anécdota, ó *anidiucta* como le he oído decir á él doscientas veces.



LA LOCOMOTORA Y LOS CONSERVADORES

Sucedió que el inventor de la locomotora estuviese haciendo sus ensayos por menor en un país de Inglaterra. Acertó á pasar un clérigo presbiteriano, y recibió en la pierna un choque de la maquinilla, que se iba de por sí, rugiendo como enojada con el diablo. *Fugite partis adversae?* exclamó el sacerdote, juzgando que fuese cosa del enemigo malo. Los conservadores hasta ahora tienen el ferrocarril por invento del demonio, y lo que es peor, de los demonios. Su religión es no salir del círculo en donde alcanzan á oler sus narices. Pareceles que un buen cristiano, cristiano viejo, no puede, sin mostrarse anti-papista y heresiarca, dejarse arrastar diabólicamente por el demonio de la locomotora, subir á borde de un buque de vapor, y menos ir á esconder la cabeza en las nubes, en ese globo encantado á quien espolea un brasero. No señor: un católico á lo Fernando séptimo ha de andar en mula, con su buen jaquimón de chapas de plata, petral, retranca, tapanca de borlas coloradas. Y el sombrero es pequeñito en gracia de Dios: bajo su ala puede sestar un rebaño, ó desollar el lobo media docena de borrachos. El rostro va sujeto á la cabeza con un tercio de sábana: se

echa á cuentas dos ó tres piezas ridículas de esas que llaman ponchos, y tran, tran, se va por esos trigos muy pagado de sí mismo y de su santa religión. Pues no la conjuraba á la locomotora aquel buen eclesiástico? El pasado, dice un gran autor aludiendo á este suceso, chocaba con el porvenir. Y bramaba de cólera y despecho, agregamos nosotros.

Stephenson es liberal; el clérigo presbiteriano, conservador.

CANONIGO

Esto es ser canónico, repuso el maestra-sala: á las nueve del día no amanece para vuesa merced, que aún está reposando dentro de un espeso cortinaje de damasco, la venerable cabeza sobre dos almohadones de seda carmesí. El apetito y la abundancia le han dado buenas carnes: su papada reverenda se compone de tres pisos ó planas, por donde baja lentamente la pereza junto con el sueño, fieles amigos del coro. Sobre eso de las diez del día, el amo de vuesa merced entreabre las cortinas, para ver si conviene ofrecer la primera refección: mírala vuesa merced á medio ojo, como quien acepta el desayuno y quiere seguir durmiendo. Pi-

de al fin las calzas, se pone los zapatos en chanquetas, y muy arrebozado de un balandrán embutido, pasa á una butaca pontificia junto á la mesa, donde le está esperando una taza de chocolate, que se deja estar allí mientras vuesa merced le prepara el campo con un tercio de gallina. Y miren el desenfado con que extiende esa manteca sobre las planchas de pan candéal, sin dejar por esto de entretenerse con unos retacitos de longaniza, largos como un jeme, porquería que le gusta sobremodo. Almorzó vuesa merced: he aquí que llega el barbero de servicio, y en una jofaina donde cabe apenas la susodicha papada, le rae y pela y monda de tal suerte, que vuesa merced queda como si hubiera tomado siete baños en la fuente de Juvencio. Viene luego el vestirse, luego el salir majestuosamente por esas calles, con el chasquido tan marrullero de la seda, chis, chas, pues ya se entiende que es de seda la sotana, y de fino azabache el cordón de botones que desde la quijada se suceden hasta la punta del pie. Llega vuesa merced al coro donde el capítulo está ya reunido, y se pone á cantar en voz respetable, interrumpida de cuando en cuando por una tos madura, y no muy limpia, la cual da á conocer que sale de un reverendísimo vientre y pasa por un velludo pecho. En las solemnidades capitulares y las procesiones, vuesa merced parece un cometa por la sublime cauda que va arrastrando. Ahora, ¿qué diremos si de racionero sube vuesa merced á chantre, de chantre á arcediano, de arcediano á deán, y de aquí pasa

á obispo por no decir arzobispo de una vez? Tengo para mí que la capa magna le había de sentar de perlas al señor Don Sancho, y que sin más averiguación se le había de conceder el capelo, ó digamos el cardenalato.

~~~~~

## EL LUXEMBURGO

---

Cuando estuve en París siempre anhelé por algo que no fuese París: busqué la soledad, si soledad puede hallarse en medio de ese concurso inmenso, y al dar con algo que no fuese bullicio y alegría me sentí feliz y alegre. El Luxemburgo tiene eso mas de bueno: reina en él una melancolía, un espíritu incierto, una cosa triste y vaga que le hace por todo extremo grato á quien en algo tiene esa influencia de lo misterioso. Complacíame yo en aquel jardín: buscábale como sitio de descanso, le tenía por consuelo. Sus dos cisnes fueron mis amigos; miréles mucho, y mucho me gustaba verlos surcar la fuente con sus cuellos blancos y estirados. Las calles de rosales, las anchas avenidas de castaños, el bosque umbrío, la grama que verdea el suelo, la hojarasca sonora, la estatua solitaria

llorando bajo su árbol con lágrimas de lluvia, y la música del órgano ambulante que allá atrás las verjas del jardín pedía el pan de su dueño infeliz; todo era de mi genio, todo despertaba en mi alma tristes, pero gustosas sensaciones. El viejo autor de Chactas conocía intimamente los recodos de este parque, y mucho se agradaba de la sombra de sus ancianos árboles. Figurábase tal vez andar poetizando todavía á orillas del Metchacebé, departiendo sin testigos con la naturaleza en el selvoso Nuevo Mundo, cuyo silencio y grandiosidad imprimen en el alma grande una imagen de la Soberana esencia, creadora de las cosas. De aquí es que el poeta se gozaba en ella, mediante los recuerdos traídos á él por una hoja, un árbol, un bosque, si bien de ciudad, y como tal raquíuticos y mezquinos.

En las doradas tardes del verano, cuando el sol se acerca al horizonte, una luz viva cae sobre los vidrios del palacio y hace de cada ventana una hoguera de púrpura deslumbrante que no pueden afrontar los ojos: las cimas de los árboles están bañadas por un fluído amarillento, las hojas se mueven, y murmuran, y conversan en secreto con las brisas precursoras del crepúsculo.



## MAL GENIO Y BUEN CARACTER

---

Conocí un general que á buena cuenta de su genio diabólico y su espíritu amargo era llamado *Cascarilla*. Cascarilla era un demonio: sus ojos azulcelestes volaban en rotación vertiginosa envueltos en un mar de sangre hirviente. Hallábase enfermo un día, malamente enfermo; enfermo de morirse: ofreció al médico, su espada por testigo, que no tendría la menor cólera, ni saldría de sus quicios si le dicesen cantaleta. En cuanto á la quietud material, el físico sabidor le dijo que el mover un brazo pudiera causarle la muerte. Vuelve Paraselso dos horas después, y se dá de hocicos con un soldado que huye despavorido. Entra de prisa al cuarto del moribundo: todo silencio; la cama, sarcófago vacío. Vuelve la vista á un lado y á otro: el señor general, tras una puerta, en camisa, cogido de su lanza. Sin tiempo para ganar el lecho cuando oyó al Doctor, había tomado iglesia en ese venerable humilladero. Sin la feliz aparecida de este sabio, en la calle le alcanza al asistente y le hace pedazos: ¡tan bien había cumplido su palabra de tener paciencia! Este mismo hombre del diablo tenía aferramiento inquebrantable á la legalidad, la equidad, la distribución de la justicia: con la ley en la mano, estatua de Pálas cubierta de su égida: nadie le conturba. Ministro de su hermano,

presidente de una República, hombre éste sin nociones de moral ni impulsos de grandeza, le resistía como héroe-filósofo.

«Señor Ministro, firme usted esta orden».

«Excelentísimo señor, es contra la ley».

«Qué ley ni qué alforja: firmela usted!»

«No la firmo!»

«Pero hombre, Gabriel . . . »

«Canalla, yo te volveré bueno á tí primero que tú me corrompas».

He aquí un hombre de mal genio y buen carácter; de malísimo genio y gran carácter.



## INVOCACIONES Y APARICIONES



Ahora ved esta deliciosa cadencia de períodos: «Para tí enreda y trama el gusano hilador de la seda: para tí lleva hojas y fruto el árbol hermoso: para tí fructifica la viña: el vellón de lana que cría la oveja, beneficio tuyo es: la leche y los cueros y la carne que cría la vaca, beneficio tuyo es: las uñas y las armas que tiene el azor para cazar, beneficio tuyo es.»

¿Cómo volviéramos á nuestro modo de escribir este lugar tan lleno de majestad y elegancia? La lana, las uñas. . . . oh, esto es haber perdido la lengua, haberla corrompido hasta la medula, haber profanado una deidad pro-

picia. Espíritu de la santa doctora, descende sobre mí, alumbrame. Alma del padre sabio, oh tú, Granada invisible, si en tus peregrinaciones al mundo; si cuando sales á recoger tus pasos aciertas á distinguir á este devoto de tu nombre, bendícele. Y tú, Cervantes, á quien he tomado por guía, como Dante á Virgilio, para mi viaje por las oscuras regiones de la gran lengua de Castilla, echa sobre mí los ojos desde la eternidad, y anímame; llégate á mí, y apóyame; dirígeme la palabra, y enséñame. Cuando yo te pregunte: maestro, quién es esa sombra augusta que á paso lento está siguiendo la orilla de ese río? Tú has de responder: Inclínate, hijo: ese es Don Diego Hurtado de Mendoza.

Maestro, quién es el espectro que allá va alto y sereno, los ojos vueltos arriba? Ese es Fernando Rojas, autor de La Celestina, salúdale.

Maestro, quién es ese espíritu que se agacha á beber en esa fuente, debajo de esos acopados mirtos? Es Moratín, llamado Inarco Celenio. A éste no le hables: huirá como una cerbatilla: es tímido y esquivo como una virgen vergonzosa.

Maestro, quién es esa alma rodeada de un resplandor divino que está echándole la mano al cuello á ese arco iris? Ese se llama don Gaspar de Jovellanos, hijo. Es el pontífice de los escritores: llégate á él, y dobla la rodilla.

Y ahora, mi buena señora, me acorred, pues que me es tanto menester.

## PAZ ?

---

El Ecuador ha vivido *en paz!* Oh desdichada paz! Oh paz vergonzosa y miserable! Esta ha sido la paz de la cárcel en donde los pobres indios tributarios gemían amontonados sufriendo el látigo de los capataces; la paz de los condenados á bóvedas, la paz de los obrajes: silencio profundo ó llanto ahogado, abatimiento, miseria, terror, esclavitud. Los deportados al Napo están en paz; los cadáveres encerrados en los nichos de San Diego están en paz. En vez de esta paz quiero la guerra, la guerra con todos sus trabajos y desdichas: la guerra de los cartagineses, la guerra de los moros, la guerra de los judíos, cualquiera guerra, cualquiera muerte; porque al fin el que muere deja de ser esclavo, deja de temer, y empieza á descansar; descansa sí, descansa en el seno de Dios, y olvida las miserias y calamidades de este mundo.

Y qué llaman paz los sayones del tirano? Dos guerras con la Nueva Granada, centenares de víctimas: fuga, deshonra, vergüenza: esto llaman paz? Mil y mil conspiraciones sofocadas, ahogadas en sangre; infinitos hombres muertos en los calabozos y el patíbulo, esto llaman paz? Esta es la paz de los demonios! Idos con vuestra paz á los infiernos.



## RACIMOS DE INDIOS

---

Andando al Amazonas dos viajeros, Proaño y Valverde, por bosques y ríos salvajes, hallaron en las misiones del Napo un cepo cargado de indios desnudos que no habían cumplido con su deber, esto es no habían podido lavar la tarea de oro en polvo que les impusiera el santo hombre que hacía de cura, alcalde y porquerón. «Aquí tienen ustedes, les dijo un jesuita español llamado el «Padre Pérez,» el emblema é instrumento de la civilización.» Palabras tanto más atroces é impías, cuanto que ése estaba entre los inocentes hijos de las selvas encargado de protegerlos y enseñarles la doctrina cristiana. El cepo, echado de las ciudades, pateado, huye á los desiertos y se refugia en las misiones. Si en alguna cárcel ignorada se ha quedado escondido, ése es un insulto á la ley y un fraude del carcelero; mas el uso infame que de él se hacía antiguamente contra los indios, siempre los indios, no existe ya. El rey don Felipe V, fué personalmente á los calabozos de la Inquisición, y, en su presencia, hizo quemar los instrumentos en que se atormentaba á los herejes y las brujas. Noble rey, momentáneamente inspirado por la razón y la justicia, no sabía que su santa providencia no había de tener largo efecto.

## FRANCISCO PETRARCA

---

En una de las comarcas de Italia más ricas y hermosas nació un niño á principios del siglo décimocuarto. Las Gracias tuvieron cargo de él durante los años de su infancia, las Musas le tomaron por su cuenta desde que tuvo uso de razón. Bien así como el caballero de la Ardiente Espada había nacido con una hoja de fuego estampada en el pecho, asimismo ese niño parecía ceñir sus sienes con una corona luminosa, la cual era por ventura una mirada especial con que la Providencia quiso agradecer al recién nacido. Esa sombra de luz celeste fué precursora de la corona verdadera con que los hombres, admirados, honraron y distinguieron á ese niño andando el tiempo: Francisco Petrarca fue coronado en el Capitolio por manos del senador, en una de esas solemnidades que no suelen prevenir los Gobiernos sino para las grandes ocasiones. Quince mancebos de las familias patricias de Roma, vestidos de escarlata, van precediendo al poeta con sendas palmas en la mano: los altos dignatarios del Estado, los senadores metidos en loras de terciopelo verde, siguen tras él con diferentes insignias cada uno: el pueblo, en multitud inmensa, forma una procesión interminable. Ahógase en gente el Capitolio: Orso, senador, se levanta en pié y ex-

clama: Oh tú, el mayor de los poetas, ven y recibe la corona del mérito! El poeta, pálido, pero hirviendo en mudo júbilo, da cuatro pasos apoyado en las Musas invisibles; el senador le pone en la cabeza una corona de laurel, mientras el pueblo asorda la ciudad y los montes vecinos con un aplauso gigantesco. Incontinenti salen todos y se dirigen á la basílica de San Pedro, en cuyas aras deposita el poeta, como ofrenda á la Divinidad, la corona que ha ganado por medio de la inteligencia.

---

## ANSELA

---

Entre los príncipes de las tribus árabes que reconocían el señorío del Sultán, había uno sumamente gastador y esplendoroso: un rico judío costeaba sus calaveradas, á trueque de ser el tirano de la tribu. Mal enojado el príncipe de las demasías de Chamouil (tal era el nombre del hebreo,) le prohibió un día la entrada al palacio. Chamouil se presenta cuando menos le esperaba el príncipe, el cual, enfurecido, manda cortarle la cabeza. Señor, exclama el judío, el Sultán de Constantinopla se alegrará mucho de mi muerte.—Cómo?—Se alegrará mucho de mi muerte el Sultán de Constantinopla, porque le he instituido heredero de todas las sumas que

me adeuda vuestra alteza. El príncipe pierde el color y se queda temblando de ira: si mata á Chamouil, el Sultán le cobra la enorme cantidad que debe al judío, y si no se la paga, pierde la vida.—Chamouil, exclama cariñoso el matador, seamos amigos. Ya; pero exijo un favor de vuestra alteza.—Cuál?—Que la hermosa Ansela venga á mi poder. Sube de punto la ira del príncipe; el judío repite que el Sultán de Constantinopla se alegrará mucho de su muerte. No hay remedio, Ansela va á pasar á manos del judío, de ese hombrecillo seco, pálido y con peluca; Ansela, mujer del Soberano, la flor de las princesas, joven como la aurora, fresca como la brisa, linda como una estrella. Tres noches ha llorado encerrada en su aposento, al cuarto día, el hebreo vendrá á tomarla.

Causado el pueblo de la tiranía del príncipe y del judío, se alza de repente, coje á los dos opresores y les ahorca en la misma picota.

Ansela fué proclamada Sultana, y las tribus celebraron su advenimiento quemando espinos y plantas aromáticas en el lugar donde habían sido enterrados los malditos.

Los viajeros que pasan por las tribus árabes el 27 de Agosto, ven á la puerta de cada cabaña una columna de humo, en medio de la cual serpea y se desflecha al cielo una llamita larga y azulina. Es la celebración del cuarto día del *Samiun*, conocido con el nombre de “el día de Ansela”.

Este cuentecillo no es de mi invención: lo oí en una tertulia de París á la bella Cesarina;

la cual muchacha, concluido su romance, se sentó al piano y nos regaló con el ritornelo de la *Casta Diva*, que lo oímos hasta con los ojos. Aun puede ser que ande impreso el poemita; pero hoy se me ha venido á la memoria, cabalmente en las proporciones que le necesitaba para llenar el libro sexto.



## EN ROMA

---

Ese cuadro que pinté, no de tan mala mano como ustedes piensan, no solamente es fiel, pero también tiene su objeto. Contemplo á mis piés el Foro Romano: las ruinas de el Coliceo se encumbran allá solitarias y funestas: un buho está gritando entre la paja que ha crecido en sus rotas paredes: el templo de la Paz, no menos grande, se me presenta de más cerca. Los arcos de Tito y de Severo; los escombros del monumento de Jano; la oscura boca por donde se descende al palacio de Augusto; una columna erguida ella sola entre montones de cascote; un pedazo de arco que se sostiene á lo largo de veinte siglos; y al frente, allá más lejos, el monte Aventino hirviendo en memorias del pueblo rey, el gran pueblo romano: cobijado todo esto por un silencio vasto, profundo, grandioso: la muerte, el pasado en formas descomunales era

lo que yo tenía por delante. Vuelvo la vista, y en una casuca de triste aspecto veo una mujer vestida de negro, callada y triste: veo un gallo suspendido sobre una de las patas; veo un gato acurrucado en un jergón. Esta es la vida, este el presente de la señora del mundo. La Roma antigua y la moderna ¿no están bien contrapuestas? Hablé de la Roma actual como nación política, y de ninguna manera como asiento de la iglesia, y por esto no la presenté grande como las naciones católicas que la reconocen. Hoy, como nación, como imperio, ya es grande y fuerte, ilustrada y poderosa, si por Roma entendemos la Italia toda, la Italia una. La Roma cristiana, la Roma eclesiástica es Jerusalén; y esta Jerusalén es así mismo por su parte grande y fuerte, aunque ya el Dux de Venecia no lleva por el diestro la mula del Papa, ni éste ordena á reyes y emperadores venirse á él á piés descalzos.

---

## EL HERMANO MELCHOR

---

Un día llegaron dos capuchinos, pasando el Carchi, á una casa amiga mía. El uno venía á quedarse cuarenta y ocho horas, para menesteres de su incumbencia; el otro era el superior del convento, y su objeto recomendar á la dueño de casa ese buen fraile. Señora, dijo el

segundo, el hermano Melchor no sabe comer. La señora sorprendida, respondió: Cómo! no sabe comer? Digo que come tan poquito, que es como si no supiera. Pierda cuidado, padre; aquí le daremos algunas lecciones. A manera de renglón, y allí de contado, le pusieron al neófito de la bucólica una escudilla de caldo oleoso con una flota de tronchos de carne gorda, que no había más que apetecer: hasta monitores de guerra se veían en ese mar espeso de regalar á un benedictino. Al lado del océano comestible estaban reventando de gordos dos panes tales, que á un difunto le hubieran hecho tus, tus. El padre Melchor hizo tan bien la plana, que fué necesario premiar su buen comportamiento: Padre, dijo la señora, mientras ponen la mesa sería servido vuesa reverenda de hacer boca con un par de plátanos ahornados, de esos que llaman hartones? Eso queremos los de á caballo que salga el toro, respondió el padre, irguiéndose de alegría. En las provincias Vascongadas no tenemos esta fruta de santos; y así en América nos hemos dedicado á ensayar si los podemos comer en honra y gloria de la Iglesia. El hermano Lorenzo se contenta con tres ó cuatro; fray Manuel suele pasar á cinco; y fray Alejo no se detiene en los seis. Yo, más pecador, me suelo satisfacer con dos, cuando no hay otro tanto. Sirviéronle allí dos yacumamas soberbias, cuyo vientre amarillo estaba desafiando el oro por el color, al paso que el lomo de las preciosas culebras, tostado y reventado, ofrecía en sus grietas un almíbar de provocar á los dioses.

Estas porquerías, dijo el padre, le dan á uno la vida, si bien me temo que me hagan daño al estómago, á causa de que el voto cuadregesimal que tengo hecho me lo ha enflaquecido y debilitado como el de San Pedro Nolasco. Con qué se acostumbra tomar los plátanos en este país? Con queso, padre Melchor. Domitila! un queso entero. Vino allí luégo uno recién sacado de la encella, que hubiera servido para queso padre, si de estos animales se sacara cría por multiplicación. Este debe de ser de Pasto, señora Rosalía, dijo el fraile: y qué rejoy tiene el muy tunante. Venga usted acá . . . . Y con admirable desenfado, de dos cuchilladas le capó la tercera parte. En un santiamén pasaron las dos yacumamas al vientre reverendísimo del padre capuchino; y si fueran cuatro, en un santiamén y un verbo hubiera dado el sacerdote buena cuenta de ellas. Agua, fray Melchor? preguntó la señora. Hum . . . . respondió el fraile, poco favor me hace vuesa merced: en España tomamos valdepeñas por bebida ordinaria. En este valde lágrimas, padre mío, nosotros no solemos tomar sino penas, y son esas de que nos hartan hijos y maridos. Tan arriba á estos montes no suben los buenos vinos; pero si gusta su reverenda de un poco de chicha . . . . Chicha? yo dejo el Málaga superior por élla. El Espíritu Santo le debió de alumbrar al indio que inventó la chicha: *Veni Sancti Spiritus*. Será cierto, señora Rosalía, que el rey Atahualpa no quería beber otra cosa? Sin esperar la contestación se echó al colete una taza conven-



tual de aquel precioso líquido. En esta sazón llamaron á comer: Santa palabra, dijo el capuchino; y todo metido en su jergón y sus barbas, pasó al comedor, claudicando como por vía de ahilo ó flaqueza corporal. Repite la sopa? preguntó la señora. Repito la sopa, ésta es la de mi predilección: no es de fideos de máquina? Pues digamos que no le gustan á nuestro reverendo padre superior, salvo que no es bueno comer dos platos, á no ser en casos excepcionales, como el presente. Estas cosas no se hacen á roso y veloso, sino con cuenta y razón; pues aún cuando uno sepa hender un cabello en el aire, el día que apriete el tornillo de la cuenta final, tendremos que arrepentirnos de los gustos que nos damos con perjuicio del alma. Cuando la conciencia dice *peccavit*, no arrepintiéndose, sino jactándose, firma Dios. No es pichoncito migado ese que va á desperdigar, señora? Riéronse los circunstantes, y dijo la señora: En dónde ha visto pichoncitos de este porte, padre Melchor? es capón de los buenos. Bendijo los labios con una cruz el fraile y respondió: no diga eso, señora, que Dios puede castigar. Pero está bueno el capón, como dijo vuesa merced. Pecador de mí, ya dije capón. Esa que vamos á probar será pierna de carnero. Pierna de carnero padre: le gusta? Si me gusta? no hay otra cosa para mí. Comió dos veces de un mismo plato el capuchino: de las carnes estofadas y guisadas, no perdonó ninguna: la torta le pareció tan buena, que la obligó á comparecer por segunda vez en las tablas; y en llegando á los

postres dijo que adrede se había abstenido de las cosas de sal, por dejar espacio para las de dulce, que le gustaban por extremo. Era día de buñuelos ése: la miel, compacta y clara, corrió en abundante chorro sobre esas doradas aveccitas, de las cuales desaparecieron cuatro ó cinco pares de la mano á la boca del santo ministro. Tan de propósito comía, que se le habían untado tres dedos hasta la segunda falange, para que su reverenda hiciese la pulcritud sirviéndose de ellos como de chupadores de niño no desmamado. Luego se los llevó á la cabeza, y en tres ó cuatro gallardas vueltas sobre el cerquillo los puso como si se lavara con jabón de lechuga. Ahora, dijo, voy á la casa de doña Garibay para una consulta que tiene que hacerme. Pero no hemos rezado. "Padre nuestro que estás en los cielos . . . . . " Hizo rezar, echó la bendición, se caló el capirote, y arrastrando las sandalias, desapareció la puerta afuera. Sea servido su reverenda, le dijo doña Garibay, así como se presentó la santa visita. Vale más llegar á tiempo que ser convidado, respondió el fraile; y comió de tan buena gana, que bien estaba uno viendo que el pobre sacerdote había ayunado á pan y agua los cuarenta días. Dejóse estar allí de digestión dos horas, durante las cuales no habló sino de sus dolencias físicas, la debilidad de su estómago, y aquella desgana que había de acabar por disolución completa de fuerzas. No ayune tanto, padre, dijo doña Garibay. Los pecados, señora, requieren algún descuento en hambre, necesidad y privaciones.

Qué fuera de nosotros si todo fuera irnos al pelo de la vida? Un ojo á la sartén y otro á la gata, señora Garibay. Las ocho; no están dando las ocho? Me voy: mi chocolate me suele hacer dormir algunas veces; aunque las más las paso de claro en claro. Para no más de chocolate, no falta en casa, respondió la señora. De Soconusco? Tanto como eso no; pero si de Popayán. Si es de Popayán, lo habré de tomar: ese no tiene aquellas partículas pecaminosas que hacen de los otros unos venenos para la castidad. Pusiéronle por delante uno como aguamanil que estaba rebosando en provocativa espuma. *Absit*, dijo el fraile: no me hará daño? Si lo toma sin esta costra, respondió la señora, seguro es el cólico esta noche. Pues venga la costra, que yo no quiero un patatús sin confesión ni extremaunción. La costra era, si cabe, mas reverenda que su paternidad: una como rodela repujada con dos aspas ó aletas de pescado en la barriga; ó más bien un Jorullo que había surgido en el horno esa mañana, pues tenía un enorme cráter relleno de manteca de vacas. Si hubiera habido allí una alondra mansa, de esas que picotean las migas, tuviera que hacerse una cruz en el pico: el capuchino las había juntado con la última prolijidad ahuecando la mano, y en un solo tiempo aventó aquel puñadillo de harina dulce al palmo de boca que abriera de propósito. Fuéronsele á la campanilla algunas chispas, tosió el fraile, volvió á toser, echó lágrimas como perlas falsas, y estuvo en poco de no entregar el alma al diablo.

En lo que está la vida, señora Garibay: el enemigo lo hila muy delgado, y nos va cogiendo las vueltas. Yo que tengo un sermón para mañana, iba á quedarme muerto sin ton ni son. Cómo es? sin ton ni son? ó sin son ni ton? Uno estudia estas cosas de chiquito, y las olvida con los años y la experiencia. "Ruega por nosotros pecadores", estaba rumiando entre dientes el capuchino, cuando hubo amainado la tos: Taita padre, dijo una criada de su casa de alojamiento, llegando en ese punto; mama-señora que venga luego por allá. Debe de ser para la consulta, respondió el fraile; y con una salutación macarrónica en latín, se fué cojín cojeando por la oscuridad de esas calles. *Pax huic domui*, exclamó al entrar: doña Garibay me haservido allí tal runfla de puntos dudosos relativos á su conciencia, que no ha habido forma de salir. Cómo salir! si la pobre señora por poco rinde el aliento, atragantándose un cuscurro de pan que se lo quiso tragar sin previa masticación. Ay pobrecita, dijo la señora: Garibay es así, tan atolondrada, que no conozco otra mujer. Y queda fuera de peligro? Sana y buena, respondió el fraile; pero no fué cuscurro sino migas de costra. Buena cristiana; pidió confesión. Se le enfría el chocolate, padre; porque no le haga daño pasada la hora le hemos hecho llamar. Con que migas de costra: qué mujer. Sí, sí; si paso de las ocho y media, sabe Dios la noche que me da el demonio. El enemigo es más listo que Cardona: si no es hoy será mañana: en esto no hay hacernos

los suecos, y hemos de pagar nuestro delito, porque del cuero salen las correas. Vivamos con el credo en la boca, hijas y señoras mías. Cada hora del tiempo es un tropezón de la vida; al pié de élla está el abismo llamándonos con voces de sirena: allí caemos si no andamos la barba sobre el hombro. El chocolate será pecado mortal ó venial? Cuando es sin pan, respondió la señora, es mortal; con los adminículos correspondientes, no es sino venial. *Peccata minuta*, dijo el fraile; y en cuatro sorbos desmedidos dejó en seco esa laguna de Titicaca de chocolate. El chocolate, señora Garibay . . . Garibay he dicho: soy un porro. El chocolate, señora Rosalía, dicen los enemigos de la Iglesia, es muy ocasionado á malos pensamientos y malas obras; por donde ha venido á proscribirlo, por lo menos en teoría, de conventos y monasterios. Para mí esa toma es un lacticinio, por no decir de una vez un anafrodisíaco. A todas las demás cosas cuadramos la boca los servidores del Señor, y nos vamos contra corriente por el raudal de tentaciones conquie el mundo quisiera desustanciar nuestra alma, engordando su estuche, que es el cuerpo.Cuál es mi celdita, Señora? ó por mejor decir, mi sepultura? Los siervos de Dios no tenemos cama, sino siete pies de tierra, por cuanto de día y de noche estamos muertos á los goces de la vida. Vuestra reverenda dormirá en el cuarto del jardín: pero así, sin tomar nada, padre? *Absit*: mi cena son mis oraciones: yo como el dolor de mis cilicios, bebo la sangre de mis azotes. Si-

quiera una agüita de toronjil, padre Melchor? Si no es más que eso, tomaré. Sea servida vuestra merced de mandármela con una chica á mi aposento. Agua tibia en estómago vacío! ¿qué va á ser de mí? fué murmurando á la callada mientras salía. Y volviéndose de súbito: El toronjil admite leche, señora Garibay? Volví á decir Garibay; erre que erre: señora Rosalía. Rióse la señora para su capote, y contestó: Por qué no, padre Melchor? Voy á mandarle también unas tostadas con mantequilla de Guamialanag. Dichosos los ojos que ven á ustedes, dijo el fraile saludándolas, cuando le fueron traídas, puestas de largo á largo en una palangana: difuntos así, bien merecen entierro en barriga católica; y habiéndolas sepultado sin ceremonia ninguna, se quedó dormido de una pieza.

---

## VARON

---

El hombre prevalece por el valor: su belleza es la honra; su poder, la inteligencia. Un muchacho hermoso es menos que uno á quien agracian los gérmenes de las virtudes; y por dicha, ni los reyes buscan hoy privados de quince años á quienes marchitar y envilecer, ni el pueblo se reúne para aplaudir las gracias no adqui-

ridas de esos triunfadores sin mérito que la antigüedad coronaba, sin más que mirarlos y apasionarse de ellos. No pocas veces ha ganado la hermosura una corona en nuestros tiempos: dígalo Atenáis, muchacha sin herencia, desgraciada peregrina que llega cubierta de harapos á las puertas de Constantinopla, y luégo sube al trono al lado de Teodosio, para asombro del mundo. Mas no deja de ser verdad de á folio que en el hombre la belleza, hoy día, es timbre del todo secundario, que se retrae y huye ante las prendas varoniles que componen la verdadera importancia masculina. El varón poseído del principio del deber, que cultiva el pundonor y da realce á su talento con las obras magnánimas; el valiente cuyo ánimo parte límites con el heroísmo; el hombre cortés que sabe hacer su mesura ante las damas de guisa, como era costumbre en los tiempos caballerescos; el de carácter elevado que tiene en poco ambiciones y triunfos comunes; el generoso, culto, fino, pero enérgico, y aun inapeable cuando lo exige la honra, ése es bello para todos, y más para las mujeres que saben poner las cosas en su punto, y están viendo un Alcibíades debajo de las propiedades y facultades de ese hombre.



## TOLERANCIA

El aislamiento voluntario en el individuo suele ser obra del orgullo: de suyo es insociable la arrogancia. Otras veces proviene de motivos menos reprensibles, como son la tristeza, los sinsabores que acarrea consigo un corazón lastimado, los desengaños del mundo, la amargura de las pasiones no satisfechas, ó satisfechas con exceso. Las lágrimas son tímidas, solitarias: el dolor necesita el regazo de la soledad. Otras, aunque raras veces, es la virtud la que arrastra á los hombres al aislamiento: de genio poco avenible, de corazón demasiado ingenuo para las ficciones de la sociedad humana, de pensamientos harto levantados para el comercio de las mezquinas ideas que en ella se hace, son los tales unos como entes extraños á sus semejantes, y viven en un mundo superior, gobernados por los consejos de una alma nacida para otros tiempos y otros climas. Un hombre de esta naturaleza es un secreto para los que le rodean; nadie le adivina: quienes le tienen por soberbio, quienes por simple, y los más necios ó peor intencionados le califican de perverso. Tensión de alma, adustez de semblante, pura regularidad de costumbres son llamadas *mal carácter*: apercebidos á una infame guerra, allá se disparan los verdaderamente inicuos á difamarle con especies ajenas al hombre que aborrecen.



Dar en tierra con los vicios: malvado! Reprender las malas costumbres políticas y sociales: malvado! Negar la salutación á un pícaro: malvado! No tomar parte en el crimen, ó cerrar con él á toda fuerza: malvado! Aborrecer al delincuente incorregible, despreciar al hombre vil, huír de la canalla: malvado! La tolerancia ciega es tenuta por virtud en ciertos pueblos de menguadas afecciones y aniñados pensamientos: el intolerante pasa por hombre de mal carácter. Jesucristo perdonaba, no toleraba. La tolerancia filosófica, la tolerancia de Sócrates, en buenhora; ella procede de superioridad de espíritu, de conmiseración por los pobres mortales: el crimen, la infamia, la bastardía nunca toleró ni pudo tolerar el filósofo. La tolerancia que se funda en la virtud, es otra virtud; mas esa tolerancia basada en el interés, esa tolerancia que por aquí nos aconsejan, es cosa reprobada por la religión, la moral, la filosofía,—por todo. “Tenemos que vivir entre los hombres, sufrámosles”, oigo en torno mío. Por Cristo santo! aun á los tiranos? aun á los pillos? aun á los infames? Pues yo digo que esa tolerancia es inmoral y baja, y que si se la llevase adelante, de todo en todo, la asociación civil no sería un conjunto de hombres civilizados y cristianos, mas antes una rufianesca sobre la cual debiera caer la justicia humana, sobre la cual caería infaliblemente la divina. Suframos á los corruptores del pueblo; suframos á los libelistas husmeadores de las desgracias más ocultas; suframos á los propagandistas de la esclavitud; suframos á

los de mala fama, cuyo pasado está envuelto en oscuras nubes; suframos á los perdidos; suframos á los traidores á la patria y la amistad; suframos á los enemigos de la justicia: suframos á todos, sonriámosles, tendámosles la mano con la propia atención y cariño que al hombre de bien, al noble ciudadano, al verdadero amigo. Esta tolerancia es hija de la corrupción, destruye la sanción moral, freno que, junto con el de la religión, contiene á este bruto del hombre, y derriba en tierra los principios sociales y el grandioso edificio de la buena política. Al que me aconseje esta tolerancia, yo le tengo por perdido, ó cuando menos por inepto.



## EL BAILE

Este ejercicio, quién lo creyera!, es una de las manifestaciones del espíritu, y una muda, pero enérgica manera de dar formas á los sentimientos del ánimo. Así lo prueban las danzas guerreras de los antiguos, y las de los salvajes en nuestros días; las danzas macábricas, las danzas fúnebres de ciertos pueblos expresivos, y las danzas religiosas. Pues han de saber los clérigos que en todos tiempos ha habido danzas religiosas. Las doncellas de Israel, bailan-

do alrededor del carro de David, celebraron sus victorias; y este patriarca mismo bailó con furor profético en torno del arca santa. La naturaleza tiene impulsos que se convierten en arte: el baile es un impulso natural en el hombre, y por eso bailan los locos, sin saber lo que hacen; bailan los borrachos, bailan los niños. Sujeto á ciertas reglas que nacen de la observación, el baile viene á ser cadencia y armonía. Así como los versos han de cumplir con tales y cuales condiciones para encerrar en ellos la poesía, así el baile sujeto á reglas es la poesía en movimiento. Una danza perfecta es un poema donde el alma se está manifestando en el vaivén armónico y gracioso de las acciones de los miembros. Una india trágica de cierto país de América, llamada doña Lorenza, se levantó una noche, bailó sus celos una hora con furia inaudita, fué y le dió de puñaladas á su amante infiel. Las tribus guerreras que habitaban las orillas de los grandes ríos de América del Norte, nunca salían al combate sin prevenir el valor, digamos así, con una danza armada. La agitación física imprime cierta sensación en el espíritu: el que va volando en un caballo por una pampa libre, se siente más animoso que si estuviera sentado en un rincón de su casa. La vida se conserva con el movimiento, y acaso nació del movimiento. El movimiento armónico es ya arte; y así es como las danzas guerreras de los salvajes se han convertido en pomposos bailes de corte, donde la hermosura ostenta los primores y las seducciones, no del cuerpo.

solamente, sino también del alma. Dudo que una mujer tibia, fría, de pasiones vulgares, pueda bailar bien: el fuego es elemento necesario en todas las cosas de la vida: muchas veces permanece oculto, pero de su misterioso retiro está encendiendo el pecho y dirigiendo hasta las ideas del hombre. Los temperamentos nerviosos, delicados, cogen la flor en todo, porque esos son los que se están inflamando á la continua en el foco invisible del universo, donde hierve sin ruido eternamente la vida de los seres creados. El baile es una de las expresiones de la naturaleza, lo repetimos: prohibirlo, es prohibir una efusión necesaria; condenarlo, es como condenar el uso de la palabra. Oh tú que lo condenas, hombre insensato, sabes á qué distancia te hallas de la sana razón y de este perfeccionamiento sublime que se llama civilización y cultura?

---

## EL PASTUSO

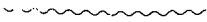
---

Entre el Juanambú y el Guáitara se dilata una altiplanicie elevadísima, donde la naturaleza en alegría perpétua está enseñando sus galas al mundo y sonriendo de su propia hermosura. La verde campiña no reconoce términos: cubierta de la grama succulenta, el trébol delicado y

mil otras yerbas nutritivas, ofrece querencia para tantos ganados como están hirviendo en las Pampas de Buenos Aires ó en los Llanos de Venezuela. El agua abunda: cristalina, inquietada, ora vuela en riachuelos espumosos por entre blancos guijos, ora en arroyos que se cruzan formando mil sonoros laberintos. El calor deletéreo es desconocido, el frío entumecedor no tiene allí cabida. El aire es purísimo, la atmósfera diáfana, la bóveda celeste dilatada y generosa. En este país vive un pueblo, que por la rareza de su carácter, por sus virtudes y sus defectos se ha vuelto notable para sus vecinos: este es Pasto, nombrado ya como singular en la historia de Colombia. Si algún pueblo en Sud-América pudiera recordarnos á la antigua Esparta, éste sería, sin duda: rasgos hay en sus costumbres, su complexión, que en verdad nos recuerdan á Lacedemonia. En una de las incursiones que los pastusos hicieron á los municipios del Sur, hallándome yo en Ipiales, tuve ocasión de ver cosas no nada comunes. Un día un mozo muy bien apersonado se presentó en la plaza, y cuadrándose ante su coronel: "Mi jefe, mi madre me dijo: Si hasta el 15 de tal mes no has muerto, vuélvete. Hoy es 15 de ese mes: mañana me voy, porque no puedo desobedecer á mi madre". Muchacho! gritó el coronel. El soldado giró militarmente sobre los talones, y se metió al cuartel. Al otro día, su mochila á cuestas, su chopo al hombro, de día claro y con sol, tomó el camino en las manos y se fué, sin que nadie le dijese nada.

El pastuso vive en tienda: es de ver con la curiosidad belicosa que van saliendo al menor susurro de expedición ó guerra: la oreja parada, el ojo avizor, ¿á dónde nos vamos? se interrogan mutuamente; y si alguno está perezoso, su madre le sacude, le arrastra afuera, y le dice: A pelear, jaragán! Pueblo eminentemente guerrero: en siglo de conquistas, hubiera sido conquistador. Pasto es el Norte, fragua de hombres fuertes: sobrio el pastuso, vigoroso, ni le rinde la fatiga, ni le retrae el miedo: un puñado de habas tostadas, un cuscurro de pañela son sus proviciones: con esto anda como gigante, se come distancias enormes cada día, entra pueblos enemigos por fuerza de armas, y por la noche, cuando debiera buscar descanso, toma su tiple ó bandolín, y sale al jacareo, haciendo temblar maridos desde la calle, con blandos, expresivos enamoramientos á las mujeres.

Cuando se da al trabajo por falta de guerra, el pastuso trabaja como un centauro: sus fuerzas no flaquean jamás, su ánimo está en su punto si la tarea dura veinticuatro horas. Son los *cascarilleros* de Colombia y el Ecuador: con el machete en la mano, no hay breña para él que no sea camino real: mueren víboras, huyen fieras, caen á sus piés árboles corpulentos. El pastuso es lo que llamamos todo un hombre.



## EL PADRE-LACHAISE

---

Polvo es el cuerpo, y con todo, tiene su religión, la religión de la tumba; tiene su templo, el panteón; tiene su altar, el sepulcro; tiene sus peregrinos, los deudos, los amigos de los muertos. Yo gusto de ese peregrinaje: un paseo en el cementerio es una lección profunda de sabiduría. Allá voy, amigo; allí encuentro al género humano reunido, nivelado, en gobernación perfecta: silenciosos, obedientes y ordenados todos: los que amaron: Abelardo y Eloisa;—los que fueron opulentos: Casimiro Périer, Laffitte;—los que cautivaron el mundo con su genio: Molière, Racine;—los que le deleitaron con el arte: Rachel, Talma;—los que padecieron: Eloisa otra vez, y todos los demás; porque el dolor es semilla del corazón, dote de la especie humana, al cual no es posible renunciar ni en medio de las riquezas, cuyas voces no se dejan de oír ni al estruendo de la música que nos hace bailar furiosos. Ora alces el harapo del mendigo, ora el púrpureo manto del potentado, allí verás en el centro del hombre un punto negro, que se dilata y se contrae según los vaivenes de la suerte. Pregunta al rey, señor de pueblos, que vive mandando y gozando á banderas desplegadas, obedecido de sus súbditos, amado por sus queridas, respetado por los otros príncipes, rico de hacienda, fuerte en poder, ilustre de nombre,

cuántos días ha sido feliz en toda su vida, y te responderá: Catorce! Pregunta á la mujer hermosa, que ha dominado en los corazones, ha hecho víctimas y esclavos, harta de riquezas y de pompa, contoneándose como un orgulloso cisne; pregúntale cuántos días ha sido verdaderamente dichosa, y te responderá: Cuatro! Los demás son de la inquietud, de la zozobra, de los temores, de los celos, del arrepentimiento, de las ambiciones, de la cólera, de la envidia, de las amarguras, del fastidio, del odio, y la mayor parte, de las enfermedades y el sueño. Conque ¿cuántos días se vive? Conque, viviendo, ¿cuántos días gozamos de felicidad acendrada? Grande, antigua y triste afirmación: nadie puede llamarse feliz sino el día de la muerte.

---

## ADOLESCENCIA

---

La adolescencia, en el sexo femenino, ofrece admirables ejemplares de belleza: esa agraciada persona que sin ser mujer hecha y derecha todavía, ha dejado de ser niña, da una idea remota y vaga de lo que fueran los ángeles en situación de estar asomándose al amor y la malicia, si malicia y amor culpable no fueran gajes, muchas veces funestos, de la tierra. Mirad



esa joven erguida con el donaire y elegancia que da su paso de princesa: alta la frente, ingenua la mirada, como quien endereza su camino hacia el trono que le han erigido las Gracias en la cumbre de la felicidad. Los catorce años, derramándose en flores y rocío por toda ella, le concilian esa frescura primorosa con la cual ha de sazonar luego el fruto de la vida; la cabellera, dividida en dos madejas rubias, se le cuelga á la espalda y corre por ella hacia abajo, cual dos chorros de luz espesada al calor de la sangre; la tez sirve de capa al líquido viviente que circula repartiendo calor á los miembros; en las mejillas hace alto este perpetuo viajero, y arde un instante, aprovechándose del fuego que allí tiene depositada la vergüenza. Los ojos, no enturbiados aún por esas lágrimas que son testigos de dolores criminales, miran francamente, y en el centro de ellos estamos viendo la prefiguración de la suerte de esa niña, si feliz, si desgraciada. Cuando sonrío, el arco iris, reducido á proporciones pequeñuelas, está acreditando su presencia con las curvas en que se mueven esos labios; cuando se ríe, la música del paraíso, música perdida junto con la inocencia, oímos brotar de pecho humano y salir por una garganta en gorgoritos que nos hartan de armonía los oídos, de alegría el corazón. El pecho no provoca aún con esos blancos panecillos coronados de fuego con que han de producir en nosotros mil delirios: á esa edad, el pecho de la mujer es altar inconcluso, no consagrado por el sacerdote de la malicia, cuyo ídolo permanece

dormido entre cortinas nunca abiertas. Pero así, nadando en un océano de inocencia, esa niña es hermosa: la admiramos sin codiciarla, la amamos sin mancillarla con malos pensamientos; pero le estamos envidiando al mortal dichoso que ha de plantar en ese corazón el árbol de la vida, ese que suda lágrimas, gime al viento del mundo y da fruto de dolores perpetuos después de tal cual manzana de felicidad.



## EPISODIOS

Al pié del Tungurahua, una de las montañas mayores del globo y más hermosas de los Andes, hay una aldea llamada Baños, á causa de las aguas termales muchas y distintas que brotan de sus faldas. Esa aldea es una égloga de Virgilio puesta en carnes por Salvator Rosa: si hay paisaje bello en el mundo, ése es. Naturaleza ha hecho un horrible gesto á orillas del Pastaza: después de una revolución de piedras condenadas y rocas feroces que están protestando en eterna mudez contra la paz y el orden de las cosas, se apacigua y cobra el aspecto con que brilla por la hermosura que condecora ese recordo selvático de la creación. Allá gustaba yo de hacer mis incursiones de hijo melancólico de

la soledad y el silencio, llevando á veces mi amor por las bellezas de la tierra hasta exponer la vida en los despeñaderos del río formidable, ó en los riscos del monte que sobresalen en forma de torres arruinadas, templos caídos ó agujas de piedra viva. Esa aldea tiene su cura. Oigo un día altas voces de cólera en la plaza: échome de mi aposento afuera: el cura, lanza en mano, está subiendo las gradas de su casa, vomitando esos tacos y bravatas de soldado que habían movido mi curiosidad. Era el caso que un hombre, un buen hombre, un pobre hombre llamado Rodríguez, había acudido en defensa de su mujer, y llegó en buena sazón para oponerse á las violencias del párroco. Furioso éste, vuela al convento, coge una lanza, y se tira á castigar al pícaro que así se atreve á volver por su honra. Este, este mismo fraile es el que le negó la sepultura á mi hermano, porque con eso sacaba más dinero, y de paso me irrogaba ofensa grave. El escriba era mi adulator: cuando yo iba al pueblo, su visita la primera: Señor don Juan, usted nos ha de mandar: Señor don Juan, á usted le hemos de obedecer. Pero ocurría entonces que yo estuviera perseguido de muerte por uno de esos malhechores armados que en ciertas repúblicas de América se denominan jefes supremos ó presidentes, y allí fué la maldad del fraile impío. «Cárls Montalvo está en los quintos infiernos!» gritaba en la puerta de la iglesia, pocos días de muerto mi hermano. Y por qué, señor cura? le pregunta un chagra animoso. Porque no se confesó, respon-

de, ardiendo él mismo en llamas infernales. Entra á su casa, cierra la puerta de su cuarto sobre sí: á poco, un ruido como de cuerpo que cae llama la atención de la gente doméstica: sus hijos se precipitan adentro: el fraile, boca arriba, negra la cara, sanguíneos los ojos, está echando espuma por los labios, y un ronquido que pone miedo en los circunstantes. «Señor cura, señor cura!» «Taita padre, taita padre!» El señor cura estaba en los quintos infiernos, porque no se había confesado: taita padre era un montón de inmundicia tirada por ahí como cosa del muladar. El gobierno temporal de la Providencia es doctrina de los católicos: el conde José de Maistre la sostiene. Señor conde, venga acá esa mano. Si el nombre de los malvados ha de ser un secreto, yo no lo pienso así: ese cura se llamaba Vicente Viteri. Pase á la posteridad, si es posible.

---

## TRABAJADORES

---

Vosotros, hijos de la tierra, seres buenos, humildes, que os llamáis gañanes; vosotros que la rompéis con la reja del arado y echáis en el sulco la simiente de la vida; vosotros que acariiciáis la plantita recién nacida, arrimando á sus lados el limo bienhechor, humedeciéndola con

un hilo de agua que pasa haciendo la rueda; vosotros que segáis las mieses, mondáis el haza con la barra, hacéis leña con el hacha; vosotros, estáis acaso pensando, cuando dais vuestros golpes sobre el tronco, cuando corréis la hoz, cuando traéis el agua con el azadón; estáis acaso pensando en la manera como seduciréis á la mujer de vuestro vecino, como hurtaréis la oveja á vuestro amigo, como levantaréis una quimera al inocente? No: la imaginación no se corrompe sino en el ocio: el trabajo libra de la muerte, porque libra de los vicios. Sabíais que los vicios son la muerte? La ociosidad es la fragua de los pecados: manos que nada hacen, se están afilando para el robo. La imaginación bien dirigida, obrando bajo el peso santificador de los buenos pensamientos, es la más brillante de las facultades del hombre: corcel lleno de vida y fuerza, que en noble fuego va saltando y haciendo escarceos por vastos y risueños campos, siempre que un bocado de oro asido á riendas de seda le contenga y le guie blandamente. La imaginación está de continuo trabajando, así en las buenas como en las malas obras: en siendo bueno el objeto, la obra es sublime; en siendo malo, es reprobada. La ociosidad es el lugar desierto adonde se dan cita crímenes y vicios: el trabajo es el padre de las virtudes. . . .

Oh vosotros, hombres modestos, útiles, que os llamáis artesanos. pensáis en mal cuando vuestro cuerpo va y viene sobre el madero, asidos los brazos al cepillo, viendo desaparecer vuestros piés bajo la crespa, olorosa viruta que

sobre ellos se amontona? Pensáis en mal cuando estáis levantándoos al firmamento junto con la sagrada torre que va creciendo debajo de vosotros? Pensáis en mal, cuando la fragua gime y chispea á vuestra vista, ardiendo colérica en su avidez por devorar el fierro? Pensáis en mal cuando alzáis el martillo tiránico y dais el horrible golpe sobre el demonio que en forma de ascua está aherrojado entre vuestras tenazas? Pensáis en mal cuando aparejáis el telar, cuando hacéis gemir las tijeras en vuestra mano poderosa, cuando el barro va tomando entre vuestros dedos esas formas graciosas y elegantes que imprimís, criadores mortales, á vuestros utensilios? Si sois malos, no lo sois en cuanto trabajáis. Trabajad de día, y el cansancio será fianza de la noche. El sueño es otro salvador, siempre que venga en pos de la tarea. El sueño medido, lícito, necesario, es el amigo más tierno y socorrido que reconocemos: el que está trabajando, no está robando; el que está durmiendo, no está mintiendo ni quitando la mujer al prójimo. Pueblo, trabajad, dormid; todo á su tiempo, todo con medida. . . . .

Oh vosotros, hombres hábiles, admirables, que dais formas humanas, ó más bien divinas, á esa piedra agria de genio que decimos mármol; tenéis acaso el pensamiento puesto en un proyecto de delito, en una bastardía cuando ese cuerpo bruto vuela en astillas por obra del cincel, y va saliendo poco á poco un dios ó un hombre grande debajo de vuestras manos? Cuando el triste lienzo empieza á animarse, iluminarse, to-

cado apenas por ese instrumentito prodigioso que corre á la paleta, mete la cabeza, como el cisne, en esa fuente de ingenio, toma un baño de inspiración, y vuelve á dar sus toques de poesía en las líneas acompasadas que ya están dando importancia á la humilde tela? Cuando los metales preciosos, vueltos amable cera en vuestras manos, cobran vida, sintiéndose animados por el rayo de inteligencia que les habéis puesto de alma en las entrañas? Cuando acomodáis las ruedas debajo de las cuales yace á su pesar el tiempo, sujeto á una pesita ruín que le tiraniza y desmenuza, como burlándose de la cosa mayor y más inexplicable que contiene el universo? Oh vosotros los estatuarios, los pintores, los relojeros, artistas maravillosos que tenéis el pensamiento absorbido por el dios de vuestras artes, el dios del trabajo, vosotros os halláis menos dispuestos al crimen, á los vicios, que esos infortunados cuya ocupación es la ociosidad, cuyo timbre, la insignificancia. . .

---

## MADRE

---

¿Quién te dió la leche de sus pechos? Tu madre. ¿Por quién te criaste blanco, gordo, alegre y saltón como un serafinillo? Por tu madre. ¿Quién vela á tu cabecera sin apartar de

tí los ojos, cuando caes enfermo; quién te refresca la frente con sus labios, quién comparte contigo la vida comunicándote su aliento? Tu madre. ¿Quién baña tus manos con sus lágrimas cuando, joven ya, no vas derecho; quién te salva con su llanto y con sus amorosos ruegos? Tu madre. ¿Por quién vives sin la inquietud del día de mañana, satisfecho en el comer, aseado en el vestir, pulcro y gracioso en todo lo concerniente á los juveniles años? Por tu madre. Luego la madre es todo para el hijo: universo reducido, á la madre van á dar todos sus bienes, y su tierno corazón jamás deja de brotar para nosotros su raudal vivificante: bebemos de él: sin agradecerle muchas veces; nos hartamos de felicidad, sin caer en cuenta, y por lo mismo, sin merecerlo. Ella sí sabe muy bien lo que nos toca: sospecha nuestros descarríos, y nos aconseja; adivina nuestras penas, y se aflige: nuestras angustias, de ella son; nuestras desgracias, de ella son; nuestras vergüenzas, de ella son; nuestras virtudes, de ella; nuestros triunfos, de ella; nuestras felicidades, de ella. Su vida depende de nuestra suerte y de nuestra conducta; podemos prolongarla ó acortarla, según la tenemos complacida ó la quebrantamos con los extravíos y los males de la juventud. Pobre ente sensitivo y apasionado, pequeñuela criatura, inerme hija de la naturaleza, si se trata de levantarse, es grande; si de atreverse, heroica; si de sufrir, sublime; si de sacrificarse, mártir.



## LAS RUINAS

---

La princesa Paulina Mericoff que viajaba en Italia, por curar de una cierta melancolía á su hijo Alejandro, tenía tertulia en su casa, la cual frecuentaba buen número de extranjeros. En Rusia todos son príncipes ó princesas, como en España todos marqueses ó marquesas; título comunísimo que no debe llamaros la atención, ni poner en duda mi relato, á causa de tan elevada gerarquía. Conocí á esa señora en el Vesubio, adonde había subido el propio día que yo; y como al descender nos alcanzase un fuerte aguacero, nos acogimos á la ermita del monte, donde se ha planteado un observatorio con aparatos adecuados para conocer cuando acontecerá poco más ó menos una explosión del volcán. La princesa estaba allí pálida y medio muerta, respirando con suma dificultad, á causa de la súbita escupida de azufre y alquitrán que había sufrido en el cráter, y de la penosa ascensión, superior á la delicadeza de su cuerpo. Cuando hubo escampado la lluvia, bajamos juntos, habiendo tenido ocasión de hablar y notar cómo personas de tan opuestos lugares de la tierra vienen á reunirse en un punto, cual si se hubiesen citado para un día fijo. De camino para Nápoles, entramos luégo al teatro de Herculano; mas doña Paulina tenía el espíritu pre-

dispuesto al terror, y no pudiendo acomodarse á la oscuridad de esas ruinas subterráneas, salimos, dejando para día más sereno el visitarlas. Acompañé á la princesa hasta su casa; y convidado á comer, pasé también allí la noche en junta de las personas que fueron viniendo.

Alejandro es un muchacho de hasta veinte y dos años: le han rapado la cabeza por orden del médico, pues la melancolía quiere pasar á locura, de la cual tiene ya algunas accesiones. El pobre joven es hermoso, á pesar de la falta de cabellera: la nobleza de su estirpe se muestra en su semblante en rasgos aristocráticos y varoniles, y unos grandes y límpidos ojos que ruedan mal seguros, manifiestan la inquieta sensibilidad de su alma.

“Alejandro, dijo la princesa, cómo te ha ido durante mi ausencia?”

“Temía por vos, señora”.

“Y con razón, hijo mio: por poco no vuelves á ver á tu madre. Pero Dios me ha favorecido, y me conserva para mi hijo. Ya que estás tranquilo con mi regreso, cuéntanos algunas de esas historias que tanto agradan á tu tío”. El joven miró á un viejo majestuoso que en frente suyo estaba arrellanado en su poltrona, con una enorme papada que se le descuelga hasta el esternón en sublime gradería.

“Muchacho, añadió el barón Gustavo, que así se llamaba el hombre majestuoso, tu madre dice bien: tienes rara habilidad para referir sucesos; ya espero el con qué nos regales esta noche”.

Doña Paulina tenía instrucciones del médico de no dejar en silencio largas horas al paciente, y sacarle de su taciturnidad, distrayendo su pensamiento. Así es que Alejandro tenía la palabra una buena parte de la noche, y discurría con suma dulzura en bien ordenadas razones.

“Tío, contestó, estáis cierto de que estos señores se complazcan en mi conversación?”

“Y mucho,” exclamaron los concurrentes.

“Si es así, contaré lo que me sucedió en Roma, cuando mi difunto padre me tenía viajando. En una de mis escursiones hacia Tívoli, dí con una inmensa casa abandonada, las más funestas y misteriosas ruinas que se puede imaginar. Yo soy el único ser viviente en un vasto circuito: miro á un lado y otro, y tengo miedo: algo hay diabólico en esa casa, ese sitio, esos escombros: quiero salir, y no hallo salida; quiero gritar, y me encuentro sin voz. Tomando á la ventura, me interno en una interminable galería: el suelo brota agua, las paredes están cubiertas de un musguillo verdoso y hediondo. Sigo adelante, empieza á oscurecer: una nube de murciélagos vuela en torno mío, y alguno de ellos se me estrella en la cara y me hace horripilar con su contacto frío, aciago. Sin saber desde cuando, echo de ver que estoy atollado en un ciénago negro y pestilente. Allá en el término de la galería relampaguea una luz siniestra: á esa luz descubro en un rincón un cefo que mira fijamente. El terror me da fuerzas; me arranco del atolladero, corro hácia atrás, salgo

á un patio circuído por un edificio negro y arruinado. Todo lo que el tiempo, la lluvia, la humedad, el fuego, los duendes y las brujas pueden hacer de funesto y miedoso, todo se ve en ese horrible caserón: unas puertas caídas, otras balanceando en una bisagra rota; ventanas derribadas, rejas enmohecidas, pilares medio quemados, sobrados oscuros, pasadizos secretos, tejas amontonadas aquí y allí, corredores desfondados, cabos de sogá columpiando sobre vigas medio enhiestas”.

La princesa miraba angustiada á su hijo: el sesgo de la conversación era antes para desquiciarle el juicio que para comunicarle un saludable pasatiempo; y ella debía cuidar estrictamente de que no discurriese jamás acerca de materias tristes ni de asuntos en los cuales las pasiones se pudieran desenvolver más de lo que convenía á la exaltación nerviosa del joven.

“Te habías acostado al lado izquierdo, dijo el barón, que estaba en el sistema curativo; y soltó una carcajada moscovita, que despertó cien ecos en los altibajos de su enorme cuello. No bebas agua al acostarte, ni duermas con la boca abierta, porque eso da pesadillas”.

“Qué pesadilla, tío! respondió Alejandro con suma viveza; nada más real y positivo”.

“Como es real y positivo que no estás pelado”. Y aseguó la carcajada el buen viejo barón, que á todo trance quería trabucar la peligrosa narrativa. Y en verdad que esa risa plácida y llena que se multiplicaba en las vueltas de su gran corbata, hubiera sido bastante para

convertir en risueño cualquier lúgubre suceso; pero el joven se mantuvo en sus trece, y prosiguió:

“Una llovizna helada penetra mi cuerpo y concreta la médula de mis huesos: girones de nubes oscuras se arrastran pesadas por el techo, á semejanza de cautelosos cuervos que vuelan sobre la presa: un arco iris enorme se levanta tras la casa y se encorva sobre mí, ancho como la vía láctea: en él veo resplandecer y bailar figurillas diminutas de formas desconocidas: una llama bronceína cobija gran trecho del firmamento. En frente mía se espacia una orden de arcos destruídos, cubiertos de yerbas salvajes, en cuyas profundidades oigo de cuando en cuando el grito del mochuelo. Un ente humano en esta escena, me hubiera deshelado la sangre: no lo era sin duda el que vi en esos arcos, inmóvil, cubierto con un manto blanco. No lo era, pues sentí redoblar mi terror, me tuve por perdido. Quise correr, y sentí desmayadas las piernas; quise gritar, y me faltó la voz de nuevo. La visión tiene forma humana, pero de ella se desprende un poder funesto que obra sobre mí, una influencia sobrenatural que me aniquila. Es engaño de mis ojos? es bulto real y verdadero? El espectro se mueve: entonces un supremo esfuerzo me vuelve el uso de los miembros; huyo, salgo, corro.

“Petrowiski! gritó la princesa; el té sobre la marcha”.

“Dices bien, Paulina, añadió el barón Gustavo; no hay cosa que más me abra el apetito que los sueños de este muchacho: me muero de hambre. Y tú, Alejandro?”.

Alejandro no respondió: mirando estaba en frente suya con los ojos fijos.

—“Virgen santa . . . Alejandro!” exclamó su madre.

Alejandro seguía mudo, inmóvil, siniestro.

“Muchacho, qué te ha dado!” dijo el barón, puesto ya muy serio, y levantándose muy pesadamente de su butaca.

“Corro, y me resbalo á cada paso; caigo y levanto: unas piedrecitas redondas, movedizas me dañan el piso: gano poco terreno. Vuelvo la cabeza; el espectro ha salido ya de una gran puerta de calle negra y caediza. Esfuérzome en la fuga, venzo un repecho, miro hacia atras: el espectro me sigue. Corro, me caigo; vuelvo á correr, vuelvo á caerme, oyendo tras mí un anhelito espantoso. Y allá, en un elevado sitio, un peñasco encumbradísimo, veo un golpe de gente que, inclinada hacia el abismo, exclama: La loca! la loca! Crujen los huesos de mi cuerpo, mis cabellos están parados rectos sobre sus raíces; el espectro me alcanza, ya me echa mano. . . . Un árbol centenario, desnudo de hojas, de abiertas y secas ramas se alza en el camino: llégome á él, me abrazo con su tronco, empiezo á trepar, subo . . . . El espectro extiende el brazo para agarrarme, pero no me alcanza; entre su mano y mi pie hay cuatro dedos. No puedo subir mas, el espectro se pone de puntillas, me toca con la yema de los dedos, va á empuñarme el tobillo . . . . Se me apagan del todo los espíritus, pierdo la vista, me suelto del árbol, y caigo, ruedo, no hallo piso, y un espacio sin fin y

profundamente oscuro se abre delante de mí, y sigo cayendo, y no estoy muerto, y todo lo siento.

—“Acabarás, Alejandro! gritó el baron: no me gusta oír estas cosas. No ves el daño que haces á tu madre?”

Doña Paulina tenía mortal el rostro, mirando á su hijo con la más tierna y compasiva solicitud: esa mirada hubiera llenado el abismo por donde él iba cayendo sin fin; pero había perdido el uso de la palabra, colgada de la del pobre enfermo.

“Y sigo cayendo, cerrado el pecho como con cerrojo: un vientecillo sutil me cuela el estómago contra la espina dorsal; el corazón, apretado, no es más que un ovillo. Allá, en una lejanía imponderable veo resplandecer un cometa: su larga cabellera flota esparcida en un gran espacio. Y echo de ver que el cometa trae la dirección que yo llevo en mi caída. El aire comienza á entibiarse, la atmósfera se aclara: ese infausto meteoro se me acerca, el calor aumenta por instantes: ardo, me abrazo, voy á convertirme en cenizas. Qué veo en su cabellera? qué es? quién es? El espectro . . . . !

El jóven echa un grito y cae patas arriba. Su madre se tira sobre él; y el barón, por acudir á socorrerles, derriba la mesa cargada del servicio de té; con lo cual el candelabro de cuatro brazos que alumbraba la estancia, viene al suelo, y todo queda sepultado en una profunda oscuridad.

A mi regreso de Sorrento, adonde había ido

á pasar ocho días, llegué á Nápoles, cabalmente en buena sazón para asistir al entierro del pobre Alejandro, cuyo cuerpo acompañamos buen número de extranjeros al cementerio ruso. Había vuelto en sí de la accesión de esa noche; pero un día que su tío el barón dejó su cuarto abierto, entró allí, y encontrando sobre la mesa una pistola cargada, se voló la tapa de los sesos.

---

## EN IPIALES

---

Fenómenos tan extraordinarios se presentan en el cielo de esa alta tierra, que no estando allí para que vayan á verle los dudosos, con pena me abstendría yo de describillo. En ciertos meses del año, eso es realmente un milagro: el sol se ha hundido tras el Cumbal, dejando encendida la nieve de esta montaña: las torres de Jerusalén, los templos de Balbec, los palacios de Nínive, las murallas de Babilonia, todo está allí sobre ese horizonte en hacinamientos maravillosos, variando de colores, conforme la luz vespertina va menguando hasta dejar el campo á la noche. Pero antes que esta negra señora de la mitad del tiempo se apodere del mundo, ¡qué portento es ese que mira arriba el que no lleva la vista clavada en el suelo! Unas veces



las regiones occidentales son un mar de violado purísimo, por el cual está navegando un ángel escondido en una nubecilla de color de rosa, y alaba al Criador en ese cántico sin voz que no oye sino el alma ahijada con la soledad y la naturaleza. Otras, un abanico gigantesco, el vértice en el horizonte, se abre por el firmamento en plumas de diferentes colores que alcanzan el cénit con el extremo. Oiga usted, Semblantes, le dije una vez á mi compañero de destierro, mirando á la bóveda celeste; si yo escribiera que he visto nubes verdes, ¿me creerían?—Por decirlo usted, quizá; pero realmente es increíble lo que estamos viendo. Un pavo real apocalíptico, oculto el cuerpo tras la Sierra, había desplegado la cola y la tenía explayada sobre el cielo: los colores del arco iris, en confuso desorden, todos estaban allí sobre un fondo blanquecino, imposible de presentarse á la imaginación si no pasa por la vista. Elefantes sin cabeza, dragones desmesurados, águilas en actitud de alzar el vuelo, esfinges inmóviles, endriágos portentosos, vestiglos de bellas formas, toda clase de figuras, figuras grandes, en proporción de ese teatro, están allí dando idea de un mundo fantástico superior al que habitamos. En ninguna parte del mundo las nubes toman lineamientos más extravagantes y grandiosos: ese es un espejismo elevado donde vemos impresos los prodigios de las ciudades muertas y los bosques impenetrables. Nunca se me olvida un toque sombrío de ese cuadro deslumbrador: el castillo de Santo Angel, oscuro y zahareño, se

alzaba todas las tardes sobre el horizonte á corta distancia del ocaso. Era un nubarrón enorme, cilíndrico, truncado, igual en un todo al que he visto cerca de San Pedro en Roma. Este monstruo nunca tomaba parte en la luz de sus vecinos: pálido unas veces, otras casi negro, no quería desmentir su condición de sepulcro ni de fortaleza. El castillo de Santo Angel, como yo lo llamaba para mí, era la figura preponderante de ese cuadro diario. Unas veces en mi balcón, dueño de la Cordillera y el mundo con la vista; otras sentado sobre un barranco del camino, lejos, muy lejos del pueblo, veía, oía y palpaba esas celestes epopeyas. Probable es que los hijos de esa comarca no den noticia de ellas: no á todos les es dado el don de soledad, melancolía y contemplación del universo.

Debajo de este cielo la tierra no puede ser mezquina: una sola alfombra la cubre por muchas leguas: donde la huebra pasa, queda solamente interrumpida la verdura de esa feliz campiña: mil colinas, oteros, dunas de tierra alta le comunican ese aspecto de vaivén ó sube-y-baja que es el embeleso de la vista. Esas lomitas que parecen desaforadas esmeraldas; esas laderas cubiertas de flores silvestres que brotan de la yerba; esos barrancos del río donde mil arbustos corimbulosos forman inextricables embolismos; todo, todo le da semblante hermoso á ese país, en el cual he pasado los cuatro años de mi vida, los más tristes quizá, pero ajena de zozobras, disgustos y quebrantos, y una con esas delicadas afecciones de dolor angélico y alegría in-

comprensible, que son adminículos indispensables de la poesía del corazón. La gente, suave y hospitalaria como no la podemos hallar en otra parte: el que en cinco años no ha tenido motivo de queja chico ni grande, que se ha visto rodeado de respeto y miramientos, con justicia abriga buena opinión de ese pueblo tan desfigurado en boca de mentirosos, tan calumniado por transeúntes sin gratitud ni benevolencia.



## FURIO CAMILO

---

Los varones más esclarecidos de la antigüedad fueron hombres de humilde cuna, sin antecedentes por parte de sus mayores, cuya gloria se cifraba en sus hechos puramente. Temístocles en Aténas, Camilo en Roma, nacieron de la plebe, y uno y otro tuvieron la gloria de arrancar á su patria de garras de los bárbaros; el griego, en Salamina escarmentando á los persas; el romano, en las plazas de Roma, exterminando á los galos. Nada encarece más Plutarco en estos héroes que el haberlo debido todo á su mérito personal, sin que en su grandeza entrasen por algo títulos ni bienes de fortuna de sus padres. Si por gracia de los tiempos ó por descuido del olvido existiese hoy en la ciudad

eterna algún vástago de Camilo, ¿quién sería osado á disputarle la superioridad en la nobleza? Plebeyo echado de su patria por los nobles, la bendice al alejarse, llora por ella, y vive silencioso en el destierro. Los bárbaros han entrado Roma por fuerza de armas, el senado ha sido degollado en el recinto de las leyes, los dioses mismos van á caer con el Capitolio en sus manos. Breno está pesando el oro del rescate, esto es el oro de la deshonra, la infamia de Roma. Quién la salva? Los dioses quisieron que á la sazón hubiese un plebeyo desterrado, escarnecido por los nobles: Camilo llega, rompe la balanza ignominiosa, destruye á los enemigos de Roma, y salva el Capitolio.

Nobles, sed plebeyos como Furio Camilo.

---

## GENTILIDAD

---

A los indios, ¡á los indios! les obligan á hacer fiestas; y una de estas orgías eclesiásticas los esclaviza para muchos años á esos desgraciados. El indio, en todo el día, gana medio real: con esto han de comer y vestir él y su familia. Pues á este rico hacendado, para que sea buen católico, le obligan á *hacer fiesta*. Se vende el miserable, hace la fiesta: el cura le es-

torsiona ocho ó diez pesos; el coadjutor ocho ó diez reales; el sacristán siquiera cuatro. Tras esto, comida, bebida para sus compadres: derecho de cera, tributo de campana, piso; alcabala canónica; chapín de la reina, esto es de la moza del cura, ¡qué no tienen que dar el pobre *chagra*, el pobre indio! Ni las ánimas benditas del purgatorio les perdonan, y salen con la boca abierta á llevarse cada una su responso en los dientes. Cuándo se desempeña el indio? cuándo se repone el *chagra*? El señor obispo dice que en la gente del campo la palabra del sacerdote es poderosa, y que esos son los que saben apreciar la religión y la elocuencia sagrada. Estas fiestas plebeyas son de menor cuantía: San Roque, San Isidro son para los indios; los caballeros hacen fiestas á San Juan, la Virgen, el Santísimo. Caballeros hay tan brutos como los indios, que todavía se dejan nombrar priostes, y hacen fiestas. Pero no están viendo esos desventurados que ese pedazo de palo no es persona humana ni divina? La idolatría de los gentiles nunca tomó formas así tan groseras y ridículas como la idolatría de nuestros tiempos. Los clérigos dicen que esos monstruos embarnizados, vestidos de ropa vieja que les dan de limosna, son las imágenes de los verdaderos santos; los gentiles no decían otra cosa: sus ídolos no eran sino las imágenes de los dioses que estaban en el Olimpo: en qué se diferencian estos dos cultos? El catolicismo es el plagiarlo más inverecundo que hay en la tierra; todo lo que le conviene, todo lo que produce algo, lo ha tomado de las reli-

giones antiguas: budismo, paganismo, judaísmo son sus tributarios; y mírenlos ustedes á los clérigos echar á los quintos infiernos á todo el que les hace un recuerdo, una observación, y les va á la mano en sus asquerosas granjerías. Sus soberbias, sus avaricias, sus lujurias, sus iras, sus gulas, sus envidias, sus perezas son su religión. La religión está en su bolsillo; nadie la toque, porque ella, herida, tiembla, y llueve fuego sobre los malditos. Mi religión es más elevada, pura, y digna de la Divinidad y de la criatura humana: en vez de adorar un pedazo de madera?, no sería mejor adorar una virtud, y mandar tras ella el corazón á Dios? No, la virtud no da nada, y todo lo que no da algo al obispo, al cura es blasfemia y condenación. Pues yo digo que me tengo por muy desgraciado de haber nacido en países y tiempos donde la razón y la conciencia no han amanecido; y que si me hubieran consultado, yo hubiera pedido venir al mundo de aquí á cuatro mil años, cuando los hombres, de progreso en progreso, de triunfo en triunfo, hayan llegado á la verdad y la luz, en cuanto ellas se compadecen con las facultades intelectuales y morales de la especie humana.

~~~~~

ABOLENGO

Conviene averiguar si los grandes hechos de ciertos varones ínclitos inoculan en la sangre de sus descendientes un principio que comporte el respeto y la admiración de los demás, y si á causa de sus mayores han de gozar de inmunidades y prerrogativas que los levanten sobre la comunión social; esto es, que se llamen nobles, y miren para abajo al pueblo, sin el cual nada serían. No cabe duda en que los grandes hombres labran para su posteridad, y en que sus hijos son acreedores á ciertos miramientos, si prescindiesen de los cuales, los pueblos darían en la ingratitud, el peor de los vicios. Mas qué significa la nobleza del ruin palaciego, el cual de la segunda generación para arriba se vería á oscuras con su árbol genealógico si ya no fuese á parar en un ahorcado? Siempre podemos apostar veinte contra uno, dice el filósofo ginebrino, que un noble desciende de un bribón. No faltará quien responda que él no es descendiente de Juan Jacobo; mas nada prestará la injuria, pues el dicho Juan Jacobo no hizo sino vestir con otras palabras una de las verdades de Platon: No hay rey que no descienda de un esclavo, dijo el príncipe de los filósofos, ni esclavo que no cuente algún rey entre sus abuelos. Si Platón hubiera dicho: No hay rey que no descienda de un ollero, Agátocles hubiera compa-

recido arrastrando el grandioso manto de púrpura á corroborar la sentencia de la Academia. Y si su ilustre fundador, por acreditar del todo su proposición, se pusiera á dar esta voz, paseándose á lo largo de los jardines de Academo: Hola! porquerizos! allí se presentara luégo un tumulto deslumbrador de reyes, emperadores y pontífices.

Platón. Hola, porquerizos!

Justino, antecesor de Justiniano: Aquí estoy!

Platón. Hola, porquerizos!

El gran Taborlan, rey de los Citas: Aquí estoy!

Platón. Hola, porquerizos!

Nadie responde.

Platón. Pastores de puercos! no hay otros?

Una gran figura vestida de blanco se presenta: trae en la cabeza un «birrete alto y redondo, cercado de tres coronas de oro, guarnecidas de pedrería fina, con un globo ó mundo que sostiene una cruz por remate». En el dedo anular carga una enorme piedra morada. Este hermoso fantasma anda con majestad é imperio, y no se inclina ante el filósofo.

Platón. Quién sois?

El fantasma blanco. Me llamo Sixto V. No habéis llamado á los pastores de puercos? Platón se inclina, pero no cae de rodillas.



LOS PIRATAS DEL GUAYAS

No ha muchos años el Guayas, como todos los grandes ríos de la América meridional, no conocía otra que la navegación á remo; bien así como los bandoleros de Italia y España califican de invención bárbara el ferrocarril, así los piratas de los ríos tienen por descubrimiento inicuo la navegación por vapor. Esta gente honrada ha venido á menos con la usurpación desus derechos: Sierramorena, ese Parnaso de las musas negras, está desierto: el Guayas gime bajo el yugo de la civilización, que vuela por sobre sus olas en forma de ballena encantada llevando sobre sí los genios de la industria y el comercio. Canoas, lanchas, falúas, estos eran los poseedores de ese inmenso caudal de agua; y unos trocitos de madera, extraídas las entrañas, que cual flechas se disparaban á lo largo de las olas, burlándose de su furor.

Por los años de 1840 un rico negociante del interior de la República volvía de Guayaquil con un valioso cargamento. Su gran canoa de piezas remontaba pesadamente el Guayas á fuerza de remo, contra viento y marea, luchando con una como tempestad que se había declarado desde que perdieron de vista el puerto. Oscura era la noche, sembrada de truenos y relámpagos; los bosques gemían lúgubres, combatidos por los vientos; manadas de jabalíes arruaban temerosos en sus profundidades. El

dueño de la canoa tomó aparte á un joven de su séquito, y entrando juntos al depósito de armas, salieron luégo, el uno con un trabuco formidable, el otro con un gentil machete que no le hubiera pedido favor á la cimitarra de Taric. Plácido! gritó el principal; amárrame este zambo. Dos criados se echaron sobre el bandido, el cual no opuso resistencia, porque la boca del trabuco le estaba haciendo anillos en las sienes. Maniatado el zambo, y trincado contra un banco, el amo agregó: A este otro! El otro fué igualmente aherrojado y puesto fuera de combate. Barreto! dijo entonces el que daba órdenes; el piloto corre de cuenta de usted: á la menor señal de traición le vuela la tapa de los sesos. Barreto, que no había estado en Ayacucho, temblaba de miedo; pero como el valor es comunicativo, prendió en su seno, y el hombre se puso á apuntar al piloto con su escopeta. Nada le importaba más en ese trance que el desnudo y la valentía.

Era el caso que el viajero, como quien había ejercitado la vista en las oscuridades de ese río, y el ánimo en esas ocurrencias, descubrió á la altura de la Boca de Baba una lucecilla que venía adelantando en dirección á su canoa. Los piratas, como los bandidos de tierra, tienen en la fisonomía y las acciones un sello especial que les denuncia en cualquier parte á la justicia: el navegante supo ya con quiénes las había. En cuanto á los dos pasajeros que mandó amarrar, eran dos zambos de interesante aspecto criminal, á quienes el patíbulo hubiera recibido con

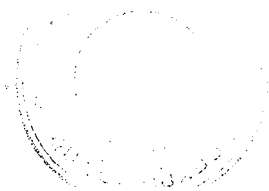
los brazos abiertos. El uno tenía cruzado el rostro con un *persignum crucis* de á jeme; el otro mostraba en el pescuezo una cuchillada de catorce puntos, como las que contenía el memorial de Monipodio. La canoa había sido fletada exclusivamente por el negociante; pero como esos hombres de bien se le llegaron á pedirle por los dolores de María Santísima que les llevase á bordo hasta Babahoyo, fueron recibidos por vía de conmiseración. Eran, sin duda, cómplices de los piratas; mas el serrano tenía la letra menuda; y cuando los zambacos se regodeaban ya en la buena presa, viéronse allí tirados en los fondos cual tercios de mercancías.

Señor, le mato? preguntó Barreto. No todavía, respondió el jefe. Los dos muchachos, lanza en ristre, esperaban á babor. El joven había dejado su alfanje por un soberbio trabuco naranjero. Los piratas venían cerca; la canoa de piezas adelantaba de mala gana; los zambos maniatados estaban bramando como toros, “Barreto! si el piloto hace una maniobra desfavorable, me paga usted con la vida”. “Señor, disparo?” preguntó Barreto. “Y quién gobierna el timón? En el instante crítico, envíele usted á los infiernos”. Los piratas venían á treinta pasos de distancia, entonando uno de ellos una donosa cancioncilla, con ciertos quiebro de voz que eran, de seguro, avisos á sus cómplices de á bordo.

Mi día e la noche oscura;
Música son eto trueno:
Yo bailo con la tormenta
Qué tenemo, qué tenemo!

Ramón, fuego! gritó el viajero, cuando el enemigo bogaba á cuatro brazas. Un estallido estupendo rompió el silencio del río, y retumbando por las selvas de las orillas, fué á perderse á lo lejos en las entrañas de la noche. Apre-taron el remo los piratas: enarbolados sus gan-chos, agarrábanse ya á la canoa mercante: Al abordaje! gritó el capitán. Palomino, ahora! Canilla, dónde estás? Otro tiro de trabuco re-sonó en el instante; y como los piratas rempu-jasen con mas fuerza, Ramón, empuñado en su machete, partia cabezas á diestro y siniestro, á tiempo que su jefe le atravesaba la garganta al capitán de los malhechores con su espada que gemía en la oscuridad, sedienta de sangre. Dos de estos alhajas, los mas listos y audaces, ha-bian saltado de bordo á bordo, cuando cayeron boca abajo sobre sus cómplices, pasados de par-te á parte por las lanzas de Plácido y el otro cholo. La canoa pirata empezó á quedar atrás: se apagó la lucecita; el combate estaba concluído. Echados los cadáveres al agua, siguió adelante el viajero: al romper el día, consignaba en ma-nos del alcalde de Babahoyo los dos cómplices de los piratas, y montaba en su mula para tre-par el Chimborazo.

Ese hombre de barbas agrias era Don Mar-cos Montalvo, padre del humilde coronista de estos hechos.



MILTON

En un barrio oscuro de Londres, casi fuera de la ciudad, vivía bajo humilde techo un hombre de años en un cuartito mezquino, en casa ajena. Este hombre, viejo y ciego como el anterior, no contaba con más arbitrios que los escasos dineros que sacaba de sus versos, vendidos por sus hijas. Su mujer se cansó de él; sus hijas mismas le hicieron traición, en cierto modo. Lloraba el viejo, porque era desgraciado: el pan, mal seguro, no de cada día: vino, nunca por sus manteles. En cuanto á luz artificial, importábale poco, puesto que ni la veía, ni sabía si estaba ó no ardiendo en su aposento. Llegó á tener hambre el mísero: devoróla santamente en memoria de lo que en otro tiempo se había satisfecho. Porque éste, si, para ser ciego, había visto más que todos; para carecer de lo necesario, había nadado en lo superfluo; para ser desconocido y triste, había brillado en la corte al lado de un poderoso. Ahora, no solamente se come las manos, sino también huye de sus semejantes: sus compatriotas no pueden oír su nombre sin dejarse arrebatarse de la venganza; y si supieran que está vivo, no le fuera bien contando, pues de debajo de las piedras le sacaran. Este mendigo ha sido ministro poderoso de un gran tirano, ha encubierto malas obras, ha sufrido se derrame sangre, sangre de reyes. El

ciego oculto en una callejuela de Londres, el muerto de hambre, el zarrapastrón, es Milton, ministro de Oliverio Cromwell. Cuando perteneció en cuerpo y alma á la política; cuando fué malo, cómplice de un regicida, opresor de su patria, las riquezas le asediaron, los bienes del mundo le abrumaron: triunfos y placeres, suyos fueron: llamándose feliz, anduvo el cuello erguido, los ojos insolentes. Hoy que no es el hombre de la sangre, sino el de las lágrimas; no el de la ambición, sino el de la abnegación; no el del orgullo, sino de la modestia; no el del crimen, sino de las virtudes, los bienes de fortuna han huído de él cacareando como aves espantadas. Riqueza y virtud implica: hambre, dolores, ayes agudos, con rostros de ángeles enemigos ó demonios propicios, forman la caríátide sobre la cual está sentada la suerte de los grandes hombres. Milton, ministro de Cromwell, fué rico y feliz: Milton, poeta del Paraíso Perdido, fué menesteroso y esencialmente desgraciado. No hay duda en que un Genio invisible va guiando hacia la gloria por entre abrojos y cardos á los hijos distinguidos de la naturaleza.



EL POLEMISTA

El polemista ha de saber mucho; ha de ser audaz, tenaz, valiente. He aquí el caso rarísimo de un sabio belicoso. El pusilánime, el amigo de su tranquilidad y su comodidad, el egoísta, nunca entrarán en polémica, así como el cobarde no se ofrece para la guerra. En el polemista hay siempre pasión; es patriota apasionado, teólogo apasionado, literato apasionado, orador apasionado, filósofo apasionado, llamando pasión ahora el ardimiento con que ciertos caracteres y ciertos corazones se arrojan al torbellino de la contienda política, religiosa ó literaria, siempre que en el bando opuesto estén campeando paladines dignos de su prepotencia. Las armas del polemista son el periódico y el opúsculo; el opúsculo, lo que llamamos folleto malamente; mala é irremisiblemente, por desgracia, pues el folleto en su acepción genuina y castiza se acerca mucho al libelo; y folletos hay que son obras maestras de política, moral y filosofía. Los de Cormenin, los de Pablo Luis Courrier no son libelos; son opúsculos, arranques grandiosos de indignación que hacen temblar mundos, crujir tronos y venirse abajo dinastías. Los de Heine son panales del monte Híbla por lo dulce y aromático; pero son mortales: un delicado veneno está oculto en esas ondas de poesía. ¹Biblioteca Nacional del Ecuador "Eugenio Espejo" cuando el sarcasmo no se presen-

ta con el rostro descubierto y hace beber torrentes de amargura á los á quienes el tribunal de su conciencia ha condenado al peor de los suplicios.

El folleto, resignándonos á este nombre consagrado por el uso general, "ha de ser de brillante colorido, simple en la forma, claro en la exposición de las ideas, exacto en el cálculo, atrevido en el razonamiento y variado en el tono". Cormenin, el maestro del folleto francés, pudo muy bien fijar, como ha fijado, los caracteres del folleto. Cumpliendo siempre con esas condiciones, llevó lo mejor en la lucha que sostuvo durante dieziocho años contra un poderoso monarca, el cual se vino á tierra sin poder más contra el folleto. La polémica de alto coturno ha preferido siempre el opúsculo al periódico, porque en él caben el estudio elevado, la digresión apológica, la doctrina profunda, la sátira mordaz, la burla sangrienta, los sabores divinos y las sales humanas del escritor que se siente con fuerzas para esa obra complicada y difícil. El polemista es camaleón maravilloso: hoy filósofo, mañana hombre político; cuándo poeta, cuándo matemático; ya serio, grave, adusto; ya irónico, socarrón y chancero. La grandilocuencia y la familiaridad, la cólera y el buen humor, las lágrimas y la risa están á la disposición del folletista. Polémica es lucha, duelo, y no á primera sangre. El polemista sale al campo armado de todas armas, como los caballeros de la edad media. Tiene espada, lanza terrible, pistolas y cuchillo cuando las grandes

se le rompen, echa mano á la daga, y cuerpo á cuerpo sigue la pelea hasta que quita la vida ó cae muerto: El polemista, el folletista es campeón de la idea, bien así como los atletas de Grecia y Roma eran los campeones de la materia. El uno lucha por convencimiento, por deber, por gusto propio; el otro por obediencia, por necesidad, por placer de los demás. El polemista puede morir, ya á los golpes de su contrario, ya en las emboscadas de la calumnia. En este caso, si es autor de conciencia, filósofo convencido, se yergue antes de espirar y grita: Dios! un moribundo te bendice. El otro no se dirige sino al tirano, y como vil esclavo exclama: César, un moribundo te saluda!

El folletista, el polemista, de cualquier condición que sea, tiene muchos aborrecedores, muchos enemigos; es el blanco de muchos tiros alevés. Si es político, todo el partido contrario cae sobre él: si es filósofo y moralista, la secta enemiga le persigue de muerte. Todos le temen, y todos se unen para acometerle; todos se sienten heridos, y todos se encarnizan sobre él. Un polemista que salta á la arena, es un toro, que se echa á la plaza: acomete, ahuyenta, persigue; levanta por los aires á los que le salen al encuentro, y recibe mil banderillas y lanzadas. Los hay que salen ilesos, ó que se lamen fieramente sus heridas en el campo de la victoria: éstos son los buenos.

Nadie dirá que el polemista no ha menester un gran caudal de abnegación, pues, en resumidas cuentas no está riñendo por sus intere-

ses personales. Combate los errores, propaga verdades peligrosas, se encara con los tiranos, denuncia crímenes, corrige vicios, recomienda severamente las virtudes, defiende á todo trance al débil contra el fuerte, alarga la mano al desvalido, la deja caer sobre el insolente, y con esto concita la ira y la animadversión de los opresores, los injustos, los corrompidos, los hipócritas, los malvados de toda clase. El polemista de conciencia, polemista filosófico, moral, tiene grandes y terribles elementos contra sí; pero como el género humano, á pesar de sus denigradores sistemáticos, aun no ha caído del todo, tiene en su favor la simpatía de los hombres justos, amantes del bien y protectores de sus semejantes.

ROEDORES

Hablóse de puntos varies, y de uno en otro vinieron á parar en el tan ameno de las letras humanas, como que el marqués de Huagruhuigsa tiraba siempre á esa materia. Sin ser poeta era humanista; su profesión, aunque no su talento, la crítica literaria; y él, tan prolijo, tan sumamente prolijo, que en lo hondo del mar cogía un infusorio. Es propia de los malos crí-

ticos la habilidad para descubrir los defectos insignificantes, y propio de los escritores vulgares y ruines el odio por los que gozan de más consideración que ellos. El mérito de los demás es una deuda para el envidioso: en cuanto á las bellezas de la obra que tiene entre manos, se niega á verlas, y quién sabe si de buena fé no las descubre, porque la envidia se las aparta de los ojos; y como le gobierna un vil propósito, cual es el descrédito del autor, no hace mención sino de las fealdades, echando tierra sobre los primores. O bien le falta el brío del ingenio y aquel aliento largo y poderoso que necesitamos para divisar y coger las perlas en el centro del océano. El alcornoque, la algaova y las impurezas del mar, están flotando hacia la orilla, á la vista y á la mano de cualquiera.

PARTIDO LIBERAL

Sabido es que los conservadores de las selvas americanas persiguen tenazmente la electricidad que vuela por sus negros hilos á lo largo del desierto. Los Estados Unidos les aterran con la muerte ó les aplacan por medio de regalos, para que no rompan los hilos telegráficos, ni corten los rieles del ferrocarril del Pacífico.

Quién lo creyera! hemos visto en algunas naciones de América al partido conservador oponerse tenazmente á los proyectos de ferrocarriles, y empeñarse en manifestar, no solamente lo inútil, sino también lo perjudicial de estas empresas! El Gobierno inglés, mandando el partido conservador con Palmerston ó con Derby, hizo una guerra cruda al proyecto de Fernando Lesseps, que hoy es una de las obras mayores y más admirables de los tiempos modernos. El virey de Egipto, bárbaro generoso que civiliza las pirámides y llueve sobre la ardiente arena, no disimula su apego á la civilización europea ni sus simpatías por el partido liberal. Los conservadores de Persia se han opuesto con amenazas terribles á que el Scha introduzca en el imperio las reformas que le hubieran sacado de la barbarie, y enviado un magnífico saludo al gran Ciro en sus palacios de la eternidad.

Los sesudos, los conservadores de Francia, echaron á pascar á Fúlton, cuando se presentó con el proyecto de la navegación por vapor en la mano. Dijeron lo que el profeta: Toda innovación es un error, y todo error lleva al infierno. Temieron los sesudos irse á los infiernos más prontito de lo que se habían de ir en sus pontones carcomidos, lepra de los puertos. Fúlton, Samuel Morse, Sirus Field, todo el que se mueve, se agita, discurre, imagina, crea, da vida y poder al mundo, corriendo en uno como frenesí bienhechor, impelido por el espíritu de la perfectibilidad humana, todos son liberales. La esencia del liberalismo es el movimiento. El

liberalismo devora mares y ríos; rompe las entrañas de los montes, y pasa de una nación á otra en un instante: dos minutos necesita para comunicar al mundo entero lo que ocurre en un lugar, y está ya en camino de adueñarse del reino de la atmósfera, en su flujo por conocer y averiguarlo todo. El dios de los conservadores es un gigante sin piés, que está sentado en el centro de un profundo valle. Semejante á Vischnú, el genio de las pagodas de la India, carece de la facultad del movimiento; no se mueve, y tiene crispatura de nervios cuando ve encumbrarse el águila, ó dispararse enardecido el león del hosco monte á la llanura. Gigante perpetuamente hambreado, su mesa es el patíbulo: vive de carne humana; la pena de muerte el renglón que le sustenta, y no le harta: él quisiera matar dos veces á sus víctimas, y comérselas dos veces. No se mueve, y es temible: allana el hogar doméstico arrastrandose: la inviolabilidad del domicilio es una burla para él. No se mueve, y nadie puede huir de sus garras; todos son sus tributarios. No se mueve; mas con sus ojos inmóviles escudriña, no solamente las acciones, sino también los pensamientos de sus esclavos. No se mueve; mas el prestigio infernal que se levanta de su cuerpo entorpece aun á los que andan lejos, les atrae, les echa como muertos á sus plantas. El dios de los conservadores es terrible: ve tinieblas, oye silencio fatídico, huele azufre, gusta sangre, se la bebe, se emborracha con ella, y salta sin piés en satánica alegría.

Don Alonso el Sabio fué liberal: con la vista fija en el porvenir, daba trancadas descomunales, cuatro siglos adelante de sus contemporáneos. Enrique cuarto era liberal; Enrique, el mayor, el mejor de los reyes de Francia; uno de los pocos que han alcanzado el cariño de sus súbditos, la admiración de cuantas son las gentes. Los que le quitaron la vida fueron conservadores, católicos, apostólicos, romanos. Carlos nono, el de la jornada de San Bartolomé; Fernando séptimo, el restaurador de la inquisición, conservadores.

El liberalismo anda soplando por el mundo en forma de viento fresco y oloroso: de cuando en cuando cobra proporciones de huracán, y se precipita sobre los pueblos echando per tierra furiosamente los alcázares del fanatismo y la tiranía. La Bastilla, esa cárcel estapenda donde yacen encarecladas libertad, dignidad humana, facultades del hombre, tiembla sobre sus cimientos de granito, y se viene al suelo un día de tormenta.

El príncipe de Bismack, enemigo mortal de los católicos; ése á quien estos caritativos cristianos tienen destinado para las llamas infernales, es conservador; conservador á todo trance; conservador irreconciliable con los pueblos libres; de esos que sostienen el derecho divino de los reyes, y aparentan creer en la predestinación de los tiranos y sus víctimas. Para que se vea si ser conservador y católico, liberal y disidente son una misma cosa. El liberalismo es el principio de la salud: Nicolás, emperador de Rusia,

mandó á su heredero en artículo de muerte, que no diese libertad á los siervos, ni hiciese la paz con las naciones con las cuales murió en guerra. Alejandro hizo la paz, y ha dado libertad á los hijos del terruño. Nicolás era conservador, Alejandro propende al liberalismo.

Los españoles, liberales en España, combaten la esclavitud por la imprenta, en la tribuna: cuando hacen oraciones remiradas acerca de la libertad de Cuba, son conservadores, y no lo niegan. Castelar dijo que primero era español que republicano; y por tanto sostuvo la servidumbre perpetua de la isla. Castelar, enemigo de la libertad de Cuba, es conservador; abogado de los sanos principios, en teoría, es liberal. No hay á quien no le suene bien esta palabra: todos los hombres de talento quieren ser liberales: si á su negocio conviene que sean lo contrario, lo son, sin dejar de adornarse por escrito con ese hermoso nombre. Distinguid, ruégoos: una es la mala fe, y otros los principios mismos. No digo que la inteligencia, la sabiduría, el don de progreso sean patrimonio exclusivo de los liberales en el mundo: ¿cómo lo diría sin acreditar-me de necio! Entre los hombres grandes, los hay que son conservadores; pero ellos se atienen á la esencia de la cosa, no á los términos vagos; á la sustancia; no á la zupia: Guizot, Thiers han sido siempre liberales en ideas; cuando fueron conservadores, no lo fueron sino de partido. Pero ni esto le ha gustado al fin á este admirable viejo, y hoy tiene á gloria llamarse liberal, cabeza y guía del gran partido

francés republicano. Luis Veuillot es conservador: ¿no es lástima que el ingenio de ese camandulero se desagüe por el canal del fanatismo? Veuillot es uno como Demaistre, menos sanguinario, pero más tenebroso. Los pueblos no tienen derecho ni facultades: todo sale de Roma, todo va á dar á Roma. Una ocasión que este desaforado papista había recibido de Su Santidad una reprimenda, á causa de sus exageraciones curiales, se puso rostrituerto y desabrido. Los periódicos burlescos de París publicaron entonces una caricatura, que consistía en un Monsieur Veuillot entregando su delantal al papa como quien deja la cocina.

No sabemos que influjo misterioso tiene este que se llama partido liberal, para que en el día esté predominando en casi todo el mundo civilizado, á pesar de la oposición formidable que le hacen el Vaticano y sus ejércitos: el hecho es que predomina, en Europa mismo. El Asia, el Africa son todavía conservadoras: los cuero-colorado ó *peau rouge*, los esquimales lo son también en América.



EL TEATRO

“El Teatro causa lamentable daño en las buenas costumbres, y por esto no concurren jamás á él quienes saben apreciar en lo que valen la virtud y la inocencia.”

Marco Tulio Cicerón dijo de la comedia: *Est imitatio vitae, speculum consuetudinis, imago veritatis*. Y Andrés Rey de Artieda, poeta católico, apostólico, romano, interpretó de este modo las palabras del orador antiguo:

Es la comedia espejo de la vida;
Su fin mostrar los vicios y virtudes.
Para vivir con orden y medida.

Edipo, acrisolado por el dolor, da un sublime ejemplo de virtud, se connaturaliza con la Divinidad y, desvanecido milagrosamente, sube al cielo en medio de la grandiosa escena imaginada por el poeta. Ni Sófocles, ni los griegos, inventores del teatro, lo cultivaron como causa de daño de las buenas costumbres, ni concurren á él por deleitarse en escenas indignas de la majestad del hombre. Crímenes y vicios han sido en todo tiempo castigados en el teatro; y las grandes virtudes encarnadas en caracteres trágicos, han servido de admiración y ejemplo al género humano. La soberbia en Ajax; el

adulterio en Clitemnestra; el incesto en Fedra, en el teatro han sido castigados. Antígona por el amor filial; Andrómaca por el conyugal; Hipólito por la continencia y el pudor, en el teatro han recibido la recompensa, y la están recibiendo hace ya cuarenta siglos. Ahora mismo, ahora, el libertinaje y la impiedad en don Juan Tenorio; la hipocresía en Tartufo; la avaricia en Harpagón, en el teatro son escarnecidas; y de la ruina de estos abominables defectos van levantándose las virtudes sus contrarias. Racine, el poeta cristiano, imaginó su Atalía; y en el templo de Salomón desenvolvió la idea de esa composición prodigiosa. He allí, pues, el Templo de Salomón, el templo, el templo! sirviendo de lupanar donde se pierde la inocencia y se estragan las costumbres, según el parecer de un obispo católico.

No es su parecer; no es más que su ignorancia: lego atrevido y grosero, cae en impiedad, por falta de conocimientos históricos y literarios, y calumnia á los varones ínclitos que están gozando del respeto del género humano á lo largo de los tiempos. Napoleón decía, aun cuando ésta sea la segunda vez que hago este recuerdo, que si Corneille hubiera vivido en su época, le hubiera hecho príncipe, porque él hacía grandes hombres con sus obras. Una tragedia de Corneille en el teatro es un curso práctico de grandeza de alma y rectitud moral: así como Edipo se desvanece á los ojos de los espectadores y sube al cielo, así los caracteres sublimes y los grandes méritos del hombre toman cuerpo en los

héroes de los poetas insignes. El teatro es escuela de virtudes: después de una buena pieza trágica, el que la ha presenciado, se siente, si es posible, superior á sí mismo, y capaz de cosas mayores que cuando no la había visto. Amor, valor, abnegación, generosidad, sacrificio, en el teatro hay que ir á buscar, cuando por desgracia no los hallamos en el mundo real. El poeta que sabe su deber, el gran poeta, el poeta verdadero, siempre tiene un fin moral elevadísimo en sus composiciones: los dramas y las comedias vulgares son la plebe, la canalla del teatro; y es sabido que no en los barrios más pobres, desaseados y oscuros, es donde hemos de ir á buscar la pulcritud y las graciosas maneras de la gente culta. Un pobre clérigo, que juzga del teatro por los títeres que él ha visto, y quizá ha movido él mismo en su vida de Maese Pedro, no puede alzar la voz contra la forma más bella de la inteligencia y el solaz más útil y fecundo que hayan acostumbrado los pueblos civilizados. Cuando así manifiesta su ignorancia de la literatura moderna, la literatura española, que es la nuestra, ¿ha de haber tenido noticia de las palabras de Cicerón respecto del teatro? Casi todos los poetas cómicos y dramáticos de España han sido eclesiásticos: Lope de Vega, Moreto, Tirso de Molina y Calderón! el gran Calderón de la Barca! que pasó la vida en componer *Autos sacramentales* para el teatro. Ahora mismo los católicos más intransigentes de España, esos que no dan cuartel á los liberales, son los que han compuesto las mejores comedias de

nuestros días. Don Manuel Tamayo y Baus, su célebre drama "La Comedia nueva"; don Aureliano Fernández Guerra, en su no menos renombrado "Alonso Cano", y don Marcelino Menéndez y Pelayo, católico por excelencia, no han tenido por impiedad volver al castellano los dramas de Shakespeare.

CHAM

Un predicador de mucha fama dijo una vez en mi presencia que Lincoln era un gran malvado. Para algo les ha de servir la corona á ciertos crueles enemigos de sus semejantes. *Juxta illud: si quis suadente diabolo:* así principia el canon en donde el concilio de Trento excomulga al que los hiere. Con ésos, cuando más, puede uno hacer lo que el general de Goyón un día que se estaba repuntando con Monseñor de Merode. Como Su Eminencia apretase: Cardenal!—le dijo, si vuestros hábitos sacerdotales no me lo estorbaran, os asentaría ahora mismo un bofetón; pero dadlo por recibido. Qué decís de un sacerdote que llama gran malvado al libertador de una vasta porción de hombres, abolidor de la esclavitud en casi medio mundo? Ese fraile no sabía, sin duda, que uno de los encargos de Jesucristo fué la fundación

de la libertad, y que con la cruz por delante han ido siempre los benefactores del género humano. El obispo de Chiapa cometió un error criminal, con sustituir unos esclavos á otros, como si del encadenar negros sacaran más provecho el reino de Dios y la filosofía, que del desatar las cadenas de los indios. Error de la conmiseración, error de la virtud; error, crimen no. Los negros le deben en mal al santo Casas lo que los indios en bien: su intención respecto de los primeros no fué perversa; Dios no ha tenido en cuenta sino las buenas, respecto de sus obras, para con los segundos. Con gusto hemos oído despues exclamar á otro sacerdote, que en los brazos de la cruz pendían fracasadas las cadenas del mundo.



LA MAS VIEJA



Don Mariano Ignacio Prado, presidente del Perú, fué más ingenioso en una apurada coyuntura. Sobre que al padre Masía le habían cogido en Arequipa, y sobre que al padre Gual le había puesto mala cara el ministro, y sobre que al padre Panza le habían quitado la albarda diciendo que no era jaez de caballo, tienen ustedes como dos mil señoras, flor y nata de li-

meñas, encaminándose al palacio presidencial á presentar *el ultimatum*. Dios sabe si padeció el excelente magistrado para hacerse oír y escuchar: á un tiempo hablaban todas, todas pedían algo, todas amenazaban. A fuerza de señas y de gestos consiguió el pobre general imponer silencio á la turba femenina “Señoras, dijo entonces, el gobierno está dispuesto á acceder á vuestras solicitudes, como sean razonables. Expongálas en orden la mayor de todas.”

Ninguna toma la palabra.

“He dicho que hable la persona de mas edad”.

Ni chus ni mus en ese mar de gente.

“Señoras! es preciso que hable la más vieja de ustedes”.

En el limbo no se oirá silencio más profundo. En esto habían desfilado ya más de mil ochocientas, como quien no dice nada: las restantes se fueron en seguida, sin despedirse del menor don Mariano del mundo. Desde entonces las limeñas, por no parecer viejas, están aguantando calladitas las providencias del gobierno contra los frailes subversivos.



EL VESTIDO

Las mujeres han sido atinadas en el modo de vestirse desde el principio del mundo, en todos los pueblos y todas las edades; bien es verdad que en el paraíso tan atinado fué el hombre como la mujer. Después se deslindaron tela, corte, modo; y, desde las griegas que andan por Corinto arrastrando la cauda de púrpura, ceñido el talle con un grueso entorchado de hilo de oro, hasta las quiteñas que toman con inimitable elegancia la cola de la saya sobre el brazo y se van por esas calles á paso de reina, el vestido de la mujer llena todos los números de la comodidad, la honestidad y la seducción. Quieran los cielos donde más largamente se contienen que no caigan en desuso en ningún tiempo el manto negro de las hispano-americanas y el pañolón circuido de esos fluecos que semejan la crespa y larga crin del caballo del Apocalipsis. La casaca ó chaqueta de las francesas no es lo mejor: ese levitón de terciopelo que, ciñéndoles el pecho, se descuelga en anchas faldas al rededor de la cintura, tampoco. Más, me gustan el peplum de las romanas antiguas y la mantilla de las limeñas.

Los varones somos desgraciados hasta en el vestido. ¿Cuál fué el hijo de la bruja que cortó, cosió y se puso primero esta pieza abominable que llamamos pantalón? El pantalón debe

ser suplicio de criminales, por el orden de los grillos, el cepo, ó vestido de los tontos de capirote ó de los feos como. . . . Digamos Scarrón ó Juan Dungs Escoto, para no dar nuevo aliento á odios amortiguados á fuerza de años y de ausencia. Pero un hombre de bien, bien formado y razonable, ¿cómo es posible que se vea en la necesidad de meterse cada mañana en estos veleros ridículos, y tener botones para una hora, sin que se apague cuanto fuego puede arder en la imaginación femenina? Nos falta un pedazo de bayeta negra ó de paño colorado que envolvernos al rededor de la cintura, antes que meter los pies de uno en uno en estas vainas de espada ó fundas de pistola? Cuando me acuerdo del pantalón, me admiro de que haya hermosa que pueda querernos, y aun morirse por nosotros. Si tuviera yo empeño en olvidar á una ingrata que me estuviera quitando la vida, no hiciera sino ponerle pantalón, y al verla quedaría curado, como si hubiera dado yo el salto de Leucades. El salto de Leucades, sépanlo de paso los que no lo saben, lo daban los enamorados mal correspondidos, para olvidar al objeto que los estaba matando: lo dió el poeta Alceo para olvidar á la ingrata Safo, y ésta lo dió á su vez por el ingrato Faón. Donde las dan las toman, dice el libro de los proverbios; no el de las sagradas Letras, sino el de los proverbios populares. Ahora que ni poetas ni prosistas contamos con ese arbitrio, que nuestro salto de Leucades sea el pantalón. No se han de quedar con la desvergüenza las bellacas: el que se esté consumien-

do por una pindonga desdeñosa, póngale pantalón, y tenga por cierto que queda curado, ó va, como la poetisa griega, á aumentar en el monte Parnaso el número de las musas.

Sobre el pantalón póngase usted chaleco, si es hombre; chaleco, este trapo sin forma, sin *donaire*, dos tapas con botones para la barriga. Botones, siempre botones; ¿cuando ocurrirá en nosotros un gafete, corchete, alfiler, gancho ú otra cosa? El caballero de la Triste Figura se atacaba las calzas con agujetas; nosotros, más tristes que él, no tenemos sino botones.

Yendo en diligencia de Madrid á Burgos para volver á Francia por Bayona, me tocó por compañero de viaje un señor marqués muy grave ó muy soberbio: no articulaba un término esa especie de virrey; pero yo le perdonaba todo en gracia de los dos niños que iban á sus lados: un muchacho de pantorrilla al aire, con media caída, gordo, hermoso como un serafín encarnado en forma humana; y una niña, ángel hembra, que estaba iluminando el coche con sus ojos resplandecientes, negros y rasgados. Sus labios brotaban sangre, sus mejillas echaban fuego, y se estaba calladita arrimada al hombro de su padre.

Al otro lado, una andaluza que no sufría pulgas y yo, teníamos en medio de nosotros un viejo hidrópico, más voluminoso que el Gran Mogol. Por cristo! dijo la andaluza, usted debió haber tomado los tres asientos, si quizo acomodar todo este montón de carne. No es carne, respondió el viejo; es un botón que me está

incomodando por aquí. Y se tiró á mi lado. Bonito era yo para aguantarle; le eché con ambas manos, y el viejo, cayendo sobre la buena moza, repitió: "Este maldito botón!" Qué más botón que usted! dijo ella, y le volvió á empujar á la otra parte. El hombre tenía correa: á fuerza de reírse, nos hizo reír á todos, inclusive el grande de Esqaña, quien al fin se dignó proferir una palabra y dijo: Los enemigos del alma son tres, mundo, demonio y carne; los enemigos del cuerpo son los cien mil botones que tenemos de la cabeza á los pies. Amigo, en la primera ciudad ó villa donde pernoctemos suprima usted ese botón que tanto da en que merecer á sus vecinos.

Nunca han podido los filósofos dar una definición clara y precisa del hombre: El hombre es un ser inteligente y sensible, dice Platón. El hombre es un animal sociable, dice Aristóteles. El hombre es un ente que nace para el placer, dice Epicuro. La verdadera, definición está hallada, *eureka!* El hombre es una aglomeración de botones. Botones en la camisa, botones en el pantalón, botones en el chaleco. El chaleco, Dios compasivo! ¿En dónde están el laticlave de los romanos, la túnica de cachemira de los persas, la chaqueta bordada de los albaneses? Para nosotros no hay sino chaleco en lo cual hemos sufrido una tan lastimosa como odiosa preterición: hemos perdido las mangas; no quiera el cielo que veugamos á perder las faldas.

ODALISCA

No obstante, á nadie que no tuviese el corazón á la ginetá dejarían de volverle loco esas odaliscas de tres á cuatro lustros que harto tienen en su persona de las huríes del Profeta, deidades puestas por Alá en los Campos Elíseos para recompensa de los fieles que prevalecen por las virtudes en el mundo. Una Zoraya de diecisiete abriles, con su pantalón abombado de raso purpurino, que frunce y estrecha al tobillo, por medio de un agarrador de Hevila: la chinelá de grana cuya capellada bordada de hilo de oro está figurando las travesuras del niño ceguezuelo: la chaqueta compuesta por una Aracno de Stambul, que sirve de cárcel á esas tórtolas blancas sujetas hasta medio cuerpo: la manga anchísima que flota en pomposo vuelo no más abajo del codo: la manecita de ninfa de la fuente ajustada en la muñeca por el brazalete sembrado de rubíes: la uña sonrosada, la yema del dedo como si brotara sangre: las mejillas ardiendo en llamas prohibidas: los ojos de resplandor siniestro . . . siniestro, porque la pérfida está pensando en la manera de huír de su encantado calabozo é irse con su amante á despecho del Sultán y sus guardianes: esta mujer, digo, es uno de los modelos más cumplidos de la belleza en el género humano. Qué maravilla? su dueño la obtuvo de un rico bajá, quien á su vez la había comprado á un viejo musulmán que la trajo de Circasia.

FRAY MIGUEL CORELLA

En un pueblo de Navarra vivía á principios del siglo décimosexto un hombre llamado Miguel Corella, buen hombre que había sido alcalde, prioste de San Juan, síndico de la Virgen y hermano de muchas cofradías. Algo maduro ya, empezó á sentir las desventajas y los males del celibato, y se casó con una guapa vizcaína, menor que él con tanta desproporción de años, que bien hubiera podido ser su hija. Todo fué á las mil maravillas durante el primer año del matrimonio: don Miguel adoraba en su mujer, la cual parecía apreciar debidamente no menos el afecto de su marido que sus buenas prendas, correspondiendo á su amor de la manera más honesta y leal del mundo. Un día se vino para él una criada antigua de casa de sus padres, y le dijo en secreto que mirase por sí, que abriese el ojo y no fuese la burla de las gentes y la risa del pueblo. Don Miguel, espantado, exigió explicaciones; pero la vieja se cerró á la banda, y agregó que no sabía otra cosa, y que hombre prevenido estaba en camino. No pareciéndole suficiente su propia vigilancia, don Miguel se abrió á un hermano menor suyo que vivía con él, y le confió sus zozobras y sus penas. Ayúdame, le dijo: Si algo ves, adviértelo. Dios sabe si la he querido á ésta, y si he hecho obras de buen esposo. Si es verdad

que me está engañando, sangre ha de correr aquí. No le he dado mi corazón y mi nombre para que me pague de este modo. El joven hizo presente á su hermano que la criada pudo haberse equivocado en algún indicio, y que no era prudente dar crédito así en un pronto á personas en quienes un celo excesivo pudiera causar ilusiones y quimeras. Puede ser, replicó don Miguel; y por lo mismo no tomo por el camino del medio. Lo que quiero es cerciorarme: una vez que me halle en posesión de la verdad, haré ver que el hijo de los Corellas no desmerece de sus padres, quienes á nadie fueron inferiores en Navarra por lo tocante á la honra. Celina ha sido siempre criada fiel y amorosa: algo ha visto, cuando me ha hecho esta advertencia.

Don Miguel, dueño de sí mismo por de pronto, no dejó ver la menor alteración en su semblante, el menor cambio respecto de su mujer; fué ésta, al contrario, quien no pudo ocultar desde ese día una turbación y una timidez para con su marido, que dieron mucho peso al denuncia de la criada. Le has dicho algo? preguntó una vez don Miguel á su hermano; le has dado á entender mis sospechas? Teribio Corella, que así se llamaba el muchacho, respondió que nó; y que su cuñada había quizá echado de ver que era objeto de observación y vigilancia de parte de los dos hermanos. Los celos estaban encendidos en el pecho de ese hombre, y como esta pasión no puede permanecer oculta largo tiempo, andaba ya asomándose por la mi-

rada, la sonrisa y las acciones de ese de quien se habían apoderado con furia silenciosa. Cuando con mucha suavidad preguntaba á su mujer por la mañana: Dositea, vas á misa hoy? Dositea veía bien que esa mansedumbre era forzada. Y cuando salía á misa, él, de lejos, embocado en su capa, la iba siguiendo y devorando con los ojos. Así pasaron más de seis meses, la una temblando de miedo, el otro hirviendo de cólera reprimida, pronta á romper el dique de la prudencia en la primera oportunidad. Nada vió durante un año. Un día llamó á la vieja criada y le dijo: Celina, ó has mentido, ó te has engañado: la he estado viendo con cien ojos: nada hay. Quiera el cielo, respondió la vieja, que el diablo me haya ofuscado la vista: si nada hay, mejor. Pero hijo, yo te he criado, tú has mamado la leche de mis pechos, y no había de ir ahora á perturbarte la vida así por puro gusto. He cumplido con mi deber, y mi conciencia está tranquila.

Don Miguel principió á volver á su calma y serenidad, y el amor subió de punto cuando pensó que había hecho una ofensa gratuita á su mujer con las sospechas y la vigilancia debajo de las cuales estaba oprimida hacia tanto tiempo. Dositea se hallaba inocente, ó era un monstruo de habilidad y disimulo. El hecho es que su marido recobró toda su confianza y siguió viviendo con ella como Dios manda, sin aludir en ningún caso á sus aprensiones pasadas. Devoto de suyo, don Miguel Corella tuvo por conveniente descontar de algún modo su

mal proceder para con su esposa, yendo de peregrino, á pié y descalzo, á Santiago de Galicia. Unióse con otros romeros, amigos y parientes suyos, abrazó á su mujer, y se fué en efecto, dejando á su hermano Toribio el cuidado de la casa. La misma tarde se vió acometido de tal punzada en la tetilla, que le fué imposible continuar el viaje; antes entre sus amigos resolvieron que se volviese á su casa, acompañándole un primo suyo llamado Jaime Porres, y postergase la romería, para la cual todos los meses del año son buenos. Don Miguel se volvió efectivamente. Por no echarse á dar aldabazos y más aldabazos á la puerta grande, entró á su casa por una puertita del corral cuya llave acostumbraba cargar en la faltriquera, y halló á su hermano Toribio lindamente acomodado en su dormitorio. Si tiene un puñal, allí mata á los dos cómplices; pero á Santiago no se llevan armas, y con los puños no le fué posible vengarse de contado. Cuando la mala mujer se hubo puesto en cobro, el mal hermano, que había estado luchando á brazos con el peregrino, se escabulló como pudo, se libró y se fué á todo correr, dejando solo con su furor al pobre don Miguel en esa horrible casa, Juró este por Dios y por todos los santos del cielo meterle un puñal en el corazón hasta el cabo al traidor, aún cuando hubiese de esperar hasta el día del juicio. Tan bien se supo esconder aquel felón, que, al cabo de dos años todavía no había podido su hermano adquirir el menor indicio de su paradero. Le buscó en los pueblos vecinos, andando disfrazado

do; hizo viaje á varias provincias en donde pensaba pudiera haber tomado refugio; pasó al reino de Aragón, por un soplo que le dieron de que se le había visto en Zaragoza. Nada y nada. Le tragó la tierra al veinte veces desleal y pícaro, y don Miguel vió perdida su venganza, frustrado el juramento que había hecho de matarle.

Cansado este hombre de tanto aborrecer, extenuada su naturaleza por esa larga sed de sangre, se convirtió de repente, se confesó pidió perdón público, y dijo en la iglesia, después de comulgar en misa mayor, que á su vez perdonaba á su hermano, por que las malas pasiones habían muerto en él, habiéndose dignado el Señor llamarle á la caridad y el arrepentimiento. El pueblo alabó mucho la humillación de don Miguel; sus parientes y amigos fueron á su casa; el abrazó á todos con lágrimas en los ojos, manifestándoles el propósito que tenía de ordenarse y entregarse de un modo absoluto al servicio de Dios y la Iglesia; pues su mujer había muerto en su escondite, agobiada por los remordimientos, el desprecio público y la mala vida. Don Miguel, dicho y hecho, se puso á estudiar teología y moral con unos padres muy sabios que le recibieron en su convento, en donde fué novicio y corista más de dos años; ni quiso tomar las órdenes sino cuando las pruebas de la paz de su alma y la sinceridad de su conversión fuesen largas é irrecusables. Hombre de buen entendimiento, se hizo tan bien al estudio de la teología y los cánones, que al año estuvo apto para

presentar un certamen, en el cual sostuvo con brillo las más graves y difíciles proposiciones; y en tres años de labor constante, se opuso á una cátedra de las principales, y se la llevó contra fray Eustaquio de los Angeles, cuyo ingenio y saber daban golpe en el convento. Más por donde sobresalió realmente fray Miguel Corella fué por su vocación para el púlpito, donde era un poderoso señor sobre las conciencias y los corazones. Un día predicó tal sermón acerca de la caridad y el perdón de las injurias, que enemigos mortales de veinte años se abrazaron y reconciliaron, buscándose unos á otros. Así es que fray Miguel, corista aún por pura modestia, era ya uno de los padres venerables y de los más respetados del convento. Llegó por fin el día, y se ordenó de mayores. El ilustre Cabildo, el corregidor, el pueblo todo le honró con su presencia cuando cantó misa, por dar á esta ceremonia toda la solemnidad que estaba requiriendo tan sabio y benemérito eclesiástico. Según la costumbre de esos tiempos, después de la bendición, el sacerdote se hacía á un lado en el altar mayor, é iba recibiendo y abrazando á sus parientes inmediatos. Venía el abuelo, si lo había, y daba paz en el rostro al misacantano. En seguida el padre, y hacía otro tanto. Después los hermanos, y así hasta las últimas personas de la familia. Don Miguel, en postura humilde, abrazó á todos los suyos. Cuando entraba á la sacristía á desvestirse, por que nadie se presentaba ya, Toribio, su hermano, medio empujado y medio arrastrado por varias perso-

nas, salió de entre la muchedumbre y, pálido, trémulo, se tiró de rodillas ante el sacerdote, quien le hizo levantar con mucho amor, le dió un beso de paz, y sacando bonitamente un puñal de debajo de la casulla, con súbita furia, se lo enterró hasta el cabo en el corazón diciendo: Hermanito, nada has perdido por haber esperado!.

Aterrados los cirunstantes, nadie sabía lo que se hacía. Mientras los hombres daban voces, lloraban las mujeres y chillaban los niños, el fraile se tiró afuera, y fué gritando por las calles: Sacrilegio! sacrilegio! La gente pensó que algo estaba sucediendo en la iglesia, y acudió á ella; con lo cual el fraticida tuvo tiempo de huír y desaparecer. La santa hermandad se echó tras él en todas direcciones; se hicieron expresos á los pueblos y las ciudades vecinas; se ofreció dos mil maravedises al que le matase en donde quiera: todo en vano, por que el fraile no fué visto ni oído en tierra de España. Unos decían que se le había hallado comido de perros en un derrumbadero; otros, que el diablo había cargado con él en cuerpo y alma. El horror que dejó en el país este caso increíble de venganza, fué igual, por lo menos, á la veneración que había infundido aquel admirable sacerdote.

Una noche, á las dos de la mañana, tres personas se asomaron por las orillas del Tiber en profundo silencio. Las dos iban á pié, la tercera á caballo. Este personaje llevaba un cuerpo muerto atravesado á la grupa. Cuando llegaron á cierto punto, el jinete hizo una seña: los dos hombres tomaron el cadáver, el uno por

la cabeza, el otro por los pies, y lo dispararon al agua. Miguel, dijo el caballero, lávale el anca á mi caballo. El criado mojó un paño y lavó cuidadosamente al animal que estaba chorreando sangre, como que el ilustrísimo Cesar Borjia, hijo de su santidad Alejandro VI, acababa de dar de puñaladas á su hermano el duque de Gandía en una encrucijada del Trastebere. Don Miguel Corella fué por largo tiempo el esbirro de más confianza de Cesar Borjia, hasta cuando sus pecados le hicieron caer en manos de un piquete de españoles que andaban de ronda una noche en Nápoles. Negó por lo pronto su personalidad; más un caballero que le había oído en Navarra el famoso sermón acerca del perdón de las injurias, dijo que ese era el genuino fray Miguel Corella. Otros navarros que había en el ejército español confirmaron el testimonio del caballero, y tanto por los crímenes con que había servido á César Borjia, cuanto por la proscripción que pesaba sobre él en su patria, el Gran Capitán le hizo ahorcar á medio día, para satisfacción de todo el mundo.

Este pasaje consta en las crónicas españolas del siglo décimosexto. El conde de Fabraquer lo recuerda en dos palabras: yo le he dado la extensión y el corte de novela que tiene en este escrito; pero el crimen espantoso cometido al pié del altar es histórico, lo mismo que el castigo que el Gran Capitán le dio á ese malvado en Nápoles.

TRAIDOR A LA PATRIA

A LOS SS. RR. DEL «STAR AND HERALD &^a»

Señores Redactores:

Entre los títulos con que en su estimable periódico se recomienda al pueblo ecuatoriano la reelección de García Moreno, se les pasó por alto el rasgo que más ilustra el carácter de su héroe y los hechos que más simpático le vuelven á ojos americanos; digo las públicas y reiteradas tentativas por vender su patria á las monarquías europeas, sin contar con la guerra que fué á buscar al Perú y llevó al Ecuador en la memorable expedición del general Castilla, que en paz descanse. Esta hazaña no le recomienda, al fin y al cabo, sino á los ecuatorianos; mas lo que son sus nobles ofertas al emperador de los franceses; sus puras intenciones en sus tratos con Pinzón y Mazarredo, le vuelven acreedor al aprecio universal y digno de reinar perpetuamente. Si se tratara de Almonte, Labastida y Santana, de seguro que ustedes hablarían como buenos hijos de América; pero en ese ente fatídico que se llama García Moreno, va la fortuna hasta el punto de convertir á un traidor en patriota benemérito, un azote en instrumento saludable, un satanás en un dios. Si los milagros de esa santa prostituta son tan grandes ¿cómo

no ha de tener quién los admire? La ciega, torpe, bestial fortuna tiene hijos, y los diviniza; tiene sectarios, y la adoran. Ó es que ustedes, campeones de la independencia y la libertad, aplauden asimismo las obras de Almonte, Labastida y Santana, y les tienen por necesarios para el orden y la bienandanza de Méjico y Santo Domingo? Los franceses bendicen á Lafayette y maldicen á Bazaine; los españoles bendicen á las víctimas del 2 de Mayo y maldicen á Godoy; los cubanos bendicen á Céspedes y ahorcan en los árboles del campo de la libertad á los traidores á la patria. Los ecuatorianos no bendicen á García Moreno, sabedlo, escritores sabios, periodistas de conciencia que lleváis sobre los hombros la máquina de Guttemberg, y que ojalá llevaseis dentro del pecho el alma de Wáshington y Bolívar. Galalón y el Conde don Julián, clavados á una picota inmortal, son los eternos representantes de la infamia; y nosotros hemos de erigir estatuas á un García Moreno en este nuevo mundo que se gallardea en su gloriosa autonomía? Si ustedes intentaren traer á la duda las acciones de ese don Julián falsificado, llegaron tarde á la disputa; son cosas bien averiguadas, constan en públicos documentos nunca desmentidos. Si por el contrario piensan que nadie merece más de su patria que el que la vende una y mil veces, y que aun los periódicos de la libre y liberal Colombia deben conspirar á la perpetuidad de ese tiranuelo, nada tengo que decir: piense cada uno como quiera, y Dios nos ayude á todos.

Mas no puedo apartarme de este punto sin hacer una reflexión: Jefferson Davis fué disidente, no traidor: si Jefferson Davis hubiera corrido á Inglaterra á ofrecer los Estados Unidos á Lord Palmerston, Jefferson Davis estuviera colgado del pescuezo á una horca más alta que las pirámides de Egipto, para que le contemple el universo, en vez de estar gozando tranquilamente del generoso perdón de sus compatriotas. Ustedes tienen creída la misma cosa; mas, visto que una triste nación del sur no es los Estados Unidos, entréguesela de nuevo á su verdugo. «Verdad á este lado de los Pirineos, error al otro lado». Como Pascal era un *sublime tonto*, bien podía decir tan sutiles necedades. Lo único que yo sé es que Jorge Wáshington pagó con una suma de oro y otra mayor de vilipendio al traidor que se le atravesó en su camino: Toma, le dijo, y vete. El traidor desechó el oro, y corrió á volarse la tapa de los sesos: tenía más vergüenza que García Moreno. A éste no le echamos la puerta afuera; antes le llamamos al mando perpetuo. Con justicia, pues si el de Wáshington había hecho traición en favor de América, el otro las ha hecho en contra suya: este merece la becerra. Quisiera yo ser tan tonto como Pascal para decirme aquí alguna cosa digna de la posteridad; pero como Dios no ha querido tanto, lo que hago es morir-me de silencio.



EL REINO DE LA MUERTE

«Los mayores enemigos de García Moreno, *greatest enemies*, dicen ustedes, se ven obligados á confesar que durante su gobierno la República ha gozado de paz, y que monta mucho el progreso material no menos que el moral». Yo lo niego, y negarlo ha todo el que tenga conocimiento y guarde memoria de las cosas. Dos guerras exteriores y cien revoluciones no son documentos de la paz, amigos míos: los huesos que están blanqueando en las colinas de Cuaspud, no acreditan el espíritu pacífico de García Moreno. Se invaden los campos inocentes, se arranca al labriego del arado: paz. Se amarra al artesano, se despueblan los talleres: paz. Se echan pelotones de gente inmunerable por esos derrumbaderos, se los entrega casi indefensos al hierro destructor: paz. Huye el caudillo, vuelan los jefes, mueren los soldados: paz! paz! Vidas sin cuento, riquezas, honra, todo ha quedado en el lugar de la ignominia: paz. Esta es la paz por cuyo motivo el tiranuelo debe ser dictador perpetuo? Esta, sí esta y la de Tulcán en que Julio Arboleda le molió á palos, son las barraganías que le llaman á la dominación vitalicia á ese mancebo generoso. Sus pretensiones no eran tan levantadas cuando, prisionero, con lágrimas en los ojos, voz de vieja, abrazado de un Cristo en que no cree, re-

petía: «Mañana nos fusilan, compañeros!» y ensartaba letanía tras letanía: *Virgo veneranda, Virgo predicanda*.

Quedamos en que dos guerras inicuas, promovidas sin razón patriótica, llevadas adelante con ineptitud, concluidas con vergüenza, cuyo efecto no ha sido sino la deshonra, no tanto de ese pueblo cuanto de su opresor, no son la paz de ningún modo. Pues si contemplamos en las revoluciones que el tiranuelo ha ahogado en sangre; en las que ha desbaratado por obra de algún Judas; en la medrosa vigilancia con que pasa días y noches; en el despilfarro de la hacienda pública por acumular de vicio elementos de guerra, vendremos á concluir que ella es el estado normal de esa desventurada comarca. Guerra *sin manos y muda*, guerra muerta: guerra de los gusanos contra el cadáver. Veis allí un cuerpo exangüe tirado sobre el fango: García Moreno, sus esbirros y sus jesuítas, sus italianos y sus españoles, sus monjas y sus hermanas en muchedumbre infinita andan por dentro y por fuera comiéndole desesperados: la guerra de los gusanos contra el cadáver. Feliz estado que los hombres filantrópicos y libres llaman paz.

Desdichado, por otra parte, el pueblo donde la revolución viniese á ser imposible! Esa sería la canonización de Dionicio Oenobardo, de Melgarejo, de García Moreno. El derecho de conspirar contra la tiranía es de los más respetables para los hombres libres. No! no es así: Quiroga, Salinas, Morales, mártires sagrados del Pichincha; Pombo, Caldas, Torres, vícti-

mas del Funza, la tierra os come hace más de medio siglo, y ahora se os declara criminales. Y vosotras, sombras de Miranda y Madariaga, huíd avergonzadas, que los hijos de la libertad os llaman de felones, porque la fundasteis á costa de la vida.

Cómo es ésto? no pasa día sin que la prensa de todas las naciones harte de injurias á los ecuatorianos, con decir que no conspiran contra su tirano, que no le echan á los perros hecho trizas. Esclavos, cobardes, viles, todo, porque le sufren: vuelve uno la cabeza, y oye por ahí que uno de los timbres de García Moreno es haber vuelto imposible la revolución, y que sería una desgracia que dejase de *reinar*. Reinar: la lengua inglesa, lengua de la única monarquía donde reina la libertad; lengua de los Estados Unidos, no esperaba que en una República libre é ilustrada se la emplease para abogar por un cruel tirano. Reinar: no es verdad que García Moreno ha *rienado*, *has reigned*, y debe reinar para siempre en el Ecuador? Después de quince años de un nefando despotismo, de unas presidencias ganadas con puñal en mano, hay en Colombia quien litigue por él y crea necesaria la continuación de su *reinado*!

No ha mucho, un americano que promete ser de los mas notables; que está ya recomendado á nuestras repúblicas por su acendrado patriotismo y su talento; el señor Adriano Páez, dijo en París que el día de hoy no había en la América hispana sino un pueblo que tenía no solo el derecho, sino también el deber de cons-

pirar; y que este pueblo era el Ecuador. En efecto, el Ecuador es el único que ahora tiene ese derecho, porque es el único esclavo: los pueblos libres y felices no lo tienen. Chile, el Perú, Colombia, Venezuela, Guatemala, Buenos Aires están á su sabor, á lo menos al de la mayoría: sus Gobiernos tienen oposición; la oposición tiene palabra, y esto habla por la minoría. Si sus Gobiernos conspirasen contra las instituciones democráticas; si las *circunstancias* fueran tales que sus presidentes se viesan en la necesidad de perpetuarse por el bien de la patria; si la tiranía con su séquito de espectros pavorosos saliese por las calles pompeando y halconeando, esos pueblos se revestirían del derecho de conspirar á su vez, y si no conspirasen merecerían la censura de las otras naciones.

García Moreno ha hecho mal en volver imposible la revolución. Quíteles á los ecuatorianos el derecho de conspirar, manteniéndoles libres como lo habían sido, labrando su felicidad por medio de la ilustración, fomentando las virtudes públicas y privadas, y conspirar contra su gobierno habría sido acción ilícita. Pero si vuelve imposible la revolución matando á unos, expatriando á otros, envileciendo, entorpeciendo á los demás, ¿qué alabanza merece del filósofo, del patriota, del hombre bueno y generoso? Miles de proscriptos en un puñado de habitantes, ¡oh excelso, oh sumo gobernante! El publica en sus periódicos oficiales que todos esos son ladrones, bandidos, prófugos de las cárceles; incendiarios y otras cosas, no les persigue

él sinó la justicia; huyen de los tribunales, no de su gobierno. Yo digo, que pueblo donde mayor sea el número de criminales que el de hombres de bien, no ha conseguido una gran suma de progreso moral, *a great amount of moral progress*. Y ustedes ¿qué dicen, señores redactores del «Star and Herald»?

Desengañense ustedes: en el seno del fanatismo no se desenvuelve sino la ignorancia; en el de la hipocresía, el crimen. Cómo ha de ser feliz el pueblo á donde acude en riadas pestilentes la hez de los conventos de Italia, España y otras partes; donde la instrucción pública es asunto de convento puramente; donde un obispo, un pobre fraile, un lego ignorante es el contralor celoso de la lectura en todos sus ramos? Los libros son artículo de comiso: de la aduana han de ir á la curia, á carga cerrada, y no pasan sino los que aprueba el familiar, el cocinero; qué tiempo tiene el obispo para examinar libros? y obispo de García Moreno ¿qué luces, qué conciencia? La oscuridad matadora de los tiempos coloniales no era más ciega. Y digan ustedes que el Ecuador, reinando García Moreno, ha alcanzado una gran suma de progreso moral! Sin libros, sin lectura ¿quién se civiliza, quién se instruye? El soldado sobre el civil, el fraile sobre el soldado, el verdugo sobre el fraile, el tirano sobre el verdugo, el demonio sobre el tirano, todo esto nadando en un océano de sombras corrompidas! *A great amount of moral progress*.

PROGRESO MATERIAL

Había en el nuevo mundo un pueblo donde el rey era el soberano, el pontifice, el juez el padre de familia: ni contrato, ni empresa, ni cosa que se verificase sin su anuencia: domina en la nación, reina en el templo, resuelve en el tribunal, penetra en el hogar doméstico, y todo lo inquiere, todo lo sabe, todo lo fiscaliza. El rey no era tirano, y la nación había llegado á una gran suma de progreso material: *á great amount of material progress*. Entre varias obras portentosas, una carretera cual nunca vió Roma, une las dos capitales del imperio: otra maravilla del mundo, dicen los historiadores. Y con todo, el pueblo vivía en la tristeza, porque no era libre, ni cabe la felicidad en el seno del despotismo. Cómo sucede que tan gran suma de progreso material no bastó para que nuestros padres dejasen de conquistarlo, por arrancarlo de la barbarie? El pueblo no había alcanzado aun el progreso moral, y de aquí viene á suceder que era bárbaro en medio de sus grandezas materiales.

García Moreno ha emprendido, es cierto, en cuatro ó cinco caminos: después de gastos ingentes y miles de vidas perdidas en ellos, todos los ha abandonado. No tenía ni el aliento ni la capacidad intelectual necesarios para saber qué se debía hacer y hasta dónde se podía

dar impulso al progreso material. El miserable trecho que recorre el viajero, obra de quince años, obra hecha para el enriquecimiento de cien hombres sin fé ni probidad, vale uno y cuesta diez. Ha construído así mismo dos Bastillas, una para sus prójimos, otra para su familia. Cuando visita esa casa del dolor, ése presidio horrible, les dice á sus amigos: Aquí he de morir yo. El sabe que lo merece, y espera la justicia del cielo.

El estreno de esa tumba de los vivos fué lastimoso: una mujer, una pobre niña descarriada: subió las funestas escaleras en medio de jendarmes, el lúgubre edificio cayó sobre su corazón con toda su pesadumbre, corrió hacia una ventana inconclusa, y se arrojó al patio de cabeza. García Moreno, triunfante, solemnizó esa fecha con un almuerzo singular, hizo freir los sesos de esa niña con la sangre de Maldonado, y se hartó hasta la borrachera. El piensa que lo tiene digerido, y no sabe que la indigestión se hará sentir el día de la cuenta: esos manjares no se descomponen sino al fuego del infierno. Dios castiga el crimen no arrepentido ni expiado: con el pecado, con el vicio es indulgente, porque tienen remedio. Qué fuera del género humano si toda mujer que sufre un desliz fuera encerrada para siempre? Las casas de reclusión no son casas de desesperación en ninguna parte del mundo; y ni rey ni presidente ejerce el triste cargo de andar por las calles aprehendiendo mujeres y despeñándolas. Despotismo; en todo, despotismo y tiranía. El

bien es moderado, la virtud mansa: las malas costumbres se corrigen, no se castigan como crímenes. Exortación, dulzura, ejemplo valen más que la ferocidad. Si á Venus se la encierra en el mismo calabozo que á Nerón, se comete una insensatez: el parricidio y el descarrío son cosas muy diversas. El agua con que la Magdalena lavó los piés á Jesús, es el remedio de la deshonestidad. García Moreno, cristiano, pruébalo en tu persona, pruébalo con tus frailes; y sobre mí, si no mejoran hombres y mujeres.

No há mucho, pasó, por este puente del mundo, un extranjero que llevaba consigo una muestra de la piadosa civilización de ese santo hombre, y como la cosa mas curiosa del mundo la iba enseñando á todos. Era un papel del jefe de policía de Guayaquil, que rezaba: «Al que dé noticia del paradero de la prostituta tal, cincuenta pesos de gratificación». Aquí tienen ustedes puesta á talla la cabeza de un ente miserable. Es posible que sistema semejante rija en el corazón de la América civilizada? Los altos magistrados pregonando á son de trompeta las culpas de una mujer, y fomentando con dinero la infame delación! García Moreno que sabe muchas cosas malas, no sabe ni una buena: si hubiera llegado á su noticia que «la ropa sucia se lava en casa», no pusiera carteles en el Chimborazo, para que por medio de este embajador sublime aprehendan las naciones á «la prostituta» que se le había ido de las garras, y se la entreguen á un buen recaudo. Ultimamente ha enviado á Europa un Ministro Pleni-

potenciario á celebrar con Francia, la Gran Bretaña y el Imperio alemán un tratado de extradición de terceras en concordia y mozas del partido; cuyo tratado se propone cumplir con toda religiosidad enviándoles algunas, hasta de las suyas propias. No sabemos si la maldad que pasa á delirio, merece la cólera ó la risa de los hombres. ¡Un presidente ocupado de día y de noche en coger niñas alegres y viejas tristes, persiguiéndolas hasta más allá de la frontera! Y creerán ustedes que él de su persona es un San Jerónimo? No señor: pone sus carteles, y mama la cabra. Vaya un país donde la madre Celestina merece los honores de ser reclamada por medio de una legación de primera clase! Parece que, en este particular, el amigo don Gabriel no piensa como el galeote «corredor de oreja, y aun de todo el cuerpo», que iba á galeras por haber querido que todo el mundo se huelgue y viva bien. A García Moreno habremos de hacer pintar ahogando bajo su planta poderosa á la madre Celestina; pues montas que en su estatua ecuestre ha de ir al anca el corredor de todo el cuerpo.

Estos son los progresos materiales y morales de García Moreno. Pero demos que perforase los Andes y pusiese en contacto los dos mares: ha contagiado á sus esclavos con la lepra de su alma, y en tanto que esos chorros de pus apestan al nuevo mundo, no podemos decir que hay salud en ese pueblo.

El espíritu de Samuel Morse no desciende sino sobre las naciones luminosas: hoy que sus

alambres encantados unen los dos polos, el oriente y el occidente, y envuelven la tierra, comunicándole al oído los secretos de las ciencias, los sucesos de la política, los vaivenes del comercio, ¿cuál es el cacique ignorante que se atreve á decir que su tribu ha superado á todas las repúblicas sud-americanas en adelantos físicos y morales, cuando no tiene un jeme de telégrafo eléctrico, ni sabe quién ha sido Sirus Field? El Istmo de Panamá está viendo pasar desde tiempo inmemorial esas mangas de fantasmas tenebrosos que van á oscurecer el Ecuador, frailes de uno y otro sexo, jesuítas repelidos de todo el mundo, carlistas trashumantes, y aquí, aquí es donde se publica que el despotismo de García Moreno ha dotado al Ecuador con una gran suma de progreso físico y moral!

REFRAN VICIOSO

«Más vale un malo conocido que un bueno por conocer». Este es el ruin adagio que ustedes han ido á mendigar á otra lengua, para ponerlo por fundamento filosófico de una infame usurpación, de una perpetuidad que es ya, no solamente la ignominia del Ecuador, pero también la vergüenza de la América republicana. A

dónde van á parar los principios democráticos, á dónde las instituciones liberales, á dónde los derechos de los pueblos, á dónde la justicia, á dónde el pundonor, á dónde la dignidad humana, á dónde la libertad, á dónde la esperanza? «Más vale un malo conocido que un bueno por conocer». Ah, señores, si las sentencias de la trascasa han de salir ahora á echar por tierra las máximas de la filosofía, los fundamentos del gobierno, las bases de la república, llorad, llorad conmigo la calamidad de los tiempos, la negra desdicha del género humano. Senado de los lores, Cámara de los comunes; Cuerpo legislativo de la ilustre Francia; legisladores de los Estados Unidos: Gladstone, Beales; Thiers, Gambetta; y tú, Carlos Sumner, el más sabio, el más filantrópico de los norte-americanos, salid, huíd; el mundo no os necesita ni os aprecia: el galopín de montera blanca y delantal manchado de carbón es el que reina, el que legisla! «Más vale un malo conocido que un bueno por conocer»: viva la dictadura perpetua del verdugo!



LOS DIOSES SE VAN

Bien es que los dioses no mueren; y si el viejo Saturno se los iba comiendo conforme le iban naciendo, la madre Cibeles le parió tal hijo que se llamó Júpiter. Pero, si no mueren se van, amigos míos; no saben ustedes que los dioses se van? Se fueron de la Francia, se fueron de la España, se fueron de Roma, se fueron de Nápoles: emperadores, reyes, papas, á la edad media! *Vade retro!*

Del Paraguay, se fueron; de Buenos Aires, se fueron; de Bolivia, se fueron; de Guatemala, se fueron; del Salvador, se fueron; el doctor Francia, Melgarejo, Carrera, Dueñas, dioses de menor cuantía, títeres del Glimpo, se fueron! y no así como quiera, sino marcados en la frente con el hierro con que los pueblos señalan á los tiranos para que sean reconocidos en las regiones infernales.

García Moreno no se va todavía, el esfinge no se mueve: su castigo está madurando en el seno de la Providencia; mas yo pienso que se ha de ir cuando menos acordemos, y sin ruido: ha de dar dos piruetas en el aire, y se ha de desvanecer, dejando un fuerte olor de azufre en torno suyo. Los jesuítas le han cortado el rabo para cuando lo hayan menester: les valdrá la reliquia? Los dioses se van, amigos míos; se van también los diablos: Jesús es el que viene: Jesús nos trae la redención, la libertad, la democracia.

HACIENDA

Si va á la hacienda, ¿quién no sabe la ruina vergonzosa del Ecuador, bien así en lo tocante á la riqueza pública como á la particular? La moneda es desconocida, el ruin papel es el símbolo de los valores; y el pueblo, el pueblo que trabaja, el pueblo que suda, el pueblo que da de comer, no come: el pueblo tiene hambre, tiene hambre el pueblo, cosa horrible, cosa inaudita en Sud-América! Los diez mil italianos de capilla, los veinte mil jesuítas, las cien mil jenízaras que con nombres variados y pintorescos ha importado del viejo mundo, se comen lo poco que alcanza á producir un pueblo aherrrojado: sabido es que el trabajo libre es el productivo. Los frailes son los únicos que tienen dinero «Cuando lo he menester, acaba de decirme un notable comerciante, no voy á tal ni á cual casa mercantil; voy á una celda: los padres me sacan de cualquier apuro, por mi dinero». La usura ha nacido y vivido en el convento; ojalá muriese en el patíbulo. Cada fraile extranjero es una ventosa pegada á las carnes de ese pueblo desdichado: todos tienen rentas cuantiosas, todos tienen industrias, todos hacen milagros, desde el enviado del Papa, y á la sombra del tiranuelo: las iglesias están saqueadas, las custodias falsificadas, las imágenes desnudas. Un tal Tavani, internuncio, hizo tanto en Qui-

to, que de vuelta á Roma, Antonelli le suscitó tres causas criminales, y una de ellas la de simonía. Pero como había llevado medio millón de pesos, él tuvo la justicia de su parte, y hoy vive á lo cardenal en un p^{al}acio. Esos quinientos mil duros, ¿para cuántas necesidades no hubieran servido en el Ecuador?

LO INDECLINABLE

Pero es un deber de todo americano señalar los traidores á la patria común; de todo republicano, combatir el despotismo y la perpetuidad; de todo hombre de bien, levantarse contra lo inicuo y poner la voz en lo alto de los cielos. No es tiempo perdido el que se emplea en favor de nuestros semejantes, ni el camino es malo porque se gaste una jornada en volver por los derechos de los pueblos. No desmayar en ningún tiempo ante la muerte ni ante la calumnia: éste es el secreto por cuyo medio hemos alcanzado la venganza de la tiranía, título glorioso al respeto de los hombres libres.

ELOY ALFARO

Si Veintemilla supiera con qué hombre está haciendo lo que está haciendo, por bronco que sea su corazón, se moriría de vergüenza.

Muchos saben lo que es Eloy Alfaro, y muchos no lo saben. Joven imberbe, salva la vida huyendo *del matador*. Extranjero en Panamá, á la vuelta de tres años es capitalista de los más renombrados de esa rica ciudad, sin haber llevado nada; y tan notorios sus méritos, tan estrictamente arreglada su conducta á la moral, tan noble su proceder en todo, que se ve luego en posesión de entrar en una de las familias más distinguidas del Istmo. La señorita Ana Paredes y Arosemena, con venia de sus padres, fué luego Ana Paredes de Alfaro. Hoy mismo el padre de esa señorita interesante es gobernador de Panamá.

Eloy Alfaro, más que bueno, ciego en su bondad; más que generoso, pródigo, se vino á tierra con revoluciones costeadas por él en Manabí, con levantar caídos, socorrer necesitados y dar de comer y beber á ingratos que no merecían ni el agua y el fuego.

LA NOVELA

“Quiénes son sino los héroes de las novelas? Quiénes sino los adúlteros, los ladrones y los asesinos?”.

Los periódicos de París no dijeron tanto: más duro ha sido su señoría consigo mismo que los enemigos de la Iglesia. Hay un recargo de colores en ese retrato: no, el artista no es ladrón ni asesino: adúltero, tampoco, aunque la *cocinera* fué casada. Pero como se le fué la albarda á la barriga, no hubo adulterio, ni pecado, ni mala intención, ni alforja. Siento decirle al señor obispo que, en ese concepto, él no puede ser héroe de novela; á menos que no tenga á bien confiarnos algunas otras aventuras de más condumio y consecuencia. Qué libros, qué novelas habrá leído este desventurado eclesiástico? Echaría así con tontera y todo esa negra calumnia á los mártires, los santos, los sabios que son héroes de novelas, si tuviera alguna noticia de lo que son obras morales é instructivas? Desde “Matilde ó las Cruzadas”, las novelas están llenas de personajes de alta virtud, de grandes ejemplares de amor y caridad. San Carlos Borromeo, héroe de “Los desposados,” novela de Manzoni, no es adúltero, ladrón ni asesino: arzobispo de Milán, se aprovecha de una horrenda peste para levantarse al cielo sobre las obras de misericordia: lleva unturas, paños limpios, sua-

ves pociones á los enfermos; pan, agua, vino á los convalecientes. Anda de casa en casa, de puerta en puerta, entra á todas partes, y sirve de madre, criado y sacerdote á un mismo tiempo. Sirve de algo más: como las dos terceras partes de la población han desaparecido ya, no hay quien lleve los muertos al cementerio: él los lleva en sus hombros. Alto, pálido, pero fuerte mientras dura la necesidad de sus fuerzas, se echa su difunto encima, y se va por esas calles, y llega al cementerio, y deposita su carga en la zanja común. Ya vuelve el ladrón, ya vuelve el asesino: mirad como se roba esa niña de cuatro años de esa casa sin padres: á otro lado está tirado un niño por el suelo: se lo roba también: el uno debajo del un brazo, el otro debajo del otro, se va el ladrón, y echando gruesas lágrimas de sus ojos, los entierra, y vuelve por otro hurto á la ciudad. Los perros no le ladrán, porque han muerto de hambre, y los que viven no tienen alientos sino para mirarle dulcemente y mover la cola en señal de respeto y amor. Ha salvado Borromeo á los pocos que quedan con vida, á fuerza de cuidados y vigili-
lias: ha dado de comer á los que morían de necesidad, de beber á los que morían de sed: ha exortado á los moribundos, los ha absuelto, y cuando no ha podido salvarles la vida, se los ha robado para matarlos en el cementerio. Este asesino es figura tan elevada, tan grandiosa en una novela, que cae uno de rodillas ante esa personificación sublime de la caridad y la fraternidad humana. No, San Carlos Borromeo no es ladrón,

adúltero ni asesino; es santo por las virtudes, y héroe de una novela: novela que sólo á la noticia de un bárbaro oscuro, difamador por ignorancia y por maldad, no ha llegado. Y el padre Cristóbal? Oh santo fraile! pensaría allá en su siglo y en su novela que un clérigo de un país de los Andes, un negro obispo, le había de poner en la categoría de los adúlteros, los ladrones y los asesinos?



LLUVIA DE ESTRELLAS



Un oficial austriaco de marina, llamado Biela, descubrió el planeta que hoy tiene su nombre. El marino, simple aficionado, y no astrónomo de profesión, comunicó á las academias de Europa su descubrimiento: los sabios se apoderaron del cometa de Biela, y desde entonces, cada seis años y nueve meses le salían al encuentro de los observatorios de París, Londres, San Petersburgo y Estocolmo. Un día, ó más bien una noche, después de seis años y nueve meses, ¡oh, sorpresa! oh espanto! ¿qué ven sus ojos en el cielo? El cometa, fiel á la cita, comparece en el firmamento, pero hendido de la cabeza á los piés, partido en dos mitades, las cuales van andando paralelamente á cien mil leguas de distancia entre ellas. ¿Qué ladrón le

salió al paso al triste viajero? ¿ó fué éste víctima de los celos de algún gigante más poderoso que él? No le había dado sino un sablazo en la cabeza, y le partió hasta la cola. Pero que celos sin amor? El cometa es meteoro solitario: en eterna y fúnebre melancolía, se va perdiendo por los espacios infinitos; y, lejos de buscar amores ni trato social, huye de la vecindad de los astros, porque sabe que si se pone al alcance de su poder, quedará esclavo para siempre. El encuentro que tuvo ese desgraciado vagabundo, nadie lo sabe; pero es el caso que en una de sus revoluciones tuvo un choque y fué vencido y deteriorado.

Las dos mitades del cometa, gemelas inseparables, desaparecieron en el espacio, unidas solamente por una faja de luz que formaba un puente entre ellas. He dicho *inseparables*, á *cien mil leguas de distancia* una de otra; lo cual parece envolver contradicción; porque cien mil leguas son más largas que la muerte. Para nosotros, gusanillos, que vivimos un día, que andamos cien estadales, sí; en el cielo todas las cosas son por mayor, y lo que á nosotros nos parece inmenso, es corto y chico en el universo. Cien mil leguas, en astronomía, son un punto. Las dos gemelas desventuradas andaban pues, juntas á cien mil leguas de distancia.

Al cabo de seis años y nueve meses, los astrónomos volvieron á sus torres: las dos gemelas puntuales, se presentaron á hora fija. Pero la una había vivido de la sustancia de la otra, la había absorbido casi por completo. La una estaba

todavía robusta; la otra era un espectro, sombra vaga, pronta á desvanecerse. Seis años después, faltaron á la cita; los astrónomos, desesperados, dieron voces en vano. ¿Qué les había sucedido á las dos hermanas? ¿por qué dejaban de cumplir con su deber? El cometa de Biela, invisible para el telescopio, inundó súbitamente el espacio con una lluvia luminosa, que era el último aliento de ese judío errante de los cielos. El último aliento he dicho; no, porque no ha muerto: de aquí á trece años, otra lluvia de estrellas, el 27 de noviembre indicará su presencia en la bóveda celeste; pero las dos gemelas no volverán á ser vistas por los hombres, porque estarán casi desvanecidas. Al cabo de algunas revoluciones más, el cometa de Biela, que pierde más y más cada año, habrá dejado de existir. Las ruínas también perecen, decían los antiguos.

LA RIVALIDAD

La rivalidad nunca es inocente: cómplice del odio, trae en su seno la envidia, negro fruto de un crimen. El hombre en quien está obrando esa flaqueza, siente hervir su pensamiento en ideas locas, su corazón en afectos insanos. La rivalidad propende á la ruina del objeto que la

excita; la muerte es la resolución más brillante de ese problema tenebroso. No rivalizamos con alguien sino porque tenemos entendido que ese nos disputa nuestro bien y menoscaba nuestra dicha: juzgándole así tan adverso á nuestros fines, natural es que las afecciones que van de nosotros á él no sean de las más santas. En amor, el rival es enemigo temible: trata de ponerse entre el ser adorado y el adorador, y éste hace lo posible para allanar el camino de su felicidad: celos, cólera, venganza, cuanto hay malo en el corazón humano, todo trae consigo esa situación de dos personas que se combaten de mil modos á causa de una tercera. Donde cabe la rivalidad no hay lugar para la virtud: de ella proceden mil desgracias, y aun pueden nacer delitos.



VANIDAD DE VANIDADES

Ahora contempla estos peldaños carcomidos, vestigios de graderías donde el pueblo se sentaba á deleitarse viendo correr la sangre de sus semejantes. ¡Cuántas damas principales y cuántos señores; cuánta flor y nata de la nobleza y cuánto vulgo ruin; cuántas gentes de todo linaje acudieron á este recinto y aplaudieron los golpes de los gladiadores, llenando de horrible animación estos ahora desiertos campos! Todos yacen, grandes y pequeños, ricos y pobres

amontonados unos sobre otros en los senos profundos de la eternidad, sin amarse ni aborrecerse, sin estrecharse ni molestarse, quietos y callados para siempre. En el mundo gritan los mortales y levantan un ruidoso torbellino; allá, al fin del tiempo y de la vida no se hace sino dormir, buen Sancho, y sueño largo, intenso, imperturbable, sin quimeras ni pesadillas, sin anhélito ni convulsiones. Se duerme de una pieza, de siglo á siglo, en medio de tal silencio, que no se oyen ni los pasos de los que van llegando, porque todos llegan sin ruido: los monarcas sin alabarderos y maceros, sin postillones ni trompetas; los príncipes sin comitivas de parciales ni aduladores; los ricos sin boato, los sabios sin sabiduría, los valientes sin valor, los héroes sin hazañas, los jóvenes sin juventud, las bellas sin belleza. Está en los umbrales de la otra vida un comisario invisible que todo lo secuestra en provecho del olvido. Bienes de fortuna, títulos, veneras y condecoraciones; poder, orgullo, vanidades, allí son consumidos por un fuego oculto, sin que de esos combustibles queden ni cenizas. La muerte nos mide á todos por un mismo rasero, nos mete debajo de la tierra y nos olvida en esa prisión universal. Aquí suelen quedar resonando los nombres de esos que se llaman héroes; conquistadores, genios; á la eternidad no llega el retintín de la fama. Las ciudades mueren como los hombres, las naciones como las ciudades: para la muerte lo mismo es emperador que mendigo, aldea que metrópoli de un reino.

LA TEMPLANZA

La templanza es virtud muy avenidera con las riquezas: te es dado practicarla, sin que por esto se eche de ver mezquindad en tu servicio. Haz cuenta con la hacienda: si posees bienes de fortuna, un cierto rumbo gobernado por el buen juicio, no te sentará mal; si eres corto de medios, ríndase tu orgullo á la humildad de tus haberes. Uno como resplandor ilumina también la pobreza, y es la decencia, el aseo, esa atildadura que tanto se hermana con la escasez como con la abundancia. El agua nada cuesta: mírate la cara en tus vasos, que este es el lujo del pobre. Si no te es dado sentarte á mesa cubierta con primoroso alemanisco que pregona el fausto de tu casa, procura que el barato lienzo esté resplandeciendo de limpio, sin mancha ni arruga; y si no tienes para darlo á lavar y aplanchar, lávalo y aplánchalo con tus manos. Hubo un antiguo que por no valerse de nadie para nada, aprendió cuantos oficios se relacionaban con sus necesidades; y más aún, por hacerlo todo con limpieza y esmero. Cocinaba sus alimentos, cosía sus vestidos, lavaba su ropa, siendo nada menos que miembro de una famosa escuela de filosofía: cocina, cose y lava, Sancho, primero que verte descuidado en tu persona y tus cosas. Llegando yo un día á casa de un amigo pobre,

sucedió que no hubiese mantel en ella: ¿sabes cómo acudió la señora á reparar esa falta? Cubrió la mesa con hojas de verde, fresco plátano, y comimos cual pudieran las Ninfas en sus grutas. Esta es la sabiduría de la pobreza.

LOS NIÑOS

Los niños son en la tierra lo que las estrellas en el cielo: inocentes, puros, brillantes. Si así como distinguimos con la vista esos cuerpecillos luminosos que están estremeciéndose en el firmamento, oyéramos su voz, ¡cuán suaves, cuán delicados acentos fueran éstos! ¿Lloran, ríen las estrellas en la bóveda celeste? Es la suya una melancólica alegría; pero cuando se las contempla despacio y con amor, parece que están saltando de placer en el regazo de su gran madre naturaleza. Así son los niños: si el hombre no pasara de cierto número de años, fuera quizá un ser tan puro y amable como el ángel. El vulgo piensa que el llanto de un niño ahuyenta al demonio: ésta es una profunda malicia filosófica que atribuye á la infancia cierto poder de divinidad, el mismo que tiene aquel cuya mirada disipa las tinieblas. La casa donde no hay niños es triste, solitaria, casi lúgubre: si el cri-

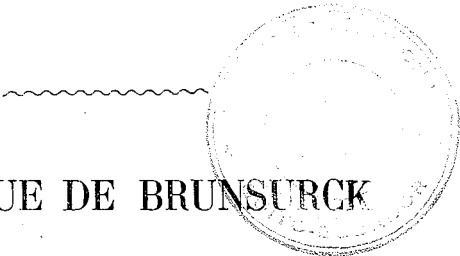
men no habita en ella, desgracias y lágrimas no faltan. Un sabio dice que el hombre que se teme á sí mismo, ó vive atormentado por los fantasmas de la imaginación, procure tener consigo un niño. ¿No es éste el ángel de la guarda? Nada puede en defensa nuestra un ente como ése tan ignorante y desvalido; y con todo, en una vasta soledad, una densa oscuridad, yo no sintiera miedo, teniendo un niño en mis rodillas.



LA COMPETENCIA

Dos personas que se juzgan dotadas de prendas, medios, facultades iguales, pueden entrar en competencia: ésta es muchas veces un noble esfuerzo, que ejercitándose sin perjuicio de nadie, nos guía al mejoramiento de nosotros mismos. No podemos rivalizar con uno sin aborrecerle; competimos con otro al paso que le admiramos, pues justamente nuestro ahinco se cifra en igualarle ó superarle en cosa buena ó grande. El prurito de la competencia se halla puesto entre las virtudes y los vicios: propende por la mayor parte á las primeras; cuan-

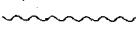
do se recuesta á los segundos, bastardea, y viene á ser defecto. La emulación no corre este peligro: emulación es siempre ahinco por imitar los hechos de un hombre superior; éste sirve de modelo al que emula sus acciones, y tanto el uno como el otro han de experimentar dentro de sí el sublime impulso que mueve á las cosas grandes.



EL DUQUE DE BRUNSURCK

En una carrera aristocrática de París, vivía de igual modo hasta ayer otro hombre, dueño de un palacio suntuosísimo. El viajero que andando del parque de Monceau al Arco de la Estrella ha pasado por la Alameda Friedland, ha visto, sin duda, una como morada real de piedra viva y dorados capiteles. El oro, la pedrería fina ruedan á destajo en esa mansión de príncipes. Lacayos de librea, con ancha franja amarilla en el sombrero negro, están para saltar al pescante de la carroza que va á salir al poder de cuatro caballos árabes. No esperan sino al amo. Héle allí: baja ya las gradas de mármol: su rostro viene ardiendo en un bermejor que no es de la naturaleza: gruesos diamantes al pecho en forma de botones: un carbunclo,

envidia de reinas, está fulgurando en el meñique del príncipe ó señor. Viejo parece éste á pesar de la juventud facticia del afeitado. Su mirada contiene un mundo de desprecio por el género humano: es millonario de sangre real: sus semejantes no son semejantes suyos; los aborrece ó los desdeña. Bajó: sube al dorado coche: el látigo chasquea, los nobles corceles toman sublime trote, devoran la distancia, y luego comparece la real carroza en las encrucijadas del Bosque de Boloña, donde está hirviendo la nobleza de Francia. Ese príncipe que tiene entrambos piés en la cúspide de la prosperidad humana, por lo que toca á las comodidades, las riquezas, los honores, ¿será por ventura hombre de mérito que ha llegado á ese punto por sus obras? No: es un maniático, medio loco y medio idiota: vive y ha vivido siempre hundido en los vicios: carece de inteligencia, y no le envalelona siquiera el brío fermentado de la soberbia. Nada ha hecho en su favor: ni ha pensado, ni ha trabajado, ni ha deseado cosa ninguna, y todo lo tiene, y todo le sobra, y con su esplendor insulta la modestia de los hombres de virtudes.



ELEVEMONOS

Cómo se honra la memoria de los próceres en los países cultos y grandes, cómo se glorifican los días memorables? Dios lo sabe; pero no es, de seguro, de modo que pudiera humillarles y disgustarles, si esas sombras gloriosas tuvieran ojos para ver y oídos para oír las cosas de la tierra. Hay grandes procesiones cívicas; pronúncianse discursos elocuentes, adecuados á las circunstancias: las iluminaciones ponen la ciudad como el Olimpo, donde los genios de la patria revolotean por océanos de luz de mil colores, dando graciosas vueltas en inocente travesura. Las plazas, las calles son poéticos infiernos que hierven en fuegos celestiales: la música inunda cielos y tierra con torrentes de armonía, que no solamente deleitan el oído, sino también la vista, porque corren embebiéndose en los rayos de luz de rosa que á modo de jugar con ellos les oponen resistencia. Las casas, los palacios abrigan en su seno centenares de locos y locas de amor, que solemnizan el día de la patria con alegres saltos y púdicas mudanzas, Decencia, nobleza, grandeza en todo. Ecuatorianos! honremos la memoria de los mártires de la libertad, los santos de la patria, con el amor y la gratitud expresados delicada, santamente. Los militares toman gran parte en estas solemnidades. Los militares, en los pueblos regidos por la vir-

tud y el punto de honra, son la flor de la nación. ¡Oh vosotros, soldados de la República, sed la flor de la vuestra; flor hermosa á la vista, suave al olfato; flor robusta, saludable, símbolo de la belleza; pues habéis de saber que Marte, cuando sonríe culto y delicado, es el más bello de los dioses.

Contentaos con ser hijos del más crudo y fosco de ellos: el más culto, agraciado, amable, es siempre el del carcax y las saetas, el rubio Apolo, representante de la poesía, esto es de la sensibilidad, la terneza, el placer, la dicha, y si lo pide el caso, el valor y el heroísmo. Apolo es el dios de la edad florida: el Amor sale de su costilla; pero ni Palas arrostra el ímpetu de ese adolescente cuando viene airado. Jóvenes, oh jóvenes, los viejos son las canas de la sociedad humana; los cobardes, los ruines son sus enfermedades y sus ascos; los pícaros sus pestilencias: vosotros sois su corazón, su sangre; vosotros sois su espíritu, llama ardiente que prendida por el genio de la libertad, sale afuera, salta vívida, se pega á todo, y purifica y engrandece lo que tiene la virtud de despertar su santa furia. Pueblo donde los jóvenes son apagados, lánguidos, es insignificante. Pueblo donde ellos son medrosos, esclavos, es ruin, mil veces ruin. Pueblo donde ellos son corrompidos, bellacos, es infame. Jóvenes, oh jóvenes, vosotros sois el alma de la República: Armodio y Aristogiton, jóvenes fueron; Mucio, Decio, jóvenes fueron; Antonio Ricaurte, joven; jóvenes los franceses que caían á millares de las murallas de París,

defendiendo á todo trance la libertad y la honra de su patria. Si el fuego sagrado que en forma de sangre corre por las venas es motivo suficiente para que estos bueyes sueltos que se llaman sesudos os califiquen de locos, de tigres, sed locos, tigres, y tenedlo á gloria, á imitación de este vuestro amigo. Furiosos primero que idiotas; tigres primero que jumentos. El buen juicio no está reñido con el amor apasionado: jóvenes, oh jóvenes, sed apasionados, y conquistad el mundo.



EL OBISPO DE MADRID



Un prelado que cae á las puertas de la catedral herido de muerte por un clérigo, es acontecimiento grave que llama la atención del mundo. Este suceso, tan extraordinario como parece, no es único: lo hemos visto en la capital de Francia, lo hemos visto en otras partes. El arzobispo de París muere á puñaladas en el templo; el obispo de Madrid recibe un balazo en el corazón, y cae en los umbrales del templo. El clérigo Cayetano Galeote ha entrado en competencia con el clérigo Verger: el ilustrísimo Sibour y el ilustrísimo Martínez Izquierdo son dos víctimas de sus muy amados y muy venerados hermanos.

Galeote! qué nombre éste. Uno que se llama Galeote, ¿cómo se hubiera escapado del patíbulo? Galeote es el condenado á galeras; el criminal endurecido y reincidente sobre el cual deja caer su brazo la justicia, al cual abandona la clemencia del rey. No, para este Galeote no habrá un caballero aventurero, y se irá en su cadena hasta las puertas del otro mundo.

La legislación inglesa no admite circunstancias atenuantes; salva ó condena al reo, según la claridad y la cantidad, digamos así, de la prueba. Sus razones tendrán los legisladores de la Gran Bretaña para éste que, en suma, es rigor. La ley, en otras naciones de Europa, es más razonable cuando atenúa ó agrava la pena según las circunstancias en que el crimen ha sido cometido. Traigo aquí este punto de derecho, porque si es verdad que el crimen del cura Galeote ha tenido larga meditación, no ha sido perpetrado sino como el último recurso, después de reiteradas advertencias. Dos días antes del suceso de la catedral había escrito al secretario del obispo suplicándole que intercediera por él, que aconsejara y salvara á su señoría. . . . Poco antes había dicho claramente á un sobrino de éste, que estaba resuelto á matarlo, si no le volvía á su gracia, si no le devolvía el pan de que estaba privado. Un buen jurisconsulto puede hacer una defensa elocuente, un *pro Galeote* que alcance de la reina la conmutación de la pena, si no del juez la absolución del reo. Esto no es probable, porque si el hambre, la desesperación, las súplicas y las humillaciones anteriores son

circunstancias atenuantes; la jerarquía, la posición de la víctima, la necesidad de un ejemplar están señalando para el garrote á ese desventurado. En el garrote murió el cura Merino. Aun cuando no va poco de un obispo á un monarca, los españoles son hombres severos que suelen gustar de sobresalir por actos resonantes de justicia. Doña Isabel no sucumbió á la puñalada; pero no hubo perdón para el regicida; el obispo de Madrid ha muerto, y su matador acabará, probablemente, como el clérigo Merino.

Sucesos de este linaje se repiten ya con más frecuencia de lo que conviene á la santidad de la Iglesia y la majestad de la clerecía. El poder casi absoluto de los prelados sobre el clero inferior debe estar templado por la mansedumbre, la cordura. Un obispo, sin recurrir á condescendencias que traigan á menos su autoridad, puede y debe usar de cierta templanza en el mando, de cierta llaneza en el trato con sus inferiores. De otro modo, el orgullo, la dureza de los unos causan el aborrecimiento, la desesperación de los otros, y de este contraste nacen el crimen y la muerte, como acaba de suceder en la capital de España. Las cartas de Cayetano Galeote son humildes al principio, suplicantes. El prelado no oye los ruegos del sacerdote caído en desgracia. Luego se formaliza éste, exige contestación: el prelado permanece sordo. Se exaspera, amenaza el cura: el prelado desprecia las amenazas. Notifica, intima el clérigo, medio loco ya de ira y dolor: el obispo no

hace más caso del desesperado que del humilde, del sumiso que del amenazante. El día de la venganza se aproxima, la sangre va á correr sobre ese odio y ese desdén, y el escándalo será el desenlace de esa tragedia urdida y preparada larga y lentamente.

Según la manifestación de dolor oficial que se ha hecho en Madrid, parece que la víctima ha sido hombre de mérito; pues ni los ministros de Estado han dejado de concurrir á los funerales. Y entre el arzobispo de Toledo, los altos dignatarios del Reino, los generales del ejército iban dos hombres agachados, tímidos: eran los dos hermanos del obispo de Madrid, dos campesinos venidos de su provincia para asistir á esas magníficas exequias. El ilustrísimo Martínez Izquierdo fué hombre de humilde cuna: ni en vida, ocultó su origen, ni en muerte ha negado á sus hermanos pobres. Si la fortuna tomara siempre á su cargo al talento y las virtudes, hubiera quizá algunos prelados más de los que hay que merecieran los funerales del obispo de Madrid. La bendición de las palmas, el domingo de Ramos, ha sido día de maldición en esa ciudad. La catedral, llena de mujeres y niños, ha resonado en un grito inmenso. Los disparos que estaban quitando la vida al gran sacerdote, herían á un mismo tiempo en la imaginación de ese concurso poco hecho á la serenidad, y el desorden ha sido como de tragedia mayor y más terrible, si cabe. Las palmas, símbolo de paz y vida, se han vuelto banderas de guerra y muerte. El obispo ha precedido seis días á Jesucristo.

JOHNSON

Un hombre salió un día de su taller por aspirar un poco de aire y estirar los miembros. Vió luego por ahí que estaban en elecciones: se llegó á una mesa, y dió su voto. El año siguiente volvió á darlo, y él mismo tuvo algunos sufragios para un cargo público. La política cuadró con su genio: se puso á leer periódicos en sus ratos de ocio. Leyó, y le entró la gana de escribir; escribió y dijo cosas buenas. Era sastre el artesano: por la mañana cortaba, por la tarde leía. Había sido costumbre en él coser de noche; dejó de coser y se puso á leer. Las obras estaban recopilándose en la tienda; arremangaba el brazo, y de un tirón se llevaba el trabajo de dos semanas. Con todo, empezaron ya los reclamos. Un día pasó un comerciante gordo, rubicundo, más barriga que piernas, y como de pura ocasión le dijo: "Maestro, y mi gabán"?—"Dispense usted, Mister Smit: un insulto mas que mediano El lunes sin falta."

Otro día se asomó á su puerta un viejo de anteojos y peluca, y entre colérico y gangoso, le dijo: "Maestro, y mi sobreveste?" Mister Morton, querido Mister Morton, el domingo, ó no soy el hombre de bien que usted conoce."

Un lechuguino cayó allí esa misma tarde, y acomodándose en la cuenca del ojo la luna

cuadrada que usan los de su clase, le dijo: "Maestro, y mi casaca?" "No se dirá que Mister Rimbaw, exclamó el sastre, no asistirá con ella al último concierto de miss Wilson. El sábado á las cinco de la tarde; tóquela usted, joven hermoso," Oficiales había, cortador faltaba. El maestro empezó á leer también por la mañana: cuando hubo leído una ocasión un gran papel llamado The Herald ó "El Herald," echó la tijera al suelo por acomodar en el mostrador su buen papel, y escribió él solito un articulón, que bien se hubiera prestado á que se le midiese con vara. El hombre, digo el artículo, le pareció al autor mismo largo, sobradamente largo: le dió un tijeretazo con la pluma, y le cortó la cabeza. Púsole otra mas proporcionada, más redonda, más perfecta. Acometióle en seguida al gigante por los pies, y de otro tijeretazo le voló las piernas. Si la cabeza nueva salió bien, las piernas quedaron mejores: parecían de mujer bien torneadas, gordas, blancas; de morirse por ellas. El mágico se sonrió: estaba satisfecho de su obra, y la mandó al *Evening Herald*. El escrito del sastre, mejor que sus levitas. Johnson no cerró su taller, por modestia. Dicen que cuando fué presidente de la Unión Americana, pedía permiso al cuerpo diplomático, estando en audiencia, se metía á su recámara, y daba de prisa cuatro ó seis docenas de puntadas bien dadas en sus propios pantalones. El derecho de sufragio popular convirtió un mal sastre en uno de los ciudadanos más prominentes de los Estados-Unidos.

DE UN POETA

Cuando el señor de Lamartine le hubo agraciado al autor de estas páginas con dirigirle una esquila y otorgarle una visita, le dijo: Entre las cartas que ayer recibí, diez había de viajeros de los Estados-Unidos que solicitaban verme en mi casa: á todos me he negado. De la América Española no hallé sino la vuestra: os la he contestado, y os recibo con gusto, tanto más cuanto que habéis prevenido mi ánimo en vuestro favor con la hermosa epístola impresa, con la cual me habéis favorecido. Quiero mucho á la raza hispano-americana: su generosidad, su elevación, sus prendas caballerescas me cautivan. A la norte-americana, la admiro: habilidad, fuerza, progreso inaudito; mas tiene para mí defectos que me obligan á mirarla con tedio. Su divisa es atroz: *times is money, money is God*. La esclavitud, como institución, me asombra por otra parte, en pueblo tan inteligente, religioso y adelantado; y el escarnio con que envilecen y oprimen á los mulatos, y aun á los que no lo son, me llena de amargura cuando contemplo en los caracteres de las naciones.



MEJICO

(EL PALACIO DE LAS TULLERÍAS.)

NAPOLEON III, *paseándose en la sala del trono.*

Maximiliano prisionero! qué dices, Munster?

EL MARQUES DE MUNSTER.

Que debemos aprovecharnos de la lección para en adelante, Sire.

NAPOLEON.

Luego no es racional el parecer de Lamartine, de que América está destinada por la naturaleza para servir á Europa?

EL MARQUES DE MUNSTER.

La naturaleza no ha criado esclavos: el nuevo mundo será algún día dueño y señor del viejo; pero es un error y una extravagancia en nosotros querer conquistar á América. Nuestro pobre Lamartine no ha expresado ahí ni una idea poética, menos política ni filosófica. Tan es así, que él mismo, cuando ha escrito con sinceridad, es decir, siempre, ha dicho todo lo con-

trario. Por la natural sucesión de los acontecimientos, esa parte del mundo se engrandecerá de día en día: puédesse matar á un niño; pero es un homicidio. Y qué niño, Sire; no hemos podido acabar con él. Por mi parte, no solamente me infunde respeto América, pero también la temo.

NAPOLEON, *después de una meditación pausa.*

Montesquieu tiene la culpa; talvez me perjudica el estudiarlo demasiado.

MARQUES DE MUNSTER.

Sí; Montesquieu pretende que las conquistas lejanas afirman las monarquías.

NAPOLEON.

Has dado en mi pensamiento, Munster. Secondat es muy socorrido; mas á fuerza de ser profundo y verdadero, es peligroso muchas veces. Su principio no puede ser más fundado; empero su aplicación á la práctica no ha sido tan fácil como pensábamos.

EL MARQUES DE MUNSTER.

Por qué no fuimos á Asia, Sire?

NAPOLEON.

Porque allí están los ingleses: la casaca colorada me disgusta.

EL MARQUES DE MUNSTER.

Hemos salido mal; y lo que me angustia es, no tanto el mal éxito de la empresa de Méjico, cuanto el triunfo de nuestros enemigos en Francia. Qué dirá Thiers! Qué dirá Favre!

NAPOLEON.

Favre Thiers esos hombres piensan bien: el uno por egoísmo, el otro por filantropía, ambos serían buenos consejeros.

EL MARQUES DE MUNSTER.

De buena gana prendería fuego al mundo nuestro amigo Thiers por el interés de Francia; Julio Favre es otra cosa. Nos ha combatido con la filosofía y la verdad: previó nuestra ruina en Méjico; ha triunfado. El ciudadano del universo es más grande que el de tal ó cual imperio.

NAPOLEON.

El retiro de nuestras tropas no podía sino traer la pérdida de Maximiliano: desgraciado príncipe! Y sabes que me inquieta su suerte? Si le matan, su sangre caerá sobre mí; semejante al personaje de Macbek, andaré con las manos al aire, horrorizado de sus manchas.

EL MARQUES DE MUNSTER.

Nos han derrotado los Estados Unidos; el sastre Johnson nos roba nuestra hermosa conquista.

NAPOLEON.

No; aun sin los Estados Unidos, no podíamos permanecer en Méjico: cuando no pudimos domarlo en el primer empuje, á la larga era imposible. El pueblo que se aferra á su libertad, no puede ser vencido. Los mejicanos tienen su Pelayo, y por fuerza teníamos que salir de Méjico. Antes no gusta que Johnson haya venido como á proteger mi retirada.

EL MARQUES DE MUNSTER.

Sin él, mucho me temo que hubiéramos acabado por la destrucción completa del ejército expedicionario, ó por una poco honrosa retirada.

NAPOLEON.

Treinta mil franceses, Munster! treinta mil valientes menos en mis ejércitos; treinta mil ciudadanos menos en el Imperio. Qué gana tengo de exclamar, dándome contra las paredes: Quintilio Varo, vuélveme mis legiones!

(Entra un chambelán.)

Los señores Thiers y Julio Favre piden licencia á V. M. para entrar.

NAPOLEON.

Julio Favre Thiers que entren.

(Sale el chambelán.)

NAPOLEON.

He aquí una cosa rara: Thiers y Favre á verme en las Tullerías.

EL MARQUES DE MUNSTER.

Y no hay incompetencia entre esa visita y el recibimiento de los embajadores que aguarda.
V. M?

NAPOLEON.

Que aguarden los embajadores

(Entran Thiers y Favre y se inclinan profundamente en presencia del emperador).

NAPOLEON

Ya os entiendo, señores: es la generosidad la que os trae á mi palacio.

THIERS.

Sire, las desgracias de Francia nos tocan á todos los franceses.

NAPOLEON

Qué me aconsejáis ahora? Debí haber seguido vuestra política.

JULIO FAVRE.

Puesto que así se expresa V. M., le aconsejaríamos renunciar para siempre á las conquistas. "El imperio es la paz", ha dicho V. M. Si este grandioso programa se hubiese cumplido, nuestra Francia no hubiera sufrido tan rudo golpe. Harto tenemos con la patria, y para todo nos bastamos á nosotros mismos. Que el Imperio sea la paz en adelante, Sire!

NAPOLEON

No miré sino por su engrandecimiento: he errado en la obra; el pensamiento fué justo y grande.

JULIO FAVRE

Justo no, perdóneme V. M.

NAPOLEON.

Quiero decir bien concebido.

THIERS.

Si aun fuese tiempo, convendría salvar á Maximiliano á todo trance, valerse de Johnson,

intervenir, suplicar, si fuese necesario: la ejecución de ese infortunado príncipe sería, no solamente una desgracia, pero casi una infamia. Los príncipes más ilustres de Europa, muertos en el patíbulo en América!

NAPOLEON, *desconcertado*.

Y quién los ha llevado? Y quién tiene la culpa? Yo; señores, yo!

JULIO FAVRE

Las desgracias son la sabiduría del porvenir. Por ahora, fortaleza, Sire.

NAPOLEON.

Pero si matan á Maximiliano?

JULIO FAVRE.

No le matarán: los mejicanos son valientes; pues tienen que ser generosos. Juárez es un grande hombre, Sire

NAPOLEON.

Ya lo sabía. Conque Francia no había de poder á Méjico Un hombre sólo puede más que un innumerable ejército. No os admiran la constancia, la tenacidad, la habilidad, la fé del presidente de Méjico? Ahora estoy para exclamar como Pirro en vista del campamento

de los romanos: Esos bárbaros no son bárbaros de ninguna manera.

JULIO FAVRE.

Bárbaros nosotros lo hemos sido en Méjico, Sire: hemos olvidado que la civilización es como la verdadera religión, que no se la propaga á punta de lanza: hemos degollado, hemos azotado, hemos violado los convenios: los mejicanos han respetado más que nosotros á sus semejantes, al hombre, al soldado, al extranjero. Esos bárbaros no son bárbaros de ninguna manera.

NAPOLEON.

Confío en que no me haréis el agravio de pensar que he autorizado esos desafueros. La guerra tiene mil variadas formas; no siempre es bella, no siempre honesta: la guerra es muchas veces una impúdica cortesana.

EL MARQUES DE MUNSTER.

Si es verdad que tales cosas han sucedido en Méjico, señores, á nadie le toca más avergonzarse que al gobierno: Francia, esta Francia ilustre, propagadora de los derechos del hombre, salvaguardia de la libertad, abolidora de la esclavitud, en todo el mundo, con el látigo en la mano, ¡qué monstruosidad!

NAPOLEON.

Si todo aquello es verdad, como decís, tenemos vergüenza para mucho tiempo. Espero, con todo, que las quejas de los mejicanos no sean más justas de lo que nos convendría. Sabéis que admiro á los mejicanos y á su caudillo?

THIERS.

Y son admirables verdaderamente. Vencidos, postrados, arruinados ayer; hoy, triunfantes, arrogantes, restablecidos en su patria y su poder. Esos nuevos castellanos merecen nuestra estima, no nuestro menosprecio; nuestro cariño, no nuestro aborrecimiento; nuestra amistad, no nuestra enemiga.

NAPOLEON.

Han tenido su Cueva de Covadonga. Y dicen que Juárez es un indezuelo.

JULIO FAVRE.

Pero qué alma tan aristocrática, qué espíritu tan encumbrado, qué naturaleza tan completa!

NAPOLEON.

Es decir que los americanos quieren ser libres

JULIO FAVRE.

Y lo serán. La pobre España anda por ahí sin saber qué hacerse: su orgullo ha de parar en mal. La naturaleza misma ha hecho una grandiosa demarcación, y el principio de ese presidente, de ese tan filosófico Monroe, me parece fundado en la verdad y la filosofía: América para los americanos. No es lo mismo que si dijésemos: Europa para los europeos?

NAPOLEON, *después de algún silencio.*

Que sea como quieran; pero á Maximiliano que no le maten, que no le maten!

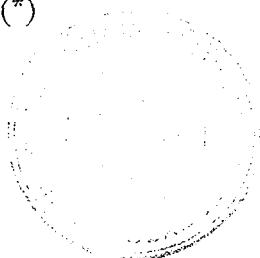
LA EMPERATRIZ EUGENIA, *entrando precipitada.*

Murió el príncipe! Murió Maximiliano!
Lo anuncia el telégrafo de Havas.

NAPOLEON, *cubriéndose el rostro con las manos.*

En el patíbulo ! (*)

~~~~~



---

(\*) En París circuló antes de tiempo la noticia del fusilamiento de Maximiliano, y produjo un terrible efecto on el Gobierno y en la población entera.

## ESCENAS DE LA GUERRA CIVIL

---

La casita era triste, el barrio atras: allí no había liberales ni conservadores, godos ni comunistas: padre, madre é hija: perros en el patio, gallinas en el corral. Gente armada, santo cielo! "Huye, dice la mujer á su marido; nosotras, pobres mujeres, no corremos peligro". "Yo no corro sino el de muerte. responde el otro; tú, mi hija . . . ." "Dónde están los bandidos de esta casa?" suben diciendo los invasores de ese inofensivo y pobre hogar. Un muchachito corre dando gritos: un hombre perverso lo estira allí de una patada. "La vieja, la vieja," exclaman los valientes, "dónde está la vieja?" "Aquí deben haber muchachas, y buenas mozas . . . ." "Y el ladrón del padre, y el pillo del hermano!"

Padre, madre é hija se han refugiado debajo de la cama: nadie los vé. Los intrusos recorren lo interior, matan de un tiro al perro, echan puertas abajo, punzan con las armas paredes y sobrados. El lecho es el altar de la casa: sus aras sirven de asilo, porque en torno suyo están revoloteando invisibles los genios del pudor y acogiéndose al regazo de esa divinidad pura y respetable que llamamos Himeneo. Levantan el rodapié los invasores, separan unas canastas . . . . . "Aquí están, fuego!" Fuego sin saber por qué ni quienes son las víctimas. La niña, atravesado el pecho muere de contado;

la madre saca una bala en el vientre; el padre, fracasado un muslo. La pobre mujer ha sucumbido después, no ha mucho. He aquí una familia inocente destruída; por qué? porque unos cuantos pícaros se vienen por ahí diciendo que nos traen la religión.

---

## DON ANTONIO

---

Desde su primer paso hacia la capital de la República dejó conocer quien era el hombre grande. En Ambato, verbigracia, habían montado á caballo hasta los niños: arcos, banderas, gallardetes, música, todo lo que los pueblos acostumbran para manifestar su ardor y su contento. Lo primero que hace don Antonio es caerse en la plaza; ¡y cuándo para levantarse el presidente con ese almacén de ponchos, zamarros, maletas y alforjas que traía consigo! Enredado estuvo allí, pataleando media hora entre los mil corceles que caracoleaban al rededor y los mil patriotas que hacían por favorecerle. Lleváronle á una casa al fin y al cabo. Allí había banquete de cien cubiertos, comilona imperial para honrar á Su Exelencia. Creerán ustedes que el pobre notario de la Curia no se quitó ni los tres ponchos, ni zamarros, ni espuelas, ni guantes de lana, ni sombrero de funda,

ni bufanda, pero ni mascarilla para comer? Mascarilla. Señores, mascarilla de coleta verde aforrada con brin, con dos anteojasos de hoja de lata, á uno de los cuales le faltaba la luna! Ese Polifemo de los Andes hacía la mas extraordinaria y graciosa figura que uno puede imaginar, intercalado allí entre tanto caballero de frac y chaleco de piqué, con su cara verde debajo de un sombrerito de castor, que bien lo hubiera querido el guardián de San Francisco. Así como Antonio Aurelio primero, rey de Araucania y Patagonia había sido procurador de Perigaux, así, don Antonio el nuestro había sido notario de la Curia, y pasado su vida á la puerta de la iglesia pidiendo para las ánimas; esto es, había sido animero: albarda sobre albarda. Si yo sé á tiempo estos graciosos empleos, ¿me hubiera ó no reído, en lugar de hacerle presidente? Sea de esto lo que fuere, mis lectores, mis lectores tienen prisa por saber de la manera que comía don Antonio, sin haberse quitado la mascarilla, ó el papahigo, como se llamaba en tiempo de Cervantes. Pues comía de este modo: con la una mano se alzaba la como bragueta que le cubría la boca, y con otra manejaba lindamente la cuchara, sin errar nunca la puerta. Los brindis los decía tan confusos, que era un difunto hablando; y los ponchos le causaban tal incomodidad, que rompió mas de doce botellas y otros tantos vasos. Pues yo no solamente le hubiera botado de la presidencia; le hubiera fusilado. ¡Venir con papahigo desde Cuenca, y no quitárselo ni para comer!

•

En Latacunga igual exasperación pública: don Antonio venía entrando en pueblos y ciudades como un Alejandro Magno: todo era triunfos; pero él lo echaba todo á perder con el papahigo y las alforjas, que por nada los quería confiar á nadie. Señor presidente, le dijo el Gobernador de León, estas alforjitas pudiéramos ponerlas en mi caballo? "oh, no no no no no no!" se le oyó decir allá lejos, tras la impenetrable mascarilla. "Será blanco?" preguntaba una vieja; "será negro? será viejo? será mozo?" decía otra. "Tendrá barba? tendrá pelo?" Don Antonio, tras su buena barricada de la mascarilla, no se dejó ver ni del demonio en todo el tránsito. Llega la hora de comer en Latacunga; *il pranzo*, como dicen en Italia, le llaman á *pranzare*. El ilustre huesped, que no se ha quitado ponchos, zamarros, espuelas, bufanda, guantes, mascarilla, nada, sale, monta en su buen macho y se va para Tilipulo sin despedirse ni del cura, dejándoles con un palmo de narices á esos buenos y atentos leoneses. Díganme, ¿fué ó no legítima la revolución que le hicimos al animero? Que no hubiera sido sino el papahigo y el castor con funda de cuero blanco, yo no le hubiera aguantado más de nueve meses. En Tilipulo el castellano le recibió con bocina, repiques de campanas, *churo* y mas ceremonias que son de uso y costumbre cuando á castillo llega caballero. Mas no se crea que nadie hubiese allí tratado de política: don Antonio se estuvo cuatro días á admirar los telares de su compadre: parecíale eso la maquinaria más estu-



penda que nunca hubiesen visto Lion ni Liverpool. "No es aquí donde se hace el razo de la China, señor don Manuel?" Preguntó. "Tanto como eso no, respondió don Manuel, con modestia; pero hago mis buenas bayetas". Luego, llegándose á un grupo de indios pelados, negros y feos, indios de obraje, con la mayor buena fé del mundo, dijo: "Estos fabricantes deben de ser ingleses, señor don Manuel". "Ingleses! mi padre! son indios de estos contornos". Siguieron recorriendo los telares, y dijo don Antonio: "Cómo hiciéramos, señor don Manuel, para que usted me proporcionara algunas varas de terciopelo amarillo de su fábrica?" "Don Manuel exasperado con tantas necedades, no pudo por menos que responder con aspereza: "Don Antonio, con mil diablos, aquí no hacemos sino bayetas!"

Llegó por fin á la capital de la República el notario de la Curia. No habían transcurrido cinco días, cuando nuestro Catón de Utica, botando, no la mascarilla, sino la máscara, se hallaba en una casuca de un barrio *non sanctus* rasgueando la guitarra, que se hacía pedazos.

Los ojos de mi morena  
Se parecen á mis males:  
Negros como mi fortuna  
Grandes como mis pesares,

cantaba don Antonio y le daba de recio á la guitarra. "Conque don Antuquito, de éstos habíamos sido", exclamó un viejo, saliendo de por ahí, y palmeándole en la espalda.

Los hombres, todos nos somos  
Cual más, cual menos, amantes;  
Pero como yo, ni el diablo,  
Como dice Chatiubriandi.

Viva el presidente de la República! gritó una vieja, haciendo en medio cuarto una corbetta como de baile. Viva don Antonio! respondió una semi-vieja ó cuasi-muchacha, que era el centro hacia donde el notario de la Curia tiraba sus lineas.

Rey que non face justicia  
Non debiera de reinare,  
Nin cabalgar en caballo,  
Nin con la reina folgare,

cantó don Antonio. "Eso no, dijo la vieja. Importará poco que no haga justicia, para los efectos de montar á caballo y lo demás. Don Antonio tosió, gargajeó, y con mas gana prosiguió:

Las mujeres son el diablo  
Cuando se las quiero bien:  
Ellas mismas lo confiesan;  
Ahí está Madamestel.

"Este Madamestel, dijo la vieja, debe de ser algún moro antiguo, como Zorobabel?" Exacamente, respondió el majo, y siguió cantando, á tiempo que con los ojos le decía á la cuasi-muchacha:

Niña sois, pulcela tierna;  
Tu edad de quince no pasa:  
Catorce tienes y meses,  
Te juro en Dios y en mi ánima.

Cepos quedos, señor don Antonio, dijo el viejo, volviéndole á palmear la espalda: esta

reverendísima beata, si no fuera mi sobrina, fuera mi tía. Yo sé cuantos años tiene.

Media noche era por filo,  
Los gallos querían cantar  
Don Antonio con amores  
No podía reposar.

Pero sí pudo echar algunos traguetes, cenar tres cuartas de morcilla negra, é irse á su casa dando cita para el jueves. Ahora dígan-nos peruanos, colombianos, chilenos y argenti-nos si era ó no urgente poner de las orejas en la calle á un santurrón que pasa el día en la puerta de la iglesia, gritando: Para hacer bien por las benditas almas del purgatorio, por el amor de Dios! y de noche sale á cantar en la guitarra:

Los hombres, todos nos somos  
Cual más, cual menos, amantes;  
Pero como yo ni el diablo,  
Como dice Chatiubriandi.



## LAMARTINE

---

Lamartine es más popular en América que entre vosotros: allí lo amamos más sin duda. Vosotros sois muy civilizados para ser sensibles: vosotros pensáis más en vuestro espíritu que en vuestro corazón. Vosotros tenéis muchos ne-

gocios que no os dejan tiempo ni para sentir ni para amar. Si se viniese á deciros que suena en un bosque solitario una música triste y misteriosa, no os cuidarías de ello con tal que estuviéseis en medio de la multitud y la alegría. Preguntad á un habitante de los Andes si quiere ir á la fiesta de la ciudad; os responderá que él va á recrearse viendo el ocaso del sol y á la luna levantarse tras el monte. Vosotros tenéis el arte; nosotros tenemos la naturaleza; vosotros tenéis la ciencia, nosotros tenemos el corazón.

En mi país todos conocen á Lamartine; sus más bellas palabras se han puesto en boca de un pastor, y yo me complacía en oírle cuando subía la colina en pos de su rebaño.

Es pues cierto que nosotros amamos á vuestro grande hombre, que nosotros le amamos mucho más que vosotros. Y esto es muy natural. Colocaos al lado de una arpa: sus cuerdas no son tan dulces, sus aires no son tan seductores como lo fueran oyéndolos á la distancia, al otro lado de un rayo de luna y oculto entre el follaje de la vega. El hombre es de una naturaleza tan extraña! sueña en la belleza; pero si la tiene constantemente ante sus ojos, siente menos su mérito, porque el hábito la desprestijia. La luna jira en su camino, vosotros marcháis á su misteriosa claridad. ¿Levantáis al menos la cabeza cuando andáis apresurados en vuestras calles para verle triste é inmensa en medio de un ancho círculo de nubes? Si vosotros veis constantemente un bello pájaro, su luciente plumaje hiere menos vuestros ojos; pero si por ca-

sualidad ha dejado caer una pluma de su moño, haréis notar á todo mundo el lugar vacío, y entónces sólo os apercibiréis de su belleza.

Nosotros, habitantes de lejanas tierras, oímos á Lamartine al través de los mares y los desiertos, y su voz sube á nuestras montañas dulce y embellecida por la distancia. Los acentos que se oyen á lo lejos son siempre más tiernos y más bellos. Es por esto que Osián hacía suspirar á las queridas sombras encima de las nubes ó tras las rocas de Loda.

En cuanto á mi, Lamartine me ha hecho mucho bien: él me ha arrancado muchas lágrimas, él ha consolado mi corazón; es quizá por esto que le amo tanto. El poeta no solamente es un ser bello y amable, no es solamente un lujo de naturaleza; es además un bueno ó un mal genio que tiene su influencia en la vida del hombre. Byron me ha destrozado el corazón; Lamartine me ha llenado de una consolante melancolía.

El encanto del objeto me arrastra tal vez demasiado lejos; pero cuando un arroyo desviado encuentra un lecho florido al rededor de una planta cargada de aromas y de frutas, no quiere separarse, y da vueltas allí sin dejar jamás de suspirar.

Pero, que triste es tener que recordar siempre el infortunio de estas bellas naturalezas! No sé si ellas están destinadas á rendirse bajo las miserias del mundo; pero sé que el Tasso se consumía en un calabozo, y que Camoens moría de hambre.

Tal es la suerte de casi todos los grandes genios: es lo que ha sucedido desde Homero hasta aquí, es lo que sucederá hasta el que cante la caída del sol.

Dante era el gran señor de su país; él tenía todo, lo hacía todo, él era todo; pero llegan los días en que deben caer las hojas del árbol, y yo veo á Dante concluir pobre y desgraciado en su destierro.

Mas ved mi egoísmo: yo me he alegrado de ver á Lamartine en su modesta morada: yo no amo los palacios.

En un rincón de su hogar le he visto, inclinado en su antiguo sillón: su cabeza medio emblanquecida, su mirada melancólica, sus palabras, á las cuales prestaba toda mi atención, me tenían casi encantado. Yo había deseado verle, y le había visto. Yo no le he sido presentado por nadie: el arroyo que salta súbitamente en la montaña no tiene necesidad de que ninguno lo conduzca al río.

Lamartine me ha dicho que si él podía salvar un rincón de sus tierras me invitaba á ir allá; que cazaríamos, que veríamos el ocaso del sol sentados bajo la vieja encina. Qué orgulloso estaría yo al lado de mi gran huésped! Me parecería al zorzal bajo la protección del águila; sería el pequeño mirto junto á la vieja palmera. El me ha preguntado cuál es mi edad: le he dicho que soy joven todavía. Pues bien, tanto mejor, para que puedas correr, por la pendiente en persecución del cervatillo que huye del ribazo y va á internarse en el bosque de la llanura.

En cuanto á él, me esperará al pié de algún antiguo tronco, rodeado de sus más viejos perros.

Terminada la partida, descenderíamos juntos. Los caballos estarían humeantes, los mastines saltarían al rededor de nosotros, y se oiría por todas partes ese ruido tan grato á los oídos de los cazadores. A la hora del crepúsculo, solos, esperando la luna en alguna alameda silenciosa, me referiría esas cosas vagas y encantadoras que saben los poetas. Pero todo eso no es más que una ilusión! Lamartine perderá su viejo castillo; no tendrá árboles bajo cuya sombra reposar! Y será bien triste verle sin saber á dónde ir ni en dónde quedarse, sin un rincón siquiera en donde pasar los últimos días de su vida.

Me ha dicho que había pensado siempre en un viaje á la América.

Esta sería una visita poética; allí vería tantas cosas dignas de él!

Qué feliz me encontraría yo siendo su guía en este largo viaje!

Qué feliz sería llevándolo conmigo!

Yo le haría realizar una navegación mitológica sobre el Daule; los altos tamarindos y las ananas se inclinarían á su paso: subiríamos al Chimborazo, y desde la cima de los Andes arrojaría él una mirada inmensa sobre esa América inmensa! Desenderíamos por el otro lado, y luego nos encontraríamos en medio de esas llanuras en donde tiembla la verde espiga. Veís

esos ancianos sauces que inclinan sus viejas cabezas, ya del un lado, ya del otro?

Yo tengo allí flores y laureles para ofrecer á mi gran huésped; yo lo llevaría á la casa de mi padre; nosotros nos internaríamos juntos en el bosque de Ticoa, y avanzando nuestro camino, se sentiría él repentinamente inspirado del fuego divino, al poner sus ojos sobre los poéticos lagos de Imbabura.

Iríamos de valle en valle, y sería recibido por todas partes con arcos de verdes ramas de flores.

Los jóvenes agitarían en el aire sus banderas blancas; las jóvenes cantarían sus canciones más queridas; los viejos de cabellos canos saldrían de sus cabañas preguntando ¿dónde está él?Cuál es él?



## CUARESMA



Era tiempo de cuaresma. Nos hallábamos en Granada, ciudad de Andalucía, orillas del Darro y el Genil. A la mesa del hostel Minerva concurrían muchos caballeros, tanto españoles como de fuera. Entre los nacionales había un marqués de Miraflores, si mal no se nos



acuerda: él con otros jóvenes madrileños formaban un grupo separado. Los franceses por su parte charlaban en su lengua; y los ingleses por nada querían meterse con los demás; pero todos comíamos juntos. Ay del maestresala si servía carne el viernes! Ay del maestresala sino la servía! Si la servía, los españoles le trataban de bellaco y mal nacido; si no la servía, los ingleses le trataban de mal nacido y bellaco. El pobre hombre se estaba muriendo de miedo. Un miércoles no puso sino raíces, yerbas y granos: los españoles le llamaron hombre de bien y razonable; un inglés le rompió la cabeza con un vaso: *We are not horses!* dijo. Llegó el viernes, viernes santo, el santo viernes: ayunábamos, ó no? había ó no almuerzo? Nunca maestresala se ha visto en mayores apuros. Como homenaje á España y satisfacción á los españoles, el almuerzo fué á las doce; por respeto á Inglaterra y miedo á los ingleses, hubo carne en la mesa. No pudo el hostelero hallar mejor temperamento. Las fuentes estaban tapadas: pusímonos al rededor. A una señal del maestresala, los criados descubren todo . . . . Oh Dios de Israel, y quién podrá decir buenamente la ferocidad de esos buenos caballeros y marqueses castellanos? Cuatro de los más bravos se le fueron encima del dueño de la fonda, que era un portugués llamado Blasco Núñez de Pineiro. Al primer mogicón, el portugués empezó á gritar: *Au secours ; la maréchaussée! la maréchaussée!* Los franceses, al oírse llamar en su lengua, cierran con los españoles: los españoles so-

brantes derriban la capa, y embisten con los franceses: los ingleses, guardando neutralidad á modo de colombianos, arremeten por su parte, y todos juntos forman un San Quintín de cuatro mil demonios. Qué hago yo en semejante día del juicio? si como carne, me matan los españoles; si no la como, los franceses se me ríen en las barbas. En las grandes ocasiones la resolución más atrevida es la más acertada; en las pequeñas la más modesta es la más conveniente. Allá se devoren ingleses, franceses y españoles, sin dejarse ni la cola; yo me voy con el estómago en un hilo. Es el ayuno más completo que he hecho en mi vida; salvo que de ese camino subo á la Alhambra, donde hay un ambigú de gran confort, y sin andarme en tiquis miquis me como una ala de gallina con su pechuga correspondiente, y la asiento con un vaso de albillo, que no lo prueban los dioses en los banquetes del Olimpo. Debo advertir que la gallina no fué de carne sino de queso.

Qué les daré? qué no les daré á mis compatriotas? Si pongo carne, los devotos arremeten conmigo; si no la pongo, los liberales me embisten y me llevan por delante. Será mejor cerrar la fonda, y allá los católicos se alimenten de habas crudas, y los rojos coman tigre, iguana y sabandijas.



## FORTUNA Y FELICIDAD

---

El salteador que dirige su puñal de manera de herir en el corazón, y huye sin ser visto, es afortunado; el hipócrita que sale con el engaño de sus semejantes y pasa por bueno, es afortunado; el tirano que se tiene firme, y gosa de los bienes de la tierra, sin merecer ninguno, es afortunado: todos estos son afortunados, y no felices, por mucho que atribuyan á la Providencia el designio de manternrles vivos y poderosos, y anden revolviendo el nombre de Dios en el cieno de su boca.

Felices son los héroes cuya causa es la libertad de los pueblos; felices son los filósofos que educan á los hombres y les amayoran con sus lecciones; felices son los santos que se sacrifican por motivos grandes, y mueren como Jesucristo. La virtud es el origen de la felicidad; y son virtuosos los que obran por el bien del género humano, ya con la espada, ya con la pluma, batallando con la gran mayoría de los inicuos é incapaces, y levantando el mundo con las palancas del valor y la sabiduría.

Con cuál de estos móviles levanta García Moreno el rincón donde brilla por su oscuridad? No lo levanta; lo hunde, lo abisma con mano de verdugo. Sus esclavos andan teñido el rostro con sangre corrompida: ahora no tiene víctimas, porque nadie protesta; todos son esclavos; y los

que aprueban, aceptan ó aplauden las obras de ese druida feroz, todos son verdugos. No así los que comen el hambre y beben la sed fuera de sus hogares, llorando las desgracias de la patria, ó maldiciendo la prostitución de sus compatriotas.

García Moreno es afortunado: á la fortuna le debe su encumbramiento, á ella su permanencia, á ella su poder; y de ningún modo á á sus méritos ni á su fuerza. En esos tiempos en que la escuela de la libertad acababa de abrirse, y ya la había cerrado un hijo de la fortuna, no era el puñal de Bruto el que García Moreno aguzaba en un luminoso retiro; les engañaba á ustedes; el arma en la cual se estaba adiestrando desde joven era la mandíbula de asno que inmortalizó á Caín. El puñal de Bruto es hierro santo; no se deja tocar por manos parricidas.

Ese oscuro matador nunca gustó de una muerte justa ó necesaria, cual hubiera sido la de uno de su clase: ¿no se le ha visto cargar al hombro los huesos del mismo á quien había querido asesinar? Tirano, ladrón, traidor, asesino un día antes: procer de la independencia, martir de la libertad, padre de la patria un día después.

Y Flores no había variado; el mismo era al pie de la letra, viejo aturdido con los ayes de las dos mil víctimas de Miñarica, espantado con el espectro del gran Sucre.





# INDICE.



|                                        | <u>PÁGS.</u>               | <u>PAG. Á PAG.</u> |
|----------------------------------------|----------------------------|--------------------|
| ADVERTENCIA . . . . .                  | v De J. de D. U.           |                    |
| MEDALLÓN . . . . .                     | ix De R. Andrade           |                    |
| JUAN MONTALVO . . . . .                | xiii De J. M. Vargas Vila  |                    |
| Retrato de Dn. Juan . . . . .          | 1 S. T. tomo 1º . . . . .  | 131 á 133          |
| Ecuatorial . . . . .                   | 4 " " " . . . . .          | 61 " 62            |
| Boreal . . . . .                       | 5 " " " . . . . .          | 59 " 61            |
| La pluma . . . . .                     | 7 Exp. " " . . . . .       | 136 " 138          |
| De la mujer . . . . .                  | 8 Cos. Nº. 4 . . . . .     | 293 " 294          |
| Clemencia de Bolívar . . . . .         | 10 Reg. " 12 . . . . .     | 13 " 14            |
| Sin nadita que comer . . . . .         | 11 " " 5 . . . . .         | 36 " 38            |
| Tiranía. . . . .                       | 14 Cat. " 1º . . . . .     | 3 " 4              |
| La quiteña . . . . .                   | 16 S. T. tomo 1º . . . . . | 207                |
| La guayaquileña . . . . .              | 17 " " " . . . . .         | 208                |
| El banquete de Miguel Escoto . . . . . | 18 " " 2º . . . . .        | 192 " 195          |
| Los ancianos . . . . .                 | 22 " " " . . . . .         | 232                |
| En elogio de la papa. . . . .          | 23 " " " . . . . .         | 180 " 182          |
| Perfil de Bolívar . . . . .            | 25 " " " . . . . .         | 124                |
| El Chagra. . . . .                     | 26-Cat. 1ª. . . . .        | 18 " 19            |
| El jugador . . . . .                   | 29 " 5ª. . . . .           | 6 " 7              |
| Los cometas . . . . .                  | 31 Exp. tomo 2º . . . . .  | 54 " 56            |
| La mujer de Fulvio . . . . .           | 32 S. T. " 1º . . . . .    | 302                |

## ABREVIATURAS DEL INDICE.—

Reg.=Regenerador. — Cos.=Cosmopolita.—  
 Cat.=Catilinares.—S. T.=Siete Tratados.—  
 Exp.=Expectador.—Merc.=Mercurial ecle-  
 siástica.—C. &.=Capítulos que se le olvida-  
 ron á Cervantes.—Joy. lit.=Joya literaria.

**ERRATAS:**—En este volumen hay mu-  
 chas, involuntarias, que disculpará el lec-  
 tor juicioso.

|                                               | PÁGS. |                                                | PAG. Á PAG |
|-----------------------------------------------|-------|------------------------------------------------|------------|
| La belleza artificial . . . . .               | 33    | " " "                                          | 210 " 216  |
| Preceptos de nobleza . . . . .                | 40    | " " "                                          | 95 " 96    |
| La prensa y el tirano . . . . .               | 41    | Cos. N <sup>o</sup> . 1 <sup>o</sup>           | 37 " 38    |
| <i>Ramíllete</i> : Casimira Córdova . . . . . | 42    | Exp. tomo                                      | 100 " 101  |
| Rudecinda Belgrano. . . . .                   | 43    | " " "                                          | 102 " 103  |
| Teresa Calderón . . . . .                     | 44    | " " "                                          | 103 " 104  |
| Frescura . . . . .                            | 44    | " " "                                          | 105        |
| Abigail Fernández . . . . .                   | 45    | " " "                                          | 106 " 107  |
| Estela Pombo . . . . .                        | 46    | " " "                                          | 113        |
| Milagros . . . . .                            | 47    | Cap. & . . . . .                               | 58 " 62    |
| América y España . . . . .                    | 51    | Cos. N <sup>o</sup> . 1 <sup>o</sup>           | 45         |
| La yegua de Dn. Antonio . . . . .             | 52    | Cat. VI. . . . .                               | 8 " 9      |
| Liberales y conservadores. . . . .            | 54    | Reg. N <sup>o</sup> . 3 . . . . .              | 36         |
| Ricaurte en San Mateo . . . . .               | 56    | S. T. tomo 2 <sup>o</sup> . . . . .            | 114 " 117  |
| Historia de un turco . . . . .                | 60    | " " 1 <sup>o</sup> . . . . .                   | 344 " 345  |
| Clases sociales . . . . .                     | 61    | " " " . . . . .                                | 189 " 191  |
| La ropa de los animales . . . . .             | 63    | " " " . . . . .                                | 171 " 173  |
| El viejo Homero . . . . .                     | 65    | " " 2 <sup>o</sup> . . . . .                   | 344 " 346  |
| Indumentaria . . . . .                        | 67    | Artículo suelto                                |            |
| El sombrero de Castelar . . . . .             | 70    | Id. id.                                        |            |
| Contra los tiranos. . . . .                   | 75    | S. T. tomo 2 <sup>o</sup> . . . . .            | 91 " 93    |
| En la pira . . . . .                          | 77    | Cat. V. . . . .                                | 12 " 13    |
| Jirardot en Bárbula . . . . .                 | 80    | S. T. tomo 2 <sup>o</sup> . . . . .            | 109 " 111  |
| Los jardines de Academo . . . . .             | 82    | " " " . . . . .                                | 236 " 239  |
| Economía doméstica. . . . .                   | 85    | Cap. & . . . . .                               | 50 " 51    |
| Ignacio de la Cuchilla . . . . .              | 86    | Cat. 1 <sup>a</sup> . . . . .                  | 6 " 7      |
| Los trogloditas . . . . .                     | 88    | " " . . . . .                                  | 7 " 8      |
| El Interviewer . . . . .                      | 90    | Exp. tomo 1 <sup>o</sup> . . . . .             | 90 " 92    |
| El de . . . . .                               | 92    | Cat. XI. . . . .                               | 1 " 2      |
| Los mártires. . . . .                         | 93    | Reg. N <sup>o</sup> . 3 . . . . .              | 40         |
| Ejemplar . . . . .                            | 95    | " " " . . . . .                                | 40 " 41    |
| El Aguila. . . . .                            | 66    | Cos. " 4 . . . . .                             | 312        |
| El conde de Churimburgo. . . . .              | 97    | S. T. tomo 1 <sup>o</sup> . . . . .            | 84 " 87    |
| La Heredad . . . . .                          | 100   | " " " . . . . .                                | 165 " 166  |
| El libelista . . . . .                        | 101   | " " 2 <sup>o</sup> . . . . .                   | 221 " 222  |
| El quinto, gula . . . . .                     | 103   | Cat. 2 <sup>a</sup> . . . . .                  | 7 " 8      |
| Lo que es la vida según Séneca . . . . .      | 105   | Cat. VI. . . . .                               | 31 " 32    |
| El Proscrito . . . . .                        | 107   | Cos. N <sup>o</sup> . 3 . . . . .              | 205 " 206  |
| La mujer hacendosa. . . . .                   | 108   | S. T. tomo 1 <sup>o</sup> . . . . .            | 170 " 171  |
| Nerón . . . . .                               | 110   | " " " . . . . .                                | 120 " 121  |
| Tiniebla . . . . .                            | 111   | Cos. N <sup>o</sup> . 7 . . . . .              | 563        |
| Frailas . . . . .                             | 112   | Cap. & . . . . .                               | 129 " 133  |
| La forma republicana . . . . .                | 117   | Exp. N <sup>o</sup> . 2 <sup>o</sup> . . . . . | 18 " 20    |

|                                     | PÁGS. |                        | PAG. | Á | PAG. |
|-------------------------------------|-------|------------------------|------|---|------|
| La embriaguez. . . . .              | 119   | Cat. V. . . . .        | 9    | " | 10   |
| Un cura . . . . .                   | 121   | S. T. tom 1º. . . . .  | 275  | " | 278  |
| El oro corruptor . . . . .          | 124   | S. T. tom. 2º. . . . . | 343  | " | 344  |
| Comienzos de Bolívar . . . . .      | 126   | S. T. tom. 2º. . . . . | 76   | " | 78   |
| Ignacio Pilla-Pilla . . . . .       | 128   | Cat. VI. . . . .       | 23   | " | 27   |
| Foragidos. . . . .                  | 133   | Cos. Nº. 1º. . . . .   | 78   | " | 79   |
| La repostería del convento. . . . . | 135   | Reg. Nº. 10. . . . .   | 22   | " | 24   |
| La gruta del genio. . . . .         | 137   | S. T. tomo 2º. . . . . | 19   | " | 20   |
| El zambito y el pícaro. . . . .     | 139   | " " " . . . . .        | 33   | " | 35   |
| Las escuelas religiosas. . . . .    | 141   | Cos. Nº. 3º. . . . .   | 193  | " | 194  |
| Un límite. . . . .                  | 143   | " " 4º. . . . .        | 282  | " | 283  |
| El pantalón del Sr. de Cha-         |       |                        |      |   |      |
| teaubriand, . . . . .               | 144   | Esp. tomo 2º. . . . .  | 166  | " | 173  |
| En el Pichincha . . . . .           | 148   | S. T. " " . . . . .    | 133  | " | 134  |
| L' Unión fait la force. . . . .     | 150   | Cos. Nº. 3º. . . . .   | 176  |   |      |
| La guerra y su poesía. . . . .      | 151   | Reg. Nº. 2º. . . . .   | 20   | " | 21   |
| Flammarión. . . . .                 | 155   | Esp. " 1º. . . . .     | 50   | " | 54   |
| Sangre nueva. . . . .               | 156   | Cat. III. . . . .      | 23   |   |      |
| Borrero en Quito. . . . .           | 158   | Cat. X. . . . .        | 9    | " | 12   |
| Indios. . . . .                     | 163   | Esp. tomo 3º. . . . .  | 205  | " | 208  |
| Los afeites. . . . .                | 164   | S. T. tomo 1º. . . . . | 224  | " | 226  |
| Cosas de la suerte. . . . .         | 167   | " " 2º. . . . .        | 341  | " | 343  |
| La pereza. . . . .                  | 169   | Cat. II. . . . .       | 13   | " | 14   |
| La locomotora y los conser-         |       |                        |      |   |      |
| vadores. . . . .                    | 171   | Reg. Nº. 3º. . . . .   | 37   | " | 38   |
| Canónigo. . . . .                   | 172   | Cap. & . . . . .       | 183  | " | 184  |
| El Luxemburgo. . . . .              | 174   | Cos. Nº. 1º. . . . .   | 69   | " | 70   |
| Mal genio y buen carácter. . . . .  | 176   | S. T. tomo 2º. . . . . | 40   | " | 41   |
| Invocaciones y apariciones. . . . . | 177   | " " " . . . . .        | 408  | " | 409  |
| Paz? . . . . .                      | 179   | Cos. Nº. 2º. . . . .   | 91   | " | 92   |
| Racimos de indios. . . . .          | 180   | Esp. tomo 3º. . . . .  | 173  | " | 174  |
| Francisco Petrarca. . . . .         | 181   | S. T. tomo 2º. . . . . | 328  | " | 329  |
| Ansela . . . . .                    | 182   | Cos. Nº. 6º. . . . .   | 557  | " | 558  |
| En Roma. . . . .                    | 184   | S. T. tomo 1º. . . . . | 356  | " | 357  |
| El hermano Melchor. . . . .         | 185   | Cat. VII. . . . .      | 19   | " | 24   |
| Varón. . . . .                      | 193   | S. T. tomo 1º. . . . . | 124  | " | 125  |
| Tolerancia. . . . .                 | 195   | Reg. Nº. 2º. . . . .   | 24   |   |      |
| El baile. . . . .                   | 197   | Merc. . . . .          | 386  | " | 387  |
| El pastusq. . . . .                 | 199   | Joy. lit. . . . .      | 154  | " | 157  |
| El padre Lachaise. . . . .          | 202   | " . . . . .            | 140  | " | 142  |
| Adolescencia. . . . .               | 203   | S. T. tomo 1º. . . . . | 122  | " | 124  |
| Episodios. . . . .                  | 205   | " " " . . . . .        | 341  | " | 343  |
| Trabajadores. . . . .               | 207   | Reg. Nº. 3º. . . . .   | 34   |   |      |



|                                     | PÁGS.                            | PAG. Á PAG. |
|-------------------------------------|----------------------------------|-------------|
| Madre. . . . .                      | 210 Joy. lit. . . . .            | 134 " 136   |
| Las ruinas. . . . .                 | 212 Reg. N° 2° . . . . .         | 27 " 29     |
| En Ipiales. . . . .                 | 219 Joy. lit. . . . .            | 166 " 171   |
| Furio Camilo. . . . .               | 222 S. T. tomo 1° . . . . .      | 36 " 37     |
| Gentilidad. . . . .                 | 223 Merc. . . . .                | 369 " 370   |
| Abolengo. . . . .                   | 226 S. T. tomo 1° . . . . .      | 29 " 30     |
| Los piratas del Guayas. . . . .     | 228 Reg. N° 3° . . . . .         | 4           |
| Milton. . . . .                     | 232 Cap. & . . . . .             |             |
| El polemista. . . . .               | 234 Espt. N° 1° . . . . .        | 30 " 36     |
| Roedores . . . . .                  | 231 Cap. & . . . . .             |             |
| Partido liberal. . . . .            | 238 Reg. N° 3° . . . . .         | 38          |
| El teatro , . . . .                 | 244 Merc. . . . .                | 345 " 347   |
| Cham. . . . .                       | 247 S. T. tomo 1° . . . . .      | 21 " 22     |
| La más vieja. . . . .               | 248 Reg. N° 7° . . . . .         | 24          |
| El vestido. . . . .                 | 250 Espt. tomo 2° . . . . .      | 159 " 166   |
| Odalisca. . . . .                   | 254 S. T. tomo 1° . . . . .      | 135 " 136   |
| Fray Miguel Corella. . . . .        | 255 Espt. tomo 2° . . . . .      | 144 " 152   |
| Traidor á la Patria . . . . .       | 263 Dictadura perpetua . . . . . | 36 " 38     |
| El reino de la muerte . . . . .     | 266 " " . . . . .                | 38 " 42     |
| Progreso material . . . . .         | 271 " " . . . . .                | 42 " 46     |
| Refrán vicioso . . . . .            | 275 " " . . . . .                | 46          |
| Los dioses se van . . . . .         | 277 " " . . . . .                | 55          |
| Hacienda . . . . .                  | 278 " " . . . . .                | 56          |
| Lo indeclinable , . . . .           | 279 " " . . . . .                | 60          |
| Eloy Alfaro . . . . .               | 280 " " . . . . .                |             |
| La novela. . . . .                  | 281 Merc. . . . .                | 349 " 350   |
| Lluvia de estrellas . . . . .       | 283 Exp. tomo 1° . . . . .       | 44 " 48     |
| La rivalidad . . . . .              | 285 Cap. & . . . . .             |             |
| Vanidad de vanidades . . . . .      | 286                              |             |
| La templanza . . . . .              | 288 Cap. & . . . . .             | 138         |
| Los niños . . . . .                 | 289 " " . . . . .                |             |
| La competencia . . . . .            | 290 " " . . . . .                |             |
| El duque de Brunsurek . . . . .     | 291                              |             |
| Elevémonos . . . . .                | 293 Reg. 3° . . . . .            | 43          |
| El obispo de Madrid . . . . .       | 297 Exp. tomo 1° . . . . .       | 151 " 157   |
| Johnson . . . . .                   | 299 Reg. N° 8° . . . . .         | 10 " 11     |
| De un poeta . . . . .               | 301                              |             |
| Méjico . . . . .                    | 302 Artículo suelto.             |             |
| Escenas de la guerra civil. . . . . | 312 Reg. N° 9 . . . . .          | 4 " 5       |
| Don Antonio . . . . .               | 313 " " . . . . .                | 21 " 24     |
| Lamartine , . . . .                 | 318 Artículo suelto              |             |
| Cuaresma . . . . .                  | 323 Reg. N° 11 . . . . .         |             |
| Fortuna y felicidad . . . . .       | 326 Folleto.                     |             |

